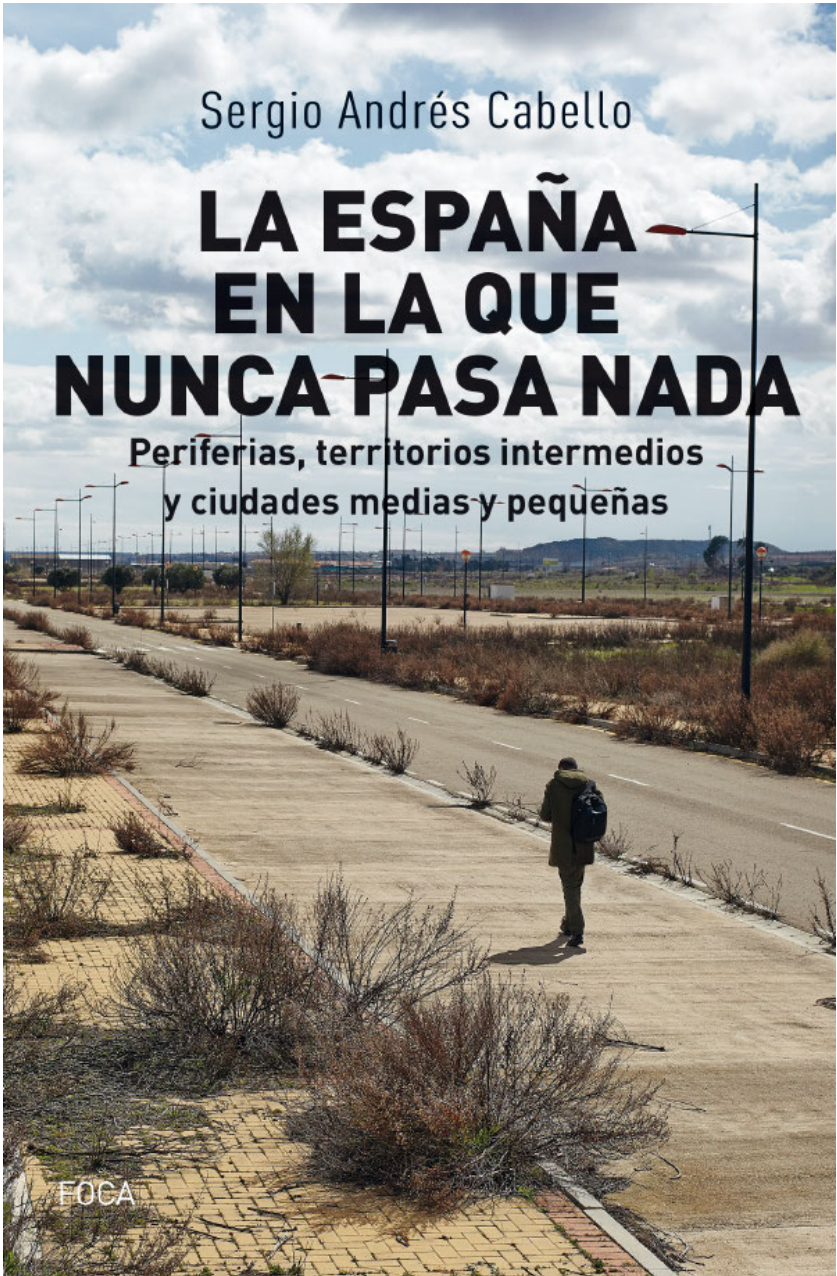


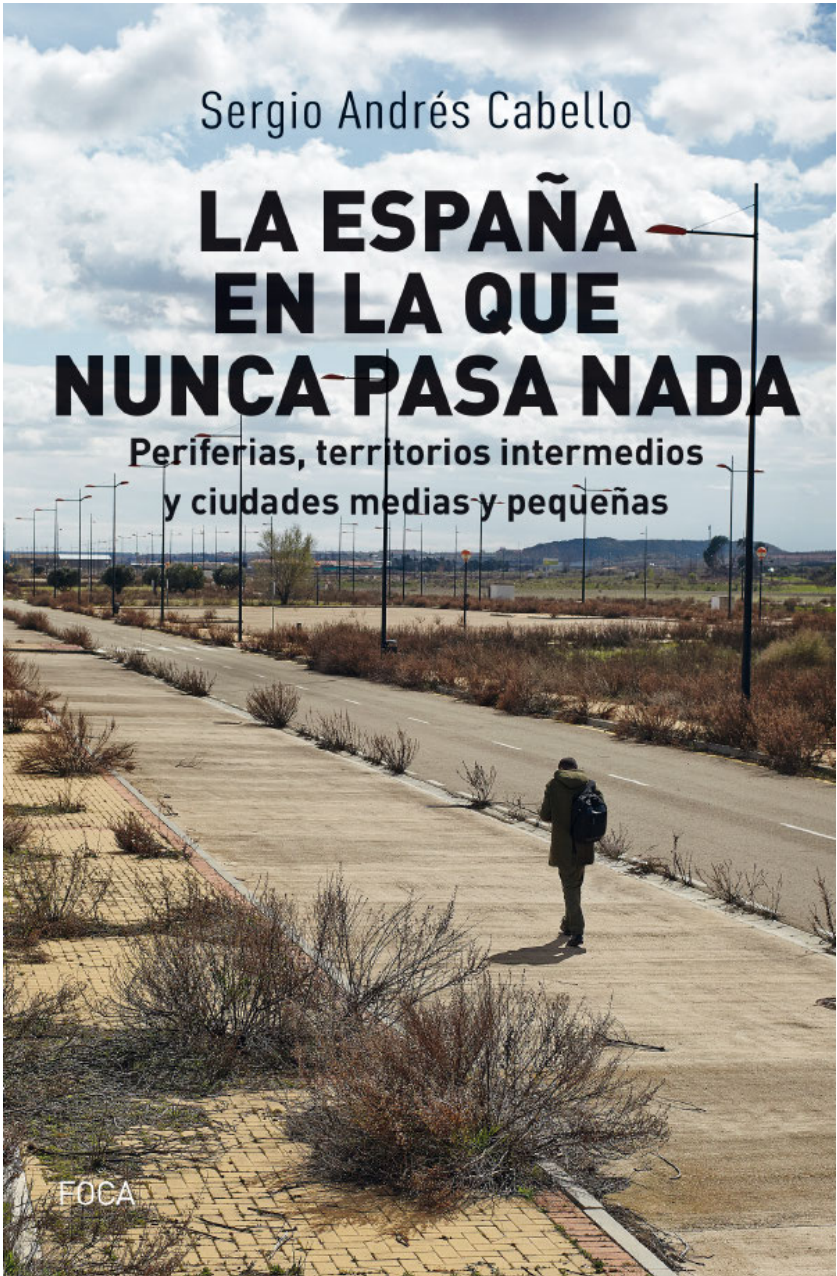
The background of the book cover is a photograph of a desolate, semi-arid landscape. A wide, paved road stretches from the foreground into the distance, flanked by dry, scrubby bushes and patches of yellowish-brown ground. A person wearing a dark jacket and carrying a backpack is walking away from the viewer on the left side of the road. In the far distance, there are some low hills and a few scattered buildings under a bright blue sky with scattered white clouds. Several tall, black lampposts with red light fixtures are spaced along the road.

Sergio Andrés Cabello

LA ESPAÑA EN LA QUE NUNCA PASA NADA

Periferias, territorios intermedios
y ciudades medias y pequeñas

FÓCA

The background of the book cover is a photograph of a desolate, semi-arid landscape. A wide, paved road stretches from the foreground into the distance, flanked by dry, scrubby bushes and patches of yellowish-brown ground. A person wearing a dark jacket and carrying a backpack is walking away from the viewer on the left side of the road. In the far distance, there are some low hills and a few scattered buildings under a sky filled with white and grey clouds. Tall, thin black poles with red-tipped streetlights are spaced along the road.

Sergio Andrés Cabello

LA ESPAÑA EN LA QUE NUNCA PASA NADA

Periferias, territorios intermedios
y ciudades medias y pequeñas

FÓCA

foca investigación

184

Diseño interior y cubierta: RAG

Imagen de cubierta: fotografía de Adriana Andrés Cabello

Reservados todos los derechos. De acuerdo a lo dispuesto en el art. 270 del Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes sin la preceptiva autorización reproduzcan, plagien, distribuyan o comuniquen públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

Nota a la edición digital:

Es posible que, por la propia naturaleza de la red, algunos de los vínculos a páginas web contenidos en el libro ya no sean accesibles en el momento de su consulta. No obstante, se mantienen las referencias por fidelidad a la edición original.

© Sergio Andrés Cabello, 2021

© del prólogo, Esteban Hernández, 2021

© Ediciones Akal, S. A., 2021

Sector Foresta, 1

28760 Tres Cantos

Madrid - España

Tel.: 918 061 996

Fax: 918 044 028

www.akal.com

facebook.com/EdicionesAkal

@AkalEditor

ISBN: 978-84-16842-69-8

Sergio Andrés Cabello

La España en la que nunca pasa nada

Periferias, territorios intermedios y ciudades medias y pequeñas



■

«Nunca pasa nada» es una expresión frecuente en buena parte de España, y le cuadra muy bien esa «España invisible» a la que sólo alumbran los focos cuando se produce un suceso luctuoso o un hecho pintoresco: la compuesta por ciudades pequeñas y medias – también por otros municipios más reducidos –, que son las siguientes fichas de dominó que caerán en los procesos de envejecimiento de la población, salida de jóvenes, abandono de actividades productivas tradicionales... que hasta hace poco parecía que sólo afectaban al mundo rural.

Esa España intermedia entre la «España vaciada» y la «España metropolitana» seguramente está ya en una tierra de nadie, en un proceso que no llevará a la despoblación en sentido estricto, pero que sí ahondará las desigualdades territoriales y sociales.

El presente libro quiere ser una reivindicación de esa tercera España, la cual nutrió a la «España metropolitana» a través de los procesos migratorios; que fue denostada y luego reivindicada; que contribuyó (y lo sigue haciendo) a la despoblación de los municipios más pequeños. Unos territorios que se dotaron de orgullo a través de la reivindicación de sus identidades colectivas mediante el Estado de las autonomías. Unos municipios que se ven fuera de los grandes flujos globales. En definitiva, una tercera España a la que le está pasando lo que a las clases medias, que, tras ascender socialmente, con la crisis vieron rota la movilidad social.

Sergio Andrés Cabello (Logroño, 1973) es doctor en Ciencias Políticas y Sociología por la Universidad del País Vasco con la tesis doctoral La identidad riojana. Del proceso de institucionalización administrativa al político. Profesor de Sociología de la Universidad de La Rioja, sus líneas de investigación principales son las identidades colectivas, la Sociología de la Educación y los cambios en la estructura social y las clases sociales. Autor de más de cincuenta publicaciones nacionales e internacionales, ha sido investigador visitante en la Universidad de Texas en San Antonio (Estados Unidos). En los últimos años, ha desarrollado parte de su labor investigadora y divulgativa en relación a los procesos de despoblación de las zonas de sierra y de montaña de La Rioja.

■

Para Ester, Adrián y Pablo

Prólogo

Una España invisible

España se ha dividido en dos en muchos sentidos. Madrid y Barcelona, las ciudades globales, y sus ámbitos regionales de influencia han atraído la atención por muy diferentes motivos durante estos años. Eran zonas pujantes en las que se concentraba la actividad económica y política, y donde parecía jugarse buena parte de nuestro futuro. En el otro lado estaba la España olvidada, la vaciada, aquella que se despoblaba y que regresó con fuerza al debate público, pero únicamente como ejemplo de lo que estábamos dejando atrás. Lo cierto es que aquella visibilidad que se otorgó a la España vacía tuvo un tono bucólico, casi de añoranza; más que plantearse nuevas formas de incorporar a los territorios que se perdían, todo parecía desenvolverse entre lamentos por lo que ya se había marchado. Esa España en la que las casas se cierran para no volver a abrirse, que constituye un mundo aparte anclado en los escasos empleos que quedan, o en la posibilidad de desplazarse cien o doscientos kilómetros todos los días para trabajar en capitales ajenas, suponía el aspecto más visible de los cambios que se habían sucedido en la España de los últimos tiempos, y, presa de los marcos habituales de análisis de la época, el problema se enfocó desde la necesidad de traer el pasado al presente. Se insistió en la edad avanzada de sus pobladores, se subrayó la escasa formación de las personas que allí quedaban, lo difícil que resultaba adaptarlas a las necesidades de los tiempos, por lo que las recetas que se ofrecieron fueron las estereotipadas: introducir modernidad en ellas a través de buenas conexiones digitales y promover el emprendimiento local con mirada amplia (y si era posible, global). Al fin y al cabo, gracias a internet, un pequeño negocio puede tener un gran recorrido en territorios lejanos. Estas experiencias suelen resultar fallidas, como bien señala en este libro Sergio Andrés Cabello, pero no dejan de recetarse porque forman parte de nuestra ortodoxia intelectual.

Al ubicar la discusión como un mero asunto de ajuste temporal, no sólo se erró en las vías de salida, sino que se invisibilizó a actores fundamentales, las ciudades intermedias y las pequeñas. Dado que todo se jugaba entre los grandes núcleos de población y las aldeas vaciadas, desaparecían de la discusión esos nódulos locales que fueron esenciales para el desarrollo de las regiones, que llevan tiempo en declive y que, por su papel de pivotes, constituyen núcleos esenciales para la articulación de España.

Sergio Andrés comienza acertadamente su recorrido por esta España no reconocida desde la mirada del visitante, con el regreso a la ciudad de una forastera que se sorprende con lo bien adaptada que está a los nuevos tiempos, con el salto adelante que ha dado, con la sustancial diferencia respecto de su pasado urbano. Es una percepción habitual entre los visitantes de las ciudades intermedias y pequeñas: los centros urbanos han vivido transformaciones positivas y se han convertido en lugares acogedores que resaltan con eficacia sus partes más bellas, las ligadas al patrimonio histórico; los servicios que se prestan no desmerecen de muchas ciudades globales; cuentan con actividad cultural y con un ocio lleno de vitalidad. Es una perspectiva frecuente entre los turistas, quienes van a pasar un fin de semana y regresan gratamente impresionados.

Esa percepción constata que «la España en la que nunca pasa nada» no se ha quedado parada. Ha realizado esfuerzos de readaptación, en general ligados al turismo tras la pérdida de su tejido industrial; ha desarrollado algunos sectores; ha generado cambios en su paisaje; ha construido ofertas de ocio; ha tratado de ganar capital simbólico. Si está en declive, no es por inacción, por no haber intentado situarse de nuevo en el mapa.

Sin embargo, para comprender el pulso real de estas ciudades, hay que vivirlas un martes o un miércoles laborables de otoño, salir fuera de los centros urbanos y desplazarse a las localidades limítrofes. Es entonces cuando encontramos algo muy diferente, como es la desvitalización propia de entornos con dificultades laborales, con jóvenes en migración, con ausencia de oportunidades, a lo que se añade cierta nostalgia de tiempos mejores. En ellas suele concentrarse una dañina mezcla de escaso poder económico,

desempleo, deuda creciente y escasa inversión, y hay muchos días y muchas zonas de las ciudades en los que se deja sentir. Lo que se puede ver en una visita ocasional es una suerte de fachada, un lavado de cara que encubre una dolorosa falta de confianza en el futuro.

Ese humor social circula, no obstante, de forma subterránea: suelen ser ciudades resignadas, donde las estridencias no reinan, en las que sus habitantes han tratado de encontrar una salida individual, marchándose de allí o tratando de sumarse a sectores todavía vivos: por eso en ellas no suele pasar nada. Tiene razón el autor del texto cuando subraya que son lugares conservadores, pero más que por las opciones ideológicas dominantes, o por sus costumbres sociales, por haber actuado de forma adaptativa a los cambios, porque se han sumado a los tiempos intentando asirse a alguna tabla en lugar de pugnar por la transformación del curso de los acontecimientos.

En esta ausencia de reacción tiene mucha responsabilidad un estrato social determinante, en el que no se pone el foco lo suficiente y que Sergio Andrés señala con acierto: las elites locales. Son núcleos que articulan la vida de las ciudades y que actúan como motor, pero cuya principal preocupación no es otra que la de mantener su posición, aun cuando pierdan poder respecto de otras zonas geográficas. Por ello, han actuado a menudo de forma pobre, ya que han acogido las soluciones estereotipadas que dominaban en el entorno ideológico, sin determinar hasta qué punto eran útiles para su ciudad y sin trazar vías alternativas que permitieran impulsar nuevas áreas. Como su objetivo era conservar el poder, aunque este se fuera reduciendo, han promovido aquellas fórmulas que veían en ciudades similares y que, por tanto, no las diferenciaban sustancialmente. Creyeron que era suficiente con ofrecer una imagen de modernidad, de alineación con los tiempos, para que las soluciones propuestas surtieran efecto. Fue así como las ciudades intermedias comenzaron a construir «palacios de congresos, nuevos estadios, obras emblemáticas, a poner un Calatrava o alguna obra de otro arquitecto estrella en su núcleo urbano, a organizar festivales de música de pop y rock», y a «interiorizar que no importa el tamaño», que lo importante era la accesibilidad, la tranquilidad y la proximidad.

Esta forma de enfocar la nueva época explica la divergencia entre lo que percibe el visitante ocasional y lo que vive el residente habitual, entre el embellecimiento de la fachada y el deterioro interior. El error ha sido común, no obstante, y se ha dado en muchas ciudades pequeñas y medianas de Occidente. En España, el patrimonio cultural o el turismo ofrecían ciertas ventajas, pero estaba claro que para muchas de estas poblaciones no era suficiente, y es entonces cuando el aliento de modernidad aparecía como la salida preferida. El ensayista estadounidense Thomas Frank mostraba esta perspectiva ilusoria en *Rendezvous with oblivion*, donde señalaba su extrañeza ante la súbita popularidad del término vibrante. En su país, un notable conjunto de ciudades, desde Akron (Ohio) hasta Boise (Idaho) pasando por Cincinnati, Rockford (Illinois), Seattle o Pittsburgh (Pensilvania), afirmaban vivir transformaciones vibrantes: eran ciudades con muchos artistas, que habían construido espectaculares centros de artes escénicas e impulsado festivales de toda clase, y cuya escena local estaba llena de energía, todo ello gracias al apoyo decidido de las autoridades locales. Era una forma de salir de la crisis en la que estaban inmersas, ya que entendían que la construcción de una nueva imagen, la de ciudades con un entorno atractivo para las personas con trabajos cualificados, lograría atraer nuevas y modernas empresas y, con ellas, revitalizar las urbes en decadencia. Era algo absurdo, porque la vida funciona a la inversa: en las ciudades con trabajos cualificados, los sectores de mayor poder adquisitivo construyen el contexto en el que se sienten cómodos; la gente no se muda a una ciudad porque sea vibrante, sino porque hay trabajo, y estas ciudades no lo tenían. No obstante, tales iniciativas eran bien aceptadas, ya que generaban la sensación de que los poderes públicos estaban haciendo algo por situarlas de nuevo en el mapa.

Esta clase de error ha sido también frecuente en «la España en la que nunca pasa nada», en la medida en que han tratado de sumarse a los nuevos tiempos no sólo desde la construcción de oferta cultural, con esa extraña proliferación de museos de toda clase, en especial de arte contemporáneo, sino desde la puesta en marcha de teóricos hubs tecnológicos que permitirían al nuevo talento desarrollarse; con él, la ciudad reviviría. Pero esas iniciativas estaban vacías de contenido, ya que solían limitarse a la construcción de edificios de espacios amplios y fachada moderna:

no había inversión, ni planes de desarrollo ni apoyos decididos a esos sectores. Todo parecía funcionar desde una suerte de pensamiento mágico, como si bastara con la construcción de la imagen adecuada para volver a ser una población próspera. Es parte de esa confianza en la tecnología y en la modernidad como remedio último que no deja de construir rarísimas esperanzas, como si introduciendo fibra óptica en las aldeas se fueran a repoblar masivamente gracias a que la gente podrá vender sus ideas y sus productos al mundo entero a través de internet.

En otras palabras, estas ciudades pequeñas e intermedias han hecho muchas cosas para impulsarse, pero casi todas ellas escasas, y a menudo imbuidas de una visión cercana a la magia, en un momento de profundas transformaciones estructurales. La globalización provocó el desarrollo de las ciudades globales, en el caso español Madrid y Barcelona, que canalizaron las conexiones con los circuitos internacionales, mientras el resto del país fue despegándose de ellas. Las deslocalizaciones hacia Asia, el comercio internacional que deterioraba y concentraba la agricultura y la ganadería locales, la falta de estructura empresarial vinculada a la exportación y la ausencia de planes de desarrollo nacional han generado muchos perdedores, y entre ellos están en lugar destacado esta clase de ciudades. La falta de cohesión española y sus brechas internas, como las francesas, las británicas o las estadounidenses, las que han dado lugar a las derechas populistas, al brexit o a la llegada de Trump al poder, parten de esta desvertebración común en Occidente. Y tales cambios no pueden combatirse con éxito desde la mera adaptación, desde una puesta estética al día de las ciudades, sino que requieren acciones mucho más profundas. Pero estos cambios estructurales no se llevaron a cabo, sino que se insistió en la modernidad y la adaptación.

Por más que se trate de una pobre visión ideológica, contaba con la ventaja de ofrecer un sentimiento reconfortante y tranquilizador. Si se entendía el nuevo escenario como un simple producto de transformaciones tecnológicas, de sustitución de antiguas herramientas por otras nuevas, como ocurrió con las revoluciones industriales, la solución aparecía por sí misma: bastaba con ponerse al día. Ya que el declive era fruto de la inadaptación a los tiempos; con cambiar de mentalidad y hacer un esfuerzo de actualización

todo empezaría a ir bien. Los problemas de las ciudades eran descritos en términos de lucha del pasado contra el futuro; era necesario olvidarse del primero y abrazarse al segundo, y los problemas comenzarían a diluirse. Como es lógico, no ha funcionado, porque se han querido combatir situaciones estructurales desde la mera superficie: la consecuencia obvia es que el exterior del edificio es más brillante, pero las vigas del interior apenas lo soportan.

Algo muy similar les ha ocurrido a las clases medias, cuyas semejanzas con «las ciudades en las que nunca pasa nada» subraya Sergio Andrés en repetidas ocasiones en el texto. Las capas intermedias han estado muy activas, han intentado actualizarse, han formado a sus hijos, han emprendido con frecuencia, han tratado de invertir en el futuro: ni se han refugiado en el pasado ni cabe achacarles falta de consciencia. Sin embargo, las clases medias de Occidente, al igual que las trabajadoras, figuran entre las grandes perdedoras de los años de la globalización. Su declive no puede ser descrito en términos de culpabilización, sino que se debe a movimientos estructurales que es muy difícil evitar como clase. Hay individuos que ascienden en la escala social, otra pequeña parte permanece en la misma, pero la mayoría desciende por una escalera a la que no se ve aún el final. En la nueva organización del capitalismo, las clases medias occidentales están destinadas a declinar y a competir entre ellas para agarrar la tabla de salvación. Las ciudades han vivido esas mismas pulsiones negativas de la época y, mientras no se ofrezcan soluciones que rompan el círculo dañino de falta de actividad, deuda y desempleo creciente e inversión escasa, seguirán el camino del declive.

Estos entornos, por tanto, están destinados a cobrar mayor peso político. Las regiones en decadencia han sido esenciales en las contiendas electorales en el Occidente de los últimos años, en la medida en que el olvido que sienten ha tenido una traslación ideológica, a menudo mediante un giro hacia el proteccionismo y el nacionalismo de derechas. En España ha habido especificidades en ese cambio, porque las regiones más ricas, como Cataluña y País Vasco, han sido las que han liderado la activación nacionalista, pero en términos regionales, lo que ha provocado una reacción antiparticularista en el resto de territorios que ha relanzado a los

partidos de la derecha española. Sin embargo, las ciudades intermedias y pequeñas todavía no han mostrado un descontento propio, salvo algunas experiencias, como Teruel Existe o las manifestaciones de Jaén. Pero es cuestión de tiempo que estas poblaciones comiencen a exigir la inclusión de manera más activa; lo único que queda por saber es cuál será su expresión política. Se trata de territorios que desean ser visibles y formar parte activa de esa unidad que sienten, con razón, que se está despegando de ellos. Ha habido una secesión económica: las ciudades globales se han separado del resto, del mismo modo que las clases globales se han separado de las nacionales, y eso conducirá a traducciones políticas de manera inevitable.

El otro aspecto significativo de la España en la que nunca pasa nada es lo mucho que se parece a España, cada vez más ciudad intermedia en sí misma. Por decirlo en otros términos, España va camino de convertirse en el Gijón o el León de Occidente: territorios con muchos jubilados; de los que los jóvenes emigran en busca de oportunidades; en los que el trabajo viene del funcionariado, los servicios públicos, algo de comercio local y del turismo, y en los que la actividad industrial cada vez está menos presente. España es un país intermedio en el contexto global, preso de los mismos males que aquejan a las ciudades en las que no pasa nada, y ese laberinto de deuda, desempleo, inversión escasa y dependencia del sector servicios nos puede pasar una factura todavía más elevada en los próximos tiempos. Es la hora de cambiar la trayectoria, de adoptar otras fórmulas y de empezar a pensar en perspectiva nacional y cohesiva. Hace falta un plan para España que apoye decididamente el aumento de nivel de vida, que no puede trazarse sin una necesaria activación de las ciudades intermedias y pequeñas. Mientras eso ocurre, o mientras continuamos deslizándonos por la pendiente, comprueben el estado de la cuestión en La España en la que nunca pasa nada.

Esteban Hernández

capítulo i

Ese lugar en la periferia...

El 17 de enero de 2019, la actriz Carmen Maura fue entrevistada en el suplemento cultural «Papel» del diario El Mundo. Maura reflexionaba sobre cómo había cambiado España. Recordando su carrera, la actriz reconocía que

desde hace 45 años no hacía una gira. Hice una cuando comencé como actriz de teatro. Eran giras de tres funciones. Llegabas a un sitio y te tenías que buscar la pensión. Ahora me lleva un coche puerta a puerta y voy a un superhotel... Todo ha cambiado en la profesión. Pero ha cambiado también España. Cambiadísima que está. Me he llevado una sorpresa muy agradable con muchas ciudades españolas. Por ejemplo, con Logroño. Tenía una idea de Logroño que no era. De repente, una marcha, unas calles tan limpias, la gente súper agradable... Una tiene una idea poco atrayente de Logroño... Pues error. En cuanto sales de Madrid te das cuenta de que todo es mejor. Hay mucha menos tensión[1].

Unos días después, Maura acudía a divertirse a El Hormiguero, el programa de entretenimiento que dirige y presenta Pablo Motos en Antena 3. Allí, volvió a incidir en esa visión. Los medios de comunicación riojanos no tardaron en hacerse eco de sus declaraciones, con una visión positiva, tanto por el cambio como por el «todo es mejor»[2]. Y yo no supe a qué carta quedarme.

El caso es que Maura podía haber elegido cualquier otra de las decenas de ciudades medias que jalonan la geografía española. España es un país de ciudades medias y pequeñas, aunque parece que todo ocurre en Madrid y Barcelona. Hay muchos Logroños.

Carmen Maura verbalizó una impresión muy extendida, fruto de su experiencia personal y de su percepción. Sus declaraciones, bienintencionadas, no dejan lugar a dudas de la visión que tenía de las ciudades como la capital riojana: «una marcha» –porque no había marcha, y eso duele porque tenemos la calle Laurel–, «unas calles tan limpias» –esto ya es más difícil de interpretar..., ¿en qué Logroño había estado?–, «la gente súper agradable» –¡nosotros que nos creemos tan abiertos y hospitalarios!–. Pero Maura redime la visión con un planteamiento ensalzador de las ciudades medias y de su calidad de vida en contraposición a Madrid.

Carmen Maura no tiene la culpa de esta visión, ni mucho menos. Es un lugar común, una percepción extendida y generalizada que abarca todos los ámbitos de nuestra realidad territorial. España se ha configurado de una forma que no es Francia, por ejemplo, y eso no tiene por qué ser negativo. Sin embargo, los desequilibrios territoriales tienen unas consecuencias y unos efectos que van desde lo político y lo económico hasta lo cultural y lo simbólico.

Las ciudades medias y las pequeñas son ámbitos fundamentales de los territorios, pero a la vez cuentan con una importante invisibilidad. En no pocas ocasiones, son esas localidades por las que pasamos a lo lejos por las autopistas y autovías que las circunvalan, y en las que en no muchos casos vamos a pararnos. Lo que ocurre, lo que importa, está en las grandes ciudades: en ellas está la acción, lo que mola, lo cool, lo divertido, lo atractivo, lo transgresor, lo nuevo, lo innovador, donde tienes que estar si quieres prosperar... Las otras ciudades suelen estar marcadas por estereotipos contrarios: lo pausado y lo inamovible, lo tradicional, lo rutinario, lo conservador, lo antiguo... Son «tipos ideales», que diría Max Weber, pero, en gran medida, es ese el escenario existente. Y no es un hecho exclusivo de España, ocurre en todos los países, aunque en el nuestro presenta una serie de características especiales. Un brillante sketch de Pantomima Full, el dúo formado por Rober Bodegas y Alberto Casado, resumía de forma irónica el estereotipo de las capitales de provincias desde las grandes ciudades. Situando la acción en Zaragoza, que encajaría de forma muy relativa en esa categoría de ciudad media, Bodegas hacía el personaje de un madrileño que se traslada allí y señala los contras de vivir en una localidad de estas características frente a Madrid,

mientras que, siguiendo el modelo habitual de sus vídeos, aparecen comentarios en los que cargan contra su visión. Entre sus frases más relevantes destacaban algunas como las siguientes (apareciendo entre paréntesis los comentarios que mostraban superpuestos sobre las imágenes del vídeo):

«Vivía en Madrid y he venido aquí por curro, y al final esto, sí que notas que se te hace pequeño» (AGOBIADO EN 973 KM2).

«La gente aquí va con una pachorra... ¡Voy por la calle adelantando a todo el mundo! Te lo juro que me pone de los nervios» (LA TRANQUILIDAD LE DA ANSIEDAD).

«Yo le digo a todo el mundo que por lo menos se tiene que ir un tiempo... Es que te cambia...» (CHOQUE CULTURAL A HORA Y MEDIA).

«Lo malo de aquí es que sales y es que te conoce todo el mundo, tío... ¡Es que es siempre la misma gente! En todos los sitios, los mismos» (SALUDA A MEDIO MILLÓN DE PERSONAS)[3].

Por su parte, el canto de las excelencias de las ciudades grandes también es un mensaje habitual dentro de las propias ciudades medias. Parte de sus habitantes tiende a repetir esos mismos mantras, tipo «nos conocemos todos» o «no hay nada» –alcanzando el adjetivo de «provinciano» el valor más desfavorable–, que sirven para incidir en esa visión un tanto negativa. A fin de cuentas, la autocategorización y autoidentificación también van a jugarse de forma dialéctica, como veremos más adelante.

Las ciudades medias y pequeñas son diversas y heterogéneas, y difíciles de conceptualizar: ¿dónde se pone el límite de habitantes?,

¿es lo mismo una capital de comunidad autónoma que una capital de provincia, o una localidad que cuenta con decenas de miles de habitantes, pero que no ostenta ningún centro de poder?, ¿es lo mismo una ciudad que tenga una industria característica, un capital simbólico en el ámbito cultural y/o turístico, o un municipio que carezca de estos elementos? Andrés López (2008) señalaba la dificultad de la definición de la ciudad media, ya que

es evidente que en el elenco de ciudades mayores de 10.000 habitantes y que no pueden ser consideradas como grandes núcleos urbanos hay una enorme variedad de casos, identidades, localizaciones y, en fin, formas y estructuras urbanas. En este amplio elenco de ciudades encontramos capitales regionales, capitales provinciales, centros comarcales, nodos de transporte, ciudades industriales, ciudades de servicios, ciudades vinculadas a grandes aglomeraciones, centros turísticos y, en fin, un segmento tan diverso de tipos de espacios urbanos que hacen que, a priori, no pueda pensarse en categorización alguna.

Tras una revisión de investigaciones sobre la cuestión, en un objeto de estudio en constante cambio, este autor indicaba que las grandes ciudades serían las que superan los 200.000-250.000 habitantes, mientras que las medias estarían ubicadas entre 50.000 y 200.000 habitantes y las pequeñas entre 10.000 y 50.000, incluidas dentro de esta categoría Ávila, Cuenca, Huesca, Soria o Teruel. Es una clasificación que el propio López reconoce con limitaciones; incluso podemos apreciar los cambios en la última década para ver las transformaciones de las grandes metrópolis y cómo algunas ciudades que ubicaba entre las grandes encajarían en las medias.

Otra clasificación, basada en factores vinculados a las actividades productivas y la estructura demográfica, entre otros, es la que aportan Walliser y Sorando (2019: 264):

Es necesario diferenciar entre las grandes áreas metropolitanas

globales (Madrid y Barcelona) y el resto de municipios españoles. Las primeras incluyen, a su vez, cuatro tipos de municipios: las ciudades globales y sus municipios metropolitanos privilegiados, industriales o diversos y en declive. Por su parte, el resto de municipios españoles pueden dividirse entre los industriales no vinculados a las ciudades globales, los envejecidos pero atractores de población y los empobrecidos que pierden residentes.

Esta es una clasificación más ajustada y que tiene en cuenta otras variables, no solamente las poblacionales o cuantitativas. Lo que queda claro es que la diversidad y heterogeneidad de las ciudades medias y pequeñas es muy elevada.

El fenómeno es complejo, pero es muy importante la ya señalada autocategorización y la autoidentificación como ciudad media. Ninguna de ellas se pone a la altura de Madrid y Barcelona, o de la segunda línea de grandes ciudades que no encajarían en esa clasificación y que no se identifican con el grupo de las pequeñas y medianas, como pueden ser los casos de Valencia, Sevilla, Zaragoza o Bilbao y su entorno metropolitano.

Además, al hacer referencia a estas localidades debe tenerse en consideración el territorio en el que se encuentran ubicadas, habitualmente identificado por regiones, comunidades autónomas, provincias e incluso comarcas. A lo largo de las siguientes páginas, se utilizarán las mismas para hacer referencia al marco de las ciudades medias y pequeñas. No se puede presentar la situación de estas localidades sin tener en cuenta la dimensión regional, ya que será en buena parte la que marque la misma. Si el análisis de las desigualdades entre los diferentes tipos de ciudades cuenta con un menor recorrido, el que aborda las que se dan entre territorios es mucho más amplio. Además, en el caso de las regiones y territorios, no hay que olvidar la dimensión identitaria, reivindicativa y política.

En el caso de España, las desigualdades territoriales son continuamente señaladas y analizadas desde diferentes perspectivas, aunque no es menos cierto que desde la constitución del Estado de las autonomías en la transición a la democracia han adquirido una

mayor dimensión política. Sin embargo, desde una perspectiva más global, las diferencias entre el norte y el sur de España son seculares y se reproducen a través de distintos procesos que hunden sus inicios y raíces hasta siglos atrás. Por ejemplo, Pérez-Mayo (2019) incide en el peso del territorio en la igualdad de oportunidades entre las personas y en cómo un individuo, con las mismas condiciones vitales, puede contar con una evolución diferente en función del lugar de nacimiento y de residencia. Dicho autor analiza para el caso español variables clásicas como la actividad económica, el mercado de trabajo, el nivel educativo o tasas de pobreza, entre otras, para observar un mapa en el que se marcan las diferencias norte-sur. Y todo ello a pesar de los avances en las políticas vinculadas al Estado de bienestar, del desarrollo del Estado de las autonomías y de la convergencia derivada de la integración en la Unión Europea, que no habrían podido mitigar o reducir esas desigualdades territoriales. A todo ello se suma la crisis sistémica de 2008 que afectó en mayor medida a las regiones que contaban con economías menos resilientes y alejadas de las corrientes de la globalización, centradas en las grandes ciudades. Habría que sumar a este hecho el impacto de la covid-19, que, como veremos, tendrá sus efectos en las desigualdades territoriales acrecentando las tendencias anteriores.

Por su parte, en el estudio de Colino, Jaime-Castillo y Kölling (2020: 62) sobre esta cuestión se señala que «la desigualdad tiene una dimensión personal económica y social, pero también se manifiesta en una dimensión territorial entre las CCAA». En un análisis por conglomerados y teniendo en cuenta variables económicas, de empleo y mercado laboral, de oportunidades vitales y educativas, bienestar y salud y, finalmente, acción de gobierno y participación, identifican «cuatro Españas» por comunidades autónomas (pp. 59-61), que se van a corresponder en parte con algunos de los ámbitos que se van a reflejar en las próximas páginas:

• *España rica. Que serían Madrid, País Vasco, Navarra y Cataluña. Con 17 millones de habitantes, cuentan con las dos áreas metropolitanas, Madrid y Barcelona, así como con las zonas industriales más*

desarrolladas.

- *España acomodada del norte y cantábrica. Aragón, Castilla y León, La Rioja, Cantabria, Galicia y Asturias –más de ocho millones de habitantes– poseen buenos indicadores de renta, empleo, educación, etc., aunque su saldo migratorio es mayoritariamente negativo.*
- *España mediterránea. Más de 7 millones de personas residen en Islas Baleares, Comunidad Valenciana y Murcia. Zonas con más desempleo, fruto de la estacionalidad derivada del turismo, y con menores niveles educativos, aunque con saldos migratorios positivos por la oferta de empleo.*
- *Y la España pobre. Casi 14 millones de personas se concentran en Islas Canarias, Castilla-La Mancha, Andalucía y Extremadura. Niveles de renta más bajos, más desempleo, bajas proporciones de estudios universitarios, etc., para unas regiones que arrastran una desigualdad secular.*

El estudio de Colino, Jaime-Castillo y Kölling (2020) para la Friedrich- Ebert-Stiftung tiene la virtud de mostrarnos un mapa de las desigualdades territoriales, así como de alertar sobre una tendencia que es creciente, como en otros países, y sobre sus consecuencias: «Las claras diferencias regionales en términos de distribución territorial del poder económico y del empleo y, por tanto, de la calidad de vida y oportunidades hacen que la situación social sea cada vez más desigual en términos territoriales y pueda afectar a la cohesión económica y social y a las pautas de comportamiento político y electoral». Sin embargo, en el interior de las comunidades autónomas también hay diferencias que hacen que algunas zonas se encuentren en situación de mayor desventaja. Como veremos posteriormente, provincias de Aragón o de Castilla y León, por ejemplo, están en clara regresión. Pero el marco de referencia son esos procesos regionales que han generado una estructura territorial como la española.

Regresando a las ciudades, en 2019, y siguiendo las cifras del Instituto Nacional de Estadística, el 40,1 por 100 de la población española vivía en municipios de más de 100.000 habitantes,

mientras que un 39,8 por 100 lo hace en localidades de 1.001 a 10.000 y el 20,1 por 100 en municipios de menos de 1.000 habitantes. Si nos fijamos en las ciudades españolas que superan los 600.000 habitantes (Madrid, Barcelona, Valencia, Sevilla y Zaragoza), el total de su población apenas alcanzaba los 7 millones de habitantes, el 14,89 por 100 de los más de 47 millones de españoles y españolas. Claro que las cifras se complejizan cuando se tiene en cuenta las diferentes coronas metropolitanas, varios millones más en el caso de Madrid o Barcelona, o situaciones más específicas con el «Gran Bilbao», que concentra casi 900.000 habitantes. En las coronas metropolitanas de Madrid y Barcelona están algunos municipios con elevadas cantidades de población, como Hospitalet de Llobregat, Badalona, Mataró, Leganés, Getafe, Móstoles, etc., sin olvidar otros cercanos como Tarrasa y Sabadell en el caso de Barcelona. Es decir, que cuando hablamos de las ciudades medias y pequeñas vamos a centrarnos en aquellos municipios periféricos con respecto a las grandes metrópolis españolas, pero que no forman parte de sus áreas metropolitanas; no son un conjunto homogéneo, sino que cuentan con grandes diferencias entre ellas.

Son ciudades en las que viven millones de personas y forman parte del día a día de un país. Si tuviésemos que hacer una comparación funcionalista y orgánica del territorio, un tanto forzada, las ciudades medias y sus habitantes posiblemente no serían el corazón o el cerebro (que cada uno elija, no me pongo en esa tesitura), pero serían órganos vitales para el funcionamiento del organismo. Por lo general, estas ciudades suelen ser olvidadas por las grandes ciudades o las agendas públicas. Incluso sólo aparecen en los medios de comunicación cuando ocurre alguna desgracia, crimen, etc., o se produce una situación anecdótica, costumbrista o estrambótica. ¿Cuenca?, ¿Cáceres?, ¿Zamora?, ¿Huesca?... Y las que son turísticas o destacan por su valor patrimonial, tienen más opciones de alcanzar un protagonismo del que carece el resto. Seguramente, el argumento de este ostracismo es que en estas ciudades «no pasa nada». No pasa nada dependiendo de qué cánones, pero lo que sí que pasa es la vida de sus habitantes. El escritor Alberto Olmos, en un artículo sobre un viaje a Extremadura para unas charlas con escritores, recogía las dificultades para llegar a la localidad de Don Benito, donde tenía lugar el evento literario,

ya que las conexiones por tren con Madrid son complicadas, y decía sobre estos territorios que «todos los que no nacimos en Madrid, sino en sitios que a nadie le importan, volvemos a casa cuando vamos a cualquiera de esos sitios que a nadie le importan»[4]. Porque esa es la percepción que se tiene, que «no importan».

Las ciudades medias y pequeñas cargan con una serie de visiones que no son fruto de un momento ni se remontan a unos pocos años atrás. No, son escenarios forjados por décadas y siglos, y por factores económicos, políticos, sociales y culturales. Si el proceso de la despoblación obedece al éxodo rural provocado por la industrialización, la urbanización y la mecanización del campo, la situación de las ciudades medias, receptoras de parte de esa inmigración procedente de pueblos, está sujeta a lógicas de concentración, tanto de población como de actividades económicas, así como a la configuración de centros de poder en todas sus dimensiones, fundamentalmente el político y el económico.

En España, la consolidación de las grandes ciudades y de sus coronas metropolitanas, algunas de ellas muy amplias, vino marcada por la industrialización en zonas de Barcelona y su entorno y del País Vasco; contando el resto de territorios con una escala menor, aunque la industria ha estado presente en distintas zonas. En cuanto a Madrid, capital de España y ubicada en el centro del país, han sido estas dos dimensiones las determinantes en su crecimiento y expansión. Con el éxodo rural, estas grandes ciudades eran algo así como la «tierra prometida» que aseguraba un futuro mejor. Y lo mismo ocurriría con las ciudades medias, que llevaban a cabo, a su escala, su propia expansión, en la mayor parte de los casos para los habitantes de los pueblos de su propia provincia y/o región. Ocurre que, ya en esos momentos de industrialización y crecimiento de las ciudades del siglo xix, se empiezan a marcar las diferencias, que se van a intensificar desde entonces, cubriendo el siglo xx y lo que llevamos del xxi: «la inversión pública y la inversión extranjera que penetraron masivamente en España durante los años sesenta se concentraron casi exclusivamente en Madrid, Barcelona y Bilbao. Estas tres regiones metropolitanas siguen siendo los lugares más importantes para el comercio, los bancos y las sedes de las más importantes empresas industriales, nacionales y extranjeras» (Colino et al., 2020: 18).

La segunda mitad del siglo xx, especialmente en sus tres primeras décadas, es un momento en el que las ciudades medias se van quedando en un segundo plano. A pesar de la instalación de fábricas, industrias, polos de desarrollo, etc., simbólicamente han perdido la partida. Es el momento también en el que el medio rural entra en una fase de estigmatización y «caricaturización» todavía mucho mayor. En cierto sentido, medio rural y ciudades medias y pequeñas cuentan con algunos elementos en común; pero en la actualidad, mientras que el medio rural ha sido puesto en valor y reivindicado, las ciudades medias no lo han sido tanto o esta valorización se ha realizado de forma paradójica.

Y es que si hay un paralelismo que también funciona es el que se da entre las ciudades medias y las clases medias. Las ciudades medias vendrían a ser las clases medias en la dimensión municipal, estando marcadas por una aspiración de superar su posición. Y la forma de hacerlo será a través de elementos de estatus. Porque las ciudades medias también entran en competición entre ellas mismas. El estatus es uno de los motores más importantes en las historias personales y colectivas, y las ciudades medias han intentado acercarse, a su escala, a las grandes ciudades. Como a las clases medias, en los noventa también a ellas se les dijo que iban a ser cool. Es el momento en que se transmite que el tamaño no importa, que el futuro estará en la sociedad de la información y en las ventajas de lo smart (inteligente). Son años en los que, con la modernización del país, se «ponen guapas». Cambian su fisonomía e incluso crecen con la «burbuja inmobiliaria». Las ciudades medias comienzan a tener sus palacios de congresos, nuevos estadios, obras emblemáticas, ponen un Calatrava o alguna obra de otro arquitecto estrella en su núcleo urbano, organizan festivales de música de pop y rock... Se sitúan en el mapa y sueñan con seguir creciendo. Interiorizan que no importa el tamaño; que su accesibilidad, tranquilidad, proximidad, etc., son valores muy apreciados a partir de esos momentos. La impresión que da es que lo que era una debilidad se ha transformado en fortaleza.

Y aparece el turismo; el turismo es otro punto de inflexión, porque todo, absolutamente todo pasa a contar con un potencial turístico. Y lo explotan. Llegan grandes cadenas y comercios que antes sólo estaban en las grandes ciudades. Sus aperturas son acontecimientos.

Se levantan nuevas circunvalaciones y viales que las rodean y articulan. E incluso a no pocas ciudades medias y pequeñas llega el AVE, símbolo de la modernidad, o les ponen un aeropuerto. Los ciudadanos se sienten orgullosos de sus municipios; ya no son esos lugares que describía Carmen Maura al hablar de Logroño.

Hay que tener en cuenta el escenario en el que se desarrolla esta evolución. La España de los noventa es una sociedad en una continua transformación. Ha entrado en la modernidad de diferentes formas. Los años ochenta son los de la construcción de un Estado de bienestar que implica un gran avance en las transferencias sociales, una España en la que la movilidad social es posible, principalmente gracias al acceso a la educación superior. Como veremos posteriormente, numerosas ciudades medias incorporarán universidades, lo que contribuirá a que muchos chicos y chicas puedan cursar ese tipo de estudios sin salir de sus territorios. Es una España que también desarrolla su Estado de las autonomías, fundamental para entender todo el proceso de las ciudades medias y pequeñas, especialmente aquellas que son capitales de comunidades autónomas. Es una España que entra en la Unión Europea, un punto de inflexión con consecuencias en todas las direcciones: se incorpora, por fin, a una modernidad que la equipara a sus vecinos europeos, aunque tendría también sus peajes, como por ejemplo que «el precio a pagar por entrar en la Unión Europea era el desmantelamiento del tejido productivo en el que se basaba la vida económica de regiones enteras sin que nadie ofreciera ninguna alternativa» (Rendueles, 2020: 117). Le ha costado muchísimo, pero la alcanza. Sin embargo, en el acceso a la modernidad, las ciudades medias y pequeñas todavía tienen que seguir remando. El inicio de la década de los noventa supone una reafirmación en ese camino. Especialmente con su 1992, cuando se celebraron los Juegos Olímpicos de Barcelona y la Exposición Universal de Sevilla: símbolos que se ven empañados por la crisis inmediata y que también cuentan con sus reversos, como muestra el documental *El año del descubrimiento* del director Luis López Carrasco (en el mismo también se recogen los disturbios de Cartagena fruto de las reconversiones industriales, sus causas y consecuencias)[5]. Pero el camino es imparable. La segunda mitad de los noventa es aquella en la que todos vamos a sentir que somos especiales y únicos, que tenemos que serlo y aspirar a ello, y las

ciudades medias también.

Sin embargo, a la vez que esta sensación, especialmente en la segunda mitad de la década de los noventa del siglo xx y buena parte de la primera del siglo xxi, se dan otros procesos que también vienen de antes y que ya hemos anunciando. Son años de cierre de industrias, de deslocalizaciones, de pérdida de puestos de trabajo del sector secundario que habían sido motor de estos municipios e incluso de sus regiones. Cuanto mayor es la dependencia de un sector o de una actividad, más impacto y visibilidad tiene. Ocurre en Vigo, ocurre en Asturias, ocurre incluso en el País Vasco, ocurre en otros lugares, donde se puede calificar de shock, pero su funcionamiento, en algunas ocasiones, es más sutil. En no pocas ocasiones suele ser un goteo, fundamentalmente en territorios donde las actividades son más dispersas o están más diversificadas. Ocupa los titulares de la prensa regional pero poco más, salvo el caso de los grandes cierres o de voluminosos despidos, que implican una transformación de la estructura económica de un territorio. Ese goteo, ese proceso más gradual, junto con la transformación de las ciudades medias en ciudades de servicios, provocará una suerte de adaptación.

Son los años en los que se insiste en el valor de este tipo de ciudades, en que no hace falta estar en Madrid o Barcelona para situarse en el mapa. Es su momento, la ocasión para dejar de ser aquel lugar en el que no pasaba nada y en el que ahora iban a ocurrir cosas. Pero no es verdad. La realidad es que, bajo la impresión de que «estamos en el mapa», de las obras que implican estatus, de las llamadas a las smart cities, al movimiento slow (lento) y a la conectividad del emergente internet, la acción sigue estando en las grandes ciudades, y se intensificará en ellas. González-Leonardo, López-Gay y Recaño (2019: 4) realizan un diagnóstico acertado de lo que está ocurriendo:

Estas ciudades, urbes pequeñas e intermedias del tejido urbano español, presentan una escasa competitividad en la economía globalizada actual. Han quedado al margen de grandes inversiones de capital, tanto nacional como internacional, y no han sido capaces de crear una economía basada en nuevas tecnologías aprovechando

el capital humano endógeno. En muchos casos, se trata de ciudades que no se han recuperado de los procesos de desindustrialización o que aún tratan de mantener un tejido productivo con cierta obsolescencia y un importante déficit de actividades de alto valor añadido.

Estando de acuerdo en gran medida con esta descripción, cabría preguntarse por las causas de haberse quedado fuera del circuito. Existen razones internas, pero también externas. Que en los territorios intermedios, en las periferias y sus ciudades, arrastrados por las corrientes dominantes, se ha apostado por el cortoplacismo y, en no pocas ocasiones, se han «comprado» soluciones que no han funcionado, estamos totalmente de acuerdo. Pero los flujos se han centrado en las áreas urbanas más grandes, dándoles más oportunidades a estas y muchas menos al resto.

Y es que la globalización no será protagonizada por las regiones sino por las grandes ciudades. Es un hecho que se constata en los flujos de la información, el capital y las personas. Las grandes ciudades, metrópolis que pueden funcionar incluso de forma autónoma con respecto a sus Estados, son las que han marcado el rumbo de una globalización intensificada en las dos primeras décadas del siglo xxi y que cabalga a lomos de las tecnologías de la información y la comunicación (TIC). El geógrafo Christophe Guilluy se mostraba muy crítico con esta situación al analizar el proceso: «Las metrópolis concentran a la mayoría de las clases más altas y controlan desde hace décadas la parte fundamental del empleo, la riqueza y las inversiones, tanto públicas como privadas. El ascenso de las grandes urbes, producto de la ideología dominante, se convirtió en dogma, en un horizonte infranqueable. Estos gigantes con pies de barro, excesivos, esclerotizados por su falta de diversidad social, simbolizan el hundimiento cultural del mundo de arriba»[6].

El discurso de que la conectividad iba a igualar las oportunidades tanto entre personas como entre empresas, y también territorios, ha sido una constante desde que internet se generalizó, pero la realidad es otra y muy distinta. Y es que, en definitiva, «Los efectos de la globalización se manifestaron en muy diversos órdenes, pero

quizá el más significativo de ellos haya sido el geográfico, ya que el desarrollo regional fue muy desigual» (Hernández, 2020a: 87).

Recordemos. Podías colgar tu trabajo en la red, podías subir tu música y tu arte; ofrecer tus servicios como profesional; crear muñecas artesanales en un pueblo de las montañas asturianas (es una noticia real) que, a través de internet, llegarían a todo el mundo. El escenario invitaba al optimismo y las ciudades medias también se lanzaron al mismo. Allí estaban ellas, mostrando sus virtudes al mundo; con la conectividad vía internet todo se podía hacer desde Huelva, Ciudad Real o un pueblo perdido en las montañas turolenses. Pero no. Esteban Hernández (2014) lo expresó perfectamente en el caso de los artistas y grupos de música: internet no sólo no habría sacado del ostracismo a la clase media de la música, sino que la habría llevado unos pasos más atrás.

El último lustro ha mostrado, más a las claras si cabe, la situación de las grandes ciudades en el orden de la globalización. Los datos son testarudos y muchas veces se olvidan. Como veremos en capítulos posteriores, los movimientos de población de los territorios intermedios a las grandes ciudades son una constante y no han dejado de producirse. Y la situación para estos migrantes se complica aún más con las condiciones de vida en estas grandes ciudades, por ejemplo, con los salarios bajos y con el difícil acceso a la vivienda por sus precios elevados, tanto en el caso del alquiler como en el de la adquisición en propiedad. Esto también da lugar a que parte de las personas que pueden permitirse el lujo de desplazarse a Madrid o Barcelona a trabajar en profesiones cualificadas sean de clases sociales más altas, ya que, en muchos casos, dependen de la ayuda de sus familias. En este sentido, Ana Iris Simón señala en su novela autobiográfica *Feria* las dificultades de vivir en un Madrid con una profesión como periodista, lo complejo que resulta tener un proyecto de vida como el que sus padres tuvieron a su edad, el compartir piso en alquiler, etc. Esta situación también ha sido objeto de artículos de prensa y reportajes, donde se incide en el impacto de la vivienda en los salarios, así como en otros factores relacionados con la estabilidad vital[7].

Por lo tanto, las ciudades medias y pequeñas, en el conjunto de los territorios intermedios y periferias que señala de forma acertada el

ya mencionado geógrafo francés Christophe Guilluy (2019a), suponen uno de los grandes referentes para comprender el mundo actual. La teoría de Guilluy ha generado numerosas controversias y ha sido criticada desde diferentes posiciones ideológicas, incluidas de izquierdas. Guilluy pone el acento en esas zonas de Francia, que se pueden encontrar en cualquier país, que están quedando relegadas en la carrera de la globalización. En *No Society*. El fin de la clase media occidental, este proceso lo vincula con la transformación de la estructura social, en la línea de muchos trabajos que hacen referencia a las clases sociales y a la situación de las clases medias, aunque aquí lo lleva también a los territorios. Guilluy los define, como ya hemos dicho, como «territorios intermedios» o «periferias», fuera del radar de las grandes ciudades, que son las protagonistas de la globalización. Es decir, son zonas que se van quedando en un segundo plano, en una situación de desigualdad. Como muchos estratos sociales, estas regiones y ciudades se sienten, y son, «perdedores de la globalización». Mientras que, debido a concentraciones de población, actividades, poder, etc., los «ganadores» se ubican en ciertos espacios urbanos y metropolitanos.

Este escenario explicaría, en buena parte, revueltas como la de los «chalecos amarillos» en Francia o por qué parte del electorado de clases trabajadoras y medias se ha pasado a la extrema derecha populista. Como otras visiones, Guilluy también pone el acento en la importancia de los vínculos y del reconocimiento, pero desde una perspectiva diferente a la de las «políticas de la identidad», que habrían acaparado el discurso.

La obra de Guilluy ha tenido una importante repercusión en España; no en vano, refleja una situación que no nos es nada ajena. En ella también hace referencia al papel que desempeñan las elites y los grupos de poder, en cualquier dimensión, a la hora de crear, transmitir y reproducir unas ciertas definiciones de la realidad, y cómo, en este caso, hay una disonancia entre lo que dicen y las medidas que se toman, generándose una reconfiguración de la estructura social que afecta a toda la sociedad y que acaba con las clases medias, en el sentido occidental en el que las conocemos. Las elites dominantes, incluidas las académicas y las culturales, se habrían desconectado del «mundo de abajo» o de «la gente». Guilluy

construye una imagen poderosa en esa contraposición entre ese «mundo de arriba» y el «mundo de abajo»: el primero, unas clases dominantes clasistas y elitistas, que cada vez concentrarían más riquezas y recursos a costa del segundo, que habría quedado abandonado en una suerte de deslealtad.

El diagnóstico, siguiendo en parte un modelo como el de Guy Standing con su «precariado» (2013), es que aparecen nuevas clases sociales «populares», para las que la posición territorial supone un factor de desigualdad y que, por primera vez para Guilluy, no vivirían donde se crea riqueza y empleo, lo cual implica un nuevo sistema social con dos mundos «cada vez más herméticos social y culturalmente; [que] ya no forman sociedad» (2019a: 117). Estas nuevas clases populares van sustituyendo a las clases medias tradicionales, las cuales habrían perdido su dimensión como referentes culturales a través de la movilidad y el ascenso social. De esta forma, se da una quiebra del sistema social, ya que esas clases medias son clave en la configuración y legitimación de la sociedad. Agricultores y ganaderos, pequeños empresarios, profesionales liberales, autónomos y autónomas, trabajadores y trabajadoras no cualificados, comerciantes, etc. (¿queda alguien fuera?), todos pasarían a engrosar esas nuevas clases populares. Para Guilluy, los próximos objetivos serían las que denomina «clases protegidas», funcionarios y jubilados. En definitiva, un modelo político, económico y social, el de la globalización, que tiene unos límites muy claros.

Guilluy (2019a: 20) aplica los términos territorios intermedios y periferias para describir un ámbito que, realmente, es el que se queda fuera de las grandes ciudades:

ciudades de tamaño medio, ciudades pequeñas, las «zonas suburbanas castigadas», zonas rurales. Esta geografía social, muy diversa, tanto urbana como rural, situada en zonas de empleos rural-industriales, pero también residenciales y poco dinámicas, representa un nuevo mundo: el de las periferias. Situado al margen de los territorios que concentran lo esencial del empleo y las riquezas (las metrópolis y las zonas turísticas privilegiadas gracias a la burguesía metropolitana), hoy en día el mundo de las periferias

acoge a la mayoría de los grupos que antes constituían la base de la clase media.

E insiste en que son las zonas en las que cada vez se notan más las consecuencias negativas del modelo económico. Posiblemente, a muchas personas la visión de Guilluy les pueda parecer exagerada o que no recoge la diversidad de territorios intermedios, que se centra en algunos muy específicos (zonas agrícolas y ganaderas, así como territorios industriales que han sufrido procesos de deslocalización y de desindustrialización), o que no tiene en consideración la heterogeneidad interna de estos lugares, donde también se da, como no podía ser de otra manera, una estructura de clases y que cuenta con unos grupos mejor posicionados que otros. Ciertamente, no todos los territorios intermedios están en esa situación en el mismo grado, pero son fenómenos globales que se van produciendo e institucionalizando. De esta forma, en gran medida está describiendo también a una España que se ajusta a ese esquema. Aunque no podemos dejar de señalar las características e idiosincrasias del modelo francés, no cabe duda de que la tendencia está ahí.

Si Guilluy aborda la situación de estos territorios desde lo académico, la novela *Sus hijos después de ellos*, de Nicolas Mathieu, la refleja a la perfección desde la ficción. Publicada en 2018, logró ese mismo año el Premio Goncourt, uno de los más prestigiosos de las letras francesas. Mathieu recrea la acción en «un territorio intermedio» ficticio inspirado en su lugar de origen y cuenta procesos de desindustrialización y cuestiones vinculadas a la identidad. La acción transcurre durante cuatro veranos en la década de los noventa, aunque nos permite mirar hacia atrás en el sentido del origen de los protagonistas, al tiempo que también se proyecta hacia el futuro, hecho claramente intencionado para explicar el escenario actual. Aparecen la inmigración, las segundas generaciones, las expectativas y promesas no cumplidas, la movilidad social, la importancia del origen socioeconómico, la estructura social, las contradicciones de la modernidad, etc. Muchos pasajes del libro los hemos vivido totalmente o en parte, como el siguiente: «Desde hacía una temporada, el centro urbano era

escenario de fenómenos contradictorios: mientras los comercios se exiliaban a la periferia, el ayuntamiento invertía grandes sumas en remozar las calles, las fachadas y el patrimonio histórico» (2019: 344 y 345).

La novela te lleva por varias generaciones y la transmisión de padres a hijos de unas condiciones de existencia que vienen muy marcadas por el origen. Aparecen también las costuras del Estado francés, y el territorio y su posición en las corrientes globales son determinantes en la vida de los protagonistas. A pesar de contar con personajes arquetípicos (clase trabajadora, clase media cualificada aspiracional, inmigrantes y segundas generaciones, etc.), Mathieu logra reflejar en novela la teoría de Guilluy. Como suele ocurrir en Francia, la sombra de Pierre Bourdieu está muy presente, por lo que aparecen cuestiones relativas a la educación y a la meritocracia, uno de los puntos más interesantes de la novela en lo referente al sobreesfuerzo que implica para no pocos colectivos y lo que ocurre en la realidad: «El colegio actuaba como estación de clasificación. Algunos salían antes y los destinaban a tareas manuales, infrapagadas o poco gratificantes. Alguno acababa de fontanero millonario o mecánico forrado, pero, en conjunto, aquellos desvíos anticipados no llevaban muy lejos» (2019: 352 y 353). Y no quedan mejor paradas las formaciones superiores que tienen poco recorrido y que generan profesionales que «engrosarían entonces esa categoría amargada que constituyen los trabajadores hiperformados y subempleados, que se enteran de todo pero no pueden hacer nada» (2019: 353).

La novela de Mathieu puede leerse tras Guilluy, o a la par, porque mientras el segundo muestra las teorías, el primero lo pone en las vidas cotidianas de la gente. Como persona de ciudad media, de «territorio intermedio» y de origen de clase trabajadora que pasa a clase media aspiracional, con el valor de la educación como uno de los ejes vectores, junto con las crecientes contradicciones del presente, es imposible no sentirse identificado tanto con aquello sobre lo que teoriza Guilluy como con lo que narra Mathieu. Podemos cambiar el valle ficticio de Heillange en el nordeste de Francia, junto a la frontera con Luxemburgo, por cualquiera de nuestros territorios similares, y no habría muchas diferencias: los jóvenes que salen a estudiar a otras ciudades y ya no regresan (ni

quieren en no pocos casos), la industria sustituida por la promesa del turismo y de actividades terciarias con pocos ajustes en el territorio (¿dónde están todos esos empleos emergentes prometidos?), el aumento del estatus como factor de clase social, el sentimiento de desubicación de unos colectivos, etc. Está casi todo.

En febrero de 2019, Manuel Pimentel, exministro de Trabajo y Asuntos Sociales en los años 1999 y 2000, durante el primer gobierno del Partido Popular de José María Aznar, publicó un artículo en esPúblicoBlog titulado «El implacable declive de las ciudades medias. ¿Una maldición sin remedio?». En el mismo hacía referencia a su experiencia como habitante de Córdoba y realizaba el diagnóstico sobre la situación de ciudades como la suya que hemos venido presentando. En su cierre, señalaba que,

las ciudades medias languidecen sin que nadie alce la voz en su defensa. Hace unos años, nos escandalizamos al descubrir la España vacía, esos inmensos páramos de densidad siberiana. Ojalá algún día, al despertar, no nos percatemos de la España de las ciudades muertas. Que entre todos la matamos y ellas solas se murieron. Abramos el debate, ahora que aún estamos a tiempo. ¿O ya no lo estamos? Quién sabe, quién sabe...[8].

Es la consecuencia de que «el proceso de urbanización de las cuatro últimas décadas se convirtió en la última década en un proceso de metropolización, que ha concentrado las actividades de alto valor añadido en las dos grandes ciudades españolas: Madrid y Barcelona» (Colino et al., 2020: 9).

De esta forma, los territorios intermedios, y sus ciudades, son unos actores que se encuentran en una posición de desventaja en un contexto más competitivo y a los que la crisis de la covid-19 sigue situando en una encrucijada. ¿Se recrudecerán las tendencias pasadas o se podrá dar un giro de timón?, ¿se verán las ciudades medias y pequeñas beneficiadas de esta pandemia por ser lugares con menos densidad de población, como se indica para el medio rural? Todavía es pronto para dar una respuesta, pero en las

conclusiones de este libro trataremos de ver las opciones de dichas ciudades en el contexto de la covid-19, y ya podemos adelantar que no son muy halagüeñas.

Este libro va sobre las ciudades medias y los territorios intermedios; también utilizaremos los términos ciudades pequeñas y periferias. En todo caso, forman parte del mismo fenómeno. No pretende ser un estudio sociológico de carácter científico, pero sí reflejar una serie de cuestiones que están presentes en nuestra realidad y de las que no se suele hablar o cuentan con poco espacio en los medios de comunicación nacionales. Para hacer un estudio de esas características, habría que descender a cada ciudad con sus idiosincrasias, sus trayectorias, los factores que la han determinado, etc. No es el caso, pero hay aspectos comunes que están muy presentes en los escenarios en los que se encuentran estas localidades y zonas; seguro que muchas personas reconocerán y se reconocerán en parte de estas páginas. Logroño será utilizada como ejemplo de ciudad media, la mía y la que conozco muy bien, funcionando como paradigma de ese tipo de localidades; no es para nada casualidad que a Carmen Maura le viniese a la cabeza su nombre. Sus dimensiones, sus aproximadamente 150 mil habitantes, su trayectoria y el hecho de ser capital de comunidad autónoma, y anteriormente de provincia, la dotan de unas características que se pueden ver en otros muchos municipios de nuestro país. Pero cada localidad tiene su historia, no hay duda.

También habrá presencia para la historia de mi familia, que sirve como ejemplo de lo que ocurrió con muchísimas otras en España. Protagonistas del éxodo rural, llegaron a la ciudad media para aspirar a convertirse en clase media y, parte de sus hijos y nietos, conseguimos llegar incluso a estudios universitarios y profesiones cualificadas. Mi familia aparece como una muestra de la generalidad de otras muchas y representa ese proceso.

En las siguientes páginas avanzaremos por la realidad de las ciudades medias, estableciendo algunos de sus hitos y relacionándolas con las clases medias. Las dos comparten una visión aspiracional y un cierto complejo en relación con las grandes ciudades y con las clases situadas por encima de ellas en la pirámide social. Pero, antes de todo ello, hay que descender a otros

ámbitos como lo ocurrido con el medio rural, su relación con las ciudades medias y pequeñas, y la repetición de ciertos discursos y escenarios que sirven de guía, salvando las distancias. Y es que los grandes procesos que han marcado nuestra realidad se encuentran interrelacionados. Hablar de estas ciudades, de los territorios intermedios que en gran medida las encuadran, es hacerlo de cómo se ha constituido no sólo la estructura territorial de España, sino también su propia identidad, qué papel han ido desempeñando esas zonas y cómo están afectando los cambios de las últimas décadas a estos municipios, con un resultado ambivalente. Tampoco se trata de realizar una exaltación acrítica de estos territorios intermedios. No, tienen sus críticas y aspectos que no son para nada positivos, sus limitaciones, como todo. Y no es una cuestión de quitar mérito o relevancia a las grandes ciudades. Al contrario, Madrid, especialmente por ser el centro de poder de España, y Barcelona despiertan sentimientos encontrados, de la fascinación por sus atractivos y fortalezas al hartazgo por la impresión de que condicionan no pocas cuestiones o que parece que sólo existen ellas. La penúltima ocasión en la que esto ocurrió fue a comienzos de 2021, con la borrasca «Filomena», que paralizó Madrid y buena parte del centro peninsular. Las redes sociales se llenaron de comentarios en relación con que estas nevadas ocurrían en otras partes de España todos los años. Obviamente, el impacto de la borrasca y sus consecuencias afectaban a millones de personas en la capital, pero es sintomático que volviesen a reflejarse las críticas hacia la atención recibida por Madrid en los medios de comunicación.

Dentro de las grandes estructuras y de los grandes procesos, hay personas. Unas veces se dejarán llevar por los mismos –en ocasiones, por las inercias de estos–; otras serán capaces de cambiarlos e incluso de subvertirlos con sus acciones. También se dan cambios lentos y graduales que funcionan en las dos direcciones. No entenderíamos la realidad si nos fijásemos únicamente en esos grandes movimientos que hemos señalado o en los grandes datos e indicadores que los sustentan, no. Insistimos, va de personas, va de la gente, de gente que nace y vive en un determinado lugar, ni mejor ni peor. La vida cotidiana de las personas discurre entre calles y barrios, en transportes públicos, en miradas a un entorno que les resulta familiar, en pequeños y

grandes ritos aprendidos en socializaciones y en el impacto de esos grandes procesos en sus vidas cotidianas, en cómo les afectan, cómo se transforman sus realidades e implican cambios en todas las dimensiones de su vida, aunque en no pocas ocasiones no nos demos ni cuenta. Gente que, mayoritariamente, no está en el centro de la acción ni en los lugares donde se toman las decisiones. Gente que vive en ciudades que son importantes para quienes las habitan, pero que suelen permanecer anónimas para el resto.

En definitiva, la situación de estos territorios está afectada por una serie de grandes procesos que generan desigualdades, desajustes y desequilibrios. Buena parte de los mismos tienen su origen en el pasado, son acumulativos y se van reproduciendo, a pesar de las acciones para mitigarlos o reducirlos, y su solución es compleja. Otros son consecuencias de dinámicas más recientes, como la globalización, que inciden en mayor medida en aquellos territorios que ya estaban anteriormente en posición de desventaja. En cierto sentido, estaríamos hablando de un «efecto Mateo» de carácter territorial –se le da más al que más tiene–, que se desarrollaría entre las regiones y los municipios, como ocurre en el caso de los individuos y los grupos sociales.

Los efectos de estos procesos ya se están evidenciando y pueden socavar la cohesión social. Pero también va de la identidad, personal y colectiva –cómo nos vemos y somos vistos–, y de cómo influyen esas circunstancias en nuestras vidas. Por eso, en las siguientes páginas también se prestará atención a aquellos discursos contruidos sobre nuestras realidades, los cuales son transmitidos desde diferentes agencias, como los medios de comunicación, pero también desde el mundo de la cultura, desde el cine y la televisión hasta la literatura y la música. Y aquí cobra especial importancia la evolución de determinadas visiones tanto sobre el medio rural como sobre las ciudades pequeñas y medias. Son estereotipos contruidos y reproducidos socialmente que contribuyen a construir nuestras realidades y que tienen más fortaleza que la que nos parece, aunque muchas veces tengan ya poco que ver con lo que ocurre realmente. Son espejos en los que nos miramos y frente a los que nos acomodamos o nos rebelamos, pero que están ahí.

- [1] Las cursivas son literales del artículo. Fuente: [<https://www.elmundo.es/papel/historias/2019/01/17/5c3f736121efa069298b4801.html>].
- [2] Fuente: [<https://nuevecuatrouno.com/2019/01/17/sorpresa-actriz-carmen-maura-entrevista-mundo-hormiguero/>].
- [3] [<https://www.youtube.com/watch?v=u8pSInVSKSI>].
- [4] [https://blogs.elconfidencial.com/cultura/mala-fama/2020-03-11/espana-vacia-extremadura-don-benito-bus_2489815/].
- [5] [https://www.eldiario.es/cultura/cine/ano-descubrimiento-memoria-filmica-lucha-obrera-ocultada-fastos-olimpicos-expo-sevilla_1_6404684.html].
- [6] [<https://elpais.com/opinion/2020-11-06/sobre-las-ruinas-de-la-clase-media.html>].
- [7] [<https://smoda.elpais.com/moda/la-vuelta-a-las-provincias-gracias-al-teletrabajo-dejar-madrid-ha-sido-una-apuesta-por-mi-salud-mental/>].
- [8] [<https://www.administracionpublica.com/el-impacable-declive-de-las-ciudades-medias-una-maldicion-sin-remedio/>].

capítulo ii

Lo primero fue el pueblo, luego la capital... y de vuelta al pueblo

En el año 2016, Sergio del Molino publicó un fantástico libro sobre la despoblación de las zonas rurales de España: lo tituló *La España vacía*. Viaje por un país que nunca fue. Del Molino acertó; nombró un fenómeno y estableció un canon sobre el que abordar la despoblación. El libro fue un éxito y el fenómeno de la despoblación se puso de forma más explícita en el mapa de la agenda pública y de los medios de comunicación. Pero el éxodo rural y de las zonas como las que describía Del Molino, buena parte del interior peninsular, no era una novedad. Al contrario. Puede que mucha gente cayese en la cuenta en ese momento y con todo lo que sucedió después, pero venía de lejos. Concretamente desde la segunda mitad del siglo xix. El presente capítulo tiene que partir de la situación del medio rural y de la despoblación ya que contribuyen a explicar también el escenario de los territorios intermedios, en los que se inserta, y de sus ciudades pequeñas y medias. Además, hay procesos que se repiten, pero a otra escala. En cierto sentido, es un «cómo hemos llegado hasta aquí».

Una historia familiar

En este sentido, tengo que abrir un paréntesis que sirve para ilustrar el proceso que se va a describir, como se ha señalado en páginas anteriores. Soy hijo de personas que protagonizaron el éxodo rural, aunque mi familia materna y paterna vivieron la situación de diferente manera, y la relación con uno de los pueblos de procedencia marcó parte de mi vida y la de mi familia más directa.

La historia general seguro que coincide con la de millones de personas y familias que protagonizaron trayectorias similares y con las que se comparten buena parte de imaginarios colectivos, universos simbólicos y códigos.

Mi familia materna había venido a Logroño a finales de la década de los cuarenta desde un pueblo de las sierras de la Rioja Baja, Muro de Aguas, situado a unos 65 kilómetros de la capital riojana. Mi madre, Elvira, tenía tres años y mis abuelos no se quedaron con ninguna propiedad en el pueblo. Mi abuelo, Armando, tenía un proyecto de vida que pasaba por salir del pueblo, en todos los sentidos. Era alto y elegante, le hubiese gustado estudiar, siempre estaba leyendo y se sentía muy riojano y muy logroñés. A mi abuela, Encarna, le tiraba más el pueblo, estaba más apegada, pero tampoco de forma muy sentimental; era la sobriedad personificada. En la casa de mis abuelos maternos, que fue mi segunda casa durante buena parte de mi vida, había una pequeña foto de la «Fuente de los dieciséis caños» de Muro de Aguas (sin duda alguna, el elemento simbólico más importante del pueblo), famosa en toda la región y los alrededores por la calidad de sus aguas. Mi abuela, muy devota, tenía una foto en blanco y negro del Cristo de Ambas Aguas. Ambas Aguas es un pequeño pueblo, que yo ya conocí abandonado, a unos kilómetros del mío. La devoción por el Cristo de Ambas Aguas estaba extendida también por la zona. Aquellas eran tierras duras y áridas, tierras de las que sus habitantes se iban. Mi madre se socializó como una logroñesa más y nunca tuvo un arraigo especial por su pueblo de origen –no podía tener recuerdos asociados al mismo porque se fue con tres años–; en cierto sentido, representaba a la clase media aspiracional de las primeras décadas de la segunda mitad del siglo xx de muchas zonas de España.

Mi familia materna, como decía, especialmente mi abuelo y mi madre, era muy de Logroño. Tenían un sentimiento de pertenencia que nos transmitieron. Vivían en el centro, en Pérez Galdós, en una casa de los años cincuenta. Pérez Galdós es la calle paralela hacia el sur de la Gran Vía, el eje transversal del centro de la ciudad y que, en sus tiempos, ubicó las vías del ferrocarril y la estación de tren. Siempre recordaban cuando allí había pocas casas y cómo, a partir de la década de los sesenta, cambió. Cuando se jubiló mi abuelo, estuvo unos años cobrando recibos de Finisterre, la compañía de

seguros, y su trabajo consistía en ir a las casas a cobrar y entregar unos pequeños cupones azules, eran los años setenta y ochenta. Muchas veces, yo le acompañaba y me enseñaba las calles y sus nombres. Exceptuando el Casco Antiguo, que entonces era peligroso, casi íbamos por toda la ciudad. Incluso a veces cogíamos el autobús para ir al barrio de Yagüe, que en aquellos tiempos nos parecía lejísimos; creo que Logroño tendría tres líneas de autobuses, hoy andamos en 11, y la comunidad autónoma de La Rioja cuenta con otras siete de Transporte Metropolitano, que conectan Logroño con los municipios de su entorno. Para hacerse una idea del peso que tenía Logroño para mi familia materna, la principal imagen en las paredes de su casa era precisamente de la ciudad. Aquellas casas enormes, con grandes pasillos interminables, contaban con un comedor que se utilizaba poco, frente a la sala de estar más pequeña, que era donde se hacía la vida cotidiana. Pues bien, si las dos imágenes que correspondían a Muro de Aguas eran de dimensiones reducidas, en ese gran salón había un cuadro panorámico del Casco Antiguo de Logroño desde el otro lado del puente de Piedra con las características torres de las iglesias de San Bartolomé, Palacio, Santiago y la concatedral de Santa María de la Redonda. Aquel cuadro lo había pintado mi padre, del que hablaremos a continuación.

Mi familia paterna era muy numerosa. Provenía de otro pueblo, situado a casi la misma distancia de Logroño que Muro de Aguas, 58 kilómetros. Montenegro de Cameros es una anomalía histórica, pues se trata del único municipio de Cameros que se quedó en Soria cuando Javier de Burgos definió el mapa provincial de España actual en 1833. Montenegro está enclavado entre dos puertos de montaña, Santa Inés y Montenegro. El primero lo separa de Soria, siendo la relación de Montenegro fundamentalmente con La Rioja; de hecho, la mayoría del éxodo rural de ese pueblo fue a Logroño y sus descendientes son riojanos. Como anécdota, su prefijo telefónico es el 941, el de La Rioja. Si Muro de Aguas es árido, Montenegro es un paisaje de montaña. Por encima de los 1.200 metros, está formado por bosques y grandes pastos en las cumbres, con los picos de Urbión y la Sierra de Cebollera a su alrededor, algunos de ellos con más de 2.000 metros de altitud.

Mi padre, Jesús, tenía catorce años cuando mis abuelos y sus

hermanos y hermanas llegaron a Logroño; aunque primero fueron a Ventas Blancas, una localidad cercana a la ciudad. A los dos años, se establecieron en la capital y tuvieron dos hijos más, con un total de siete. En la casa de mis abuelos, en su salón (al ser tantos, aquí no había opción de reservarlo para las ocasiones especiales, sino que se utilizaba de forma cotidiana), había una enorme fotografía panorámica de Montenegro que ocupaba media pared. Esa foto era de mi padre, que se había hecho fotógrafo. Si el arraigo se mide por el tamaño de las fotos, mi familia paterna ganaba de calle. De hecho, no vendió su gran casa del pueblo, típica de esa zona ganadera.

Mi abuelo, Dionisio, no se adaptó nunca a Logroño. Cuando se jubiló, le faltó tiempo para irse a Montenegro y echarse un pequeño rebaño de cabras. No bajaba a Logroño más que a las celebraciones familiares. Era un hombre muy reservado y tímido, no muy sociable. Estaba feliz en el pueblo, era su lugar. Mi abuela, Benita, era todo lo contrario, un torbellino que necesitaba estar con la gente. Procedía de Brieva de Cameros, un pueblo riojano vecino. Cuando eran novios, mi abuelo iba atravesando las montañas en caballería, como decían ellos, por paisajes increíbles. Mi abuela se dedicó a estar entre Logroño y Montenegro cuando mi abuelo se fue al pueblo y así se mantuvo hasta que fueron cayendo enfermos (aunque para eso todavía faltarían dos décadas).

En 1977, yo no tenía ni cuatro años y mi hermano acababa de nacer. Mi padre decidió dar un vuelco a su vida y se fue a Montenegro a construir una casa y a poner ganado. Mi madre decidió quedarse en Logroño con sus hijos. Aquello que hizo mi padre sí que era «neorruralismo» y no algunas de las cuestiones que se definen en la actualidad como tal. Mi padre tendría que tener algo en su interior que nunca conseguimos averiguar. Había conseguido ser un profesional de la fotografía respetado e incluso puso su propio estudio; curiosamente en la misma calle Pérez Galdós. La gente que lo conoció como fotógrafo dice que era bueno, pero, no cabe duda, la llamada de «su pueblo» fue más fuerte. Mi madre, por su parte, tomó una decisión muy valiente; no se veía en un pueblo, y menos con dos niños pequeños. No, no hablamos de los pueblos actuales, son otros muy diferentes, con unas comunicaciones y unos servicios bien distintos. Además, «volver al

pueblo» en aquellas décadas no tiene las connotaciones actuales, como veremos posteriormente. Entonces ese regreso implicaba una decisión socialmente «equivocada», cuando no también un cierto «fracaso». Hablamos de la visión social, de lo que se pensaba en la sociedad de los pueblos y de las actividades del sector primario. El pueblo era ese estado superado, y todos los prejuicios y estereotipos estaban más que presentes.

Esa decisión marcó parte de nuestras vidas. Cuando salíamos del colegio, los viernes por la tarde, mi padre venía a buscarnos y nos íbamos toda la familia a Montenegro. Pocos años después, nacería mi hermana. Durante la década de los ochenta, vivíamos en una especie de híbrido entre el medio urbano y el medio rural. No nos sentíamos «de pueblo», pero mi padre era ganadero y pasábamos allí, salvo durante el crudo invierno, todos los fines de semana, así como Semana Santa, alguna Navidad, festivos y todos los meses de verano. Eso nos permitió conocer todos los pueblos de alrededor. Porque, si mi madre había heredado la visión sobre la ciudad de mi abuelo materno, mi padre había cogido la parte sociable de mi abuela paterna y el vínculo con el pueblo de mi abuelo paterno. Íbamos a Villoslada de Cameros, Viniegra de Arriba, Viniegra de Abajo, Ventrosa, Brieve de Cameros, Ortigosa de Cameros y, ya en Soria, a Vinuesa y Covaleda, todos ellos pueblos de aquellas sierras y montañas.

Mi padre comenzó a construirse una casa sobredimensionada que nunca terminó. Los veranos en aquel pueblo los pasaba por las montañas, acompañando a mi padre con las ovejas, jugando con los niños del pueblo y con los que venían como nosotros, a la vez que mis abuelos maternos llegaban para estar allí algunas semanas. También iban a Muro de Aguas, donde un tío mío había llevado un proceso similar, pero con toda la familia y no para dedicarse a la ganadería. Cuando mis abuelos maternos se iban a Muro de Aguas, algunos veranos mi hermano y yo los acompañábamos una semana para estar con nuestros primos; además, Muro de Aguas tenía piscina, hecho que en esas décadas también se consideraba un signo de estatus de los pueblos. Me encantaba cuando mis abuelos venían a Montenegro; subía a una loma que estaba encima de la casa para ver el autobús llegar a lo lejos. Por cierto, no era autobús sino «coche de línea».

Cuando hoy se habla del medio rural, e incluso de su pasado, suele hacerse de forma idealizada. Pero ese no fue el que yo vi ni viví. La ganadería era dura, y lo sigue siendo. Mi padre no se tomó ningún día de vacaciones; las ovejas no lo hacían, obviamente. En aquellos años, tampoco los servicios eran los que son hoy. Un ejemplo muy claro es el de la escuela en el medio rural. Habiéndome especializado en parte en Sociología de la Educación, tengo la oportunidad de conocer muchas escuelas rurales. Siempre recuerdo que una vez entramos en la escuela de Montenegro cuando yo era niño y me sorprendió porque tenía poco que ver con la mía en Logroño, yo tendría unos doce años o así. Y es que había muchas diferencias en los servicios, en la accesibilidad a ciertos recursos, además de unas carreteras que, en no pocos casos, no tienen mucho que ver con las actuales.

En Montenegro, por su situación orográfica, sintonizar la televisión costó. Aunque peor lo tenían en Viniegra de Arriba, al otro lado del puerto de Montenegro, ya en La Rioja. Incrustado en un profundo y bello valle, los míticos mojones blancos de la carretera que serpenteaban el vertiginoso descenso del puerto, con el pico de Urbión al fondo, tenían escrito «Viniegra de Arriba, ni luz ni televisión». No, no eran los cuarenta ni los cincuenta, eran los ochenta. Como solíamos ir mucho a esa zona y a ese pueblo en concreto, esa imagen permanece siempre en mi memoria y la saco a relucir cuando se habla del medio rural y de su evolución.

Aquellos pueblos tenían parte del ganado estabulado dentro del casco urbano, no eran los de postal que son hoy. Muchas de aquellas localidades tenían niños y escuelas, pero ya eran muy conscientes de que la gran mayoría de ellos no iban a quedarse. Tampoco había casas rurales y sus bares harían las delicias de cualquier película costumbrista o de las modas vintage, aunque tendrían que quitar las cabezas de jabalíes o ciervos, pues eran zonas de caza. El Instituto Nacional de Estadística (INE) señala que, en 2019, la población de Muro de Aguas era de 69 habitantes; la de Montenegro de Cameros, 57. Nunca conocí la escuela del primero, cuya planta baja es, desde hace décadas, el bar; mientras que la del segundo cerró cuando ya apenas había niños en el pueblo, los cuales bajaban a Villoslada de Cameros, a siete kilómetros, en La Rioja.

Pero no, no piensen que nosotros éramos unos niños vinculados a lo rural y que sólo teníamos ganas de que llegase el viernes para subir al pueblo. No, nosotros nos sentíamos de ciudad, éramos muy de ciudad media. Y es que esa «tensión», nunca explícita ni mucho menos, entre la familia paterna que regresó al pueblo y la familia materna que tenía otras visiones, muy vinculadas a lo urbano, se decantó muy pronto hacia la segunda y sin matices, especialmente en mi caso. Aquí es donde entra en juego todo lo relacionado con la identidad, tanto con la individual como con la colectiva, con cómo se forja la primera y qué vínculos y acontecimientos determinan la segunda. Como pasa en muchas ocasiones, aprendería a valorar esos años mucho más tarde, ya de adulto. Aquellos veranos en Montenegro, aquellas subidas a las montañas acompañando a mi padre a por las ovejas o a por setas, aquellos juegos con mi hermano y los demás niños, la imponente naturaleza que nos rodeaba, adquirirían valor con el paso del tiempo.

Las bases de la reivindicación del medio rural

Cierro este largo paréntesis. Nos habíamos quedado en la segunda mitad del siglo xx, con el éxodo rural ya institucionalizado y en una fase de aceleración sin marcha atrás. La última década, la de los «optimistas noventa», fue también la de la visualización de la situación del medio rural, o de una buena parte del mismo. Cuando numerosas zonas del interior peninsular ya estaban en una situación crítica, la opinión pública giró la cabeza hacia esos pueblos, de los que procedían muchos habitantes de las ciudades así como sus descendientes, parte de los cuales habían pasado sus veranos, como yo, en los propios pueblos.

Fue un momento de revelación. A continuación, ya en el siglo xxi, buena parte de España descubría que existía un territorio vacío, con grandes extensiones de terreno y pequeños pueblos. Los medios de comunicación miraron hacia esas zonas y se establecieron unos marcos que definían lo rural con una serie de valores actuales. La España vacía dio lugar a un boom literario sobre esos territorios y la despoblación. Ciertamente, la mayoría de los libros, algunos de gran

calidad, tenían una visión melancólica y nostálgica de un medio rural idealizado. En los últimos años, no ha habido prácticamente día en el que los medios de comunicación no se hayan detenido en algún aspecto de la despoblación: el propio fenómeno en sí mismo, déficits en servicios públicos, ausencia de niños y niñas, cierre de escuelas, las pocas posibilidades de los jóvenes, furgonetas que llegan a los pueblos a vender los productos básicos (por cierto, eso se hizo siempre, no es ninguna novedad) y unos habitantes que son categorizados como «héroes», «resistentes», «últimos». Si quieren que la gente vaya a vivir al medio rural, posiblemente sea mejor no utilizar estos adjetivos, porque la sociedad no va a atender a estas llamadas, para qué hacerlo si hay otros que lo realizan.

Pero tampoco faltaban los artículos y reportajes que transmiten y «venden» sus bondades. Imágenes tan idealizadas que parecen sacadas de una revista de tendencias. Por el camino, las administraciones públicas aceleraron el proceso de atender la despoblación con planes y estrategias que lanzaban propuestas y acciones, pero que contaban con alguna debilidad, como eran las expectativas generadas, el cortoplacismo o no tener en consideración una variable fundamental: la decisión de los individuos. Y es que son las personas las que deciden dónde quieren vivir; el caso del medio rural no constituye una excepción, ni el de las ciudades pequeñas y medias, aunque esta decisión esté mediatizada por diferentes factores. He participado en numerosas mesas redondas y conferencias sobre la despoblación y siempre me decían «hay muchísimas personas que se irían a vivir al pueblo». «¿Cuántas?», preguntaba yo, y me respondían que muchísimas, pero eso no es una cifra.

Ocurre lo mismo con algunas visiones que hacen referencia al hecho de que los habitantes del medio rural fueron empujados a irse. Los principales defensores de esta idea son los que se encuadrarían bajo la definición de España vaciada. España vaciada venía a sustituir al España vacía de Del Molino. El uso del término vaciada implica una intencionalidad de dejar a buena parte del territorio despoblado a través de la falta de condiciones y de medios para desarrollar allí su proyecto de vida. Es evidente que hay factores políticos y económicos que tuvieron unas consecuencias funestas en el medio rural –el franquismo las tuvo en el conjunto de España– y que unas

regiones se vieron más potenciadas que otras. Pero no tener en consideración las estrategias y las decisiones de individuos y familias que decidieron que tenían que irse a otro lugar porque aquello «no era vida» es dejar de lado ese aspecto fundamental.

¿Hubo personas que se habrían quedado en el pueblo si hubiesen tenido la oportunidad? Seguro que sí. ¿Hubo personas que se arrepintieron de irse? Totalmente de acuerdo. Pero la mayoría lo hicieron porque la vida en el pueblo era difícil y dura, porque el campo no daba para mucho en buena parte de los casos. Por otra parte, esta visión, ¿en qué posición deja a los que se quedaron? Ocurría lo mismo cuando, con la crisis de 2008, muchos españoles y españolas cualificados tenían que irse a trabajar fuera. Decían que eran la mejor generación del país. Entonces, los que se quedaban, ¿qué eran?, ¿los peores de la mejor generación del país? ¿Los que se quedaron en el pueblo eran los que no habían podido irse o los que no habían querido, o los que ni una cosa ni la otra? La experiencia de mi familia me muestra algunas de las respuestas posibles: mis abuelos maternos se fueron voluntariamente y sin intención de volver; mis abuelos paternos se fueron y, al menos en el caso de mi abuelo, puedo intuir que le hubiese gustado quedarse; mi padre regresó, aunque mi madre fue la primera sorprendida de la decisión, ya que prácticamente durante casi una década que había transcurrido desde finales de los sesenta, cuando se conocieron, mi padre no había mostrado ninguna intención en ese sentido. No recuerdo arrepentimiento de las decisiones tomadas por ninguno de ellos y ellas, ni tampoco en las personas que conocí que vivían en el pueblo ni en las que habían llevado a cabo procesos de éxodo rural.

El medio rural ha ganado la batalla cultural como referente simbólico, pero lo ha hecho en gran medida desde el medio urbano. Toda una paradoja que habla muy bien del fenómeno de la despoblación. Los marcos sobre la despoblación han procedido en gran medida de las ciudades, bien de forma directa, a través de valores urbanos, o bien a través del neorruralismo. Un medio rural más diversificado ha permitido nuevas actividades y habitantes, algunos se quedan, otros se van. Y es que el medio rural no es fácil, hay zonas en las que las condiciones climatológicas son adversas buena parte del año. Y, si tu actividad es la ganadería o la agricultura, no tienes vacaciones, como hemos señalado

anteriormente.

Hay que trazar lo ocurrido con la despoblación del medio rural para aprender lo que puede pasar con las ciudades medias y pequeñas, salvando –lógicamente– las distancias y las dimensiones. Hay dinámicas que se repiten, a diferente escala. El medio rural que ha sido víctima de la despoblación en España está localizado especialmente en ciertos territorios del interior peninsular. Fue lo que se definió como Serranía Celtibérica, que se ha ido ampliando a otras zonas desde sus orígenes. Sin duda alguna, consiguieron visibilizar el problema.

Una de las cuestiones que también se olvidan cuando se habla de la despoblación es la contextualización en fenómenos más amplios. Y no se hace referencia únicamente a lo ocurrido con la mecanización del campo, la industrialización, la desagrarización, el cambio de valores, etc., que también, sino con los territorios en los que la despoblación está haciendo más mella. En general, son provincias extensas que han obedecido a lógicas más globales y con la mayoría de sus ciudades medias y pequeñas quedando rezagadas. Que sean Soria, Teruel, Cuenca, etc., los principales focos de la despoblación obedece a una variedad de factores interrelacionados.

No es algo nuevo o el pasado importa

Atravesar estos territorios en coche nos da una idea de lo que tuvo que ser la dureza de la vida en estos lugares. Y es que la geografía importa. A veces se transmite la idea de que eran municipios en los que vivía mucha gente, pero no. Siempre fueron territorios de baja densidad de población, muchos de ellos con bosques y montes de pastos donde, por ejemplo, el ganado ovino aportaba la lana que proveía a una industria textil ubicada en las zonas rurales. Se observan pueblos con un gran caserío, con imponentes iglesias, pero hay muchas más pequeñas localidades, aldeas que han desaparecido dejando apenas unas huellas en forma de ruinas, comidas por el bosque, o del recuerdo de sus habitantes y descendientes.

La industrialización, escasa en España, fue atrayendo población del medio rural a zonas de Cataluña y el País Vasco fundamentalmente. Ese proceso comenzó en el último tercio del siglo xix y ya no pararía. Pero hubo otro camino del éxodo rural que no suele señalarse tanto: la concentración de actividades y población en capitales de provincia, aunque en muchos de esos territorios ya estaba establecida la misma de forma secular. Parte de las ciudades medias y pequeñas que protagonizan estas páginas tienen su punto de inflexión en 1833, cuando se institucionaliza el mapa provincial que Javier de Burgos diseñó y que sigue vigente hasta la actualidad, aunque volveremos a las provincias en profundidad posteriormente.

El primer censo de población se realizó en España en 1842 y pueden consultarse sus datos en la web del Instituto Nacional de Estadística (INE). Es interesante constatar la situación de las diferentes provincias, las similitudes y diferencias entre unos territorios y otros. La localidad designada como capital y que daba nombre a la provincia en la gran mayoría los casos, era la más poblada generalmente, aunque no se trataba de una cuestión sencilla; en muchos casos la preeminencia de un municipio era evidente, si bien con menos distancia que en la actualidad, pero en otros no lo era tanto, sólo se diferenciaban por unos centenares de habitantes.

El censo de 1842 muestra escenarios en los que ya la capital de la provincia está muy bien definida desde el punto de vista demográfico. Algunos ejemplos son ilustrativos, como es el caso de Burgos con una capital con 15.924 habitantes frente a los 4.122 de Aranda de Duero y los 1.742 de Miranda de Ebro. O Huesca, donde la capital superaba ampliamente los 11.000 habitantes mientras que Barbastro se situaba en casi 6.000. En otras zonas, los desequilibrios a favor de la localidad más importante eran muy evidentes, desde Cantabria hasta Jaén, pasando por Lleida, Álava, Toledo, León, Palencia, Valladolid, Ávila, Salamanca, etcétera.

Pero en no pocas provincias había más equilibrio. Teruel y Alcañiz estaban separadas por apenas 2.000 personas, con una población de poco más de 7.000 la primera. También Oviedo y Gijón andaban un tanto parejas, ciudades más grandes con 19.610 y 16.558 habitantes respectivamente. Mientras tanto, Cuenca y Tarancón; Zamora y

Toro; Alicante, Elche y Orihuela; estaban en una población muy parecida. En La Rioja, la situación era similar con Logroño y Haro, que estaban por encima de los 6.000 habitantes, y Calahorra, rozándolos. Finalmente, para terminar con estos ejemplos, incluso algunas ciudades que eran capitales de provincia eran superadas por otras del territorio: Vigo ya superaba a Pontevedra; Jerez de la Frontera lo hacía en más de 20.000 habitantes con respecto a Cádiz; Reus y Tortosa también lo hacían de forma destacada con Tarragona.

Obviamente, cada una de estas provincias responderá a dinámicas propias y a procesos específicos, teniéndose también en consideración el peso del pasado. Sin embargo, puede observarse que en ese momento hay en numerosos territorios equilibrios territoriales que están muy presentes, y que en no pocos casos se romperán con la institucionalización provincial y la capitalidad de una determinada localidad.

Las siguientes décadas harían crecer a las capitales de provincia y al resto de las ciudades medias de los territorios, a través de un éxodo rural que comenzaba a producirse y ya no se detendría. Las provincias llevaron a cabo diferentes procesos en esa concentración de la población, basándose en gran medida en esos escenarios anteriores. Sin embargo, la centralización administrativa en la capital de la provincia también suponía una atracción de población. Además, las dinámicas económicas y productivas de la segunda mitad del siglo xix configurarían una estructura interna en las provincias que se iría reproduciendo en el siglo xx, intensificándose en los periodos más duros del éxodo rural, especialmente en las primeras décadas de la segunda mitad de este siglo. Nuestras realidades territoriales y urbanas beben mucho de las fuentes de ese periodo, de las dinámicas que se aceleran o que se institucionalizan en el mismo. Las bases de las estructuras territoriales, de sus equilibrios y desequilibrios, ya están presentes en esas dinámicas que no dejarán de acelerarse en las direcciones señaladas.

Sin embargo, en la actualidad esa concentración en las capitales de provincia no es tan exagerada como en un primer término nos pueda parecer, aunque sí en las ciudades intermedias. El Padrón Municipal de 2020 muestra cómo el 31,98 por 100 de la población

española vive en capitales de provincia. Obviamente, hay que tener en consideración el peso de las coronas metropolitanas de las grandes ciudades y del resto. Hay territorios en los que el peso de la capital es muy elevado, por encima del 40 por 100 de la provincia: Vitoria-Gasteiz concentra al 76,06 por 100 de los alaveses y Zaragoza al 70,11 por 100 de los habitantes de su provincia. Les siguen Valladolid (57,48 por 100), Burgos (49,33 por 100), Palencia (48,74 por 100) y Logroño (47,66 por 100). Algunas de estas ciudades también son capital de comunidad autónoma, lo que ha centralizado todavía más servicios y ha atraído a trabajadores públicos y de otras actividades, especialmente vinculadas al sector servicios, siendo proveedores del resto del territorio. En el lado contrario, otras provincias presentan una concentración mucho más baja, destacando Pontevedra (8,81 por 100), Cádiz (9,28 por 100), Toledo (12,19 por 100) y Girona (13,22 por 100) (INE, 2020a). De esta forma, la realidad es mucho más heterogénea y diversa de lo que muchas veces se muestra, lo que obliga a prestar atención a las circunstancias particulares. No cabe duda de que, por ejemplo, Pontevedra y Cádiz han tenido dinámicas vinculadas al crecimiento de sus zonas urbanas, a los sectores económicos desarrollados en las mismas, mientras que en casos como el de Toledo prima la cercanía con Madrid.

La estructura municipal también fue cambiando con el paso de las décadas. A finales del siglo xix y comienzos del xx, la dispersión municipal era mayor y había numerosas localidades de pequeño tamaño, las cuales se irán reduciendo con el paso de las décadas. El éxodo rural implicó que no pocos núcleos de población, muchos de ellos situados en las zonas de montaña y en los lugares peor comunicados, fuesen despoblándose. De algunos de estos pueblos no quedan más que las ruinas, otros todavía conservan las estructuras fundamentales y una parte está oculta debido a la expansión de los bosques. En la actualidad, 1.400 localidades cuentan con menos de 101 habitantes, lo que supone un 17,22 por 100 del total de las del conjunto de España. Un grupo que aumenta a medida que se reduce el número de habitantes de no pocos pueblos, teniendo en cuenta la diferencia existente entre residentes y empadronados, que son los que recoge el Padrón Municipal de habitantes. Es decir, muchas personas que aparecen registradas en pequeñas localidades no viven habitualmente en los mismos, habiéndose empadronado por

motivos vinculados al arraigo, a contar con una segunda residencia e incluso a beneficios fiscales o económicos. Este hecho es señalado frecuentemente a la hora de presentar la realidad de una buena parte del medio rural, ya que muchos municipios tendrían una población «real» bastante más reducida que la del padrón. Y esta situación se observa especialmente en los meses de invierno, cuando en muchos pueblos quedan unos pocos habitantes, personas mayores generalmente.

Toca regresar a ese mundo rural que, en la segunda mitad del siglo xix, se encuentra en un retroceso claro y cuyos habitantes se van a las grandes ciudades o a las medias. Como veremos en el capítulo siguiente, la provincia seguirá siendo un elemento central de arraigo e identidad, y lo hará en las siguientes décadas también, pero pesarán otros factores como las posibilidades, desarrollo y demanda de mano de obra de las zonas de destino –y aquí las industriales eran las dominantes–, la cercanía al lugar de inmigración y las redes que se generaban entre los propios protagonistas del éxodo rural.

La cambiante imagen sobre el medio rural: los pueblos tienen quien los cuente

Mientras que el medio rural iba perdiendo su vigencia e importancia, el discurso sobre el mismo también iba variando. Lejos quedaban aún las visiones más románticas del valor de lo rural, de las tradiciones, eso vendría mucho más tarde, pero sí que hubo dos movimientos que lo captaron en ese sentido. Serían los nacionalismos vasco y catalán los que contemplarían una visión idealizada del medio rural y de las esencias «patrias» frente al mundo moderno, industrializado y basado en la mezcla, que se estaba dando a una gran velocidad (en dimensiones de aquel periodo) por las migraciones de trabajadores y trabajadoras del resto de España. No es casualidad que, siguiendo otros modelos del Romanticismo europeo, nacionalistas vascos y catalanes encontrasen sus referentes en el baserritarra y el payés, respectivamente, dos iconos que se han mantenido hasta nuestros

días y que, no podía ser de otra manera, siguen siendo centrales en sus discursos. El resto de regiones, en los procesos de construcción de sus identidades colectivas, siguieron el mismo modelo, aunque les costaría más tiempo llegar. Se valorarían estos referentes cuando eran mundos ya en fase de declive, aunque no nos adelantemos.

Con un medio rural despoblándose en el siglo xx y alejándose de los procesos de modernización, que iban a ser privativos de las ciudades, el discurso sobre este se iba concretando en una cierta identificación con el atraso y los déficits. Volvemos de nuevo a esa movilidad social y territorial que pasaba obligatoriamente con la salida del pueblo y el abandono de las actividades, duras, del sector primario. Es decir, para alcanzar un mejor nivel de vida había que salir del pueblo, como ocurrirá, en otras dimensiones, con la pequeñas y medianas ciudades y la salida a las grandes urbes. Además, dentro de ese proceso, el medio rural se vería sujeto a situaciones de abandono, las cuales en no pocas ocasiones eran seculares, incorporándose en toda su extensión los discursos y estereotipos sobre el medio rural y sus habitantes. Y eran precisamente algunos de los protagonistas del éxodo rural y sus descendientes los que también enarbolaban esa visión, con el objetivo de romper con unos orígenes a los que podrían regresar de vacaciones o los fines de semana, pero ya con otra perspectiva.

Estamos hablando en muchas ocasiones de zonas de difícil acceso y duras condiciones de vida, basadas en parte en la autosuficiencia, zonas atrasadas que se habían quedado hacía tiempo en los márgenes de la modernidad y lo seguirían haciendo. No toda España era el documental *Las Hurdes*, tierra sin pan, la comarca extremeña que retrató Luis Buñuel en 1933, ni tampoco los pueblos a los que llegaban las Misiones Pedagógicas de la Segunda República, como recuerda Alejandro Tiana (2017), pero una buena parte del territorio sí. El atraso del medio rural se secularizaría y las dinámicas posteriores a la Guerra Civil darían lugar a una de las fases más duras del éxodo rural.

Para un país tan complejo en la construcción de su identidad nacional y de su estructuración, la situación de buena parte del medio rural en las primeras décadas de la segunda mitad del siglo xx ofrecía pocas alternativas, y una de ellas no podía ser otra que la

salida del mismo en busca de un proyecto de vida mejor. Con los tímidos procesos de modernización de la sociedad española, también se va a configurar el modelo que se transmitirá sobre el medio rural y sus habitantes, en el sentido de estereotipos negativos. La década de los sesenta, con sus cambios sociales y la evolución de la sociedad española hacia un modelo de clases medias y urbanas, reforzará ciertos discursos sobre el medio rural (algunos de los cuales se mantienen en la actualidad, de forma directa y sutil) que incidirán en la ruptura con el mismo y su estigmatización en el atraso.

Generaciones de españoles y españolas se socializaron con un medio rural identificado con adjetivos calificativos como paleta y con imágenes icónicas como las de Paco Martínez Soria llegando a la gran ciudad, la modernidad, desde un mundo diferente y «extraño». Martínez Soria aparecía caracterizado con la boina y solía llegar a Madrid con gallinas y corderos incluidos, dando lugar a un choque cultural (lo cual, cuando veíamos las películas en las sobremesas de nuestra infancia, nos hacía mucha gracia). Sin duda alguna, esa imagen del pueblo y de los pueblos que salían reflejados en otras películas suponía una ruptura con otras anteriores, algunas de las cuales estaban más basadas en idealismos bucólicos, pero Martínez Soria enfocaba la situación desde el humor y el contraste de situaciones. En este sentido, Bienvenido Mr. Marshall, aunque Luis García Berlanga tira de ironía y comedia dramática, no deja de mostrar la desesperanza de un medio rural cada vez más lastrado.

Sin embargo, la modernidad y los cambios en la sociedad española, la llegada de las clases medias y los nuevos signos de estatus, fueron ampliando la caricaturización del medio rural, lo cual no sería un fenómeno exclusivamente español. Y es que el mundo rural no parecía encajar en esa nueva España que se estaba definiendo; le iba a costar hacerlo, tardaría muchas décadas en incorporarse a ese paisaje simbólico, aunque ya lo haría de forma totalmente diferente. Por otro lado, la consideración de quienes se habían quedado en dicho medio oscilaba entre los que quisieron mantenerse allí, hecho que no se tenía en cuenta y que es el que está más cerca de la realidad, y los que no habían podido irse, lo que legitimaba los discursos que infravaloraban y ridiculizaban el medio rural.

De esta forma, la movilidad social, el progreso y la modernidad estaban en la ciudad y, por lo tanto, el pueblo era ese estadio que superar. Las actividades agrícolas y ganaderas iban descendiendo, pero todavía existían vínculos poderosos con las localidades de origen. Muchas personas que llegaron a las ciudades mantuvieron sus casas en ellas, especialmente si las distancias no eran muy largas. Es el caso de mi región. En La Rioja, las ciudades del valle del Ebro, especialmente Logroño, acogían buena parte del éxodo rural. Una de las preguntas más habituales siempre ha sido «¿de qué pueblo eres?», entendiendo que, aunque hayas nacido en Logroño, tus orígenes son de pueblo. Durante décadas, ese vínculo con el pueblo de origen tuvo su reflejo en las ya citadas vacaciones, que transcurrían en él, o en lo habituales que resultaban los productos de la huerta o de las matanzas de los familiares que residían y trabajan allí. De esta forma, aunque los lazos simbólicos con el pueblo, en el sentido de que la movilidad social y territorial eran determinantes para el estatus, se reducían, se mantenían otro tipo de relaciones basadas en las circunstancias señaladas. No se producía una ruptura total y, sin duda alguna, iban a formar parte de los vínculos que, en el futuro, germinarán en la nueva visión de lo rural a través de las siguientes generaciones. Sin embargo, no es menos cierto que, a partir de la década de los noventa del siglo xx y, especialmente, en el siglo xxi, se romperían algunas de estas relaciones, ya que los destinos vacacionales cambiarían y parte de esos familiares del pueblo irían jubilándose, trasladándose a vivir a las ciudades o falleciendo.

Pero, regresando a la imagen del pueblo y sus habitantes, se desarrolló una especie de costumbrismo que no era exclusivo de España. Sólo hay que ver muchas películas de aquellos años en todos los países de nuestro entorno. A veces nos pensamos que somos muy especiales y exclusivos, o que los males de España son únicos, cuando se han dado en más sociedades. Ese costumbrismo hizo muchísimo daño al medio rural, que durante décadas vivió estereotipado y contrapuesto a lo urbano. El medio urbano se olvidó del campo y, en gran medida, de su origen, lo que implica la otra cara de ciertos procesos de movilidad social. Como estadios por superar que decíamos, el medio rural tenía todas las de perder.

El retrato costumbrista y estereotipado del habitante del medio

rural que reflejaban los medios de comunicación, y que la sociedad interiorizaba, era una especie de «buen salvaje». Contenía ciertos valores vinculados a la honestidad, la honradez y la sabiduría que da el conservar una cierta ingenuidad. Por otro lado, era visto como alguien que no había sido capaz de adaptarse a los cambios, una persona tosca, bruta, primaria. Toda una amalgama de clichés que se reproducían socialmente. Debe tenerse en cuenta que nos encontramos ante dos mundos que eran claramente diferentes. Hoy, el medio rural y el urbano comparten imaginarios colectivos y universos simbólicos, como veremos posteriormente, hasta el punto de que es complejo definir al primero en la actualidad. Pero, hace unas décadas, eran dos espacios disociados; basta constatar que la televisión no llegaba a algunas zonas. Había una ruptura, eso es un hecho, con lo que también se producía un contraste entre el que regresaba de la ciudad al pueblo y los que se habían quedado. En mi caso, conocí aquellas situaciones desde el primer lado. Recuerdo que aquellos niños y niñas que eran del pueblo, y con los que coincidía en los veranos, no vivían las mismas situaciones que yo en Logroño, de la misma forma que es impensable que un niño de Logroño, viviese las mismas situaciones que un niño de Madrid de los años ochenta. Pero, como decíamos, esas distancias se han debilitado hasta el punto de prácticamente desaparecer. En aquellas décadas, las distancias eran las mismas, pero las comunicaciones y los transportes eran muy diferentes. De esta forma, no se compartían muchos lugares comunes. Eran dos mundos disociados, que se reflejaban incluso en la vida cotidiana, cuando aquellos niños y niñas de los pueblos también tenían que hacerse cargo de ciertas tareas del sector primario que asumían de forma natural.

La imagen sobre el medio rural y sus habitantes pasó de ser la de Paco Martínez Soria a la de Fernando Esteso, uno de los estereotipos más duros sobre la cuestión. Todos recordamos aquellas actuaciones en televisión de Fernando Esteso caracterizado como una persona de pueblo, con su boina, su cachava, su chaleco y canciones como «El Bellotero» y «La Ramona», las cuales hoy serían imposibles. Puede que su análisis dentro del contexto de la época, y de esas diferencias entre el medio urbano y el rural, pudiese establecer unas mínimas bases del estereotipo, pero no cabe duda de que las consecuencias para el imaginario colectivo sobre el medio rural fueron muy permanentes. Lamentablemente, a finales de los setenta

y los ochenta del siglo xx, esta era la imagen que aparecía del medio rural en no pocos programas de televisión.

Sin embargo, uno de los momentos en los que el medio rural tuvo presencia masiva en los medios de comunicación de masas no hacía referencia a esos estereotipos, sino que incidía en la situación demográfica de no pocos pueblos. Este hecho fue la caravana de mujeres de Plan (Huesca), una llamada contra la despoblación, cuando aún no se denominaba así, pero tampoco parece que despertase muchas conciencias. Plan, un pequeño municipio en pleno pirineo oscense, era un lugar desconocido para la gran mayoría de España hasta que en 1985 sus habitantes pusieron un anuncio en el periódico para que acudiesen mujeres a conocer a los jóvenes del pueblo. La despoblación del medio rural tiene una correlación positiva con la inmigración de las mujeres, por eso muchas políticas de permanencia de los habitantes en el medio rural se centran también en posibilitar proyectos de vida y de empleo de la mujer. Sin embargo, en aquellas décadas esto estaba todavía muy lejos de ser una realidad; existían muchas más dificultades para las jóvenes de las zonas rurales en un medio muy masculinizado y conceptos como empoderamiento no estaban todavía en los vocabularios. Tras ver el wéstern Caravana de mujeres (1951), un habitual de la programación televisiva de la época, cuyo argumento giraba alrededor de cómo, en el inhóspito Oeste norteamericano, un ganadero promovía una caravana de mujeres para acudir a un valle en el que el índice de masculinidad debía ser casi absoluto, los habitantes de Plan hicieron lo mismo. Hay imágenes de los programas de televisión y telediarios en las que se veía la llegada de mujeres a Plan en autobuses y a los mozos del pueblo recibéndolas. Constituye una de las instantáneas de la década de los ochenta en nuestro país. Todas las personas que tenemos edad para recordarla es imposible que la olvidemos, es una imagen que hoy sería irrepetible por muchos motivos. De allí surgieron parejas y fue una propuesta que se trató de imitar en algunos lugares, pero queda en una anécdota. Por cierto, en 1999 la directora de cine Icíar Bollaín se basó en esta historia para Flores de otro mundo; película que contó con el escritor Julio Llamazares en el guion y que retomaba la idea de una caravana de mujeres en un pequeño pueblo, aunque aquí ya se reflejaba la diversidad cultural de la sociedad española, con parte de las protagonistas procedentes

de otros países, lo que también implicaba un choque cultural con un mundo que todavía seguía retratado en buena medida como cerrado.

Aunque hemos hecho referencia, en los párrafos anteriores, a Paco Martínez Soria y Fernando Esteso, como dos ejemplos clave de la visión que del medio rural se daba en los medios de comunicación, es preciso detenerse en algunos ejemplos más con el objetivo de analizar qué aspectos se ponían de manifiesto en libros, películas, series de televisión, etc., y cómo se han desarrollado. Son determinantes para construir también imágenes de la realidad e imaginarios colectivos. Y, como veremos a continuación, el medio rural pasará de ser protagonista en ciertos sentidos de su situación a convertirse en escenario y contexto recurrente de expresiones culturales, reflejando algunas de las tendencias de las dos últimas décadas, que inciden, por un lado, en la idealización y el valor de lo rural, pero, por otro, en aspectos más seculares como lo de lugares pequeños, asfixiantes, de control social. Vamos, ideales para fijar tanto situaciones de comedia como para ubicar otras de misterio, thriller, suspense e incluso terror.

El medio rural en las novelas o la sombra del señor Cayo

El medio rural ha dado lugar a algunas grandes novelas y libros en las últimas décadas. Incluso podríamos remontarnos a Antonio Machado en Campos de Castilla (1912), a Pío Baroja y sus novelas que reflejaban el mundo rural vasco, o los libros de viajes de Miguel de Unamuno. Pero nos vamos a centrar en un periodo más cercano, donde no se puede dejar de señalar la mirada de Juan Benet en Volverás a Región (1967), esa zona inventada que se localiza en la provincia de León. Décadas después, Julio Llamazares realizaría una obra seminal en la cuestión de la despoblación como fue La lluvia amarilla (1988), clásico que aborda con fuerza una situación de la que no se hablaba apenas en aquella época y que tenía una mirada muy melancólica a través de la desaparición del pueblo de Ainielle, en el pirineo oscense, mediante la de su último habitante, Andrés, en la década de los sesenta del siglo xx. Es una novela muy dura

que no da lugar a la esperanza en ningún momento. Si Delibes será interpretado en clave idealizadora, con Llamazares encontraremos un mundo que se extingue sin remedio por los cambios y el abandono, en el que se hace referencia constantemente a palabras como muerte, vacío, desasosiego u olvido. Se reconoce la dureza de ese mundo a través de citas tan impactantes como la siguiente: «Como si un día, de pronto, las gentes hubieran levantado sus cabezas de la tierra, después de tantos siglos, y hubieran descubierto la miseria en que vivían y la posibilidad de remediarla en otra parte. Nadie volvió jamás. Nadie volvió siquiera para llevarse algunas de las cosas que aquí se habían dejado» (p. 77). El éxodo rural está presente, y justificado, por la situación de ese mundo que queda atrás, lugares inhóspitos y duros, pero también queda espacio para una leve mirada nostálgica: «Y, un día, cuando pasen los años, quizá algún viajero pase junto a las casas sin saber que, una vez, hubo un pueblo a su lado» (p. 129).

Pero, sin duda alguna, el referente de la literatura que abordase el medio rural fue Miguel Delibes, el cual ha dado lugar a algunas de las obras más relevantes sobre el medio rural a través de una mirada que reflejaba alguna de las diferentes situaciones del mismo. Además, dos de sus obras más importantes fueron llevadas al cine con gran éxito. Por un lado, *Los santos inocentes* (1981) muestra un medio rural humilde y mísero como consecuencia de las desigualdades sociales, entrando en juego la variable de clase social a través del clasismo de los poderosos que aparecen en el libro y la película. Localizada en Extremadura en los años sesenta, la crudeza de la obra tuvo su correlato en la excepcional película de Mario Camus del mismo título, que en 1984 protagonizaron Alfredo Landa y Francisco Rabal. La otra obra destacada, y con más hondura en relación con estas páginas, fue *El disputado voto del señor Cayo* (1978), que encerraba parte de las contradicciones de la España que llegaba a la democracia y su relación con ese medio rural del que se había dado el salto. Un relato costumbrista que cuenta, en cierto sentido, con una mirada nostálgica por un mundo que se va perdiendo y que también tuvo una película estrenada en 1986, dirigida por Antonio Giménez-Rico y con Francisco Rabal de nuevo como protagonista, aunque no alcanzó la popularidad y el reconocimiento de *Los santos inocentes*. En el caso de *El disputado voto del señor Cayo*, el mensaje tanto de la novela como de la

adaptación al cine muestra una cierta visión idealizada del medio rural, aunque sin negar sus contradicciones, especialmente del señor Cayo. Este último dará lecciones vitales a los representantes de esa España que entraba en la democracia y que venían de la ciudad buscando votos por pueblos olvidados y perdidos en una provincia del interior peninsular. La novela transcurre prácticamente en una misma jornada y lo tiene todo. El contexto del cambio en la España de la transición a la democracia, las disonancias territoriales que también afectan a la relación entre Madrid y provincias («Es que los tíos de Madrid sois la pera. Os creéis que Madrid es el ombligo del mundo, joder, y estáis pero que muy equivocados» [p. 156]), y la situación del medio rural marcan una novela que, en pleno siglo xxi, pueden esgrimir como argumento los defensores más acérrimos de las visiones más simplificadoras del medio rural. Cayo acaba siendo el «buen salvaje», incluso en algunos pasajes del libro se alude a él con adjetivos que evocan un pasado prehistórico, y tampoco faltan los calificativos de paletos a las personas de los pueblos. La descripción de Cayo en el primer contacto con Rafa, Laly y Víctor, que van haciendo la campaña por la zona, no puede ser más arquetípica: «Un hombre viejo, corpulento, con una negra boina encasquetada en la cabeza y pantalones parcheados de pana parda, les miraba taimadamente desde la puerta, bajo el emparrado de la casa» (p. 83). Pero, a medida que la acción transcurre, la sabiduría de Cayo se va imponiendo a través de la sencillez, del sentido común, del valor de las pequeñas cosas, de los conocimientos que va transmitiendo, frente a la complejidad del mundo moderno. Al final, y con los efectos del alcohol, Víctor tiene una epifanía que le lleva, en las páginas finales del libro, a señalar que se ha dejado morir una cultura, incidiendo en su desconocimiento de la vida frente a lo aprendido en el día con Cayo, al que denomina como «redentor» y del que dice en un pasaje que «Él es como Dios, sabe hacerlo todo, así de fácil. ¿Y qué le hemos ido a ofrecer nosotros? [...]. Palabras, palabras y palabras... Es... es lo único que sabemos producir» (p. 173).

De la misma forma, se vuelve a aludir a la dureza y a las dificultades de la vida en esos lugares, «son pueblos serranos, pueblos pobres, de costumbres ancestrales, que malviven de pequeñas hazas de cereal, frutales y miel» (p. 39). También hay espacio para el éxodo rural, el caso de los hijos de Cayo, pero

tampoco Delibes enmascara otros factores, como son las difíciles relaciones entre los vecinos (aquí son dos y no se hablan) o la situación de la mujer personificada en el personaje en un segundo plano de la esposa de Cayo que, además, es muda. Pero, sin embargo, es imposible que la idealización de Cayo no sea la que aparezca en ciertos discursos actuales sobre el medio rural: la sencillez, la sostenibilidad o el necesitar poco para vivir están presentes a lo largo de la obra del autor vallisoletano.

Casi dos décadas antes, otra de las grandes novelas de Delibes que aborda lo rural y que ha sido presentada como una exaltación de ese mundo es la imprescindible *El camino*. Publicada en 1959, narra la última noche en su pueblo de Cantabria de un chico que se va a estudiar a la ciudad en la década de los cuarenta, haciendo referencia a recuerdos y acontecimientos, tanto extraordinarios como cotidianos, de los habitantes de la localidad y de la zona. Tiene razón Sergio del Molino en el prólogo de la edición de 2019 cuando señala que no es tanto una «evocación nostálgica», sino más bien una novela de madurez. Sin embargo, la construcción del mundo rural que nos transmite Delibes en esta obra es interesante porque apunta aspectos que luego desarrollará de nuevo, e incluso con más fuerza, como hemos visto, con *El disputado voto del señor Cayo*. La sencillez y la pausa frente al concepto de «progreso», que será transversal en este libro y del que Delibes no reniega, que se escenifica en los estudios de Daniel, el Mochuelo, y que implica desplazarse a la ciudad para hacer el bachillerato. Esas aspiraciones son las que motivaron en gran medida el éxodo rural y se escenifican en citas como las siguientes: «Bien sabes lo que a tu padre le ha costado todo esto. Somos pobres. Pero tu padre quiere que seas algo en la vida. No quiere que trabajes y padezcas como él» (p. 24) o «Quería ahorrar, tenía que ahorrar por encima de todo, para que Daniel, el Mochuelo, se hiciera un hombre en la ciudad, para que progresase y no fuera como él, un pobre quesero» (p. 49). Incluso, en algunos lugares del libro se refiere al pueblo como «pequeño, retraído y vulgar» (p. 43). Delibes, por lo tanto, se debate en una especie de dicotomía, de reflejo de ese mundo en declive, pero reconociendo su dureza y siempre con una mirada melancólica.

En el caso de Delibes, un autor indispensable, cabría preguntarse si

lo que ha ocurrido con su obra no es sólo el mensaje que querría transmitir, el trayecto de El camino a El disputado voto del señor Cayo, o la interpretación que se ha hecho del mismo. Sin duda alguna, Delibes era un defensor del medio rural y de sus valores, pero tampoco negaba sus contradicciones y miserias, de forma directa y explícita, como en Los santos inocentes, pero también de maneras más sutiles. Sin embargo, la idealización y la nostalgia con las que se abordan, en ocasiones a posteriori, los dos primeros libros señalados en este párrafo, han ayudado a configurar una parte del relato sobre el medio rural.

También ha existido una literatura de viajes que ha buscado esa España rural, pero desde una mirada todavía más costumbrista. Un ejemplo claro es el de Camilo José Cela, que en 1948 publicó Viaje a la Alcarria, zona a la que regresó en 1986, y que llevó a cabo numerosas obras de estas características que abordaron Castilla, Lleida, Galicia, etc. Y, en Cataluña, era Josep Pla la figura más destacada en este tipo de obras. Tampoco hay que olvidar los trabajos etnográficos y antropológicos que estudiaban y analizaban los aspectos culturales y folclóricos, algunos de ellos en los momentos en los que estaban ya a punto de desaparecer; como Castilla la Vieja (1973 y 1974) de Dionisio Ridruejo.

Sin embargo, hay otra literatura que refleja el medio rural dentro de un contexto más amplio como es la novela social, basada en un realismo que abordaba no sólo la situación de esas zonas, sino también procesos migratorios de los pueblos a las ciudades en expansión. Por un lado, autores como Antonio Ferres, junto con Armando López Salinas, recuperaban Las Hurdes extremeñas en 1960. El propio López Salinas se centra en las migraciones en novelas sociales como La mina (2013), que fue publicada en 1960 tras ser finalista del Premio Nadal en 1959, o cuentos que serían recopilados décadas después en Crónica de un viaje y otros relatos (2007). Es Crónica de un viaje una de esas narraciones crudas y directas de unos españoles y españolas que se trasladan a Francia en busca de un futuro mejor y en el que se ven historias cotidianas que afectan al resto de procesos migratorios interiores. También es una obra referente del tránsito del medio rural al urbano Cacereño (1969, 2019) de Raúl Guerra Garrido, que plasmaba el contraste entre la vida de un pueblo extremeño y las oportunidades y

dificultades del éxodo rural en el País Vasco. Muchas de estas obras tuvieron problemas con la censura franquista y se caracterizaron por ese estilo narrativo crudo y directo, sin florituras. Son obras que han quedado relegadas un tanto al olvido y que no han alcanzado el reconocimiento de otras obras cumbres de la novela social que transcurrían en esas ciudades en expansión de los cincuenta y los sesenta, como eran *El Jarama* (1955) de Rafael Sánchez Ferlosio, *Tiempo de silencio* (1962) de Luis Martín Santos o la visión de la ciudad de Barcelona de las novelas de Juan Marsé, donde se reflejan las diferencias sociales.

Hay muchas obras literarias de la última década que juegan con el medio rural como contexto y escenario de sus situaciones. Son obras que van desde el ámbito del thriller y la novela policíaca hasta retratos más duros vinculados a las huidas, a la búsqueda de otras alternativas. Son las primeras las que se han convertido en más exitosas, generando casi una especie de subgénero en sí mismo que se ha extendido también al cine y la televisión con adaptaciones y obras específicas. Algunos ejemplos son: la Trilogía del Baztán (2012-2016) de Dolores Redondo, fenómeno editorial en los últimos años que ha sido llevado al cine, o la novela *Monteperdido* (2015) de Agustín Martínez, que también ha dado lugar a una serie de Televisión Española.

La visión de lo rural en la televisión

También la televisión con sus series se acercaría al medio rural, aunque de forma más minoritaria que otros medios. Antonio Mercero dirigió *Crónicas de un pueblo* (1971-1974) –emitida por Televisión Española, obviamente–, que era un retrato claramente costumbrista con una serie de personajes estereotipados. Pero al medio rural le costaría salir como protagonista en televisión. En los años noventa, *Villarriba y Villabajo* (1994) sería un proyecto de Luis García Berlanga, también para Televisión Española, que no tuvo el éxito esperado y que recreaba el típico enfrentamiento entre dos pueblos vecinos, otro de los grandes tópicos que se cumplen, el de la rivalidad entre las localidades. En esa misma década, llegaría

uno de los momentos más recordados a la hora de recorrer España: Un país en la mochila. Televisión Española realizó un programa de viajes por diferentes zonas de España, conducido por José Antonio Labordeta, que se centraba especialmente en comarcas rurales. Con dos temporadas, 1995 y 2000, se convirtió en un clásico tanto por el retrato que presentaba de las mismas como por el propio papel de Labordeta. Aquel programa sigue siendo rememorado por las generaciones que lo vieron y regresa a la visión de los valores del medio rural, aunque la mirada es más objetiva. Tampoco han faltado programas documentales en la televisión pública, siempre en La2, aunque no han contado con grandes repercusiones a nivel de audiencia, así como programas que hablan de aspectos del medio rural.

Pero será ya en el siglo xxi cuando se produzcan grandes cambios en la presencia de lo rural en la televisión. Antena 3 estrenaría Doctor Mateo (2009-2011), adaptación de una serie británica (Doc Martin) que sería rodada en Asturias, con un medio rural ya con unas connotaciones muy diferentes, aunque manteniéndose en parte el esquema del choque entre el mismo y los nuevos habitantes, claramente urbanitas aunque con aspiraciones de neorruralidad.

Desde entonces, los pueblos pequeños han servido de marco para diferentes acciones, como, por ejemplo, Gran Reserva (2010-2013, Televisión Española) y Robles y Olmos (2015-2016, Televisión Española), ambas en La Rioja, entre otros. Recientemente, Tele 5 ha producido El pueblo, serie que adopta claramente la visión del neorruralismo más ligado a una visión idealizada de lo rural desde lo urbano y que tira del contraste entre los pocos autóctonos de la localidad en la que se ubica y los nuevos habitantes. Rodada en una de las zonas más despobladas de España, el norte de Soria, la serie es una comedia que incide en estereotipos y lugares comunes. La misma ha sido un éxito, lo cual muestra cómo ciertas cuestiones siguen estando muy interiorizadas en nuestros imaginarios colectivos.

30 monedas (2020) es la impactante serie del director Álex de la Iglesia para la plataforma HBO. Un más que interesante planteamiento, que apuesta por lugares comunes del trabajo de su creador, como el terror, el thriller y el humor, y que está ambientada en buena parte en Pedraza

(Segovia). Este precioso pueblo sirve como escenario de la acción y, de nuevo, se repiten algunos tópicos y estereotipos sobre el medio rural y sus habitantes. Tanto la sensación de claustrofobia de los lugares cerrados como el cotilleo y el control social, entre otros, cumplen una función en la ficción televisiva, aunque también asistimos a momentos curiosos. Uno de ellos fue cuando Roque, el marqués del pueblo, interpretado por Antonio Velázquez, menciona «jet lag» y «charco» aludiendo a un viaje al otro lado del Atlántico y el alcalde del pueblo, Paco, al que da vida Miguel Ángel Silvestre, no sabe a qué está haciendo referencia. Roque intenta ridiculizarlo, mientras que es la Elena, otra de las protagonistas y veterinaria del pueblo, la que le para en su intento. En definitiva, hay cosas que no cambian.

La televisión tampoco ha dejado de tirar de estereotipos sobre el medio rural. Ernesto Sevilla no dudó en hacer uno de sus personajes más celebrados en La hora chanante (Paramount Comedy, 2002-2006) de El Gañán, que tendría su continuidad en Muchachada Nui (Televisión Española, 2007-2008) con la sección «Al fresco», protagonizada por su creación de Marcial. José Mota, en La hora de José Mota (Televisión Española, 2009-2012), también tendría un personaje de similares características, ampliándose a otros en la misma dirección, llamado El Tío de la Vara. En ambos casos, a pesar de todos los tics caricaturescos y muy estereotipados, se presentaban de nuevo como un contraste frente a un mundo moderno más complejo y superficial, representando la sensatez de las cosas cotidianas y sencillas. Eso sí, la cachaba y la boina que no falten.

También las últimas décadas han visto crecer las películas ambientadas en pueblos y que juegan con el contraste mencionado anteriormente. Como en otros países, son comedias costumbristas que ahondan en ciertos tópicos y que también aprovechan las transformaciones de la sociedad, como la diversidad cultural, la importancia de las nuevas tecnologías, etc., y que muestran esa mirada entre paternalista y reconocedora del valor de lo sencillo frente a un mundo moderno caótico, acelerado y urbano. La lista de títulos es amplia, desde Que se mueran los feos (2010) hasta Lo nunca visto (2019), pasando por Villaviciosa de al lado (2016) o El pregón (2016), y muy pocas veces se va más allá de los lugares comunes. Lejos quedan películas como Tasio (1984), de Montxo

Armendáriz, que recogía el desvanecimiento de un mundo tradicional, en este caso muy localizado en la Navarra interior.

Mención aparte merecen las televisiones autonómicas, que también han desempeñado un papel determinante en la transmisión de un medio rural autóctono, muy vinculado a aspectos culturales e identitarios. Además de su capacidad para mostrar tradiciones, folclore, etc., estas cadenas públicas han producido series que también han tenido a su medio rural como escenario o como protagonista. Por ejemplo, Euskal Telebista produjo uno de sus mayores éxitos, *Goenkale* (ETB1, 1994-2015), que se ambientaba en la costa vasca. Por su parte, la Televisión de Galicia realizaría *Mareas vivas* (1998-2002), que también se centra en un pueblo mariner, y se iría al interior de la región con *Libro de familia* (2005-2013). En muchas ocasiones, estas series, así como otros programas, han contribuido a ciertas idealizaciones vinculadas a figuras como el payés o el baserritarra, claves dentro de los imaginarios colectivos de sus identidades, así como a la idealización de un modo de vida que se va transformando.

En todo caso, en pleno siglo xxi no podemos quitarnos esa imagen sobre el medio rural y seguimos reproduciendo modelos del pasado, manteniendo esas visiones o cogiendo aquellas partes que más nos interesan. Y esto es algo que también hacen parte de los movimientos que luchan contra la despoblación. Por un lado, el costumbrismo sigue presente, como hemos visto, y se observa en programas como *El paisano* (Televisión Española, 2018-2020) o, en TV3, *El forastero* (2013-2014), que también tiene su correlato en ETB1 y TPA7 (Asturias). Por otra parte, el discurso sobre el medio rural vuelve a tirar de aspectos como la sabiduría, la humildad y la honestidad para poner en valor a sus habitantes, a los que se unen otros posmodernos como el conservacionismo y respeto por el medio ambiente, el papel de la mujer o incluso la sencillez en la forma de vida. Algunos de estos últimos habría que tomarlos con mucha cautela, porque son definidos a posteriori, cuando, anteriormente, no se manifestaban así, caso de lo relacionado con el medio ambiente; los roles de género estaban muy presentes, el papel de la mujer era central, pero permanecía mucho más en la esfera privada del hogar, y, en cuanto a la sencillez, en la mayor parte de los casos no era otra cosa que el fruto de la necesidad de

una vida dura y austera.

Sí, todavía se mantiene una cierta mirada paternalista sobre el medio rural desde una buena parte del medio urbano, y es la que reproducen en gran medida los medios de comunicación.

Afortunadamente, ya no es únicamente una mirada despectiva o costumbrista, basada en la anécdota y el prejuicio, pero implica muchas reflexiones acerca del discurso sobre el medio rural en las últimas décadas, las cuales se centran en esa construcción del imaginario colectivo sobre los pueblos y sus estilos de vida.

Seguramente es una reconstrucción que se nutre tanto de elementos del pasado, institucionalizados, como de los vinculados a los nuevos valores que se identifican con el medio rural y que ya han sido mencionados. Sin embargo, no deja de ser también una especie de creación «a la carta» dentro de las tendencias de la posmodernidad, lo cual chocará con ciertos estilos de vida y actividades que se dan en el medio rural, reduciéndolo en no pocas ocasiones a la imagen de postal que hemos comprado. Y, en otras escalas y dimensiones, esto también ocurrirá con las ciudades medias y pequeñas.

Es curioso cómo un país tan diverso y heterogéneo ha generado un estereotipo sobre el medio rural muy definido. Porque España cuenta con muchos medios rurales, zonas diferentes con sus historias y trayectorias, con sus transformaciones y permanencias. Pero el medio rural español se ha identificado con el pequeño pueblo, con un perfil que va desde el caricaturesco que parte de Paco Martínez Soria –y aquí el aragonés es el que se impone– hasta la austeridad, la seriedad y la sobriedad del castellano. Quedan en un segundo plano otros perfiles, como, por ejemplo, los ya mencionados del baserritarra o el payés –que serán más empleados en los estereotipos sobre esos colectivos–, o el andaluz –que cuenta con una estructura territorial diferente y cuya visión no deja de estar matizada con una visión clasista–. Al final, como en tantas otras ocasiones, se ha homogeneizado la imagen de una realidad más compleja de lo que parece.

Ese cambio en la mirada se produjo hace apenas dos décadas, con la reivindicación del medio rural, el valor de la naturaleza y el aumento del turismo rural, y, finalmente, el foco se situó en la despoblación. Como hemos señalado, no es que la despoblación no

fuese una realidad, al contrario, o no existiesen colectivos que hacían hincapié en la misma, pero no llegaba a la agenda pública ni era una prioridad en los medios de comunicación.

Una cierta recuperación del folclore

Uno de los aspectos más interesantes en los que se puede también rastrear la puesta en valor de lo tradicional y lo rural es en el caso del folclore y de las músicas más tradicionales. Dejando de lado el flamenco, por su elevación a la universalidad de lo español, y lo relacionado con las manifestaciones musicales de País Vasco, Cataluña y Galicia, con algunos artistas como Kepa Junkera con la trikitixa que saltaba sus fronteras, el resto del folclore había quedado relegado a un segundo plano cuando no a un tercero. Por un lado, las jotas, una de las principales manifestaciones de la cultura popular de no pocas zonas, eran vistas como algo muy del pasado que se mantenía en zonas como Aragón y poco más. Por otra parte, la música tradicional con instrumentos como la dulzaina, el tamboril o la gaita también parecía quedar ya muy alejada de las corrientes modernas. Ciertamente, no ayudó la ruptura radical con un pasado que realizó una construcción de la identidad un tanto rancia con un franquismo que fue tomando algunos de estos elementos. Sin embargo, mientras que nos enamorábamos del folk norteamericano y de las «músicas del mundo», nos alejábamos de los sonidos más autóctonos. De esta forma, Carlos Núñez y, en otro nivel, Hevia ponían en valor la gaita, pero no había que olvidar la vinculación con el mundo celta y su mayor visibilidad internacional. El propio Núñez reivindicaría, en su libro *La hermandad de los celtas: Últimas investigaciones y vivencias sobre los celtas y su música por uno de sus protagonistas* (2018), la importancia de estos sonidos en buena parte de la península ibérica, indicando que habían quedado relegados frente a otras manifestaciones artísticas y culturales como el flamenco o la rumba, sin dejar de poner en valor estos últimos.

Por otra parte, existían grupos como La Musgaña que son muy conocidos, o Carmen París actualizaba la jota desde Aragón, sin

olvidar también el papel fundamental de Eliseo Parra en relación con las músicas tradicionales castellanas, entre otros artistas. Pero el folclore en lo musical solía quedar reducido a una serie de estudiosos y etnógrafos del sonido que iban recuperando canciones, instrumentos y estilos desperdigados por los territorios del interior de España. Cualquier fiesta contaba con sus manifestaciones populares, bien en forma de jotas, de bailes regionales o de la presencia de la dulzaina y el tamboril, pero no verías en las mismas a una gran cantidad de gente.

Pero, como casi todo, y la música no iba a ser una excepción, hay una suerte de recuperación de la tradición folclórica castellana que no está dissociada de los nuevos discursos sobre lo rural. Son artistas y grupos que utilizan instrumentos tradicionales y que los fusionan con sonidos más actuales. De esta forma, destacan nombres como Los Hermanos Cubero, que desde la Alcarria han recuperado algunos de sus elementos tradicionales, vinculándolos con sonidos más de raigambre norteamericana, y que han dado el salto al mainstream con su presencia en los medios de comunicación nacionales; o los riojanos Tünder, que publicaron en 2020 *Voces del desarraigo*. Músicas de la España Vacía, o no hay que olvidar a La Maravillosa Orquesta del Alcohol, La M.O.D.A., que ha alcanzado el éxito con su fusión de sonidos folclóricos con el rock y el punk desde Burgos. Son algunos de los numerosos ejemplos que van surgiendo y que van lanzándose desde diferentes zonas de España de una recuperación de las músicas populares, que parece que se saltaron algunas generaciones, aquellas que abrazaron la modernidad y la posmodernidad, y que entendieron que ese tránsito era romper con todo lo anterior, como ha ocurrido en tantas ocasiones[1].

En cierto sentido pero a diferente escala, se asiste a una reivindicación que tiene algunos puntos en común con lo ocurrido con expresiones como la rumba, el flamenco o lo «cañí», que se han incorporado a la posmodernidad con exponentes tan definidos como Rosalía o C. Tangana. Obviamente, el folclore del interior de la España peninsular ni puede ni juega en la misma categoría, pero hay aspectos que se repiten, como esa búsqueda de las raíces, su modernización y la mirada sobre lo que anteriormente estaba olvidado o era denostado. Eso sí, está todavía por ver si esta

tendencia en relación con la tradición del folclore vinculado al medio rural irá a más, se mantendrá o será una moda fruto de la hibridación de la posmodernidad.

La victoria simbólica del medio rural, la construcción del relato y la despoblación que no cesa

Fue a comienzos de la década de 2010 cuando un nuevo concepto se hizo eco en la sociedad española. Era la Serranía Celtibérica, denominada «Laponia del Sur». Este ámbito geográfico vendría a agrupar la provincia completa de Soria, casi en su totalidad Teruel, Guadalajara y Cuenca, y zonas de La Rioja, Burgos, Segovia, Zaragoza, Valencia y Castellón. Era un territorio extenso, y muy heterogéneo, que contaba con un elemento común, como era el impacto de la despoblación en sus zonas de interior de montaña. La densidad de población de estas zonas se situaba muy cerca de la de Laponia en Finlandia, con menos de ocho habitantes por kilómetro cuadrado (Burillo-Cuadrado et al., 2013). Fue, sin duda alguna, un punto de inflexión para la puesta en el mapa de la cuestión de la despoblación. La comparación con Laponia y los demoledores indicadores demográficos que mostraban esas zonas dibujaban un escenario de abandono. Los medios de comunicación comenzaron a publicar noticias y reportajes sobre la despoblación del medio rural como nunca lo habían hecho hasta la fecha. E iría en aumento.

Poco después, como hemos señalado al comienzo de este capítulo, Sergio del Molino acuñaría un concepto para identificar ese proceso de despoblación: la España vacía. Del Molino hace un retrato inteligente y muy crudo de la situación, y evita caer tanto en el costumbrismo como en la nostalgia y el paternalismo. Por la misma época, otro libro aparecería para dar protagonismo a esas zonas de España. En este caso, fue Paco Cerdà el que realizó otra obra imprescindible: Los últimos. Voces de la Laponia española (2016). De carácter más testimonial, Cerdà recogía esas impresiones que nos remitían a pueblos casi vacíos.

A partir de ese momento, se puede decir que crece un fenómeno

editorial sobre la situación de la España vacía y el fenómeno de la despoblación. No es que antes no se hubiesen publicado libros sobre el tema, que existían, pero el enfoque estaba claro, a la par que los medios de comunicación centraban el foco en los déficits y en la supervivencia de pueblos y actividades. Era una visión muy desde lo urbano y con un discurso que, en parte, seguía los patrones ya establecidos. El crecimiento de esta literatura llevaría a hitos como el éxito de la novela *Los asquerosos* (2018) de Santiago Lorenzo, entendida como una defensa del medio rural y de la vida en soledad; aunque creo que tenía muchos más matices, más vinculados a la cuestión de la huida y de la búsqueda de una soledad que de una defensa más explícita del medio rural en sí mismo. Algo parecido puede ocurrir con *Un amor* (2020) de Sara Mesa, una gran novela también que tiene como contexto un pequeño pueblo, donde se reflejan ciertos elementos de esos espacios, como un mayor control social, pero que también creo que está muy vinculada a cuestiones más interiores y subjetivas del personaje principal (en este caso, una mujer que abandona su ciudad huyendo de una situación específica). A tenor de esta novela, entre otras, la periodista Berna González Harbor escribía en *El País* un breve artículo titulado «La España vacía...y opresiva», en el que incidía en esas cuestiones del control social en unos entornos más reducidos[2].

Pero todavía se daría otro punto de inflexión en el fenómeno sobre el medio rural con la incorporación de una nueva protagonista. María Sánchez, poetisa y veterinaria de campo, publicaría el poemario *Cuaderno de campo* (2017), al que le seguiría un libro tan excelente como *Tierra de mujeres*. Una mirada íntima y familiar al mundo rural (2019). La posición de Sánchez es muy reivindicativa y feminista, valora la importancia de la mujer en el medio rural y su papel en su futuro, lo cual es una realidad innegable, y lo hace de forma muy interesante. Sánchez será una de las abanderadas de un cambio en el concepto y de la adopción de una nueva categoría: España vaciada.

España vaciada sustituirá rápidamente el concepto de España vacía, entendiendo sus defensores que la población del medio rural fue obligada a marcharse porque les dejaron sin medios para poder seguir allí. Sería una estrategia orquestada para acabar con un modo de vida y

dejar unos territorios inertes. España vaciada triunfará, siendo asumida por la mayor parte de los crecientes movimientos reivindicativos de la España rural y de lucha contra la despoblación. Sin embargo, es un concepto que cuenta con algunas dificultades, como es el no tener en consideración el peso de las decisiones individuales o el continuar, en parte, con una mirada un tanto paternalista sobre medio rural y los que se quedaron en el mismo, un colectivo al que pocas veces se pregunta, por cierto. Tampoco parecen tener en cuenta ciertos factores más globales y tendencias que se escapan de las propias zonas. Sin embargo, sí que han conquistado «el relato», y España vaciada es la que articula el discurso. Por cierto, que Daniel Gascón, en Un hípster en la España Vacía (2020), hacía una ingeniosa alusión a esta controversia al situar un momento de la acción en la Cumbre del Clima 2019 de Madrid, cuando señala: «Nos costó un poco encontrar el sitio porque no sabíamos si era el pabellón de la España vacía o de la España vaciada (se habían hecho dos para no herir susceptibilidades)» (p. 136). Esta divertida y original novela, otro éxito editorial, refleja un costumbrismo a la inversa, ya que Gascón, nada sospechoso por su vinculación con el medio rural turolense, retrata ese idealismo neorruralista urbano y sus contrastes con los habitantes de los pueblos, pero cargando las tintas sobre el primero.

«El relato», ese concepto tan de moda en los últimos años, es determinante para explicar ciertas disonancias que se están produciendo en la actualidad. El medio rural de las zonas de montaña del interior peninsular se encuentra en una situación de desventaja y de desequilibrio, con una población envejecida y la pérdida de buena parte de sus actividades productivas. El sector primario está en una crisis estructural, la ganadería subsiste en parte gracias a las subvenciones, y el sector secundario que existía en esas zonas prácticamente ha desaparecido y es residual. Las actividades vinculadas al sector terciario, en las que se ha depositado la esperanza de la revitalización de estas zonas, y aquí el turismo rural ha sido protagonista, no han alcanzado las expectativas. El diagnóstico está claro y la necesidad de actuar también.

Y se ha actuado. Uno de los grandes mantras del relato sobre el medio rural es el déficit de servicios o la falta de inversiones en esos territorios. Obviamente, hay cuestiones que precisan una solución,

como es el caso del acceso a internet. Pero no es cierto que en el medio rural no se haya invertido dinero de los fondos públicos, vengan de donde vengan. Sólo hay que darse una vuelta por los pueblos de nuestro país y recordar cómo eran hasta los años ochenta. Yo recuerdo perfectamente municipios en los que el ganado estaba por las calles, por ejemplo, como he señalado anteriormente. Otra cuestión es que no se haya invertido bien o que no se haya producido una evaluación de las acciones llevadas a cabo, lo que ha dado lugar a caer en los mismos errores. Esto lo observamos en ciertas obras que están sobredimensionadas: por ejemplo, enormes polideportivos en pueblos de apenas un par de centenares de habitantes, construcción por doquier de centros de interpretación o pequeños museos que permanecen cerrados en no pocos casos, o la tendencia inherente al mimetismo y la imitación, fundamentalmente en relación con el «vecino de al lado», así como con respecto a otros núcleos de población, aunque aquí la escala manda. Por cierto, que este será un fenómeno que se dará especialmente en las ciudades medias y pequeñas, aunque no nos adelantamos. En el caso del medio rural, las inversiones se han producido y cabría hacerse la siguiente pregunta, sólo como hipótesis porque no tenemos aquí la respuesta: ¿cuánta despoblación más se ha evitado gracias al mantenimiento de servicios como escuelas, médicos, etc., en los pueblos? No pretendemos negar la necesidad de esas actuaciones, pero también habría que mirar el diagnóstico por el otro lado.

Buena parte de los discursos existentes se han basado en la contraposición entre medio rural y medio urbano. En cierto sentido, prevalece una especie de «superioridad moral» en una parte de los mismos y podríamos incorporarlos a las políticas de la identidad, ya que reproducen ciertos elementos. Los de la ciudad vivimos en la prisa, en la velocidad, en el estrés, no sabemos lo que nos perdemos, y el pueblo y el medio rural son la vía de escape. El mundo moderno/posmoderno y urbano contrasta con ese medio tranquilo, sabio, sostenible... ¿les suena? Paradójicamente, buena parte de estos discursos son elaborados por personas que no proceden ni viven en el mundo rural. Y es que su idealización es uno de los puntos débiles del discurso.

El medio rural aparece dibujado como un lugar bucólico y de paz, y

se proyecta su pasado hacia los valores del presente, pero esto no responde a la realidad de lo que ocurre en el mismo. Porque la realidad es más compleja. Los problemas y las dificultades de las personas y familias que viven en él no son en muchos casos muy diferentes de los de las personas y familias que viven en el medio urbano. Como me dijo una vez una entrevistada para un estudio sobre la cuestión, lo que cambiaba es que, cuando tenía que llorar, tenía un medio natural a su alrededor, pero sus problemas eran los mismos. Por otra parte, pocas personas van a esas zonas a dedicarse al sector primario, un trabajo muy duro. El neorruralismo se basa en actividades del sector servicios, muchas vinculadas al turismo rural, y en la puesta en marcha de otras iniciativas que precisan de la combinación de varias fuentes de ingresos, hecho que ha sido tradicionalmente consustancial al medio rural –mi padre tenía más de una fuente de ingresos–. De esta forma, el medio rural muestra algunas tendencias que son una realidad en el mundo posmoderno. Muchas personas que están en los pueblos no son asalariadas sino autónomas, como siempre lo fueron. Personas que encajarían en la categoría de emprendedores –tan en boga en las dos últimas décadas y que encierra también no poca precariedad– y van definiendo sus actividades y las van combinando con otras. El ganadero que tiene una carnicería, la persona que cuenta con una casa rural y a la par tiene el bar del pueblo, el que hace obras por los pueblos y mantiene unas pocas ovejas, etcétera.

La crisis de la covid-19 ha puesto el foco en el medio rural como una oportunidad para su recuperación y para la vuelta de población; fueron numerosos los artículos en este sentido en las primeras semanas de la pandemia y siguen siéndolo durante los meses siguientes. Una muestra la ofrecía Isabel González en El Mundo a través de un artículo titulado «¿Y si el coronavirus repuebla la España vacía?». Aunque la autora señala la dificultad del asunto, refleja una visión extendida que aúna todos los tópicos, y no pocas de las simplificaciones, sobre la cuestión que podamos imaginar:

Se admite calificar de imprudente esta hipótesis, ni se les ocurra ponerla en práctica, pero yo la voy a llamar disruptiva y voy a

permitirme esta fantasía apocalíptica generadora. La visión de miles de personas arrancándose las mascarillas y regresando a Teruel, a Soria, a Cuenca, a Zamora, a La Rioja, a Huesca, a Guadalajara. A sus pueblos. Allí donde atravesarán la pandemia, adquirirán nuevas costumbres, vivirán con gallinas, producirán lechugas, crearán líneas de código y se conectarán con su puesto de trabajo a través de internet y con sus hijos fuera de casa a través de la ventana abierta. Dejemos fluir la imaginación y permitámonos convertir el coronavirus en el gran acontecimiento que permitió solucionar el problema de la despoblación rural en España. Tampoco es tan loco[3].

Los pueblos, menos habitados y con bastante menor densidad que las grandes ciudades, ofrecerían entornos más seguros ante los nuevos brotes de la pandemia. Los confinamientos serían más llevaderos en casas con jardín y no en pisos en los entornos urbanos. Si hubiese una mejor conexión a internet, muchas personas irían a vivir y teletrabajar desde los pueblos... Además, el turismo rural tendrá más oportunidades porque la gente querrá viajar cerca de sus casas, y también crecerán todos los productos de proximidad. Pero no es tan sencillo. Aún está por ver si estos escenarios pueden darse o consolidarse, o si las tendencias ya existentes se intensifican, lo que también afectará a las ciudades medias y pequeñas. No cabe duda de que los procesos de urbanización no se han detenido en ningún momento y que, en el caso de España, se cuenta también con un modelo con sus características estructurales. De hecho, el verano de 2020, el primer año de pandemia, vio cómo crecía el turismo interior, como numerosos pueblos llenaban sus casas rurales debido a la situación, siendo visto en el corto plazo como una oportunidad. Sin embargo, la segunda ola y las perspectivas de las siguientes acabaron con estas expectativas, ya que las restricciones de la movilidad y la incertidumbre han ido ganando terreno.

La despoblación no se ha frenado en la última década, por mucho que se haya hecho hincapié en la misma, hayan surgido numerosas iniciativas, existan planes y proyectos para evitarla y el relato sobre el medio rural esté interiorizado. Al final, la decisión de vivir en un

lugar o en otro depende también de las personas, es de carácter subjetivo, y eso exige actuaciones a medio y largo plazo, en el caso del medio rural, todavía mucho más. Luchar contra la despoblación y por dignificar el medio rural es una cuestión de justicia. El medio rural ya ha ganado «el relato», pero queda el camino más difícil. Sin embargo, ahora podemos estar seguros de que nadie va a llamar «pueblerina» a otra persona, o que nadie va a categorizar una actitud o comportamiento de esa forma, afortunadamente. No, eso ya no va a ocurrir porque eso no es políticamente correcto y choca con la evolución que ha llevado el medio rural discursivamente. Sin embargo, «provinciano» sí que te lo van a llamar, como veremos a continuación.

[1] Uno de los periodistas que más está reflejando el surgimiento de estas propuestas es Fernando Neira; en su web Un disco al día se pueden encontrar no pocos ejemplos [<http://www.undiscoaldia.com/author/fernando-neira/>].

[2] [<https://elpais.com/cultura/2020-10-01/la-espana-vacia-y-opresiva.html>].

[3] [<https://www.elmundo.es/opinion/2020/03/23/5e78e5ecfdddf01328b4576.html>].

capítulo iII

Cuestión de identidades colectivas: entre la España vacía y la España metropolitana

Ocurrió cuando comenzaba a planificarse la desescalada del confinamiento provocado por la pandemia de la covid-19 en la primera ola. El Gobierno de España decidió que la unidad territorial que iba a emplear sería la provincia. Era interesante que la provincia hiciese su aparición cuando en las últimas cuatro décadas había sido relegada. Los nacionalistas se lo tomaron muy mal, indicando desde Cataluña que incluso suponía un retorno a 1833... Pero la provincia no sentó bien, en general. Obviamente, no podían ser las comunidades autónoma las unidades para la desescalada, exceptuando las uniprovinciales, ya que la extensión y diversidad de las mismas hubiesen complicado el proceso. La opción de las Áreas territoriales de Salud, gestionadas por las comunidades autónomas, tenía más posibilidades y al final se flexibilizó la situación. No creo que el ánimo del Gobierno fuese recentralizar, especialmente en un país complejo en ese sentido, lo cual también es determinante para entender las ciudades pequeñas y medias y su situación.

La provincia, esa entidad cuestionada

Provincia es un concepto muy denostado en una España que se ha construido a través de las provincias. Provincia suena a centralismo, suena al siglo xix, suena al pasado... un nuevo estadio por superar. Pero a provincia se le añade el adjetivo peyorativo de «provinciano», que es una categoría también institucionalizada y que implica una gran carga moral. «Provinciano» alude a todos los

defectos y vicios del «quiero y no puedo». Implica tener «cortedad de miras», quedarse en lo cercano y no ir más allá, implica también no pertenecer a la modernidad... Esto ocurre en todos los sitios y son definiciones que se hacen desde las grandes ciudades acerca de las periferias; unas grandes ciudades que se nutren de esas provincias para crecer gracias a los procesos migratorios. Incluso muchas personas de estas ciudades y territorios asumen e interiorizan el concepto y, cuando se quejan de ciertas dinámicas de las mismas, muy vinculadas al alto grado de conocimiento entre los habitantes y a las redes sociales establecidas, tiran de «provinciano» para definir la situación. Para entender la realidad de las ciudades medias en España, es necesario comenzar por la provincia, la entidad territorial que las enmarca y que, en no pocas ocasiones, las da sentido.

Como decíamos, esto no es exclusivo de España. En Estados Unidos, toda la tradición de denostación/puesta en valor del hillbilly y del redneck (salvando todas las distancias) está muy consolidada. Ned Flanders, el personaje de la serie de animación Los Simpsons, definió en un capítulo a Estados Unidos como toda aquella extensión que está entre la costa este y la oeste, entre las grandes zonas metropolitanas. En Francia ocurre tres cuartos de lo mismo, con una tradición que tira de tópicos con ejemplos tan ilustrativos como la taquillera película de 2008 Bienvenidos al Norte, una comedia en la que se recurre a todos los estereotipos posibles y más. La lista podría ser inmensa.

La dimensión provincial de España es una de las realidades más consolidadas de nuestro país, aunque la provincia ha quedado como un lugar atrasado y anclado en el pasado. Las provincias eran una descentralización administrativa del poder central, aunque no política, para eso tendrían que llegar las comunidades autónomas ya en la transición. Javier de Burgos, un liberal con una visión muy francesa de la situación, desarrolló un diseño que, a pesar de sus críticas y limitaciones, fue respetuoso con las idiosincrasias de los territorios y consideró las capitales de los mismos de forma funcional. La provincia es una entidad territorial que configuró un universo simbólico y un imaginario colectivo fundamental a lo largo del siglo xix y parte del xx. Fusi señala que «la idea de provincia impregnó profundamente la percepción de los españoles sobre su

instalación territorial. La progresiva uniformización cultural del país pugnó en todo momento con la pervivencia en comarcas, regiones y provincias de estructuras distintas de costumbres, tradiciones y formas de vida» (2000: 168). Kamen retoma a Ortega y Gasset para señalar que «en su obra *La redención de las provincias* (1931), Ortega y Gasset reconocía que la “la única realidad enérgica existente en España” era la provincia y observaba que no era España lo que despertaba sentimientos, sino sólo las provincias y las regiones» (2020: 133). Como es conocido, Ortega y Gasset dedicó mucho esfuerzo a reflexionar sobre el concepto y la idea de España; recordemos su clásico *España invertebrada* (2002) o sus debates con Manuel Azaña sobre el Estatuto de Cataluña en los comienzos de la Segunda República (2005). Ahí seguimos.

No entender lo que significa la provincia en España es un error que se ha cometido a lo largo de muchas décadas. La provincia ha quedado en un segundo plano, señalada como un estadio por superar tras la llegada de la España de las autonomías, y en el caso de las comunidades autónomas uniprovinciales no encaja muy bien la denominación de provincia. En cuanto a otras regiones, País Vasco tiene territorios históricos y Navarra es una comunidad foral. En Cataluña, provincia suena a centralismo. Y en otros muchos lugares se vincula esta a las diputaciones provinciales y a una forma de caciquismo político. No han sido pocas las voces, incluso algunos partidos políticos, que han abogado por la eliminación de las provincias, pero no es tan fácil, ni mucho menos.

En no pocas ocasiones, suele darse a ciertas categorías o adscripciones el adjetivo inventado. En realidad, todo es una construcción social, pero estas deben tener estructuras de plausibilidad. No toca en este punto ofrecer un detallado análisis de la evolución de España y de su identidad; la bibliografía es extensísima. Analizar qué es España es como una especie de necesidad, porque nunca hemos tenido claro qué somos. Incluso tenemos dificultades para definirnos: de España a Estado español hay toda una escala de grises, aunque se presenta de forma dicotómica. España es una nación para buena parte de sus habitantes y es un Estado con todas las letras. Obviamente, uno de los principales logros de la denominación Estado español es desposeerlo de todo matiz identitario y emocional. Estado suena a

administración, a poder, a algo que no tiene que ver con la comunidad y con la identidad. Ya lo analizaron sociológicamente Tönnies y Durkheim en sus clásicos sobre los vínculos y los valores. La denominación Estado español ha calado en una parte muy significativa de la izquierda española, una vez que el concepto de nación española fue patrimonializado por el franquismo. Los nacionalistas catalanes, vascos, gallegos, etc., han encontrado en esa denominación, la de Estado, la forma de desprenderse de un vínculo afectivo y/o sentimental. Hace unos años, el sociólogo César Rendueles escribió un interesante artículo, recogido en Ctxt, sobre la cuestión del uso de Estado español para referirse a España, «Algunas razones por las que ya no digo “Estado Español”», en el que afirmaba que, al utilizar la nomenclatura de Estado español, se optaba por una posición fácil, ya que «nos servía para evitar hacernos preguntas incómodas sobre nuestro propio proyecto político y su arraigo en alguna concepción de país»[1].

La derecha también ha hecho un uso extensivo de la patrimonialización de una idea de España. No estoy diciendo exactamente que sea continuadora, pero sí que recoge algunos de sus elementos, dando lugar a no pocos conflictos y debates, y jugando la carta de un concepto de España anclado en el pasado, poco integrador de otras visiones de la realidad del país y que echa mano de la bandera en cualquier reivindicación que quiera llevar a cabo, lo que, obviamente, contribuye a un mayor alejamiento de otra parte de la población que no se identifica con esas ideas. De esta forma, se impone una posición muy centralista y disonante con una parte de la concepción de España que no sólo tiene que ver con la cuestión de los nacionalismos sino con las diferentes formas de relacionarse con la propia idea de España desde los territorios. La derecha ha asumido, y transmitido, una concepción muy esencialista, la misma que, cuentan, buena parte de las visiones de los nacionalismos periféricos en sus casos. Un debate con una solución tan compleja que se antoja casi imposible. En su conjunto, una situación para la que igual una respuesta es la que ofrece Ana Iris Simón al señalar que «España era precisamente esa pregunta, que nada más español que preguntarse qué es España y qué somos los españoles o incluso si existe tal cosa, si existimos» (2020: 105).

En definitiva, sobre las identidades, lo subjetivo es determinante.

Por eso, cuando se trata de analizar cualquier sentimiento nacional, identitario, etc., desde la racionalidad, se suele caer en ciertos errores. España sigue –y seguirá– siendo objeto de debate sobre su «ser» y su «esencia», como demuestra por ejemplo el hecho de que el historiador Henry Kamen haya conseguido un importante éxito con su obra *La invención de España*. Leyendas e ilusiones que han construido la realidad española (2020). Pero todas las identidades colectivas se basan en esos procesos de construcción, en esos hechos tomados de aquí y allí, y revisitados para hacerlo en clave «española», «catalana», «vasca», «murciana»... Ya lo escribieron hace mucho tiempo Eric Hobsbawm y Terence Ranger en el imprescindible *La invención de la tradición* (2012), y nadie ha contado la situación de la historia de la idea de España como José Álvarez Junco en *Mater Dolorosa*. Una idea de España en el siglo xix (2005), donde afirma que «el proceso nacionalizador del siglo xix se llevó a cabo, pero no con la fuerza necesaria como para garantizar el final con éxito» (p. 565). Sin embargo, las polémicas no van a cejar porque se imponen las visiones esencialistas, siempre y en todos los casos, y porque los agentes de socialización saben que las mismas son más poderosas. La cuestión es quién construye esas visiones (ganadores y perdedores de la historia), cómo se institucionalizan y por qué las personas las interiorizan.

España es España porque no es Francia. España no se constituyó como un Estado-nación siguiendo el modelo francés por factores internos. Mientras Francia creaba una red de comunicaciones, generaba una burguesía incipiente y montaba una escuela laica que convertía a los campesinos en franceses, como señalaba Eugen Weber (1976), España se quedaba a medias en estos ámbitos. De esta forma, los componentes territoriales, institucionalizados administrativamente en las provincias, iban a consolidarse durante esas décadas. La pervivencia de estas identidades contaba con estructuras de plausibilidad en tanto en cuanto habían sido el universo simbólico de sus habitantes, y se reforzaría con la provincia. Es evidente que la nación española se definió y se trató de institucionalizar al modo francés, pero no contaba con esos mecanismos de socialización o al menos no eran tan fuertes como para conseguir un resultado similar. A fin de cuentas, la centralización y la pérdida de muchos fueros, fronteras internas, etc., no se produjeron hasta el siglo xviii... con la llegada de los

Borbones desde Francia. La modernización del Estado español, amalgama de reinos y territorios más o menos inconexos, se realizaría a través de un modelo de intendencias y provincias en el reinado de Felipe V que, en parte, sería la base de la futura división provincial y que ha llegado hasta nuestros días. Kamen incide en que «aquellas experiencias locales eran –mucho más que el concepto irreal de “España”– la sustancia real de la vida social, política y religiosa. Mucho antes de que España empezara a surgir como realidad, las comunidades locales ya tenían una identidad propia, lazos indudables y un orgullo incuestionable» (2020: 115). Álvarez Junco es todavía más explícito al señalar que, ya en el siglo xix, «el Estado existía, sí, pero como una especie de predio común mal vigilado del que algunos obtenían rentas y sinecuras, llegando incluso a parcelar algún que otro coto privado; mientras que otros, la gran mayoría, lo percibían como una jungla impenetrable y, sobre todo, ajena, de la que emanaban normas y decisiones arbitrarias, de considerable peligro para su vida diaria» (2001: 542).

El libro *España dividida en provincias e intendencias y subdividida en Partidos, Corregimientos, Alcaldías mayores, Gobiernos políticos y militares*, así de Realengo como de Órdenes, Abadengo y señorío, encargado por el conde de Floridablanca en 1785, muestra una España segmentada en territorios muy desiguales y con una cierta arbitrariedad en parte de su definición; aunque algunos serán prácticamente miméticos a los que se institucionalizarán en las décadas posteriores. De esta forma, 42 territorios que dicho libro denomina, en su mayor parte, provincias. Además, aparecen los reinos de Aragón, Murcia, Navarra y Valencia. Cataluña es principado y Vizcaya es un señorío, separándose las Encartaciones de Vizcaya. Están las islas de Gran Canaria, Ibiza, Mallorca y Menorca. Unos pequeños territorios del interior de Andalucía serán las Nuevas Poblaciones de Andalucía y Sierra Morena. Extremadura es una provincia en su conjunto y Galicia se divide en siete: Betanzos, La Coruña, Santiago, Lugo, Orense, Mondoñedo y Tur. Existían las provincias de La Mancha y de Toro, y la de León contaba con los partidos de Asturias y Ponferrada. Esta es la base del mapa de 1833, reorganizándose las gallegas en las cuatro actuales, derivándose otras de los reinos y principados existentes, y dividiéndose otras provincias. Además, antes ya se había

reconfigurado el mapa provincial durante el Trienio Liberal (1820-1823) en esa dirección. En 1833, se consolidaron nuevas realidades provinciales como Santander, Albacete, Madrid, Logroño.

Aunque casi todos los territorios pueden recurrir a señalar a Javier de Burgos como el culpable de agravios en su diseño, el mapa provincial resultante sigue ahí. A la provincia le ha pasado, en cierto modo, como al Estado. Es un término que, para una parte de la población, ha perdido peso identitario, aunque sigue estando ahí y presenta muchos matices y variables. Si eres una comunidad autónoma uniprovincial (Asturias, Cantabria, Navarra, La Rioja, Murcia, Islas Baleares y Madrid), la provincia ha desaparecido para dejar paso a la otra institucionalización, que además es política, no únicamente administrativa. Si eres una región con un fuerte peso nacionalista, las provincias y sus denominaciones alternativas cuentan con otras fortalezas. Si tu región está conformada por un elevado número de provincias (Andalucía, Castilla y León, Castilla-La Mancha), entran en juego otros factores relacionados con los centros de poder y con la provincia que desempeñe un papel central. Es decir, la provincia no ha dejado de ser importante en la definición de nuestros universos simbólicos, de nuestros referentes, etc. Puede que suene a antiguo, pero permanece. Y, si eres comunidad autónoma uniprovincial, todavía de forma más fortalecida, aunque ya superada como estadio. Por eso es importante detenernos brevemente en qué es la identidad colectiva y cómo funciona.

Sobre las identidades colectivas

Identidad, y más la colectiva, es ese concepto sobre el que tanto se ha teorizado y se seguirá haciendo. La evolución de la cuestión de la identidad ha llevado desde las visiones más esencialistas hasta las que podríamos definir como constructivistas. A fin de cuentas, la identidad colectiva es una construcción social definida por los grupos que forman parte de la misma y que se institucionalizan «como si poseyeran una realidad propia, que se presenta al individuo como un hecho externo y coercitivo» (Berger y Luckman,

1998: 80). Por su parte, Castells señalaba que «las identidades son construidas. Lo esencial es cómo, desde qué, por quién y para qué [...] quién construye la identidad colectiva, y para qué, determina en buena medida su contenido simbólico y su sentido para quienes se identifican con ella o se colocan fuera de ella» (1998: 29). Los procesos de socialización, a través de sus principales agentes institucionales, irían transmitiendo, y reproduciendo, esas identidades colectivas que son «comunidades imaginadas», como señalaba Anderson (1997).

Sin embargo, la identidad siempre ha estado bajo sospecha y casi todo ha ebullido en torno a las identidades, sean individuales o colectivas. En la actualidad, llevamos años en un intenso e interesante debate que tiene como eje las identidades, un modelo que ha llevado a una fragmentación y que no parece tener fin (Lilla, 2018; Bernabé, 2018). La transformación de nuestras sociedades ha dado lugar a un menor peso de categorías tradicionales a la hora de conformar la identidad como eran la familia, la nación, el trabajo y la religión. La modernidad puso en el centro al individuo, que se iba librando de las constricciones de esas categorías estancas. Este proceso encontró también una legitimación política por buena parte de la izquierda, que veía en la mayoría de esas categorías elementos de freno para el progreso humano. La izquierda articuló su discurso en relación con la cuestión social y la lucha de clases, que fueron pasando a un segundo plano a medida que las clases medias, reales o aspiracionales, se hacían mayoritarias. Con el individualismo consumista de las últimas décadas, las identidades colectivas también se mercantilizaron, entrando en una dinámica en la que, además, era más importante el «parecer» que el «ser». La conquista del individuo tenía grandes avances en la libertad de elección de estilo de vida, en cuestiones centrales como la mujer, la libertad sexual, etc., generalmente en el mundo occidental. Se hacía referencia a derechos incuestionables en los que debe seguir avanzándose. Por otra parte, los defensores de identidades colectivas «fuertes» se replegaban a posiciones más conservadoras, retroalimentándose las dos corrientes. Nada explica mejor este escenario que la cuestión de la nación, una de las grandes sospechosas de la historia.

La nación es una de las categorías en las que los seres humanos nos

circunscribimos y es una de las centrales a la hora de construir nuestra identidad. Hablar de la nación supone considerar los elementos objetivos que la componen (signos, símbolos, mitos, ritos, institucionalizaciones, etc.) y subjetivos (sentimiento de pertenencia). Los integrantes de la nación se basan, a la hora de legitimar esta, en los segundos. En España, la cuestión nacional es de una enorme complejidad, como hemos visto, por las dificultades de construcción de un Estado-nación homogéneo en el siglo xix, el surgimiento de nacionalismos periféricos y la pervivencia de las identidades locales o regionales. En este sentido, nada parecía mejor que el proyecto europeísta como un mecanismo central para superar esas adscripciones nacionales que eran vistas como una rémora del pasado. Sin embargo, muchos de estos discursos se hacían desde un nacionalismo español. Estas corrientes se encajaban en un cosmopolitismo que superase las fronteras y que estuviese por encima de unas identidades nacionales que habían quedado desfasadas por la globalización, las corrientes migratorias, las entidades supranacionales, etc. Las identidades nacionales, en nombre de las cuales se habían perpetrado grandes masacres en la historia de la humanidad, se presentaban como irracionales y reduccionistas (Maalouf, 1999).

Durante mucho tiempo, se empleó el concepto de la «desaparición del Estado-nación» por las nuevas tendencias, un Estado-nación que perdía soberanía por arriba (entidades supranacionales) y por abajo (procesos de descentralización que se vinculaban a una democracia más conseguida y que también hacían hincapié en el valor de lo local). Sin duda alguna, la Unión Europea constituyó uno de los esfuerzos más importantes en ese sentido. Pero está formada por Estados-nación, que son los que, en definitiva, marcan el paso de la institución. Jürgen Habermas llevó a cabo la definición de uno de los conceptos más importantes para la legitimación de estas instituciones supranacionales, como fue el «patriotismo constitucional». Habermas (2007) postulaba que los vínculos entre los individuos, porque en definitiva todo se basa en qué nos hace formar parte de una colectividad, debían ser los preceptos democráticos, partiendo de una participación de los ciudadanos, y no los nacionales y/o étnicos, aunque reconocía la importancia de estos últimos como centrales para la cohesión y para los vínculos entre los individuos. Como decíamos anteriormente, no es lo mismo

hacer referencia al «Estado» que a la «nación».

Si la primera década del siglo xxi pareció mostrar que ese cosmopolitismo podría alcanzarse, la realidad era muy diferente. La nación no se había ido a ninguna parte, seguía estando ahí e iba a aparecer con mucha fuerza, lo que pilló a muchos teóricos de las Ciencias Sociales por sorpresa y con el pie cambiado. En el caso de España, la situación de los diferentes nacionalismos también se transformaba, comenzando por el español, que se reconfiguraba; siguiendo con el vasco, con la desaparición de ETA, y finalizando con el catalán, que iba a vivir un nuevo escenario con el procés. En el contexto global, y con situaciones diferentes en función del tiempo, la nación iba a ser recuperada y utilizada por los movimientos populistas emergentes. Suponía una vuelta a la nación más esencialista, que, por otra parte, era también la que contaba con una capacidad de legitimación más fuerte desde el punto de vista emocional. A fin de cuentas, la racionalidad a la que apelaba de forma acertada Habermas se presentaba como fallida para los «perdedores de la globalización». Pero, más allá de ese hecho, había estructuras de plausibilidad en el sentido de que esa identidad seguía ahí. Los movimientos populistas han instrumentalizado, y exacerbado, un sentimiento que estaba presente y al que numerosas personas se han agarrado como fuente de sentido.

Una fracción significativa de la izquierda no supo leer la importancia de las identidades colectivas territoriales, regionales o nacionales, o al menos buena parte de ellas, porque se han adscrito a movimientos que casan de forma extraña con sus postulados, como el procés o las partes más radicales del nacionalismo vasco. Abandonar el concepto de nación, en el sentido de construcción de un concepto, y dejarlo en manos de otras corrientes ideológicas es un importante error. La nación apela a lo colectivo, al nosotros, y se puede articular de diferentes maneras, no excluyentes y esencialistas, no basadas en conceptos étnicos exaltados, supremacistas o en mitos reproducidos una y otra vez. A cambio, una parte de la izquierda se apuntó a las ya señaladas políticas de la identidad, lo que se ha intensificado en las dos últimas décadas, convirtiéndose en una especie «confrontaciones por la identidad». Disputas culturalistas que Daniel Bernabé expresó de forma acertada en *La trampa de la diversidad* (2018). En cierto sentido, se

dan confluencias en las maneras de articular las identidades colectivas en cada ámbito, confluencias basadas en gran medida en una posición moralista y, paradójicamente, de intensificación de la alteridad, que siempre va a estar ahí. El debate no es nada sencillo, la relación entre igualdad e identidad siempre ha sido un eje central en la discusión sobre esta última. Como estamos viendo continuamente, la identidad sigue siendo el elemento central que mueve nuestras vidas. Todo el mundo tiene su identidad formada por diferentes identidades a las que pertenece, luego ya depende de cada uno a lo que le dé más peso. Un nacionalista catalán le va a dar más importancia al hecho de ser catalán, como un nacionalista español lo hará a ser español; una feminista seguramente le otorgue un valor mayor a ser mujer que a ser española o catalana, y así podríamos seguir hasta el infinito, exceptuando la cuestión de la estructura social y de las clases sociales, muy difuminadas estas identidades por los procesos de las últimas décadas.

Volvamos a la cuestión de la identidad territorial, que son varias de las que poseemos los individuos, con independencia del valor ya señalado que demos a cada una de ellas. Somos de una ciudad, de una región, de un país, de una nación, de un Estado-nación, de un Estado, del mundo... en definitiva, un modelo concéntrico de inspiración estoica que explicaba la relación con nuestros semejantes (Heater, 2007) y que ha sido también una referencia para visiones multiculturalistas contemporáneas (Nussbaum, 2020). El lugar de nacimiento de una persona no deja de ser arbitrario, nadie elige donde nace. Este hecho arbitrario precisa de ser encuadrado en un marco que dé sentido a la persona, y ahí es donde aparece la identidad colectiva, como una fuente de sentido y como un elemento biográfico de primer orden (Pérez-Agote, 1994). Lisón Tolosana afirmaba que «el determinante geográfico-espacial es uno de los más importantes, antiguos y permanentes indicadores y coeficientes de identidad. Actúa como una roca dura e inamovible del entorno pero en el paisaje espiritual» (1997: 12). Y, para Han, «el hombre es un ser locativo. Sólo el lugar hace posible el habitar y la estancia. Pero un ser locativo no es forzosamente un fundamentalista del lugar. No excluye la hospitalidad» (2020: 47).

Cuando se cuestionan, minimizan y hasta se ridiculizan identidades colectivas de los individuos se está entrando a minusvalorar partes

de sus fuentes de sentido. Eso no quiere decir que todas las identidades colectivas sean defendibles, al contrario, pero hay que ser consciente de lo que le aportan a la persona y cómo opera en relación con la construcción de su identidad individual y, por supuesto, con sus valores, que dan lugar a la acción y a las conductas. Hay ocasiones en las que esas identidades pueden ser negadas e incluso superadas, por la visión negativa con la que cuentan en la sociedad o porque responden a valores de otra época, y en otras son absolutamente potenciadas y recrudecidas, para bien y para mal, sean estos ataques o cuestionamientos reales o ficticios, ya que lo importante es cómo sean percibidas. La identidad colectiva es central ya que «es siempre en relación al grupo como acaba determinándose la vida social» (Maffesoli, 1990: 145). El psicólogo social Henri Tajfel (1984) planteaba tres grandes componentes en la definición de grupo que explicaban la relación del individuo con el colectivo: el cognitivo, en el sentido de que el individuo sabe que forma parte de un grupo; el evaluativo, cuando el sujeto valora positiva o negativamente la pertenencia al grupo, y el emocional, que implica que la pertenencia al grupo pueda ir acompañada de emociones, tanto hacia el propio grupo como hacia los que se relacionan con él. Son estos dos últimos componentes los que tienen un peso mayor en la generación de un sentimiento de identidad colectiva.

La ciudad media y la identidad

La relación de los habitantes de las ciudades medias, o de los procedentes de las mismas, con ellas obedece a varios patrones. Hay diversos escenarios que se dan y que no son incompatibles. Generalmente, para una parte de la población de estos municipios, su localidad es «la mejor» y tienen una visión muy chovinista de su identidad. Hay una gran valoración de las virtudes de su ciudad y de sus potencialidades. Suelen ser muy acríticos y no toleran de buen grado que alguien se meta con ella. Buena parte de estas personas tampoco han conocido otro lugar de residencia, no han estudiado fuera, por ejemplo, ni siquiera se plantearon salir de estos municipios. Hay un orgullo muy importante y el vínculo es muy

fuerte, aunque sus orígenes puedan ser del medio rural. Mi abuelo materno era muy de Logroño, y eso que no había nacido allí y se vino a vivir cuando ya superaba la treintena, con el éxodo rural. Había también un componente aspiracional, de proyecto de vida, de mejora. Como mis abuelos, muchas generaciones de aquellas décadas transmitieron a sus hijos e hijas un orgullo por su ciudad y su región, una identidad.

En el otro extremo, encontramos también un perfil de personas que se mueven en una especie de dicotomía sobre la ciudad media. Por un lado, piensan en sus virtudes, en sus valores, en el sentido de las dimensiones, de la calidad de vida, etc.; es decir, en buena parte de los tópicos que asociamos a estas localidades. Pero, por otro, también son de los primeros que «despellejan» a la ciudad media y al conjunto del territorio a la menor oportunidad. Suele echar en cara el «provincianismo», el conservadurismo, la falta de una oferta cultural, incluso el feísmo de sus edificios y calles. En no pocas ocasiones, se alude a la ciudad como «pueblo» —«es que somos un pueblo»—, con todas las implicaciones que conlleva para el medio rural, pues implica el reduccionismo a algunos de los tópicos más consolidados sobre el mismo. Son discursos recurrentes en algunos ámbitos, especialmente de personas con más formación, vinculadas a profesiones liberales, etc. De esta forma, parecen creer que no han salido del blanco y negro de la Calle Mayor, la película de Juan Antonio Bardem de la que hablaremos posteriormente. En cierto sentido, hay un sentimiento como de «encorsetamiento», la ciudad media no dejaría respirar, el control social sería mayor y no podemos tener lo que tienen otras ciudades más grandes. Incluso, cuando se hace referencia a ciertos territorios intermedios, esto se traslada de nuevo a la dimensión cuantitativa. Haciendo un salto, y vinculado al Estado de las autonomías, en La Rioja nunca han faltado voces, cualificadas generalmente, que señalaban que «somos como un barrio de Madrid», es decir, poco más de 300 mil personas. De hecho, es frecuente que sean precisamente las personas de las ciudades medias y pequeñas las más críticas y las que suelen realizar las diatribas más descarnadas sobre las mismas. La novela de Nicolas Mathieu nos vuelve a mostrar ese hecho, con toda su crudeza. A fin de cuentas, lo aspiracional es un motor de funcionamiento determinante.

El control social es uno de los aspectos más negativos que suelen señalarse en relación con las ciudades medias y pequeñas. Somos pocos y es mucho más fácil ver lo que hace el vecino, saber, vigilar, censurar, etc. Hubo décadas en las que era muy duro, obviamente. Esa asfixia, esa falta de libertad, era algo mucho más arraigado. Juan A. Ríos Carratalá, en su trabajo sobre la ciudad provinciana, señala que «el deseo más o menos explícito de marcharse de la ciudad que sienten los protagonistas de estas obras tiene una causa común: la insatisfacción [...] la ciudad provinciana oprime en su propia pequeñez a unos sujetos que, por proceder de fuera o ser disidentes dentro de su propia sociedad, acaban mostrándose insatisfechos en el más amplio sentido del término, el que abarca desde el hastío hasta la represión sexual» (1999: 205).

Pertenezco a otras generaciones que no vivimos tanto esa realidad; la verdad es que, en mi caso, nunca he tenido la sensación de que exista un control social elevadísimo e insufrible. Seguro que hay personas que no pueden decir lo mismo y que había situaciones, incluso ya en la democracia, vinculadas a la libertad sexual, por ejemplo, que se censuraban y se señalaban. Ese «qué dirán» estaba ahí, pero se iba diluyendo. Los lugares pequeños son complejos en ese sentido, Sergio del Molino lo señalaba en La España vacía cuando contraponía el idealismo de la vida en el medio rural con el crimen de Fago en Huesca. De hecho, de las ciudades medias y pequeñas se dice que son como «un pueblo grande», y regresamos al ya señalado «todos nos conocemos». ¿Siguen arraigados ciertos aspectos del pasado en esa dirección? En cierto sentido sí. La distancia más reducida permite un mayor conocimiento y un funcionamiento de ciertas redes en todos los ámbitos. También ocurre que, en no pocas ocasiones, se cumple el dicho de que «nadie es profeta en su tierra», hay viajes de ida y vuelta. Pero esa cercanía cuenta con valores positivos, como un mayor sentido de cohesión y una sociabilidad basada en lazos más comunitarios, en unos rituales muy estructurados.

Entre estos dos extremos, los que la idealizan y los que la valoran negativamente, hay toda una gama de situaciones y de puntos intermedios, pero sí que se suelen tomar elementos de las dos visiones. Por un lado, el sentimiento de orgullo de la primera, una identidad colectiva fuerte que suele estar presente. Por otro, una

especie de complejo de inferioridad que está relacionado con no llegar a lo que tienen las grandes ciudades. También sería una forma de ser consciente de los propios límites. En definitiva, es una cuestión de arraigo, un concepto fundamental en nuestro país y en su forma de relacionarse con las identidades colectivas y las pertenencias más cercanas. Fruto de su historia y de los diferentes factores que la han determinado, en España la gente es muy de su ciudad, pueblo, zona, provincia o región. Esas identidades colectivas se han mantenido y transmitido de generación en generación; incluso procesos como la creación del Estado de las autonomías han generado nuevos mecanismos de socialización. Manuel Vilas, que es de Barbastro (Huesca), en su novela *Alegría* señalaba que «“Arraigo” es una palabra fundamental en la vida humana. El arraigo es belleza y alegría. Junto a la palabra «arraigo», hay otra muy hermosa, y esa es “raigambre”» (2019: 197). Vilas lo argumentaba a propósito del matrimonio de sus padres, en el arraigo como forja de su unión. Y este concepto también hace referencia, obviamente, a lo social, como indica Broncano al señalar que «el desarraigo ocurre, en definitiva, cuando desaparece la comunidad que da sentidos y ubicación a la persona y es sustituida por un conjunto abstracto de normas, instituciones y espacios de soledad» (2020: 115).

Creo que el concepto de arraigo puede ser determinante en la vinculación con nuestras localidades de origen y con sus territorios. Esto se observa en muchas personas que, habiendo dejado estas ciudades medias para ir a trabajar a otras, vuelven regularmente y siguen manteniendo ese vínculo. El peso de ciertas adscripciones está relacionado con la afectividad y lo emocional en el sentido que decía Tajfel. Buena parte de nuestras pertenencias se marcan por la socialización primaria y cómo ha calado de forma sentimental en nosotros, formando parte de nuestra identidad. La fortaleza del vínculo viene de ahí, por eso hay un componente subjetivo tan importante en la cuestión de las pertenencias. Y nada sella más que la infancia y la transmisión familiar. De esta forma, por ejemplo, no son pocas las apelaciones en estos años para volver a ese pueblo al que íbamos en nuestra infancia a pasar las vacaciones de verano. Podemos construir y transmitir todas las identidades colectivas que queramos, pero, si no existe esa vinculación afectivo/emocional, no serán interiorizadas de la misma forma por los individuos.

Obviamente, luego las experiencias y los acontecimientos marcarán su desarrollo, pero esa base es clave.

El papel de los medios de comunicación como agentes de socialización

El programa de radio A vivir que son dos días de la Cadena SER, dirigido y presentado por Javier del Pino, cuenta con una sección con el periodista de El País Íñigo Domínguez en la que rastrean los periódicos locales y regionales. Domínguez recoge noticias que son llamativas, anecdóticas y, en ocasiones, costumbristas. Es un recorrido interesante, porque, aunque no faltan las bromas, refleja un mundo diferente al que acostumbran a reflejar los grandes medios de comunicación nacionales. Muchos de estos hechos no tienen más recorrido y es imposible, y tampoco es necesario, que vayan más allá, pero son cosas que importan a la gente que vive en esos territorios.

Para analizar el papel de las ciudades medias y pequeñas, en un contexto como el provincial, hay que hacer referencia al papel de los medios de comunicación y, especialmente, de la prensa regional o provincial. Una de las quejas más habituales de las personas que viven en los territorios periféricos es la sobrerrepresentación de las noticias que llegan de Madrid y Barcelona, en el caso de España. Parece que todo pasa en Madrid y Barcelona o que lo que ocurre en estas dos ciudades es lo único que sucede en nuestro país. De nuevo, podemos recurrir a lo ocurrido con Filomena, al colapso de Madrid y a cómo en las redes sociales se aludía a que era algo que pasaba con frecuencia en otros lugares.

Sin embargo, España cuenta con una red de medios de comunicación locales, provinciales y regionales sin los que sería imposible entender la configuración de unos imaginarios colectivos y unos universos simbólicos comunes a cada territorio. La prensa española a lo largo del siglo xix se identificó con lo regional y provincial, y el ámbito al que muchas publicaciones hacían referencia era el de la provincia, el cual, por otra parte, era su

mercado.

De esta forma, se contribuía a configurar una identidad colectiva, ya que la prensa era un agente de socialización que se iría desarrollando a medida que avanzaba el siglo xx, cuando fueron apareciendo nuevos medios de comunicación como la radio y aumentó la alfabetización. La prensa española provincial del siglo xix estaba vinculada a los grandes grupos de poder de las diferentes zonas, empresas industriales y banca regional en no pocos casos, así como reflejaba las disputas políticas. Pero, y lo que es más importante en nuestro caso, recogían las noticias más trascendentes de la provincia, con la capital ocupando un lugar destacado.

La prensa provincial española ofrece un mapa de cómo se fue configurando la realidad del país y de la importancia de estos territorios. El siglo xx supuso un crecimiento de su importancia. La mayor parte de la gente compraba el diario provincial para informarse de lo cercano, de lo que ocurría en su ciudad, así como en el resto de la región. Las emisoras de radio también desempeñarán esa función y serán fundamentales en la consolidación de los medios de comunicación como agentes de socialización de las dimensiones territoriales.

Pese a que los medios de comunicación han ido pasando por diferentes crisis, concentraciones, cambios derivados de la irrupción de internet, desaparición de no pocas cabeceras provinciales, etc., el recurrir a los medios más cercanos sigue estando muy presente. Aunque El País, El Mundo, etc., nos pareciesen los periódicos más cool y donde había que encontrar las informaciones para estar «a la última», al final siempre se acababa volviendo al diario local para leer sobre lo que ocurría en tu barrio, en tu ciudad o en cualquier pueblo, o ver la gran crónica deportiva de tu equipo de fútbol, esa que en el Marca, As, Mundo Deportivo o Sport ocupaba una columna, salvo si jugaba contra el Barcelona o el Real Madrid. Es la realidad, obviamente es lo que vende, no estamos pidiendo que nos lo cuenten igual.

Esa necesidad siempre ha estado ahí y sigue presente. Hay una demanda de lo cercano, de lo cotidiano, de esa realidad que no aparece en los grandes medios pero que sigue configurando

nuestros universos simbólicos. Por eso, cuando Javier del Pino e Íñigo Domínguez recogen esos titulares y noticias, muchas personas no pueden evitar sentirse identificadas; al escucharlos, esbozas una sonrisa y piensas en el valor de lo cercano. Y es que, las personas quieren saber qué ocurre en su entorno más inmediato. Seguramente, en la actualidad, mucha gente conoce sin lugar a dudas el nombre y el rostro de Isabel Díaz Ayuso, presidenta de la Comunidad de Madrid, pero quiere enterarse de la última noticia de su ciudad, que va desde la tienda que ha cerrado hasta el suceso que ha ocurrido en una calle, si se ha caído una farola o cuál va a ser la actuación en el teatro de su barrio. También quiere saber cómo ha sido el partido de su equipo de fútbol, aunque esté en segunda división B o tercera. Hay esa necesidad de lo cercano, de lo cotidiano, que se ve especialmente en medios de comunicación como la radio. Y, mientras tanto, internet y las redes sociales desempeñan un papel ambivalente. Por un lado, las noticias y sucesos de los lugares más grandes se hacen más presentes porque cuentan con mayor tráfico. Pero, por otro, surgen medios digitales locales y regionales, y cualquier suceso que ocurra en algún sitio puede ser trending topic, aunque en no pocas ocasiones se trate de algo por lo que un sitio pequeño o mediano adquiere notoriedad. Vamos, que como siempre.

1 [<https://ctxt.es/es/20181219/Firmas/23535/Cesar-Rendueles-tribuna-politica-patria-Espa%C3%B1a-bandera.htm>].

capítulo iV

La compleja evolución y situación de las ciudades medias

Fue en la tarde-noche de un 31 de octubre de 2020. La mayor parte de los logroñeses y riojanos estaban en sus casas como consecuencia de la situación de la pandemia de la covid-19. En esos días, el Gobierno de La Rioja había anunciado nuevas restricciones para frenar una segunda ola ya disparada. Se había cerrado la hostelería, se contaba con nuevos toques de queda y se cerraba perimetralmente La Rioja y los municipios de Logroño y Arnedo. Una convocatoria de protesta de la hostelería, mensajes en redes sociales de grupos de extrema derecha que aprovechaban la situación y, de repente, los grupos de WhatsApp se llenaban de vídeos de incidentes violentos, destrozos y cargas policiales en el céntrico Espolón de la capital riojana y en las calles adyacentes. Mobiliario público destrozado y algunos comercios sufriendo destrozos. Y, la sorpresa, muchas personas muy jóvenes protagonizando los incidentes. Había pasado lo mismo en días anteriores en Barcelona, Bilbao o Burgos. Pero ¿Logroño?, ¿una mediana «ciudad de provincias» donde estas cosas no pasan?, ¿chicos y chicas tan jóvenes? Shock, estupefacción y las imágenes rondando en las horas siguientes por todas las casas logroñesas y riojanas. Apertura de telediarios e informativos, las radios conectando en directo. «Esto no pasa en Logroño nunca, somos una ciudad tranquila» era uno de los mensajes más repetidos. Al día siguiente, unos chicos y chicas muy jóvenes van a ayudar a limpiar los desperfectos en el Espolón y su entorno. Pablo Alcaide, un adolescente, toma la palabra y señala que vienen a hacerlo porque su madre es barrendera y no consideraba justa la situación. Las imágenes vuelven a dar la vuelta al país.

¿Qué pasó donde nunca pasa nada? Realmente nada. Fue un momento puntual, un estallido de violencia que no respondía a ninguna motivación ideológica o de protesta, no tenía una

connotación política más allá de una instrumentalización de grupúsculos reducidos, como en otras ciudades. No había mucho detrás. Conductas imitativas en un mundo donde el peso de lo virtual y de la imagen es fundamental, ahí estaban muchos de ellos y ellas grabando con sus móviles la «película» de la que eran protagonistas y subiéndola a TikTok e Instagram. Una juventud desnortada y nihilista, pero poco más. Sin embargo, sí que esa estupefacción generalizada podía reflejar un imaginario colectivo sobre las ciudades y las regiones como Logroño y La Rioja.

En la construcción de las estructuras territoriales, las grandes ciudades y metrópolis, en el caso español Madrid, Barcelona y algunas pocas más, era donde pasaba la acción. Las manifestaciones, la violencia incluso, no eran típicas de las pequeñas y medianas ciudades. A mis casi cincuenta años, no recuerdo incidentes violentos apenas en Logroño. Cuando era pequeño, en la transición a la democracia, hubo huelgas del sector metalúrgico, pero no tengo conciencia de ellos. Al ser vecinos de Euskadi, sintonizar Euskal Telebista y tener una relación continua con País Vasco y Navarra, conocíamos la cuestión de la violencia de ETA y la kale borroka. En aquellos años, cuando te ibas a estudiar al País Vasco a la universidad, como fue mi caso en la Universidad del País Vasco en Leioa, las advertencias eran «ten cuidado». Pero, en La Rioja, como en la mayor parte de los territorios como el nuestro, no había violencia en las calles. Además, las tres últimas décadas habían supuesto una transformación de los procesos de conflictividad social, con sociedades menos proclives a la protesta violenta.

Las ciudades medias y sus territorios se fueron institucionalizando en esos lugares de orden, conservadores, con un fuerte control social, y este hecho se aceleró con el franquismo. Este proceso tenía bases ya en el pasado, recordemos la canónica La Regenta de Leopoldo Alas Clarín, publicada en 1884 y 1885, en la que Oviedo era la ciudad de Vetusta y donde se presentaban esos aspectos conservadores de aquellas localidades. De nuevo, nos vuelven esas imágenes más vinculadas a ellas, instaladas en el imaginario colectivo.

De la misma forma, las propias estructuras productivas de buena

parte de las ciudades medias y similares, con una menor presencia de los sectores vinculados a los movimientos obreros, los cuales se verían afectados por las políticas de reconversiones, hicieron que la conflictividad derivada de esas situaciones no tuviese tales repercusiones. A pesar de las huelgas metalúrgicas de Logroño de finales de los setenta, las imágenes de protestas violentas eran las de Euskalduna en Bilbao, las de Asturias en la minería, la de los astilleros en Vigo, etcétera.

Este proceso es un indicador más de lo que les ocurrirá a las ciudades medias desde la década de los cuarenta del siglo xx hasta la actualidad, unas décadas en las que se consolidará y fortalecerá esa imagen conservadora señalada, y que respondía a la realidad, en las que los procesos que comenzaron en periodos anteriores se aceleraron y en las que el éxodo rural aumentará sus poblaciones – aunque crecerán más las grandes ciudades–. Unas localidades que aprovecharán en muchos casos su capitalidad provincial. Unos municipios que irán definiéndose en sus actividades y funciones, vinculadas a sus territorios, pero también en el conjunto nacional. Unas zonas que tendrán que afrontar la entrada en la modernidad y la posmodernidad desde posiciones muy distintas a las de las grandes urbes, que vivirán nuevas contradicciones que llegan hasta nuestros días y que se aceleran debido a las rápidas transformaciones estructurales provocadas por la globalización y los cambios políticos, económicos, sociales y culturales, con respecto a los cuales irán en no pocas ocasiones un paso por detrás. Crisis de identidad, sí, pero también crisis de aspectos más tangibles como de los sectores económicos con deslocalizaciones del sector secundario. No todas funcionarán igual, hay diferencias en función del peso de los distintos sectores económicos, de su posición geográfica y de las propias dinámicas internas, pero hay puntos en común. Y es que, como las clases medias, las ciudades medias y los territorios intermedios se apuntaron a sumar signos de estatus, imitaciones descontextualizadas de experiencias de éxito en grandes localidades, procesos basados en el «yo también» y en el «yo, más». Y la crisis de 2008 no cambió la tendencia, al contrario, la profundizó. Y la pandemia de la covid-19, ¿qué va a suponer?, ¿quiénes son las ciudades medias y sus territorios hoy?, ¿qué funciones cumplen?

Pero, primero, es necesario observar cómo se han configurado, qué cambios se han dado, cómo se han ido integrando en los procesos de la modernidad y posmodernidad. Detrás de los indicadores y de los datos, de los crecimientos y transformaciones de las ciudades medias y de sus entornos, hay relatos, discursos, imágenes y visiones. Hay lugares comunes, estereotipos y prejuicios. Hay disputas, demandas y reivindicaciones. Hay ilusiones y decepciones. Hay identidades colectivas, sentimientos de pertenencia y relaciones de orgullo y desencanto con las ciudades medias. Hay salidas y llegadas. Y, sobre todo, hay personas con sus proyectos de vida.

Nos centraremos en la segunda mitad del siglo xx y en las décadas que se llevan del xxi. Se producen procesos que ya tenían sus bases en otros anteriores, así como se suceden acontecimientos y se dan tendencias nuevas. Si durante el franquismo será reforzada esa visión e imagen de las ciudades medias como conservadoras y arcaicas, generando el ya mencionado crecimiento a partir de la aceleración del éxodo rural, pero también su pérdida de capital humano hacia las grandes ciudades, con la transición y los ochenta crecerá el contraste entre ellas, ya que el lugar de la modernidad, el espacio de la libertad, será Madrid, Barcelona, etc. Las ciudades medias, que van despertando poco a poco, se verán alejadas simbólicamente de esos procesos y lugares; pues la acción pasa donde se reúnen las condiciones para hacerlo.

El siglo xxi aceleró todas estas tendencias, y lo hacía desde una perspectiva positiva derivada de una década como la de los noventa (González Ferriz, 2020). Si a nivel de estructura social, todos éramos clases medias que dejaban atrás los orígenes rurales y obreros, a las ciudades medias les iba a ocurrir lo mismo. Los signos de estatus de las ciudades medias, que habían comenzado en los noventa, se iban a multiplicar en la primera década del siglo xxi. Hay varios factores que van a marcar ese escenario: la incorporación a la posmodernidad sin pasar por la modernidad; el desarrollo de las TIC y de internet; la expansión urbanística vinculada al acceso a la vivienda de parte de las generaciones procedentes del último tramo del baby boom, que cambiaría la fisonomía de las ciudades, y el crecimiento económico vinculado también al boom inmobiliario de la primera década del siglo xxi.

El tono grisáceo de los años ochenta iba a dar paso en los noventa a una luminosidad derivada de una visión optimista del futuro que se presentaba a corto y medio plazo. Esta última década era presentada como el «fin de la historia» por Francis Fukuyama en su polémica tesis sobre el fin del comunismo y el triunfo del capitalismo. Las ciudades medias también aspiraban a su propio «fin de la historia». España era un país que había visto crecer sus clases medias en las dos últimas décadas, y el Estado de bienestar y sus transferencias sociales contribuyeron decisivamente a cumplir el sueño aspiracional de una buena parte de la sociedad. En las décadas de los ochenta y noventa, se consolidaba el camino para convertirnos en clases medias a través del acceso a la educación superior, a empleos cualificados en el sector servicios, a nuevos bienes de consumo y a productos culturales que antes habían estado rígidamente diferenciados.

A nivel de país, este escenario tendría su reflejo en 1992 con las Olimpiadas de Barcelona y la Expo de Sevilla. España iba avanzando hacia la modernidad, superando un fatalismo secular y habiendo demostrado al mundo que éramos europeos. Barcelona y Sevilla irradiaban éxito y esperanza. El resto se veía iluminado por ese haz, y las ciudades medias también se irían transformando urbanísticamente, comenzando un proceso que se impulsaría en la década siguiente. Es un contexto en el que no existía todavía una reivindicación de lo rural ni otros procesos en esa misma dirección, y son las ciudades medias las que capitalizan un cambio que viene marcado también por aquellas generaciones descendientes del baby boom. Nacidos en la segunda mitad de los sesenta y en los setenta, parte de ellos habían llegado a la universidad y tenían otros horizontes sociales y culturales. Algunos se quedaron a vivir en los lugares a los que fueron a estudiar; otros regresaron a las ciudades medias, donde encontrarían empleos cualificados tanto en el sector público como en el privado. Mientras tanto, y poco a poco, los noventa continuarían con la desindustrialización y las deslocalizaciones de las décadas anteriores. Y este proceso también transformaría a las ciudades medias y sus regiones. Las funciones de los territorios irán cambiando, ya no serán proveedores de productos, o lo harán en menor medida, sino que se entrará en una terciarización constante que tendrá en el turismo y ciertos productos culturales su reflejo más directo. A la vez, Madrid y

Barcelona seguirán creciendo más rápido que las ciudades medias, así como irán concentrando más oportunidades.

Lo que dicen los datos

Los indicadores demográficos y económicos, entre otros, muestran algunas diferencias que son claves para entender la situación de los distintos territorios y las diferencias entre las regiones. Hay otras variables que son más difíciles de cuantificar, indicadores de tipo cualitativo, que no se miden en números, algunos de los cuales se verán más adelante, pero es necesario comenzar por los datos. Sin embargo, también conviene recordar que detrás de esos indicadores están individuos y colectivos, muchas veces reducidos a una mera estadística que se explica en un gráfico. Los datos nos muestran esa realidad que responde a la interrelación y a la complejidad de fenómenos políticos, sociales, económicos y culturales que en no pocas ocasiones tienen sus bases en pasados lejanos y en otras son fruto de circunstancias más actuales, aunque en este último caso suelen ser aceleraciones de las tendencias ya presentes. Indicadores económicos y demográficos muestran el escenario de los territorios en España, así como las consecuencias que tienen en los procesos migratorios interiores y en la cohesión social.

El ya señalado estudio Desigualdades territoriales en España de Colino, Jaime-Castillo y Kölling establecía «cuatro Españas» en función del nivel de vida (véase p. 11). Los desequilibrios regionales han crecido, a pesar de un aumento del nivel de vida global durante estas décadas, sin olvidar la crisis financiera y sistémica de 2008. En 2018, España contaba con un producto interior bruto (PIB) por habitante de 25.727 euros. Diez comunidades autónomas y las dos ciudades autónomas se situaban por debajo de la media mientras que las diferencias se disparaban por arriba con Madrid (35.041), País Vasco (33.233), Navarra (31.389) y Cataluña (30.426). En el lado contrario, ni Andalucía ni Ceuta llegaban a 20.000 euros (INE, 2020d). La «Encuesta de Condiciones de Vida» del INE también muestra esas diferencias regionales. Si, en 2018, cada hogar a nivel nacional tenía una renta media de 28.417 euros, los territorios más

ricos (Madrid, Cataluña, País Vasco y Navarra, además de Islas Baleares) superaban los 30.000 euros. Si un hogar en el País Vasco tiene una renta media de 35.049 euros, en Extremadura se sitúa en 21.006 (INE, 2019). Finalmente, la diferencia entre los salarios también es relevante –no podía ser de otra forma–, ya que iba en 2017 de los 28.024 euros en País Vasco a no llegar a los 20.000 en Extremadura, según la «Encuesta de Estructura Salarial» (INE, 2020e). Lógicamente, no todo se mide en términos económicos o en datos como los reflejados, hay que tener en cuenta los costes de vivir en una gran ciudad, como se ha señalado, y otras variables intangibles que no se miden en términos economicistas ni estructurales. De esta manera, los porcentajes de población que están por debajo del umbral de la pobreza también son dispares y muy desiguales. Si, en 2018, el 21,5 por 100 de la población se encontraba en esa situación, Ceuta se situaba en el 38,3 por 100; Extremadura en el 37,6 por 100, y Andalucía e Islas Canarias superaban el 30 por 100. País Vasco y Navarra no llegaban al 10 por 100 y Aragón, Asturias y Cataluña estaban por debajo del 15 por 100 (INE, 2019). Estos indicadores, y podrían ampliarse a otros muchos, son una muestra de un escenario que es claramente estructural.

Otro de los ámbitos determinantes para analizar las desigualdades territoriales es la educación. Como hemos visto en páginas anteriores, el acceso a los estudios superiores ha aumentado en España, tanto en oferta como en demanda, así como las bases de ciertos desequilibrios se van germinando a través de las oportunidades educativas. La educación es uno de los derechos sociales básicos, así como uno de los pilares del Estado de bienestar. Ha sido uno de los principales mecanismos de movilidad social (aunque este ha quedado en cuestión desde la crisis sistémica de 2008) y tiene efectos acumulativos a lo largo de la vida de los individuos. Sin embargo, la correlación entre estructura productiva, mercado de trabajo y otras variables da lugar a la reproducción de ciertas desigualdades territoriales. Estas pueden influir, especialmente, en las capas de la población que parten de situaciones de desventaja, pero también, como hemos visto, en otros grupos sociales que tengan que abordar costes directos e indirectos –por ejemplo, ir a estudiar a otra ciudad–, lo que puede generar más desigualdades.

Si el estudio de Beltrán Tapia et al. (2019) mostraba las bases históricas de las desigualdades educativas, el resto del siglo xx y lo que llevamos del xxi las han mantenido, a pesar de la descentralización de la educación, de la creación de un Estado de bienestar, de la universalización de la educación y del acceso de más población a los estudios superiores. La Encuesta de Población Activa del primer trimestre de 2020 mostraba que el 41,9 por 100 de los activos españoles tenían estudios superiores. Pero, las diferencias regionales son muy significativas. De nuevo la «España rica» es la que cuenta con unas tasas más elevadas: País Vasco llega al 57,3 por 100; Madrid al 51,2 por 100, y Navarra se sitúa en el 49,9 por 100. Por su parte, diez comunidades autónomas, junto con Ceuta y Melilla, están por debajo de la media regional, destacando los casos de Ceuta (26,8 por 100), Extremadura (30,1 por 100), Castilla-La Mancha (33,1 por 100) y Andalucía (35 por 100). A menores oportunidades laborales cualificadas en determinados territorios, mayor aumento de las migraciones a los lugares con más opciones (INE, 2020d).

Una de las principales debilidades del sistema educativo español es la elevada tasa de abandono escolar temprano, los estudiantes de dieciocho a veinticuatro años que han dejado sus estudios de forma temprana. Aunque en la última década ha descendido, en 2008 estaba en el 31,7 por 100 de ese grupo de población y en 2018 en el 17,9 por 100, lo que hace que siga estando muy por encima de la media de la Unión Europea, 10,6 por 100, siendo el país con mayor tasa de abandono escolar temprano. Si nos fijamos en las comunidades autónomas, los desequilibrios son muy significativos de nuevo. Mientras que la España del norte y centro se mantiene por debajo de la media, la del sur la supera. Melilla (29,5 por 100), Islas Baleares (24,4 por 100), Murcia (24,1 por 100), Ceuta (23,4 por 100) y Andalucía (21,9 por 100) son los casos más relevantes. Además, la Comunidad Valenciana, Castilla-La Mancha, Extremadura e Islas Canarias están por encima del 20 por 100. En algunas de estas regiones, con un importante peso del sector turístico, se produce una atracción de este ámbito que influye en estos indicadores de forma negativa. Mientras tanto, País Vasco se encuentra en el 6,9 por 100, nada que ver (Ministerio de Educación y Formación Profesional, 2019).

Aunque hay diferencias internas en las comunidades autónomas –no es lo mismo las capitales autonómicas y de provincia que otras localidades o la influencia de determinados sectores económicos, el ya señalado turismo que puede provocar una atracción a los jóvenes–, estas nos permiten ver ese mapa del desequilibrio territorial. Es una situación muy estructural que, en un contexto como el actual, está actuando de forma todavía más negativa sobre las zonas que cuentan con más desventaja educativa y está comenzando a afectar a las que no lo estaban tanto, que ven cómo se va intensificando la «fuga de cerebros» que veremos posteriormente.

Con estos factores y en este contexto, además, hay un impacto directo en la estructura demográfica. De esta forma, ¿en qué escenario demográfico nos encontramos?, porque sin duda son estas cifras las que nos van a dar una visión de la realidad muy objetiva. Vamos a comenzar yéndonos a 1971, el año en el que el Instituto Nacional de Estadística comienza la serie de cifras de población que ofrece en la web; hay también anteriores, pero esta perspectiva temporal es suficiente para observar la evolución de la situación. Aquel año, en plena combinación del baby boom y del éxodo rural, España contaba con poco más de 34 millones de habitantes. Las cinco provincias más pobladas eran Barcelona, Madrid, Valencia, Sevilla y Asturias. Las dos primeras concentraban el 22,55 por 100 de los habitantes de España y entre las cinco el 34,77 por 100. En 2020, la población española había superado los 47 millones de habitantes, lo que implicaba un 39,04 por 100 de crecimiento en esas casi cinco décadas. Sin embargo, ese aumento no había sido igual ni equilibrado territorialmente. Las tendencias de concentración de la población se acentuaron. De esta forma, las grandes ciudades, el Levante y las islas capitalizaron los principales incrementos. De los 52 territorios, 21 crecieron por encima de la media nacional, 13 por debajo y 18 perdieron población. De las que crecieron, destacan los casos de Islas Baleares (127,18 por 100), Las Palmas (109,73 por 100), Alicante (104,47 por 100), Málaga (97,20 por 100), Almería (89,44 por 100), Santa Cruz de Tenerife (88,39 por 100), Tarragona (88,02 por 100), Girona (86,04 por 100), Murcia (80,84 por 100), Madrid (79,39 por 100) y Guadalajara (75,17 por 100). Es decir, las tres provincias insulares y toda la costa que va de Girona a Málaga experimentaron unos crecimientos

destacados, incluso las que no llegaron a esos extremos superaron la media nacional, como Barcelona (43,94 por 100) y Castellón (48,76 por 100), mientras que Granada lo hizo en un 24,74 por 100. Madrid y Guadalajara, muy cercana a Madrid, son los otros dos focos más destacados del aumento de la población.

En el lado contrario, las 18 provincias que de 1971 a 2020 han perdido población se sitúan en el interior peninsular mayoritariamente, al igual que la mayoría de las que no han crecido tanto como la media. En este último caso, cabe reseñar también la situación de las regiones de la cornisa cantábrica con crecimientos más reducidos, como, por ejemplo, el 24,15 por 100 de Cantabria; el 9,74 por 100 de Vizcaya, y el 14,45 por 100 de Guipúzcoa. Las provincias con mayor déficit de habitantes han sido Zamora (-33,61 por 100), Ourense (-30,47 por 100), Ávila (-24,88 por 100), Soria (-23,45 por 100), Teruel (-23,33 por 100), Lugo (-22,43 por 100), Palencia (-20,68 por 100) y Cuenca (-20,57 por 100). El desequilibrio regional tanto en el conjunto como en el interior de las comunidades autónomas es un hecho. Castilla y León es el ejemplo más claro de dicha pérdida en sus provincias. De las nueve, ocho lo hicieron en estas cinco décadas; únicamente creció Valladolid, con un 26,07 por 100. A las ya señaladas, se suman León (-18,41 por 100), Salamanca (-12,81 por 100), Segovia (-4,86 por 100) y Burgos (-1,5 por 100). Los ritmos son diferentes y el fenómeno afecta en mayor medida a las zonas rurales, pero el escenario es inapelable. En Castilla-La Mancha el desequilibrio regional es mayor con las provincias más cercanas a Madrid creciendo, es el caso ya mencionado de Guadalajara y de Toledo, lo mismo que Albacete, pero descendiendo la población en Cuenca y Ciudad Real. Galicia, por su parte, muestra un claro desequilibrio regional con la denominada «Galicia interior» en un retroceso claro, como se puede observar en Ourense y Lugo, mientras que Pontevedra y A Coruña crecían, pero también alejadas de la media nacional. Hay más cuestiones que debemos destacar, como la situación de Asturias, un descenso del 3,16 por 100, cuando en 1971 era la quinta provincia más poblada de España. Por su parte, Extremadura perdió población en sus dos provincias, un 16,4 por 100 en Cáceres y un 4,4 por 100 en Badajoz. Finalmente, la concentración de población en Aragón se centra en Zaragoza, que creció un 28,92 por 100, mientras que Teruel, como ya señalamos,

descendió un 23,33 por 100 y Huesca se mantuvo estable con una pérdida del 0,5 por 100. Pero, en definitiva, Aragón también es una región en la que aumentó su población por debajo de la media nacional. Las regiones que, en su día, fueron muy dinámicas por sus actividades vinculadas al sector secundario, han visto cómo los cambios en los modelos productivos han ralentizado su crecimiento, cuando no se ha dado un descenso de la población. Por el contrario, la costa mediterránea y las islas, en buena medida por el turismo, se han convertido en el principal ámbito de crecimiento de la población, junto con Madrid.

Pero ¿qué ha ocurrido en la última década?, ¿cómo se ha comportado la evolución de la población en un decenio caracterizado por la crisis sistémica de 2008 y el descenso de la natalidad? Si en 2000 España tenía 40.470.182 habitantes, en 2010 contaba con 46.486.621, 6 millones más en gran medida por la llegada de la inmigración. De esta forma, España había crecido un 14,87 por 100. Sin embargo, en la siguiente década el aumento será de 1,81 por 100, menos de un millón de habitantes. Y, en esta ocasión, serán mayoría las provincias en las que se produce una pérdida de población, 27. Las tendencias anteriores se mantienen e incluso se aceleran. Los casos más destacados se dan en Islas Baleares (11,73 por 100), Melilla (11,11 por 100), Santa Cruz de Tenerife (10,96 por 100), Las Palmas (7,96 por 100), Málaga (7,44 por 100), Ceuta (5,98 por 100), Madrid (5,87 por 100) y Almería (5,13 por 100). De nuevo, las islas y provincias de Levante cuentan con más crecimiento de la población, junto con Madrid. También cabe reseñar las cifras de Melilla y Ceuta, vinculadas a una natalidad mayor.

Sin embargo, el descenso de la natalidad y las migraciones provocan descensos muy importantes en diez años en provincias como Zamora (-11,42 por 100), Ávila (-8,33 por 100), Teruel (-8,15 por 100), Cuenca (-7,75 por 100), Ourense (-7,49 por 100), León (-7,21 por 100), Palencia (-7,01 por 100), Lugo (-6,51 por 100), Ciudad Real (-5,96 por 100), Salamanca (-5,66 por 100), Jaén (-5,63 por 100), Segovia (-5,48 por 100), Asturias (-5,42 por 100), Soria (-5,34 por 100) y Cáceres (-5,07 por 100). Una vez más, Castilla y León se lleva la peor parte, todas sus provincias pierden población, incluida Valladolid (-1,94 por 100). Lo mismo ocurre en

Galicia, también descienden A Coruña y Pontevedra, aunque no al ritmo de Lugo y Ourense. Además de Asturias, entre las uniprovinciales pierden población Cantabria (-1,15 por 100) y La Rioja (-1,25 por 100). Y lo mismo ocurre en Extremadura con Badajoz y Cáceres. En Aragón, únicamente Zaragoza se mantiene, un aumento de la población del 0,43 por 100. En Castilla-La Mancha, la cercanía a Madrid ayuda a Guadalajara y Toledo, pero también Albacete entra en déficit con un 2,41 por 100. Hay otros datos interesantes en esa última década. El envejecimiento de la población se deja notar en Vizcaya, desciende un 1,12 por 100, mientras que Castellón, que era una de las provincias que crecía menos de su entorno, cae un 3,52 por 100.

En cuanto a la concentración de la población en las cinco principales provincias, también ha ido en aumento. En 2010, Alicante sustituyó a Asturias como quinta provincia más poblada. Junto con Madrid, Barcelona, Valencia y Sevilla, agrupaba un 39 por 100 de la población, más de cuatro puntos con respecto a 1971. Madrid y Barcelona representaban el 25,52 por 100. En una década, las mismas provincias han ascendido al 39,72 por 100, mientras Madrid y Barcelona lo han hecho al 26,17 por 100. Son crecimientos que muestran una tendencia muy evidente.

A nivel municipal, la concentración de la población en el interior de las provincias se ha producido especialmente en las capitales de las mismas, lo que implica que buena parte de la despoblación en las provincias más afectadas se da en las zonas intermedias de las mismas y en las rurales. Como ya señalamos en el inicio de estas páginas, hay que tener en cuenta que esta localidad no recoge la totalidad de los fenómenos producidos por los crecimientos de las áreas metropolitanas. Pero, si nos fijamos en la evolución de las capitales de provincias siguiendo el Padrón Municipal de habitantes del Instituto Nacional de Estadística (INE), se observa un aumento de un 8,96 por 100 del conjunto de sus habitantes de 2001 a 2020. De las 50 capitales de provincia, 12 han perdido población, destacando el caso de Cádiz con un descenso del 6,33 por 100. Del resto, aparecen pocas de las provincias que más población han perdido, como Ourense, Palencia o Zamora. Las demás capitales provinciales aumentan su población, aunque no son Madrid y Barcelona las que más crecieron en estas dos décadas, sino ciudades

que responden a diferentes factores, desde la cercanía a Madrid (Guadalajara, Toledo) hasta su ubicación en zonas en continuo ascenso (Alicante, Palma de Mallorca), entre otros (INE, 2020a).

La estructura territorial de España queda muy bien reflejada en la densidad de población. En junio de 2020, El País publicó la noticia del estudio sobre esta cuestión a cargo del profesor de estudios urbanos y planificación Alasdier Rae de la Universidad de Sheffield (Reino Unido). En el mismo, que Rae realizaba para el conjunto de Europa, encontraba en España algunos de los territorios con una mayor densidad de población del continente. De esta forma, si la media de la densidad de población en España es de 93 habitantes por kilómetro cuadrado, la realidad es que refleja la descompensación a la que nos hemos venido refiriendo anteriormente. A través de una representación en mapas 3D, mostraba esas zonas de mayor concentración de habitantes que se localizaban en el denominado «gran Madrid», Cataluña (especialmente el área metropolitana de Barcelona y la costa), las grandes conurbaciones de Andalucía, el «gran Bilbao» y las ciudades de los archipiélagos. De esta forma, se producía una imagen visual que mostraba grandes vacíos en el interior peninsular, más deficitarios secularmente, y elevaciones en estas zonas más pobladas[1].

Unos meses antes, en septiembre de 2019, Javier G. Jorrín, María Zuil y Jesús Escudero analizaban en El Confidencial cómo Madrid iba concentrando cada vez más habitantes, procedentes ya no sólo de las provincias con menos población o con una evolución demográfica más regresiva, sino también de otras en mejor situación. En el mismo, exponían claramente el escenario que venimos reflejando en estas páginas:

Cada año llegan casi 100.000 nuevos inmigrantes de otras comunidades autónomas a Madrid en busca de unas salidas laborales y una trayectoria que se les quedan cortas en sus provincias de origen. Aunque la capital siempre ha sido un polo de atracción, es en los últimos años cuando se está posicionando como la única opción posible para gran parte de la población. La diferencia es que ya no llegan con el hatillo del pueblo sino con un

máster a la espalda[2].

González-Leonardo et al. (2019) indicaban incluso que se estaría produciendo una segunda despoblación que afectaría a esta clase de ciudades y que se centraría en las personas cualificadas, dando lugar a una descapitalización educativa, con Castilla y León como región más afectada, perdiendo el 13,4 por 100 de los jóvenes de sus capitales de provincia; el 9,25 por 100 del resto de municipios urbanos, y el 9,63 por 100 del medio rural. A Castilla y León se unirían como zonas más perjudicadas por este proceso la cornisa cantábrica y Castilla-La Mancha. De esta forma, «los autóctonos de veinticinco a treinta y nueve años que han emigrado tienen un nivel educativo superior respecto a sus homólogos que pertenecen en la región de nacimiento» (p. 2).

Este escenario da lugar a una estructura demográfica desigual con unos territorios más dinámicos. A la vez, atrae población más joven que, en el caso de tener hijos, lo hará en el lugar al que han emigrado. Algunos indicadores muestran el camino en el que nos encontramos. La natalidad en España, una cuestión sobre la que se alerta desde hace años (ahí están las propuestas sobre el reto demográfico que no consiguen cambiar la tendencia), sigue su caída. En 2019, España contó con una tasa de natalidad de 7,60 nacidos por cada mil habitantes. En Asturias se situó en el 5,05; en Galicia en el 5,78, y en Castilla y León en el 5,96. En ocho provincias descendió de seis, destacando los casos de Ourense y Zamora, 4,79 y 4,82 nacidos por cada mil habitantes, respectivamente. En el lado contrario, Melilla ascendía al 14,77 y, en la península, Almería al 10,24. Si nos acercamos al Índice Coyuntural de Fecundidad, o número de hijos por mujer, la situación también es negativa con una media de 1,23. En Asturias, desciende a 0,96 y en las Islas Canarias al 0,94, aunque por razones diferentes, ya que en el archipiélago prima una composición de la población derivada de su destino como lugar de retiro o jubilación. Por provincias, el número de las que no llegan a un hijo por mujer es de siete.

Con natalidades tan reducidas, los crecimientos vegetativos, los nacimientos menos las defunciones, son negativos. En el año 2019,

España contó con un saldo vegetativo de -1,21 personas por cada mil habitantes. Los saldos positivos se dieron en Melilla, Ceuta, Murcia, Madrid e Islas Baleares. El resto de comunidades autónomas también perdieron población de forma natural, destacando de nuevo Asturias (-7,59 por cada mil habitantes), Castilla y León (-5,95) y Galicia (-5,79).

Al detenernos en otros indicadores relativos al envejecimiento de la población, se observa cómo el desequilibrio territorial sigue ampliándose. Si la media de edad en España en 2020 fue de 43,59 años, ocho comunidades autónomas la superaban, con Asturias a la cabeza con 48,55 años y con Castilla y León y Galicia por encima de los 47 años. En el caso de las provincias, Zamora y Ourense ya pasaban la barrera de los 50 y León y Lugo la de los 49. Finalmente, el último indicador que vamos a observar es el de la población de 65 años y más. En 2020, España contaba con un 19,58 por 100 de sus habitantes por encima de esa edad. Ocho regiones superaban el 20 por 100, con Asturias (26,09 por 100), Castilla y León (25,52 por 100) y Galicia (25,44 por 100) como territorios de nuevo en la cima. Si descendemos al ámbito provincial, buena parte de las mismas sobrepasaban el 20 por 100 y en algunos casos se disparaban como Ourense (31,50 por 100) y Zamora (30,80 por 100). Otras siete ya se encuentran por encima del 25 por 100 y la tendencia es ascendente.

Esta breve pincelada en forma de indicadores sobre la estructura demográfica española, junto con las desigualdades regionales, nos muestra un escenario que se hace más complejo. La cuestión demográfica ha concitado importantes debates a lo largo de estas dos últimas décadas, especialmente en lo referente a la natalidad. Como hemos señalado anteriormente, el denominado «reto demográfico» ha aunado, en líneas generales, tres grandes procesos: la despoblación del medio rural, el envejecimiento de la población y la natalidad. Del primero hemos ya escrito largo y tendido en estas páginas, y tiene en su haber que se vincula a la casi nula natalidad de muchas zonas del medio rural con una población mayor. En cuanto al envejecimiento, tendríamos que partir del hecho de que es un dato positivo el que se viva más años. Si en 1975 la esperanza de vida en España era de 73,47 años, en 2019 ascendía a 83,59. Es decir, más de diez años en poco más de cuatro décadas. Esto es un

logro de nuestra sociedad, de la mejora de la calidad de vida y de la evolución de los sistemas de salud. Sin embargo, es también un desafío ya que implica una sociedad que tiene que atender a una población mayor de sesenta y cinco años que, por otra parte, presenta situaciones muy heterogéneas. Como se ha podido observar con la crisis de la covid-19, es una cuestión en la que todavía queda mucho trabajo por hacer.

El aumento de la población mayor, acompañado del descenso de la natalidad señalado, da lugar a una pirámide de población que comienza a invertirse. La natalidad en España tuvo sus últimas cotas elevadas con el baby boom, como había ocurrido en otros países occidentales, aunque aquí llegó con retraso. A partir de finales de la década de los setenta y los ochenta del siglo xx, la natalidad desciende y se estanca, con niveles en ocasiones no muy diferentes a los actuales. Con la llegada de la inmigración en la primera década del siglo xxi, se produjo un crecimiento de la población ya contemplado. Además, las generaciones del baby boom comenzaban a tener hijos, aunque lo hacían a edades más avanzadas que sus madres, tendencia que tampoco ha dejado de crecer. De esta forma, el punto determinante del reto demográfico se encuentra en la natalidad, aunque, como en el caso de la despoblación, no se ha subvertido la situación. Y es, en gran medida, por cuestiones estructurales. Por un lado, nuestro país tiene un mercado de trabajo en el que la precariedad y la flexibilidad acaban por retrasar los proyectos de vida, en tanto en cuanto se ha institucionalizado socialmente que la estabilidad es un requisito para, en el caso de que sea la elección, tener hijos. Por otro, las políticas de fomento de la natalidad, entre ellas las vinculadas a la conciliación, son en España insuficientes en comparación con sus vecinos europeos. El Estado de bienestar español es de carácter «familista», es decir, las redes de apoyo familiares prestan una ayuda que, en otros modelos de Estados de bienestar, desempeñan en mayor medida las administraciones públicas.

Al reto demográfico habría que sumar un reto territorial relacionado con las variables que hemos visto. Este escenario no es fruto de una circunstancia determinada, sino que viene de buena parte de los procesos apuntados. Que el noroeste de España sea la zona más envejecida y con mayor pérdida de la población responde

a que tanto el interior de Galicia como la mayor parte de las provincias de Castilla y León quedaron en un segundo o tercer plano. Lo mismo ocurría en otras provincias del interior como Cuenca, Teruel, etc. A estas se suman escenarios de menor intensidad, pero con tendencias claras en Cantabria, La Rioja, etc., mientras que regiones como Asturias viven un proceso vinculado a la pérdida de sus actividades productivas tradicionales. En otras provincias y regiones, el desequilibrio interno es la clave, las capitales de provincia o los grandes municipios crecen, mientras que el resto siguen con tendencias descendientes. En el otro lado de la balanza, Madrid, las islas y el arco del Mediterráneo se presentan como las zonas más dinámicas. En definitiva, se dan procesos acumulativos que repercuten a lo largo del tiempo.

Migraciones interiores y capital humano

Esto da lugar a una España que crece y otra que se estanca o retrocede. Las migraciones interiores se siguen produciendo y se intensifican, lo que implica la pérdida de capital humano en los territorios de origen. Si durante muchas décadas, la única salida para estudiar o trabajar era irse a una gran ciudad, ahora hemos regresado a ese escenario en no pocas profesiones y actividades, especialmente las cualificadas: «Madrid ya no atrae a población campesina sin estudios, sino que se lleva a la población clave: los jóvenes cualificados. Este fenómeno, conocido como *dain brain* o fuga de cerebros, no es otra cosa que la descapitalización humana de un territorio»[3]. Madrid, fundamentalmente, y Barcelona concentran más oportunidades laborales que las pequeñas y medianas ciudades, obviamente, pero el desequilibrio se acentúa. Además, también aparece la influencia de la variable clase social en este proceso, especialmente en función del tipo de profesión que se vaya a desarrollar. En la actualidad, irse a vivir a Madrid o Barcelona es complicado por el coste de la vivienda, sea en alquiler o en propiedad. Muchas familias cuyos hijos e hijas van a estudiar a estas grandes ciudades se ven en la situación de afrontar enormes gastos, tanto directos como indirectos: «el acceso de los jóvenes procedentes de un entorno popular a la universidad se degrada al

ritmo de la fortificación e innacesibilidad de los territorios que concentran lo esencial de la oferta universitaria» (Guilluy, 2019a: 66). Esta es una realidad que también afecta al empleo, pues ha dado lugar a que se produzca un cierre de clase social y a que las probabilidades de que los estratos sociales bajos o medios lleguen a profesiones que se encuentran en las grandes ciudades, que implican una serie de gastos por el nivel de vida de las mismas, sea mucho menor (Hecht et al., 2020).

De la misma forma, es muy probable que ese estudiante no regrese a su ciudad tras terminar su formación, pasando por momentos de precariedad laboral en los que requerirá la ayuda familiar. En definitiva, tener la oportunidad de emigrar a una gran ciudad donde las oportunidades son mayores y donde estas se van concentrando más depende en parte del origen socioeconómico. La salida de capital humano de unos territorios hacia otros siempre ha sido una constante, ahora no es ni una novedad ni una excepción. En los últimos tiempos, algunos Gobiernos regionales han puesto en marcha oficinas de retorno, pensadas con la idea de que regresen los jóvenes que tuvieron que partir en busca de mejores oportunidades en momentos como la crisis de 2008. No sabemos el grado de éxito de las mismas porque tampoco se han publicitado mucho.

En las décadas anteriores, como hemos visto, muchas personas de las ciudades medias y pequeñas, de las periferias, tenían que irse a estudiar una carrera a una localidad con universidad. Muchos no regresaban. En esa «fuga de cerebros» ya se incidía en la segunda mitad del siglo xx y se utilizaba también como argumento para las demandas y reivindicaciones que se establecían hacia Madrid. El proceso actual tiene la consideración de que, además, hay formación en los propios territorios, pero, de nuevo, tienen que irse a las ciudades grandes. De esta forma, se genera un efecto acumulativo en estas urbes, allí se concentran las oportunidades y el talento, y allí se seguirá generando (González-Leonardo et al., 2019). Es cierto que sigue esa pulsión por irse, por salir, como una decisión voluntaria que realizan estas personas, pero no lo es menos que algunas profesiones sólo se pueden desarrollar en esta clase de localidades. Estar en las ciudades pequeñas y medianas penalizaría, por lo tanto, en no pocos ámbitos. Las grandes empresas y

compañías, tanto las nacionales como las filiales de las internacionales, están en Madrid, en gran medida, y en Barcelona. Muchas de las profesiones creativas tienen allí sus epicentros y, para «hacer carrera», hay que asumir ese coste. Pero lo mismo ocurre en otros casos de empleos cualificados. De esta forma, las oportunidades en las ciudades medias y pequeñas se van reduciendo o no se corresponden con la cualificación obtenida. La «fuga de cerebros» se mantiene como un proceso recurrente, pero, de nuevo, y como hemos señalado anteriormente, quedan las siguientes preguntas: ¿qué ocurre con los que se quedan?, ¿se los está minusvalorando?, ¿se quedan porque se quieren quedar o porque no les queda otro remedio? Depende de cada caso, pero lo que es un hecho es que hay ciertas carreras y oportunidades que no tendrás en Cuenca, Lleida o Logroño, pero sí en Madrid o Barcelona.

Hemos interiorizado ciertos mantras del mundo actual como los relacionados con las bondades de internet, del conjunto de las TIC y del teletrabajo, pero estar en un territorio intermedio o periférico implica una posición de desigualdad en ciertos aspectos por mucha conexión que pongan. Lo veremos en el caso del mundo académico, más intensificado en el mundo de las Ciencias Sociales y Humanas. La acción transcurre en las grandes ciudades, los grandes movimientos se dan en ellas, así como el valor otorgado a los mismos, y, de la misma forma que las pequeñas y medianas ciudades no pueden ni deben competir con Madrid y Barcelona, estas también lo tienen difícil con respecto a las grandes metrópolis globales.

El caso de las personas que dejan sus ciudades medias y sus regiones para irse a la gran ciudad también nos ofrece una medida de la valoración simbólica de los territorios. El lugar de nacimiento no deja de ser arbitrario; como hemos señalado anteriormente, no elegimos el lugar donde nacemos. Sin embargo, no llama la atención que una persona lo haya hecho en Madrid o en Barcelona. Lo que lo hace es que alguien lo haga en Fuentealbilla (Albacete), por ejemplo. La localidad manchega, que no llega a 2.000 habitantes, es el sitio que vio nacer a Andrés Iniesta, uno de los principales futbolistas españoles de la historia. Además del factor de orgullo que pueda dar a las personas de estas localidades y territorios, es frecuente el sorprendernos por el hecho de que un

cantante, artista, escritor o deportista hayan nacido en un municipio que no sea una de las grandes ciudades y que hayan tenido que realizar un periplo para alcanzar el éxito. Es un camino que se presenta como «natural», indisociable de ciertas aspiraciones y/o oportunidades que no se dan en los territorios de origen. De hecho, cuando encontramos la biografía o la trayectoria de una persona procedente de territorios intermedios –aquí incluimos también el medio rural–, el relato se suele presentar como un proceso vinculado al «salir», a dejar ese lugar que no es propicio para el desarrollo de la persona y de su talento. Incluso en no pocas ocasiones se reviste el mismo con un punto de superación, de superación de esos orígenes que, por la procedencia geográfica o territorial, implicaban una desventaja o una limitación.

Obviamente, no todo el mundo se va para «triunfar», lograr ser un futbolista de éxito internacional, un cantante de renombre, un escritor premiado, etc. Y son muchos más los que no lo consiguen que los que sí. Además, como hemos visto, no son pocas las personas que dejan las localidades de origen por necesidad. En ese sentido, la vinculada a los estudios y a la formación es determinante.

Cuestión de educación y formación

La educación es un indicador central en la evolución de cualquier sociedad, y también de las ciudades medias. Como para las clases medias, también para estos territorios medios el valor de la educación fue una variable de progreso, modernidad y estatus. El nivel más elevado en relación con la educación era contar con una universidad propia, algo que pocas ciudades en nuestro país se pudieron permitir hasta hace no muchas décadas.

Las imágenes de la educación en las ciudades medias de las primeras décadas del franquismo están muy asociadas a la preeminencia de centros vinculados a órdenes religiosas y separados por sexo. Se había ido a un «colegio de curas» o a un «colegio de monjas». No fue hasta que se acordaron los conciertos, en 1985,

cuando los colegios religiosos se hicieron mixtos. Bueno, la gran mayoría. Mientras que las clases altas y medias altas tenían claro el lugar al que acudir, las clases medias y las trabajadoras, la mayoría procedentes del éxodo rural, veían la educación como un mecanismo de ascenso social, pero todavía no como lo harían las generaciones siguientes. Y es que no era fácil ir a un colegio de estas características; aunque también había diferencias en función del ideario de cada orden, algunas más abiertas y menos elitistas, otra de esas rendijas del sistema para la movilidad social. La escuela pública no contaría con un punto de inflexión en España hasta la Ley General de Educación (LGE) de 1970. Sin embargo, los hijos de las clases trabajadoras tenían trazado un camino que pasaba por aprender un oficio o ir a la Formación Profesional, estigmatizada desde sus inicios como una vía de aprendizaje secundaria y vinculada al origen social (hecho que no ha comenzado a desaparecer hasta hace un par de décadas prácticamente, pero que todavía se mantiene presente). A este proceso se suma una base de partida diferenciada en el acceso a la educación entre las regiones españolas, como bien muestra el estudio de Beltrán-Tapia, Díez-Minguela, Martínez-Galarraga y Tirado-Fabregat (2019), que analiza esta cuestión desde la Ley Moyano (1857) hasta la Segunda República. En estos datos se encuentran algunas de las bases para las desigualdades acumuladas en las siguientes décadas y que hacen referencia, especialmente, al capital humano.

Aquellas décadas estaban muy marcadas por los roles sexuales y pocas chicas tenían la opción de llegar a los estudios superiores, más si procedían de familias de clases trabajadoras. Los caminos estaban muy marcados y las posibilidades, limitadas. Muchas mujeres no pudieron llegar a la universidad debido a esta situación y eso contribuyó decisivamente al valor que dieron a la educación para sus hijos e hijas, no solamente en el sentido de la movilidad social sino también en el de tener la opción con la que ellas no contaron y que incluso no podían ni imaginarse.

Para las generaciones del éxodo rural, ir a la ciudad era darles una oportunidad a sus hijos, el no dedicarse a las duras y agotadoras tareas agrarias y ganaderas, a la par que el campo se mecanizaba. Muchos de sus descendientes acabarían «aprendiendo un oficio», como se decía en aquella época. El siguiente paso era ya

complicado, porque implicaba ir a la educación secundaria, al instituto. Pero, si no pertenecías a las clases más altas, la próxima etapa era mucho más difícil: la universidad.

El acceso a la universidad estaba vedado para una muy buena parte de la población de nuestro país hasta los años ochenta del siglo xx. ¿Quién podía estudiar en la universidad?, las clases altas y las medias altas. Los que llegaban procedentes de otros estratos sociales lo hacían por esas escasas rendijas que quedaban en aquel sistema cerrado. Pero era muy complicado y para una buena parte de la sociedad el acceder a los estudios superiores no estaba ni siquiera entre sus expectativas y posibilidades. Vamos, que no se lo podían ni plantear. De esta forma, será uno de los aspectos claves de la clase media aspiracional que comenzará a constituirse a partir de la década de los sesenta del siglo xx. Ana Iris Simón, que nació en 1991, incluso señala en su destacado *Feria* que «Pedro fue el único de mis tíos que había llegado a la universidad. Así lo oía decir siempre, “llegar a la universidad”, como si la universidad fuera la Luna, y es que durante mucho tiempo, para los que son como nosotros, lo fue» (2020: 201).

Cuando comienzo a hablar de desigualdades en educación en mis clases, me gusta hacer una pregunta a mis estudiantes. Les digo que hagan una especie de árbol genealógico con las personas de su familia directa que han terminado sus estudios universitarios. Aquí entra la familia extensa más directa, incluyendo los tíos y tías políticos, y, sí, los primos y hermanos que hayan podido terminar la universidad por la edad que tienen en ese momento. En mis clases, la mayor parte de los estudiantes se sitúan por debajo del 50 por 100, con una buena parte incluso con menos de un 25 por 100 de familiares con estudios universitarios. En octubre y noviembre de 2020, tuvimos la oportunidad de realizar un estudio en la Universidad de La Rioja sobre la situación de los universitarios. El mismo aludía a sus motivaciones, aspiraciones, expectativas y condiciones materiales y de vida, entre otras cuestiones, y participaron 2.200 estudiantes, la gran mayoría de Grado. No pude evitar incorporar esa misma pregunta al estudio, ya que consideraba que era determinante para analizar la reproducción social. Los resultados no dejaron lugar a dudas: un 35,1 por 100 contaba con menos de un 25 por 100 de familiares directos que habían

alcanzado el nivel de estudios universitarios, mientras que un 22,7 por 100 se situaba en la categoría del 35,1 por 100. En el estrato superior, poco más de un 20 por 100 señaló que más de un 76 por 100 de sus familiares directos contaban con estudios universitarios.

En mi caso, que provengo de una familia extensa –estaría hablando de 37 personas–, sólo cinco fuimos y terminamos la universidad, lo que da un porcentaje del 13,51 por 100. Ni mis abuelos ni mis tíos tuvieron esa oportunidad u opción, nunca manifestaron si se lo llegaron a plantear, aunque puedo intuir que no. Todos mis primos y primas estuvieron en la misma posición dentro del sistema, pero... Pierre Bourdieu tenía razón, como casi siempre. Llegué a la universidad con becas y ayudas, trabajando los veranos y los fines de semana, pero nunca pensé que no iría a la universidad. En nuestras familias, pocos llegaban a la universidad y muchos pensaban que era algo lejano e inaccesible, a pesar de los avances en la igualdad de oportunidades y la equidad.

¿Cuántas universidades había en España en la década de los sesenta del siglo xx? Hasta 1968, cuando se abrieron las Universidades Autónomas de Madrid y Barcelona y la Politécnica de Valencia, España contaba con 14 universidades públicas, buena parte de ellas con siglos de historia, estando tres situadas en Madrid. El resto de ciudades con universidades públicas eran o bien grandes ciudades (Sevilla, Zaragoza, Valencia) u otras que tenían una tradición histórica (Granada, Salamanca, etc.). Además, existían algunas pocas universidades privadas como eran la Universidad Pontificia de Salamanca, Universidad Pontificia de Comillas (Madrid), la Universidad de Navarra y la Universidad de Deusto (País Vasco).

Aunque la oferta de estudios universitarios en no pocas carreras se limitaba a unas pocas ciudades, también se podía cursar formación superior en ciudades medias, pero de forma mucho más limitada. Por ejemplo, era el caso de carreras como las de Magisterio o la realización de los primeros años de algunas titulaciones, aunque luego tenían que continuar sus estudios en la ciudad donde estaba radicada la universidad de la que dependían esos centros (en el caso de La Rioja, sería la Universidad de Zaragoza). También había estudios especializados en los sectores predominantes en cada zona; caso de los vinculados al sector primario con todo el sector

agroalimentario, las escuelas de Ingeniería, etcétera. De esta forma, las universidades estaban en las grandes ciudades o en las que tenían una tradición universitaria que se remontaba a siglos atrás, o bien se limitaban a las facultades y escuelas que eran sucursales de las universidades existentes.

Así, muchas personas que querían desarrollar estudios universitarios tenían que irse fuera de sus localidades a las ciudades que contasen con centros universitarios en los que impartiesen esas titulaciones. Y, obviamente, no estaban al alcance de cualquier persona y familia. Aunque no se cuenta con datos sobre la cuestión, muchos de estos estudiantes no regresaban nunca a sus regiones y municipios de origen, quedándose a desarrollar su proyecto de vida en los lugares a los que habían ido a estudiar, o se desplazaban a otras grandes ciudades en las cuales se contaría con mayores oportunidades laborales (hecho que no ha cambiado tanto). Se producía una pérdida de capital humano que no retornaba a sus Cuenca, Teruel, Burgos, Logroño, Ciudad Real, etc.; la ya señalada «fuga de cerebros». La descapitalización de estos territorios se llevaba a cabo también por esta vía, a la que se unía el deseo, legítimo, de muchos de esos estudiantes de dejar atrás su localidad de origen y vivir en un Madrid, un Barcelona, un Bilbao, etc. Las consecuencias de este proceso serán permanentes en las ciudades medias a pesar de los muchos avances conseguidos en materia educativa.

No cabe duda de que será la democratización del acceso a los estudios superiores uno de los principales logros del Estado de bienestar español y del sistema educativo ligado a él, aunque todavía permanecerán capas de la población que no se plantearán llegar a ellos. El ritmo de creación de nuevas universidades será creciente en los setenta y se acelerará en los noventa del siglo xx. Es un momento de construcción de un Estado de las autonomías descentralizado y en el que contar con una universidad propia era una reivindicación que se producía no sólo a nivel regional sino de capitales de provincia. Se juntaban, de esta forma, el valor de la educación y la necesidad de ofrecer un servicio público de proximidad que permitiese el acceso a los estudios superiores a una parte de la población que, de no haber sido por ello, no habría podido llegar a los mismos. Además, contar con un centro de

educación superior también cumplía otras funciones vinculadas al ámbito de la investigación, del soporte de los distintos sectores públicos y privados, así como suponía un elemento de estatus y de prestigio. A partir de finales de la década de los noventa, el panorama universitario español creció en el ámbito privado; en buena medida debido a universidades on line, que se han instalado tanto en grandes ciudades como en medias (CRUE, 2020).

Los indicadores no dejan lugar a dudas. Rahona López (2009) recoge los datos de los estudiantes matriculados en la universidad española y su evolución hasta la década de los noventa, incluida la misma. En el curso 1959-1960, el número de alumnos universitarios era de 170.602, duplicándose en una década con 346.027 en el 1969-1970. En el curso 1989-1990 superaba el millón de estudiantes y en el 1999-2000 ya estaba por encima del millón y medio. Esta evolución positiva mostraba cómo la combinación de diferentes factores, de los económicos a los sociales, pasando por los demográficos –estamos refiriéndonos a la generación del baby boom–, había aumentado el número de estudiantes universitarios. En el curso 2019-2020, el sistema universitario español contaba con 1.595.039 matriculados en estudios de Grado, Máster y Doctorado, de los cuales el 84,48 por 100 se encontraban en universidades presenciales. Del total de estudiantes, el 81,11 por 100 estaban en los estudios de Grado (Ministerio de Universidades, 2020). Como puede observarse, en un periodo de descenso de la natalidad, la cifra de estudiantes universitarios se ha mantenido, lo que indica un aumento de la cualificación de la población española, en parte por una mayor accesibilidad y cercanía del sistema universitario.

Cuando en La Rioja, entonces provincia de Logroño como hemos visto en capítulos anteriores, comenzó a hablarse de reivindicación identitaria propia y luego de autonomía, una de las demandas más importantes era la de contar con una universidad. Eran los comienzos de la transición y se argüía esa descapitalización humana como argumento central para contar con una institución como la universidad. Como anécdota, en 1977, la primera vez que apareció la bandera de La Rioja fue en el Colegio Mayor San Juan Evangelista de Madrid, donde unos estudiantes riojanos habían organizado un ciclo de conferencias sobre la situación de la región. Fueron décadas en las que las estaciones de autobús y de tren se

llenaban los domingos por la tarde de gente que se desplazaba a estudiar durante la semana a otras ciudades. Regresaban por la familia, porque tenían novia o novio, etc., por el arraigo...

La Universidad de La Rioja comenzó a funcionar en 1992 y fue un hito para la región, un salto en su estatus también. De esta forma, muchas personas de este territorio, y de sus alrededores, que nunca hubiesen pensado en poder ir a estudiar una carrera a otras ciudades por cuestiones económicas, han podido alcanzar una formación superior, hecho que ocurre en muchos casos similares. En el estudio a los universitarios riojanos ya señalado anteriormente, de los 2.000 encuestados y encuestadas, el 69,8 por 100 procedían de La Rioja, el 12,4 por 100 de Navarra y el 10,7 por 100 de Navarra. Del total de los encuestados/as, el 67,7 por 100 manifestaron que la Universidad de La Rioja siempre había sido su primera opción sin cuestionarse el motivo, por proximidad o por contar con los estudios que querían realizar.

Sin embargo, eso no quita para que muchas de las universidades regionales de España hayan estado cuestionadas, y lo sigan estando, por seguir criterios únicamente economicistas, mercantilistas y de coste/beneficio. Incluso, algunas voces sugieren que tendría que reorganizarse el sistema universitario español y cerrar parte de las mismas. No han entendido el servicio público que implica, su función social y su valor añadido. Además, estos centros son fundamentales para mitigar/evitar esos escenarios que se siguen manteniendo de pérdida de capital humano, con los procesos migratorios a las grandes ciudades de personas cualificadas. El rector de la Universidad de La Rioja durante el periodo 2016-2020, Julio Rubio García, escribía en un artículo en el diario La Rioja sobre esta cuestión, partiendo de un cuento de Julio Cortázar de título «Casa tomada», que

cuando se oyen voces que parecen proponer que los servicios públicos, como lo es la Universidad de La Rioja, deben ser rentables económicamente, cuando se cuestiona su viabilidad en esos términos y no se valora su indudable rentabilidad social, les rogaría que piensen en «Casa tomada». Si exportamos no sólo nuestro talento sino también la formación de ese talento, aplicando criterios

economicistas (que, por otra parte, sólo se pueden sostener ignorando la realidad), estamos contribuyendo conscientemente, y no sólo de forma implícita como hasta ahora con el tema de la despoblación, a que en un tiempo no demasiado lejano nos veamos obligados a echar el cerrojo y abandonar esta, nuestra casa.

En definitiva, el acceso a unos estudios superiores, escenificado en el caso de no pocas ciudades medias en contar con una universidad propia, significaba también un «ascenso social» en términos comparativos con las clases medias. Las ciudades medias adquirían un nuevo signo de estatus también gracias a la educación, en este caso la superior, que sería como un salto a un nivel que antes estaba reservado para otras localidades, las grandes ciudades o las que tenían una trayectoria histórica de entidades universitarias. Pero eso no quiere decir que todas las universidades tengan que contar con los mismos estudios o replicar centros. Es decir, también es fundamental no caer en el error del mimetismo y la imitación que ha sido una constante en la evolución de las ciudades medias. ¿Tiene sentido que la Universidad de La Rioja tenga determinados estudios como, por ejemplo, Medicina, que se ha demandado en ocasiones desde diferentes voces? En mi opinión, no. Igualmente, la universidad también nos lleva a otro punto en relación con los territorios: el de las comparaciones.

Dimensiones y rankings

Uno de los ámbitos en el que las dimensiones desempeñan un papel negativo para las ciudades medias y el conjunto de los territorios intermedios es el académico. Seguramente a la mayoría de la gente este hecho le suene a otro mundo; al fin y al cabo, es un mundo que suele estar alejado de la sociedad. Además, sus mecanismos de funcionamiento son complejos, basados en rankings, indexaciones, acreditaciones, etc. Intentar explicar a una persona que no tenga que ver con ese mundo la posición que ocupas en la academia es una labor ardua. Anteriormente hemos visto cómo crecieron las

universidades en ciudades medias y cómo es un factor determinante para la igualdad de oportunidades y la equidad, e incluso para la movilidad social. Sin olvidar el estatus que supone contar con una entidad de estudios superiores en tu localidad o región. Este hecho también se llevó a cabo con el crecimiento de centros de investigación en ámbitos más vinculados con las especialidades de tu territorio, aunque en otras ocasiones no. Pero, por lo general, priman los primeros. Si has tenido un pasado industrial, si has demostrado una gran capacidad de innovación, lo normal es que te centres en ello y en el sector secundario, como ha ocurrido en Euskadi, por ejemplo. Si tienes vino, lo lógico es que desarrolles centros de investigación dedicados a la vitivinicultura, como ocurre en La Rioja. Y así podríamos seguir por cada zona.

Sin embargo, el mundo académico es uno de los que sirve para explicar de manera más clara las dificultades de los territorios intermedios y de sus ciudades para posicionarse, y que se puede extrapolar a otros ámbitos. Además, también refleja el peso de las situaciones estructurales. Hay muchas universidades, centros de investigación e investigadores que realizan unas labores sobresalientes, en no pocos casos en contextos precarios y complejos. Pero hay una diferencia entre que realices tu trabajo en una investigación o centro de investigación de primer nivel, que suelen estar ubicados en las grandes ciudades por razones lógicas, a que lo hagas en una universidad pequeña. Y la cuestión se hace todavía más complicada si te dedicas a trabajar objetos de estudio locales y/o regionales, fundamentalmente en el mundo de las Ciencias Sociales y Humanas. Esto opera en dos grandes dimensiones, interrelacionadas.

Por una parte, el mundo académico se basa en calificaciones y clasificaciones determinadas por tu capacidad de publicar en determinadas revistas. Estas revistas han ido acumulando su capital a través de una retroalimentación con las agencias de calificación, porque hay entidades que certifican que esa revista está en la lista de JCR (Journal Citation Reports), Scopus, etc. Luego, el académico/investigador que debe ser acreditado por otras agencias gubernamentales, en el caso de España la ANECA (Agencia Nacional de Evaluación de la Calidad y Acreditación), tiene que publicar en esas revistas; lo cual es complicado, muy complicado. No estamos

diciendo que no tenga que haber una cualificación y una demostración de la valía profesional, pero el sistema tiene sus fallas. En todo caso, para volver a lo que nos interesa, muchas de estas revistas y publicaciones rechazan artículos que puedan ser muy localistas o regionales, insistimos en que especialmente en el ámbito de las Ciencias Sociales y Humanas. De esta forma, puedes haber realizado una investigación impresionante y relevante, por ejemplo, sobre las desigualdades en educación en Palencia, que vas a tenerlo muy difícil para que una revista de primer nivel la acepte. Esto es una realidad que también se extiende a los grandes proyectos de investigación y sus convocatorias. Es un hecho que, cuanto más amplio sea el universo de estudio, mejor. Pero, en no pocas ocasiones nos olvidamos de las cuestiones locales y regionales, de sus circunstancias y contextos específicos, y de que no se pueden repetir modelos miméticos. En definitiva, los investigadores e investigadoras, por esta preparación para «los resultados esperados», tienen que elegir en no pocas ocasiones entre realizar estudios y artículos sobre cuestiones más generales, lo cual tampoco es fácil, o hacerlo sobre su entorno más cercano, que también les puede interesar. En la actualidad, la mayor parte de las personas que quieren hacer una carrera académica tienen muy claro el camino y, en no pocas ocasiones, deben dejarse a un lado aspectos más locales y regionales por una cuestión de supervivencia. Sí, hay muchos casos de investigaciones de esas dimensiones que tienen trascendencia, pero colocar un artículo de dimensión provincial en una revista de primer nivel es muy complicado.

Este hecho se relaciona con otro aspecto vinculado a las universidades y al mundo académico en el que las ciudades medias y sus territorios pierden casi siempre: los rankings de universidades. En un mundo en el que todo se cuantifica y se mide, todo se relaciona y se establece una clasificación, las universidades están sujetas a ello. Todos los años, aparecen rankings de universidades a nivel mundial y nacional. En los primeros, las universidades españolas no suelen aparecer en los lugares más altos, generalmente por factores estructurales de nuestra inversión en ciencia, pero también porque las trayectorias de otros centros en otros países son mucho mayores. Cuando salen los rankings, los medios de comunicación destacan las bajas posiciones de las universidades españolas. Y los medios de comunicación regionales lo hacen en

relación con la situación de sus universidades respecto al resto del país. De esta forma, se genera la visión de que las universidades fracasan o no son lo suficientemente competitivas, y que incluso sobran algunos de estos centros, ya se pueden imaginar cuáles... los más pequeños, los ubicados en esas regiones, territorios y ciudades intermedios. Nadie destaca la evolución del sistema universitario español ni el número de personas que han llegado a los estudios superiores, como tampoco se fijan en el número de investigaciones y de publicaciones que realizan las universidades. Los datos son accesibles a través de internet en diferentes fuentes. Existen limitaciones y déficits que deberían ser corregidos, obviamente, pero una cosa no quita a la otra. Estos rankings suelen estar basados en las publicaciones en las revistas científicas, o estas tienen un peso muy relevante; adivinen: ¿puede la Universidad de La Rioja competir en JCR con la Universidad Complutense de Madrid? No. Este sistema genera más desigualdad y no pone en valor las funciones sociales de las universidades, al contrario. Hablamos de centros que tienen siglos de historia frente a otros que tienen décadas, pero prácticamente se les exige lo mismo.

Las ciudades medias pueden atravesar parecidos procesos. Los rankings y las comparaciones siempre son utilizados para legitimar un discurso u otro. Como en el caso de las universidades, no suele contarse con esos factores estructurales y las trayectorias que han definido cada territorio. Los rankings se utilizan siempre «para bien», es decir, señalamos lo que nos favorece: somos la ciudad más verde, la de más calidad de vida, la más segura... Pero también podemos ser la que más población pierde, la que cuenta con un sector secundario más disminuido, la que tiene peores comunicaciones, los peores trenes, el mayor desempleo... El mundo de los rankings es fascinante y perverso, pero es uno de los que contribuye a formarnos nuestras visiones sobre la realidad. Al final, es fundamental incidir en que los diferentes territorios no se encuentran en la misma posición de partida ni tienen las mismas condiciones y contextos, aunque se les pedirá lo mismo, como a las universidades.

Una de las principales tendencias de nuestras sociedades es el mimetismo, o el intentar copiar las fórmulas que han funcionado en otros lugares. Cuando el modelo de Silicon Valley triunfó en

California, no pocas zonas pensaron que tenían las condiciones para ser otro «Silicon Valley», ¡y decían que querían ser como Silicon Valley! En relación con el mundo tecnológico, este hecho sigue operando y no es infrecuente que, regularmente, se vuelva la mirada hacia las TIC como solución a los déficits estructurales. Pero de nuevo se entra en escenarios de deseabilidad más que de realidad. La pandemia de la covid-19 y las consecuencias que estamos viviendo han despertado visiones de esta clase que, de nuevo, habrá que tomarse con mucha precaución.

Estos procesos se han dado en todos los ámbitos. El medio rural tiene un enorme muestrario de medidas contra la despoblación que han sido trasplantadas de unas zonas a otras y que no han funcionado. Lo que ha tenido éxito en un valle puede no tenerlo en el de al lado. Y es que las condiciones de cada territorio, de cada ciudad, y sus idiosincrasias son determinantes. Obviamente, hay tendencias que tienen tanta fuerza que van a ser exitosas las pongas donde las pongas –por ejemplo, la expansión de los centros comerciales en su momento–. Pero otras dependen de ese contexto. Las ciudades medias también han ido tirando de la imitación pensando que podrían reproducir modelos de éxito. Algunas veces lo consiguen, pero otras muchas no. Ejemplos como palacios de congresos, centros de exposición, grandes infraestructuras, etc., son recurrentes en nuestra geografía. Todo el mundo miraba con fascinación la reconversión de Bilbao, un cambio impresionante, sin duda, pero eso sólo podía pasar en Bilbao. Yo estaba allí cuando comenzó todo aquello y recuerdo que, en cuarto de carrera (en aquellos años eran de cinco años) teníamos una asignatura que era Sociología Urbana, también seguíamos en quinto con esas cuestiones. El caso es que, en aquellos años noventa, nos daban fotocopias sobre el futuro del «Gran Bilbao» y la visión de las siguientes décadas, dentro de los contenidos de la asignatura. Sinceramente, aquello parecía una «bilbainada», pero ahí está, conseguido, con sus luces y sus sombras. Tomaron en cuenta sus debilidades y fortalezas, planificaron, y cambiaron el modelo. Como se solía decir en aquellas advertencias de la televisión: «no intente hacer esto en su casa». Y, añadido, si lo hace, por favor, adapte el modelo a sus circunstancias. Eso no quita que Bilbao se convirtiese en el paradigma en el que mirarse para los procesos de transformación urbana y, consiguientemente, social. César

Rendueles lo resumía así: «La operación funcionó a la perfección e hizo que prácticamente todas las ciudades españolas se lanzaran a seguir el ejemplo de Bilbao creando su propia versión de intervención urbana singular con la guinda de un edificio de firma, a menudo muy por encima de sus posibilidades económicas y muy por debajo del sentido común» (2020: 299).

Un casco urbano en expansión

Y esto nos lleva a introducirnos en los cambios que se han producido en las tramas urbanas. Poco nos muestra tanto de la evolución de las sociedades como su urbanismo y las morfologías de las ciudades. En el caso de las medias y pequeñas en España, los patrones son muy parecidos, coincidentes con el crecimiento de su población derivado del éxodo rural y del baby boom, de los nuevos barrios residenciales de la década de los noventa que se expandirán con la «burbuja inmobiliaria» de los primeros años del siglo xxi, y con aquellos elementos de estatus en los que nos detendremos posteriormente.

La segunda mitad de la década de los noventa traería el comienzo de la transformación urbanística de las ciudades medias. Una de las cosas que nos permite la dimensión de las ciudades medias y pequeñas es ver su crecimiento, más horizontal que vertical. Es un hecho que la vista no abarca Madrid o Barcelona, y más si incorporamos sus coronas metropolitanas. Pero prácticamente cualquier ciudad media y pequeña se puede ver en su totalidad. Siempre me fijo en eso, es una cuestión de perspectiva, cuando llegas a una ciudad por una carretera o una autopista y se te presenta Lleida, Cuenca, Soria, etc. En cierto sentido, lo hace más «tangible» o manejable, ves los contornos y límites, en ocasiones difusos, pero están ahí. En Logroño, puedes subir al monte Cantabria en el norte de la ciudad y la tienes a tus pies, o al monte de La Pila en el sur de la misma. Si vas al Tibidabo en Barcelona, prácticamente también, pero te pierdes en la inmensidad y dejas de lado parte de su área metropolitana. También puedes ver Bilbao y el «Gran Bilbao» desde su contorno, Artxanda o Kobetamendi, aunque

tampoco alcanzas a ver todo su ámbito. Por lo tanto, es una dimensión más humana y muestra los límites de su crecimiento, su planificación –o falta de ella– en otras épocas, los estilos de edificaciones que caracterizaron cada época y esos skylines que vienen marcados por los edificios que superan las 15 plantas, por las torres de las iglesias y, en el caso de que los tengan, sus castillos, fortalezas o torreones.

Las ciudades medias habían crecido fruto de las migraciones procedentes, en gran medida, de ese éxodo rural de las décadas pasadas. Contaban con una estructura muy definida: un casco histórico («Casco Viejo», «Parte Vieja», «Casco Antiguo», etc.), que era el origen de la ciudad. Allí se localizan los principales monumentos, fundamentalmente iglesias, pero también otros, como palacios, fortalezas, etc. Combinando plazas amplias y calles estrechas y angostas, los cascos históricos reflejaban el «intramuros». Las murallas de las ciudades comenzaron a caer en la segunda mitad del siglo xix, pocas las conservaron o quedaron algunos vestigios de las mismas. Las expansiones de las ciudades medias en las siguientes décadas serían hacia los ensanches, donde se ubicaría una burguesía creciente, y hacia los barrios obreros, ocupando espacios que anteriormente eran huertas o campos. El mapa de la ciudad reflejaba también una estructura social que se iría intensificando con el crecimiento de la población. En esta situación, muchos cascos históricos quedaron abandonados y degradados, convirtiéndose en una zona marginal de la ciudad. El caso de Logroño fue paradigmático en ese sentido, con un Casco Antiguo que pasó de ser el epicentro de la ciudad a una zona de la que te decían que nunca fueses solo porque se percibía como muy insegura. Su deterioro había sido muy acelerado, así como su estigmatización con una población en situación de exclusión social. No sería hasta la década de los noventa del siglo xx cuando comenzaron a darse cambios en relación con el Casco Antiguo logroñés, a través del ocio nocturno primero, de la peatonalización y rehabilitación segundo, y del turismo en tercer lugar y más adelante, aunque no se han conseguido sus objetivos ya que no funciona tanto como zona residencial.

Fueron años en los que muchas ciudades volvieron la espalda a esas zonas y crecieron nuevos barrios que reflejan la arquitectura de las

décadas de los cincuenta a los ochenta. Esta era muy similar en toda España, un patrón común que las arquitectas Teresa Castillo y Elena Cornejo señalaban en un artículo de Ada Nuño en El Confidencial: «estos grandes barrios se diseñan como “unidad” en base a expectativas de crecimiento, lo que los hace diferir de las ciudades históricas, que tienen calles que serpentean y rincones que son un “factor sorpresa” que, al ser fruto del crecimiento, se han transformado en virtud de la necesidad, la experiencia o el paso del tiempo»[4].

Fuera de las ciudades medias, había territorios periurbanos que recogían fincas, huertas o segundas residencias de las clases medias altas y altas. Estos últimos espacios eran un importante símbolo de estatus que establecía una estructura social. Logroño cuenta con la carretera de Soria, como su nombre indica es la N-111 que lleva hacia la provincia vecina y a Madrid, y recorrerla todavía es ver numerosos chalets con su inseparable frontón, otro símbolo de estatus, e incluso con piscinas, lo cual sí que era un salto cualitativo. Algunas de estas edificaciones se mantienen imponentes, pero otras ya están abandonadas, y parte de esta vía se ha ido integrando en la corona metropolitana de Logroño. Nosotros, cuando éramos niños, pasábamos todos los fines de semana por esa carretera para ir a Montenegro y sabíamos que aquello era otro mundo, muy diferente del nuestro.

En los años ochenta comienzan a extenderse urbanizaciones de adosados y unifamiliares, todo un paso hacia la modernidad, algunos de ellos con piscina comunitaria. Pero el interior de la ciudad no crecía mucho en comparación con lo que lo haría a partir de la segunda mitad de la década de los noventa. Y, lo que lo hacía, era en gran medida en vertical con torres de más de diez pisos que iban a marcar el perfil de las ciudades y que lo sigue haciendo en la actualidad. Es una ciudad muy consolidada y en la que quedan fijadas las grandes arterias que la estructuran y articulan. La mayoría no son ciudades bonitas ni especialmente atractivas desde el punto de vista estético, como hemos indicado anteriormente, en un modelo arquitectónico que fija en el mapa las distintas etapas del desarrollo español, lo cual no quiere decir que no haya también grandes joyas, muchas escondidas.

Pero a mediados de la segunda mitad de los noventa se produce un fenómeno muy relevante. Los primeros hijos e hijas del baby boom comienzan a consolidar sus proyectos de vida y empiezan a entrar en el mercado de la vivienda. De nuevo, algunas características propias del modelo español van a condicionar esta situación. La emancipación de las generaciones más jóvenes ha estado vinculada a tres factores interrelacionados, aunque en la última década se hayan dado transformaciones importantes: el acceso al mercado laboral tras finalizar los estudios, la definición de un proyecto de vida en pareja y, en consecuencia, la entrada en el mercado de la vivienda para adquirir, generalmente, un piso en propiedad. El alquiler en España siempre ha sido una segunda opción; a fin de cuentas, somos un país de propietarios que valora el contar con «algo propio» como un elemento de seguridad y estabilidad, y este es un aspecto que está consolidado socialmente y que se transmite de generación en generación, por muchas crisis y cambios que se produzcan.

Cuando las generaciones del baby boom llegan a esta situación, comenzada a mediados de los noventa, las ciudades medias empiezan a expandirse debido a la nueva demanda de vivienda, a la que se une la de una parte de sus padres y madres que buscan cambiar de domicilio, desde los barrios tradicionales de la ciudad media hasta los nuevos barrios periféricos. Son años de un ritmo de construcción acelerado que transformará la fisonomía de las ciudades en su conjunto. Hasta la crisis de 2008, el boom inmobiliario español hará crecer barrios nuevos en lugares en los que había huertas, campos o polígonos industriales que van dejando paso a un modelo basado en urbanizaciones de pisos con piscinas y zonas comunes. Una arquitectura común y homogénea tanto entre los barrios como entre las ciudades, lo que da lugar a que sean zonas indistinguibles de unas localidades a otras. A diferencia del urbanismo de las décadas anteriores, las nuevas calles y viales son anchas y abiertas, complementándose con las nuevas infraestructuras viarias y de comunicaciones. Se construyen nuevas circunvalaciones y anillos que rodean las ciudades medias. Los nuevos barrios serán el foco de atracción y se verán también como un signo de estatus.

Hay que entender todo este proceso de movilidad residencial dentro

de la movilidad social. Los hijos e hijas de los barrios obreros tradicionales y de las zonas del ensanche iban a buscar sus viviendas en nuevos barrios en función de sus posibilidades económicas. Y es que también había diferencias en los nuevos barrios, parte de los cuales comenzaron a crecer a mediados de los noventa en condiciones muy diferentes. Algunos de estos barrios tenían dificultades de comunicación, en el sentido de las calles o viales que los conectaban con el centro, e incluso podían convivir con polígonos que iban decayendo y dando paso con los años a nuevos edificios residenciales. Pero había otras zonas que claramente se definían como una continuación de la ciudad y sus precios eran más elevados. Lo mismo ocurriría en los años siguientes: a más alejamiento del centro y menor conectividad con el resto de la ciudad, generalmente los precios se reducían. Estas edificaciones, clónicas como decíamos, contaban en su gran mayoría con piscina y zona comunitaria, un lujo reservado en el pasado a las clases medias altas y, fundamentalmente, las altas. Serán áreas que contarán también con grandes parques y espacios verdes, otro símbolo de estatus y evolución de la calidad de vida en contraste con las calles y barrios de procedencia, muchos de los cuales carecían de grandes parques y, los que se realizaban, eran de cemento, como ocurrió en los ochenta en Logroño.

Con los años, también crecerán en buena parte de ellos los equipamientos públicos como colegios, centros de salud, etc., que serán un indicador del estatus del barrio. Los últimos que llegaron, justo con la crisis, contarán con un nivel de dotación menor, lo cual dará lugar a demandas y reivindicaciones en no pocos casos. Pero, de la misma forma, también serán espacios condicionados por las dinámicas demográficas y poblacionales de sus habitantes, concentrándose buena parte de la natalidad en unos pocos años, para estabilizarse posteriormente.

Son barrios que también verán cambios en las sociabilidades. Su nivel comercial será muy reducido, tiendas de proximidad, algunos bares y poco más. La cesta de la compra se hará, en gran medida, en grandes superficies comerciales, accesibles gracias a las vías de comunicación. La relación con el barrio no tendrá que ver con aquellas tradicionales, de un pasado reciente. Y la sociabilidad estará marcada por las relaciones generadas por la primera infancia

de los hijos e hijas de sus habitantes. De hecho, una parte de la vida del barrio se hará de «puertas adentro», en esas grandes urbanizaciones que cuentan con piscina y zonas comunes, pero que también estarán marcadas por los ciclos vitales de las familias, fundamentalmente los vinculados, de nuevo, a la natalidad y al crecimiento de los hijos e hijas. Cuando estos crecen, esas zonas comunes cambian y se transforman. Sin embargo, estos barrios también tratarán de desarrollar una vida vecinal a través de sus asociaciones de vecinos, de las demandas de los servicios que no llegan, etc., pero su potencia no se puede comparar con las de los barrios de los setenta y ochenta del siglo xx, siendo claves algunas de ellas en la consecución de ciertas mejoras, infraestructuras y servicios.

Pero, en realidad, esta homogeneización arquitectónica de barrios y calles entre las ciudades no constituye una novedad del todo. De hecho, prácticamente las mismas tipologías de construcción de viviendas se daban en los barrios periféricos de las ciudades durante las décadas pasadas. Por ejemplo, esta situación se daba de forma muy clara en los edificios de los barrios obreros, que eran los que absorbían buena parte del éxodo rural. Hay muchas similitudes en los barrios que surgieron en las décadas de los cuarenta, cincuenta y sesenta del siglo xx, tanto en las tipologías de construcción como en la calidad de los materiales, así como en esas calles estrechas y, en función de la orografía, más o menos sinuosas.

La primera década del siglo xxi fue la del incremento de la inmigración de origen extranjero. Los barrios obreros tradicionales cambiaron su composición y la diversidad cultural comienza a crecer con el nuevo siglo. España, país de emigrantes, comienza a ser un país receptor de inmigración. La diversidad cultural es una realidad, pero no de la misma manera, tanto entre las ciudades como en su interior. Parte de los cascos antiguos y los barrios obreros tradicionales serán los receptores de esa inmigración. Cuando los descendientes autóctonos de esos barrios se van a vivir a otros nuevos, cuando incluso sus padres y madres lo hacen, las viviendas más accesibles estarán en esas zonas. Es un cambio sin precedentes. Los barrios que acogieron al éxodo rural pasarán a hacerlo con la inmigración. Pasear por ciertos barrios es observar cómo han cambiado sus comercios y la composición de su

población. Otro signo de modernidad y transformación de las ciudades medias.

Y, además, el crecimiento de las ciudades y su expansión dan lugar a una mayor conectividad con las localidades periurbanas de su alrededor, que prácticamente se fusionan con las ciudades medias, generando una suerte de corona metropolitana basada en criterios funcionales, con «municipios dormitorio» a los que han ido a vivir personas y familias que o bien no podían adquirir una vivienda en la ciudad, o bien preferían otro estilo de vida más tranquilo y relajado. Recordemos que en esos momentos el precio de la vivienda crece sin parar, pero el crédito de bancos y cajas de ahorro permitía el endeudamiento, hecho que se truncó con la crisis de 2008.

En definitiva, estas décadas suponen cambios fundamentales en este tipo de ciudades, vinculadas como hemos visto al uso residencial del suelo y a otros factores productivos y de equipamientos que darán lugar a que «las áreas urbanas articuladas por ciudades de tamaño medio han pasado de ser el paradigma de la ciudad compacta a tender hacia una ciudad extensa, de menor densidad de ocupación de suelo, mayor fragmentación espacial y mayor complejidad» (Olazabal y Bellet, 2019: 169).

Es una época de prosperidad y de cambio de cara de unas ciudades que los propios habitantes no comienzan a reconocer al surgir nuevos barrios donde antes no había nada. Y, cuando decimos que no había nada, es que no había nada de nada, un erial en no pocos casos. Pero la transformación de las ciudades medias y pequeñas tendrá otros indicadores. Se producirá también en ese periodo un incremento de obra pública y de edificios emblemáticos. Comienza asimismo una especie de competición por contar con palacios de congresos, nuevos estadios de fútbol que sustituyan a anteriores que estaban ya vetustos, grandes pabellones deportivos, puentes, etc. Había que modernizarse, es un hecho, y en todo este proceso hay una necesidad, obvia, de dotarse de infraestructuras y de acabar con obstáculos del crecimiento urbanístico, pero también mucho de adquirir signos de estatus. Capítulo aparte merecen algunas obras faraónicas encargadas a arquitectos estrellas que se convertirán en elementos de identidad de las ciudades o que lo intentarán, ya que

los fiascos estarán también a la orden del día. Aumentaban a su vez las grandes superficies comerciales desde la década de los ochenta, aunque lo que vendrá será el modelo «centro comercial», aglutinador de parte de la oferta comercial y de ocio. Las tiendas del centro lucharán contra ese modelo, pero poco podrán hacer, y, hasta la actualidad, encontraremos un goteo continuo de cierres. En este sentido, sin duda alguna, uno de los principales indicadores del cambio se dará en los centros de las ciudades, con un modelo que tenderá hacia una mayor homogeneización y que los convertirá en «centros comerciales. Todo es lo mismo. No se sabe en qué ciudad se encuentra uno cuando circula porque las calles, los comercios, los escaparates y los cuerpos que pasean las aceras son los mismos en todas partes» (Broncano, 2020: 81).

La transformación de los centros de las ciudades

El cambio de los centros de las ciudades tendrá varias dimensiones, transformando la fisonomía de los mismos en un proceso que afectará especialmente a los cascos históricos. Una de ellas será el de la peatonalización de buena parte de sus calles. El cambio comienza en los cascos históricos que, en no pocos casos, se liberan de coches prácticamente en su totalidad. Llama la atención ver fotografías de décadas pasadas y observar la cantidad de vehículos que podían aparcarse en sus calles y plazas, casi en cualquier lugar. Peatonalizar, junto con las rehabilitaciones, es también un signo de modernidad y hacer la ciudad para el disfrute del peatón, un cambio que será clave para el desarrollo turístico posterior. Pero la salida de los coches de la vía urbana se extenderá al resto del centro y muchas otras calles seguirán desde entonces ese camino. Los centros verán también cómo crece el número de parkings, de zonas azules y aparcamientos regulados, siendo presentado como un modelo de ciudad más sostenible y amable.

Otra de las situaciones que ejemplifican este escenario de cambio es la vivida por las salas de cine. Los cines eran también un signo de estatus y modernidad, incluso en la España de los cincuenta y sesenta eran una pantalla a un mundo exterior, y en el caso de las

ciudades medias, más todavía. Los cines se localizaban siempre en el centro, era uno de los lugares más institucionalizados en el ocio y la sociabilidad de aquellas décadas. Con la llegada de los centros comerciales, los cines fueron saliendo de los centros de las ciudades a las nuevas superficies, no en vano eran una de las principales locomotoras de las mismas, junto con los hipermercados y otros elementos de la oferta de ocio. Son años de crecimiento de un modelo que también aportaba un barniz de modernidad, aunque todos esos centros comerciales, como las tiendas de los cascos urbanos, eran similares los unos a los otros. Es un momento en el que las franquicias comienzan a ser una realidad dominante.

Comercios tradicionales, como mercerías o tiendas de alimentación, van cerrando a medida que sus dueños se van jubilando o lo hacen por la insostenibilidad del negocio. De nuevo es esa mirada cotidiana la que nos muestra este proceso. Seguramente, la crisis derivada de la covid-19 lo acelerará todavía más. Las «clases medias» de los comercios y negocios van cerrando paulatinamente. Vayan sumando: de las mercerías y tiendas de alimentación a las tiendas de discos y librerías, de las ferreterías a las tiendas de ropa... Y el comercio virtual también ha supuesto una transformación en esa dirección. El cierre de estos establecimientos implica una pérdida de sociabilidad y de la vida que generaban. Un ejemplo de Logroño es la denominada «Zona de las cien tiendas». Situada en uno de los ensanches de la ciudad, era un área que se peatonalizó a mediados de los años noventa y que contaba con un tejido comercial reconocible y consolidado, con muchas tiendas que incluso llevaban décadas de funcionamiento. En la actualidad, darse una vuelta por estos lugares es encontrarse con muchos locales cerrados y con negocios que han tenido una corta vida. Y es que la situación del pequeño comercio no afecta únicamente a los tradicionales sino también a los nuevos. Se presentan y plantean actividades y negocios, algunos se ponen de moda, otros pretenden ser alternativas, pero no consiguen despegar, dejando tras de sí personas y familias endeudadas. Muchos lo llaman emprendimiento.

Pero hay un sector que ha crecido de forma insospechada en el último lustro. Algunos barrios tradicionales han visto cómo la oferta de la hostelería se ha transformado. Son los denominados «bares de viejo», como El Palentino de Madrid. Bien a través de

establecimientos que se han adaptado a la situación, bien a través de otros que recrean ese modelo, se ha generado una oferta que atrae por igual a los habitantes de estos barrios como a los descendientes de los mismos que se fueron a vivir a las nuevas zonas residenciales. Ese redescubrimiento del barrio a través de sus bares más tradicionales, o de la recreación de los mismos, tiene un componente sociológico. Son procesos ya vividos, a diferente nivel, con la gentrificación de barrios de las grandes ciudades. Sin llegar a ese extremo en las ciudades medias y pequeñas, no hay un desplazamiento de sus habitantes, es una «puesta de moda» de un cierto tipo de sociabilidad. Pero también opera como una especie de recuerdo ritual de un pasado reciente e incluso, en el caso de nuestras localidades, como un contraste con las zonas tradicionales de bares y pinchos más turistificadas y que han perdido algo de su encanto como parte de la oferta turística institucionalizada.

De comercios, tiendas, grandes superficies y la homogeneización

Hay que retornar a las tiendas, ya que, si los bares y la hostelería han cambiado en estas décadas, más todavía lo ha hecho el comercio en su conjunto. Es una de las transformaciones más visibles de las ciudades medias, funcionando también como signo de estatus. Además, al vincularse al consumo, tiene una serie de implicaciones en relación con esta cuestión de la percepción y autopercepción de los territorios y de sus localidades, en el sentido de la adquisición de una serie de bienes que antes sólo se podían comprar en grandes ciudades. Paradójicamente, ahora hay otros productos que ya tienes que comprar a través de internet, por ejemplo, discos y CD. Pero, además, el consumo tiene otra dimensión simbólica y cultural que es la que apunta Fernando Broncano al señalar que las mercancías «Sirven para reatar los vínculos sociales y para expresar el perfil propio con el que la persona quiere ser reconocida. El consumo es, en definitiva, nuestro principal sistema de información sobre la sociedad» (2020: 35). Y, añadimos, esto lo podemos llevar a los territorios y a las ciudades.

La llegada de determinados comercios, cadenas y franquicias

siempre ha sido signo de cambios, los cuales se han acelerado en las dos últimas décadas. Hoy vivimos en un mundo homogeneizado en el que las calles de las ciudades se calcan, los mismos comercios monopolizan los centros y las vías más importantes y se hacen indistinguibles unas de otras. Con el móvil encuentras tu restaurante favorito, la tienda de ropa en la que quieres comprar una camiseta o la cadena de librerías. Pero, durante décadas, las ciudades mantuvieron parte de su pulso gracias a un pequeño comercio que hoy se va transformando y reduciendo. Los comercios de las ciudades medias eran propios, eran singulares, pero también podían observarse elementos comunes entre localidades fruto de las modas y tendencias más generales. De la misma forma que se protegen algunos comercios singulares (por ejemplo, por sus fachadas modernistas, por esos elementos tan característicos), nos llama la atención cuando paseamos por una ciudad y vemos tiendas que no han cambiado su aspecto o que apenas se han actualizado en las últimas tres o cuatro décadas. Y es que la transformación de los comercios también implica cambios en sociabilidad y en las vidas cotidianas de los barrios, en las relaciones que se desarrollaban a través de los mismos. En los comercios se hacía mucha «vida de barrio», por eso tampoco sorprenden las llamadas al consumo en las tiendas más cercanas y de proximidad frente a las grandes superficies y al omnipresente internet, competencia acelerada con la covid-19. A veces se evoca una mirada nostálgica, pero también parecen buscarse esas ritualidades de un pasado no muy lejano, basadas en relaciones más cercanas. Ocurre lo mismo que con los «bares de viejo», pero no con la misma fortaleza.

De la tienda de barrio al supermercado y del supermercado al hipermercado... Ese fue el camino que hizo el comercio de la alimentación, aunque por escalas. En la memoria colectiva de diferentes generaciones está ese proceso y cómo fueron apareciendo diferentes niveles que se iban superponiendo. Soy de esas personas que recuerdan cuando iban con su abuela a comprar a la tienda de alimentación del barrio en su niñez. En Logroño, ya a partir de la década de los setenta del siglo xx, comenzarían a llegar supermercados como Simago primero y luego los Kanguros, Sabeco... También teníamos unos Almacenes Simeón –cuyo fundador procedía de las sierras riojanas, de Ortigosa de Cameros concretamente–, que estaban en otras ciudades, los cuales cerraron

en 1986.

La primera vez que fui a un hipermercado fue en el viaje de estudios de 8.º de EGB en 1987. Era un viaje que nos llevó a Madrid, San Lorenzo del Escorial, Ávila, Segovia, Salamanca y volvimos por Valladolid. Allí nos dejaron en un Continente que estaba al lado del Nuevo Zorrilla, el estadio del Real Valladolid. Creo que parte de mis compañeros tampoco había estado en ningún hipermercado. Lo recuerdo como si fuese ayer.

El 29 de agosto de 1989, al final del verano, cuando buena parte de la población de Logroño volvía de sus pueblos de origen, se inauguraba el primer hipermercado de La Rioja: Alcampo. La superficie comercial estaba situada en las afueras de la ciudad, en el sur de la misma. Por decirlo de alguna manera, en medio de ninguna parte, un entorno periurbano. Se veía allí, a lo lejos, aislado prácticamente; hoy está plenamente integrado en la ciudad. Era un hipermercado con una pequeña, muy pequeña, galería comercial... nada más. No era ni un centro comercial. Comparado con las grandes superficies que aparecerían en los primeros años del siglo xxi –el propio Alcampo se convertiría una década y pico después en Parque Rioja–, aquel lugar era muy insignificante. Pero el impacto simbólico fue poderosísimo. Todo el mundo iba a Alcampo, tenías que ir a verlo... y a comprar, claro. Era una entrada en la modernidad. Porque, no lo olvidemos, ese proceso también se ha llevado a cabo través del consumo, el ocio y el estatus.

Las huellas cotidianas del pasado

A pesar de estas transformaciones que se van dando, en mayor o menor medida, las huellas del paso del tiempo y de la evolución de nuestras ciudades siguen estando muy presentes. A pesar de las entradas en la modernidad, a pesar de las homogeneizaciones y a pesar de la turistificación de los cascos históricos, se pueden rastrear determinados elementos de un pasado no muy lejano. Un pasado que, por otra parte, no conviene idealizar acríticamente. Las

ciudades medias y pequeñas siguen atesorando comercios que no han cambiado en décadas o que reflejan claramente el momento en el que fueron abiertos. Es un ejercicio interesante el pasearse por determinadas calles y barrios, pero los encuentras prácticamente en cualquier sitio, a pesar de que los centros hayan sido conquistados por franquicias o los locales comerciales se cierran como consecuencia de las sucesivas crisis. Hay tres tipos de comercios que me parecen fascinantes en ese mantenimiento de su imagen y que podrían salir perfectamente en la primera etapa de la serie de Televisión Española Cuéntame. La mayoría se ha modernizado, adaptado o ha sido sustituida. Otros comercios han desaparecido, en muchas de nuestras ciudades medias ya no quedan tiendas de discos, en la mía llegó a haber ocho o nueve, y tres o cuatro estaban incluso en la misma calle. Las librerías han ido reduciéndose hasta quedar en unas pocas, cerrándose muchas de las pequeñas de los barrios que surtían de libros para la escuela y de material escolar.

Las primeras son las mercerías. No hay nada más nostálgico que una pequeña mercería, con sus múltiples cajones y cajas de calcetines, ropa interior, hilos, parches, etc. Pueden ponerse a contar las mercerías que quedan en sus ciudades y verán que hay más supervivientes que en otros tipos de comercios que han ido reduciéndose. Muchas mercerías suelen ser atendidas por mujeres mayores que llevan toda su vida detrás del mostrador. Ves esos carteles, de los sesenta y los setenta, y hay algo que se te remueve por dentro, en mi caso recuerdo cuando acompañaba a mi abuela a estas pequeñas tiendas, porque generalmente en su interior no cabe mucha gente. Esas mercerías siguen ahí, inasequibles, con unas propietarias esperando seguramente la jubilación y viendo cómo su caja se iba reduciendo a medida que se iba cosiendo mucho menos y que las grandes cadenas les hacían imposible competir en precio. La mercería de barrio es un símbolo de ese pasado del que venimos, de esos tiempos más precarios en los que las ropas se remendaban, se legaban de hermanos y primos, y en los que tu madre o tu abuela compraba los hilos para coger los bajos de un pantalón heredado que te quedaba muy largo. Tengo localizadas las mercerías de Logroño y veo cómo van cerrando poco a poco; es un goteo que no cesa, pero ahí siguen, con sus puertas de cristal y aluminio, con sus escaparates de hilos y parches, cintas de banderas y ahora mascarillas, y con su indisociable cartel, generalmente un nombre

femenino.

El segundo comercio que, en general, muestra un mantenimiento de su estética originaria es el de las carnicerías. A diferencia de las mercerías, siguen siendo omnipresentes, no pueden ser sustituidas por un, digamos, Primark. La mayor parte de las carnicerías de mi infancia siguen abiertas. Alguna se ha trasladado o se ha modernizado, otras han sido traspasadas a inmigrantes y las han adaptado a su cultura. Pero la mayoría están ahí, tal cual. De nuevo, sus señas de identidad son claras: esas puertas de aluminio y cristal, sus expositores y, detrás, esas cámaras frigoríficas donde guardan los productos. Al igual que las mercerías, conservan sus nombres y carteles, y aquí aparece una confianza en la calidad del producto. Los nuevos barrios tienen sus carnicerías, por supuesto, pero verás más colas en las de los barrios tradicionales de las ciudades medias y pequeñas. Curiosamente, no ocurre lo mismo con las pescaderías, la mayoría de las cuales se han modernizado más, o con las fruterías, aunque también quedan unas cuantas.

La tercera actividad comercial son los bares y las cafeterías, pero esto daría para otro libro, y más si añadimos los locales de ocio nocturno, los pubs y discotecas. Obviamente, en un país como el nuestro que cuenta con tantos bares y cafeterías, es lógico que las novedades, las reformas y los nuevos modelos se vayan imponiendo. Pero, en capas, podemos ver de nuevo la evolución de la ciudad a través de estos establecimientos. Ya hemos comentado la existencia de bares de barrio, o lo que también se denomina como «bares de viejos», que se han resignificado. No pocos bares de ese tipo han sido redescubiertos por las generaciones más jóvenes y se han puesto de moda. Además, hay bares que han tirado de esa estética y, en parte, han recuperado su esencia. Pero el modelo que refleja esa evolución es el de las cafeterías de barrio; cafeterías que permanecen intactas en buena parte de su composición y de su mobiliario, habiendo cambiado únicamente, si te descuidas, los televisores. Son de la década de los ochenta y primeros de los noventa, pero también las hay de los setenta, aunque ya las menos. Cafeterías amplias, con barras grandes y anchas, con salientes incluso, con enormes botelleros en los que todavía puedes encontrar algunas botellas que ya no sonarán a las generaciones más jóvenes, como Licor 43 o Ponche Caballero, o marcas de ginebras como MG

y Larios. Me tocó trabajar en cafeterías de ese tipo, pasé muchísimas horas dentro de esas barras y siempre me puede un poso de nostalgia cuando veo algunas de ellas. Sin embargo, muchas no han resistido bien el paso del tiempo, se han ido degradando incluso, no pudiendo con la competencia de los locales más modernos o de los «bares de viejo». Parte de estas cafeterías llevaban, lo siguen haciendo, el nombre de estados o ciudades norteamericanas: Nebraska, New York, Arizona... Ya lo cantaba Quique González en su canción «La vida te lleva por caminos raros» de su disco de 2007 *Avería y redención*, cuando decía «Siempre hay un bar que se llama Las Vegas, en alguna parte, en alguna parte». Y qué razón tiene.

La evolución de las cafeterías y los bares no deja de ser un signo de modernidad y una de las huellas más relevantes de ese cambio de estatus de las ciudades medias y pequeñas. Permanecen en los barrios de clase trabajadora todavía muchos ejemplos de estos establecimientos, buena parte de ellos con poca gente generalmente, testigos también de un pasado que se presentaba esperanzador.

Como hemos venido señalando, hoy estamos en un mundo globalizado y en el que las diferencias entre los comercios que puedes encontrar en los centros de las ciudades son residuales. Tampoco es que estos comercios tradicionales, o que se mantienen desde hace décadas, fueran muy diferentes en función de la ciudad; el modelo era prácticamente similar, pero no constituían la misma franquicia. Esa homogeneización les ha quitado parte de la esencia a las ciudades y Broncano va más allá al afirmar que «Las franquicias han invadido las calles inaugurando un nuevo reparto de espacios de paso, de mirada, de comercio y de relación humana. Las calles se llenan de multitudes pero el barrio se desfonda» (2020: 40).

Estas referencias tampoco son inocentes, ya que, en definitiva, tratan de los vínculos sociales y de los elementos que conforman la comunidad. Tanto Broncano como Han inciden en estos aspectos y los relacionan con los espacios. Estos son determinantes ya que constituyen los marcos en los que se fijan los vínculos. En un mundo netamente individualista como el actual, es interesante

rastrear la búsqueda de aquellos aspectos en los que nos sentíamos seguros y cálidos, arropados. Por eso, nuestras miradas se pierden en los detalles de esas antiguas mercerías, de esos bares reconstituídos que representan la sociabilidad. Por eso se reivindica el barrio como espacio vital y por eso también el medio rural tiene una elevada significación, ya que también remite a los vínculos. No es casualidad que, en los discursos sobre el retorno a los pueblos, se insista continuamente en la solidaridad vecinal, en la cercanía entre las personas, etcétera.

El turismo o un signo de los tiempos

Uno de los fenómenos en los que es necesario detenerse es el del turismo, un sector determinante en cualquier lugar y uno de los indicadores claves para entender la evolución de los territorios. Hasta entrada la década de los noventa, el turismo en España estaba basado en el modelo del «sol y playa» y en las grandes ciudades, con sus atractivos culturales fundamentalmente, así como en aquellas localidades que tenían monumentos singulares que eran en sí mismos un foco de atracción. El resto del país apenas contaba en la oferta turística, exceptuando sectores muy localizados como eran las estaciones de esquí de montaña, por ejemplo. Si a comienzos de la década de los noventa nos llegan a decir que poco más de una década después todo iba a ser susceptible de tener potencial turístico, no nos lo habiésemos creído.

El medio rural, que iba ganando posiciones gracias a valores medioambientales, a la recuperación de las tradiciones y al papel de los descendientes de los pueblos, fue uno de los primeros en incorporarse a la nueva oferta. El turismo rural, de naturaleza, de montaña, etc., fue promovido como un sector que podría mitigar el descenso de la población de los pueblos. Estas medidas venían en primera instancia de Europa a través de los fondos de la Unión Europea y de unas políticas que trataban de diversificar la actividad económica de aquellas localidades y zonas. Cuando la agricultura y la ganadería estaban en una posición ya descendente, el turismo rural llegó para ser presentado como el «salvador» que nunca

llegaría a ser, y que tampoco podría serlo. Los primeros alojamientos de turismo rural en los pueblos eran complementarios a las actividades ganaderas y agrícolas. El objetivo era que los promotores hiciesen del turismo rural algo complementario y que los turistas viviesen la experiencia del medio rural y del sector primario. Incluso las subvenciones y ayudas de ese periodo estaban sujetas a estas prerrogativas, así como a la necesidad de residir en la localidad. Al final, el turismo rural se fue convirtiendo, en gran medida, en alojamientos en el medio rural con las condiciones y servicios del medio urbano. Las casas rurales crecieron exponencialmente y esas bases que, en un principio, debían cumplirse se fueron haciendo más laxas, hasta el punto casi de desaparecer. Hoy, el turismo rural como oferta poco o nada tiene que ver con el de sus orígenes, con sus ventajas e inconvenientes. Muchas casas rurales tienen las comodidades de cualquier alojamiento del medio urbano y surgen noticias, anécdotas que se convierten en categorías, que hablan de visitantes que se han quejado del canto del gallo o de los olores vinculados a las actividades ganaderas. Y, con las redes sociales, su difusión se amplía.

Numerosas ciudades medias tampoco habían previsto que un día podrían ser destinos turísticos. El turismo no estaba pensado para lugares como Logroño, por ejemplo, a pesar de contar con bodegas; estas no se abrían al público, todavía quedaba tiempo para llegar al enoturismo. Todas las ciudades contaban con un patrimonio monumental en forma de catedrales, iglesias, castillos, palacios, etc. Pero, evidentemente, no todo era igual. Granada, Córdoba, Ávila, Segovia, Toledo, entre otras, tenían unos edificios que las situaban en el mapa directamente. Algunos de ellos ya habían sido declarados Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO, como la mezquita de Córdoba, la Alhambra de Granada o la catedral de Burgos (1984), los cascos viejos de Ávila, Segovia y Santiago de Compostela (1985), los de Toledo y Cáceres (1987), el de Salamanca en 1988, el conjunto arquitectónico de Mérida en 1993 y, ya avanzada la década, la ciudad histórica fortificada de Cuenca, en 1996. Son ejemplos de ciudades medias, y es que el patrimonio histórico-artístico sería un motor central del turismo junto con la gastronomía y otros bienes inmateriales.

En comparación con ellas, otras ciudades palidecían en términos de patrimonio; incluso algunas se encontraban con cascos antiguos deteriorados y abandonados, como hemos señalado. La década de los noventa será la de la recuperación de los mismos, un esfuerzo ingente en muchas localidades por cambiar su fisonomía e incluso el perfil social del barrio, aunque no podemos hablar en ese periodo de una gentrificación. Pero el turismo ya estaba lanzado como un sector que iba a transformar también a las ciudades medias. Un turismo diferente, cultural y experiencial, que tan de moda se pondría unos años después, que contaba con cambios significativos en la demanda. Y es que los turistas ya no iban a ir únicamente al «sol y playa». De esta forma, con el incremento de las clases medias, el turismo se iba a convertir en un signo de estatus. Los viajes de fin de semana, de puentes y festivos, etc., iban a ocupar una parte del ocio de cada vez más personas y familias. Las ciudades medias recogerán también esa oportunidad y la oferta crecerá en unos pocos años, cada una de ellas poniendo en valor todos sus potenciales, tanto patrimoniales como culturales y gastronómicos, estos últimos muy importantes. Y, si no los hay o no son suficientes, se crearán como ocurrirá con los festivales de música, aunque a eso ya llegaremos próximamente.

Logroño no era una ciudad turística, nada turística. No recuerdo ver turistas cuando era niño, ni de adolescente, en mi ciudad (no digo que no los hubiera). Teníamos iglesias de las que nos sentíamos orgullosos, pero a nivel local y regional; sabíamos que no eran tan impresionantes como la catedral de Burgos o la basílica zaragozana del Pilar, por mencionar dos ciudades vecinas –la mezquita de Córdoba y la Alhambra de Granada nos quedaban muy lejos–. Teníamos las calles de pinchos, especialmente la Laurel pero también la San Juan, claves en la sociabilidad y en los rituales de nuestra ciudad, pero poco más. Estaban las bodegas, pero ya hemos señalado que no se abrían al público en aquellos años, salvo que conocieses a alguien. Fue en 1993, con el Xacobeo, cuando comenzaron a verse muchos más peregrinos. El Xacobeo de ese año fue un punto de inflexión para el Camino de Santiago, patrimonializado y capitalizado por Galicia, pero el resto del camino (Navarra, La Rioja y Castilla y León) se benefició de la recuperación de ese itinerario tan importante. Además, en La Rioja, y concretamente en Logroño, el Camino de Santiago gira a la

derecha tras descender desde Francia por Roncesvalles.

La segunda mitad de la década de los noventa y, especialmente, la primera década del siglo xxi, darían lugar a un aumento de la oferta y la demanda turística en las ciudades medias. Los cascos antiguos cambiarían, las zonas de bares se transformarían, incluso algunas como la calle Laurel de Logroño perderían para no pocas personas su «esencia», y crecerían los hoteles y restaurantes, y luego los apartamentos turísticos y los nuevos modelos de alojamiento actuales. El turismo sería otro elemento de estatus y de competición entre las ciudades medias, con ingentes cantidades de dinero público en su promoción y difusión. En los últimos años se ha venido analizando este proceso y se han generado incluso críticas al modelo, pero miméticas en relación con las grandes ciudades, categorizando el escenario como turistificación, la cual «arrasa socialmente las ciudades» (Rendueles, 2020: 148), y gentrificación. No creo que se pueda hacer una comparación con lo que ha ocurrido en Madrid, Barcelona u otras ciudades, porque el volumen y la estacionalidad del turismo es diferente, pero no es menos cierto que también se han visto situaciones que son derivadas de esos procesos globales, como el crecimiento del precio de los alquileres, como consecuencia, en parte, de los alojamientos turísticos vía plataformas, o la transformación y homogeneización de los centros de las ciudades. Walliser y Sorando (2019: 258) señalaban que

el destino turístico urbano guarda una relación simbiótica con otros nichos turísticos radicados en las ciudades, que constituyen destinos especializados: el turismo de compras, de negocio, convenciones y congresos, deportivo (asistencia como espectador y participación en eventos multitudinarios, como todo tipo de carreras), cultura, gastronómico. Esta deriva del destino turístico urbano atrae empleo poco cualificado en su mayoría, precarizando un mercado de trabajo ya de por sí sometido a condiciones muy especiales (alta estacionalidad, muy heterogéneo e intenso, así como con una alta fragmentación), con una creciente oferta laboral vinculada a la gig economy.

Las ciudades medias y los territorios periféricos, por lo tanto, se afanaron en buscar entre sus elementos tangibles e intangibles lo que les podía diferenciar. Trataban de patrimonializar distintos aspectos que les hiciesen ser los que pudiesen manejarlos, se otorgaban «paternidades» y «maternidades», «adjetivos», «títulos», «ser los primeros en»... En definitiva, una amalgama de signos de identidad que, en no pocos casos, servían más como elementos de orgullo interno que de posicionamiento externo. Además, en no pocas ocasiones cayeron en esa suerte de mimetismo ya señalado con respecto a lo que había funcionado en otros lugares. En definitiva, si los elementos que se potencian o se ponen en valor no cuentan con estructuras de plausibilidad, si no son creíbles o poseen bases para que la sociedad los asuma como suyos, sea en el turismo o en cualquier ámbito, será mucho más difícil que tengan éxito. Al final, se han realizado acciones sin conexión con los territorios, con sus idiosincrasias, etc., que no han funcionado. Cuando se pretende hacer un cambio radical, como por ejemplo el de Bilbao, las bases para llevarlo a cabo tienen que estar muy claras y no se puede jugar al cortoplacismo.

Una de las cuestiones que nos muestra el turismo es la de la competencia entre las propias localidades. Y eso es otro rasgo que se acelera en este periodo. Estamos inmersos en un «todos contra todos» y una buena parte del sistema se basa en eso. Una competición que va de conseguir, por ejemplo, un puesto de trabajo, lo cual es una cuestión referencial ya que tus habilidades y competencias, tus certificaciones y títulos, no se valoran de forma absoluta sino relativa, en función de lo que tengan otros. La meritocracia hace tiempo que cogió la puerta de salida y las condiciones de partida marcan, cada vez más, tanto a las personas como a las familias. En el caso de los territorios y las ciudades, ocurre lo mismo. Al final, el turismo ha ido dando lugar a la generación de eslóganes y campañas que tratan de representar las esencias de esos territorios y localidades, y de tanto escucharlos los hemos acabado interiorizando, nos los hemos creído. Incluso, de cierta forma, hace tiempo que se habría entrado en una suerte de «turistificación de la identidad», es decir, recoger elementos de la misma y llevarlos en esa dirección, convirtiéndolos en un objeto de consumo más. Por otro lado, tampoco se puede negar que gracias al turismo se han puesto en valor, y que también se han recuperado,

distintos aspectos de una localidad o territorio que, de otra forma, podrían haberse perdido. Pero, de nuevo, lo difícil es establecer un equilibrio.

Las ciudades medias entraron en la dinámica de esa competición de unas contra otras por recursos, actividades y por llevarse el capital simbólico de los reconocimientos, «apellidos», etc. No es una novedad, pero las dos últimas décadas lo han exacerbado. Se ha competido, se sigue haciendo y se continuará compitiendo por traer actividades, por contar con acontecimientos, por el turismo... por todo. Y sobre esa base se han llevado a cabo no pocas actuaciones que han supuesto un importante coste económico. Un ejemplo paradigmático lo encontramos de nuevo en Logroño. La ciudad y la región tienen una vinculación secular con el mundo del vino. De esta forma, es normal que Logroño contase con una instalación sobre el mundo del vino, un lugar multiusos con una exposición permanente, bar, espacio de reuniones y conferencias, etc. Aquello se llamó el Centro de la Cultura del Rioja (CCR, coloquialmente), un imponente edificio en pleno Casco Antiguo que combinaba obra nueva y restauración de elementos singulares. Inaugurado en 2012 por una corporación municipal diferente a la que la ideó, PP por un lado y la coalición PSOE con el Partido Riojano por el otro, el CCR ha vivido prácticamente una década tumultuosa con periodos de apertura, de cierre (como en la actualidad, desde 2016)... El CCR permanece como una herida en la ciudad y también como una muestra de la banalización del uso de lo cultural que cae en una especie de cajón de sastre donde cabe de todo. Seguro que muchas ciudades tienen su propio CCR. Bonito queda; utilidad... hasta la fecha, poca o ninguna. La competencia, el «yo también» y el «yo más» han llevado a este tipo de actuaciones, y con el turismo se ha acelerado mucho.

Pero este ejemplo y el proceso que enmarca no dejan de estar vinculados al ya mencionado «mimetismo», a la copia por la copia, a replicar modelos y a intentar encajar, en no pocas ocasiones con calzador, ciertas actuaciones. En el caso del CCR, no estamos diciendo que Logroño no precisase de un espacio de esas características o que no tuviese potencial, o que no fuese una buena idea. Como hemos señalado, cambien Logroño y CCR por la localidad y actuación que ustedes quieran (por ejemplo, en una

escala mayor, Santiago de Compostela y Ciudad de la Cultura de Galicia), y se encontrarán con escenarios similares. Es en esa competencia donde se cometen errores de cortoplacismo, se generan expectativas que no se cumplen y se invierten ingentes cantidades de dinero público. Hacen falta más análisis y planificación, más contar con los pros y los contras, con las potencialidades y debilidades posibles, y ser conscientes de que no todos podemos tener un Guggenheim. Pero todo esto se seguirá reproduciendo en el mundo de la cultura.

El valor de la cultura y su mercantilización

La cultura, como el turismo, irá adquiriendo un valor central como signo de modernidad y de estatus. Será con la década de los noventa del siglo xx cuando sus aspiraciones por asumir y contar con muchas más actividades culturales, así como con infraestructuras vinculadas a las mismas, aumentarán exponencialmente. Y, de nuevo, se entrará en una especie de competición territorial y en un mimetismo sin fin.

Es interesante analizar el papel de la cultura, en un sentido amplio, en relación con el desarrollo de estas localidades, como del resto, pero existe una vinculación entre el aumento de actividades e iniciativas culturales y el estatus. De nuevo, tendríamos que recurrir a Pierre Bourdieu y seguir con el símil de la estructura social. La cultura fue una de las principales herramientas de las clases medias ascendentes para diferenciarse y lograr situarse como tales. El acceso a los bienes culturales era un signo de estatus poderoso que buena parte de nosotros y nosotras hemos podido ver en nuestras experiencias familiares o en los entornos de los que nos hemos rodeado. Veníamos de generaciones para las que la cultura era un objeto inalcanzable, como buena parte de la educación.

En los noventa y primera década del siglo xxi, las ciudades medias también entraron en una carrera por realizar actividades culturales de todo tipo que las pusiesen en el mapa. La Cultura, así con mayúsculas, parecía reservada a otros lugares. No es que en las

ciudades medias no hubiese museos, teatros a los que venían las grandes compañías (como recordaba Carmen Maura), pero la oferta cultural era más limitada. Y no hablamos de iniciativas, incluso los estrenos podían tardar en llegar (bueno, paradójicamente eso se ha mantenido en otra dirección con la transformación de las formas de consumir el ocio).

Las ciudades medias contaban con escenas locales que apenas tenían repercusión nacional. Si un grupo musical, un actor o actriz, un escritor o escritora, etc., querían triunfar o incluso desarrollar su carrera profesional, en no pocas ocasiones tenían que hacerlo fuera de allí. En España, parece que no ha pasado nada más que «la Movida», con unas escenas locales muy reducidas. Nos hemos fijado y hemos mitificado –el cine británico constituye a este respecto un ejemplo impecable– historias culturales y musicales de ciudades como Mánchester, Sheffield, etc., e incluso Seattle en Estados Unidos, pero no nos hemos fijado mucho en qué pasaba en nuestras ciudades, y menos en las medias y pequeñas.

Con la cultura como elemento central, las ciudades medias comenzaron a posicionarse. Se puede hablar de una mercantilización y de una banalización de «lo cultural» en su sentido más amplio, pero comenzaba a operar como un elemento de distinción. No obstante, habría que diferenciar la cultura propia y autóctona y el uso de la cultura, en el sentido de producción, en lo que sería una visión más emulativa y en la que se desarrollaron muchos procesos de imitación. Con respecto a la primera, y vinculada al turismo como hemos visto, cada uno echó mano de sus potencialidades y de lo que le podía diferenciar. Si contaba con un patrimonio relevante, tenía muchísimo ganado. Si tenía alguna tradición y/o festividad que transmitir, también. Si no, lo más sencillo eran los elementos gastronómicos. Obviamente, existían bases para ello. La cultura propia fue derivando en una especie de representación en la que todo cabía y valía. Es un proceso muy propio de estos periodos y de la búsqueda de la especificidad, pero a través de la homogeneización. De esta forma, por ejemplo, podías ir a ferias medievales similares en muchos municipios, descontextualizadas totalmente. En cierto sentido, el turismo acabó comiéndose la cultura y el patrimonio, tangible e intangible, así como los bienes culturales, que en gran medida se han puesto en

valor en función del turismo, para ser aprovechados como un recurso del mismo. Ya hemos señalado que, en no pocas ocasiones, ha sido la tabla de salvación de no pocos recursos, pero también queda la sensación de una instrumentalización sin contenido. ¿Dónde ha quedado lo «auténtico»? Pues en muchas ocasiones en una representación. Seguramente tampoco habría mucha gente que se sentiría cómoda en esa autenticidad, que, de nuevo, parece superada. Es como la cuestión del medio rural. Se lo defiende y reivindica, pero a veces también se pide que quiten el gallo que canta a las siete de la mañana, el ganado que huele, o que no salgan los perros que cuidan de las ovejas y los caminos.

Este hecho de la autenticidad se lleva también al propio urbanismo, ya que es uno de los elementos tangibles determinantes y que afectan tanto a lo que podría denominarse como «tradicional» e «histórico» como a otros aspectos más intangibles como las relaciones sociales. ¿Quedan barrios «auténticos» en las ciudades medias? Seguramente pocos. Quizá también se mantienen algunos rituales ligados a la sociabilidad. Tampoco parece que preocupe mucho. Al final, se reduce a una pregunta muy clara: «¿qué es lo típico de aquí?». Y la respuesta, desde un punto de vista antropológico/cultural/folclórico, nos dará la medida de los cambios. Por ejemplo, Logroño sigue manteniendo como una de sus señas de identidad la sociabilidad, la vida en la calle y sus bares, lo que se conoce como «poteo» o «chiquiteo», algo que no es exclusivo de la capital riojana. Sigue funcionando en modo «ruta» por bares, se mantienen las zonas, se transforman otras, pero los bares han cambiado y el significado otorgado al acto social en parte también, ya que se ajusta a otros modos de vida diferentes, a otros ritmos, distintos a los que eran característicos décadas atrás en otros modelos de sociedades. Pero esa esencia permanece y está institucionalizada como «propia» y «auténtica».

El otro aspecto de la cultura es el crecimiento de actividades vinculadas a todo tipo de artes. Antes de la década de los noventa, bien avanzada incluso, y llegando al siglo xxi, las ciudades medias tenían una oferta cultural que se relacionaba, en no pocas ocasiones, con las fiestas locales. Las grandes compañías de teatro venían en esas fechas, los conciertos de los grupos de moda, también. Los museos que existían estaban relacionados con la

historia local o regional. No había palacios de congresos o grandes auditoriums. Pero se «descubrió» el valor de lo cultural y comenzó a crecer la oferta en todas las dimensiones posibles. Desde el arte moderno hasta premios literarios, pasando por conciertos y festivales de música, que merecen un punto y aparte. De esta forma, también se daba salida a esas escenas locales que antes no contaban con visibilidad o que tenían menos posibilidades de crecer. La cultural entró con más fuerza si cabe en la agenda pública, pero en buena parte de los casos como medio, no como fin en sí misma, lo cual también llevaba a una instrumentalización primero y a una mercantilización después.

El ejemplo más evidente es lo ocurrido con el mundo de la música, los conciertos y los festivales. No es que no hubiese festivales; se daban, pero eran más específicos, como los de flamenco, folclore, música clásica, etc., así como los dedicados al jazz, muchos de ellos con una trayectoria muy consolidada. Eran festivales que, en la mayor parte de las ocasiones, estaban más centrados en un público más específico o concreto, no atraían a grandes multitudes ni tampoco a los medios de comunicación grandes, pero también eran parte de las ofertas culturales y de las vidas de las ciudades. Todavía hoy, podemos sorprendernos con esos festivales de música antigua, por ejemplo, que llevan décadas funcionando y de los que casi nadie habla. Lo mismo ocurría con otras manifestaciones artísticas vinculadas al teatro, la literatura o el arte. Pero sería el mundo del pop y del rock el que pondría en el mapa a las ciudades y los territorios en un proceso de «espectacularización» de la cultura que, desde no pocos puntos de vista, se iría identificando con este tipo de festivales que concentran multitudes, aunque existan otros que no cuentan con un público tan amplio y que también son parte de esas ofertas culturales.

Los grandes conciertos solían reservarse para las fiestas de la localidad, y todavía tienen un peso importante, que genera un debate sobre quién viene o quién deja de venir. Sería de nuevo la década de los noventa del siglo xx la que vería crecer el modelo de festival multitudinario por toda España, siguiendo el modelo de los que se desarrollaban en el Reino Unido y en otros países. Aunque el boom llegaría en la primera década del siglo xxi, algunos de los ejemplos más reconocibles fueron Pirineos Sur (1992) en Lanuza

(Huesca), Sónar en Barcelona (1994), Benicasim (1995), La Mar de Músicas en Cartagena (1995), Doctor Music en el pirineo de Lleida (1996), Viña Rock en Villarrobledo (Albacete) (1996) o Sonorama en Aranda de Duero (Burgos) (1998). Ciertamente, no todos estos responden al modelo de festival de grandes dimensiones de pop y rock, pero sí que los mismos se convertirían en señas de identidad de sus localidades y zonas, convirtiéndose también en un fuerte reclamo turístico con una demanda que no dejaba de crecer.

De esta forma, con mayores o menores grados de especialización, no hay región que no cuente con sus propios festivales. Del Primavera Sound (Barcelona) al Mad Cool (Madrid), pasando por el BBK Live (Bilbao), hasta las decenas de festivales de pop y rock que se celebran en España. Parece como si la consigna fuese «ponga un festival en su localidad», y aquí el mimetismo se ha llevado hasta sus máximas expresiones. De hecho, con la crisis de 2008 se afirmaba que el boom de los festivales iba a caer, pero, de hecho, creció su número.

Logroño, y el conjunto de La Rioja, tuvo su protagonismo con la creación del festival Iberpop. Eran los años ochenta, el concepto de festival era algo muy excepcional y puntual. La primera edición tuvo lugar en 1984 y contó con el subtítulo de «Primera muestra de nuevos panoramas». Se venía de «la Movida» y, durante esos años, desfilarían por la capital riojana las principales bandas de pop y rock de España. Tras su final como Iberpop, fue sustituido por Actual en 1991, como «Escenario de las Artes Contemporáneas», ampliando el foco de acción a otras disciplinas. Era el primer festival del año, justo después del 1 de enero, y colocaba a Logroño y La Rioja en las noticias y los telediarios. Hoy, sigue vigente y es una de las actividades culturales más relevantes de la región, lo cual también genera siempre un divertido debate sobre los grupos musicales que vienen al mismo (una suerte de polémica que durante unas semanas nos entretiene y que es inevitable año tras año).

En conclusión, el contar con un festival de estas características, cada uno en sus dimensiones y perspectivas, era otro signo de estatus, otro elemento que incorporar, y aquí se sumaron desde pequeñas localidades hasta las grandes ciudades, como hemos visto. Incluso se institucionalizó el denominado turismo de festivales, un

concepto que se desarrollaría en relación con crear una experiencia vinculada no sólo a la oferta musical sino al conjunto: la ciudad/localidad/entorno, la gastronomía de la zona y, en función de la dimensión, diferentes visiones de la sociabilidad. Pero, en definitiva, un festival de música se convirtió en casi algo ineludible, al menos a nivel regional. El mencionado Actual se quedó con la etiqueta de «primer festival del año», pero entre una oferta mucho más global y con menos capacidad para diferenciarse, como buena parte de los festivales.

La cultura, como manifestación propia de una localidad o territorio y como el conjunto de las diferentes actividades artísticas, no ha sido ajena a los procesos que estamos describiendo. En la actualidad, ambas son un elemento más del tablero en el que se juega la competencia entre ciudades y regiones. Asistimos, por un lado, a una suerte de representación de las culturas propias que se escenifican en el modelo de turismo. Por otro lado, las ofertas de actividades culturales también se llevan a ese ámbito primando la ya señalada «espectacularización», quedando relegadas a un segundo plano aquellas que cuentan con una menor presencia o proyección. Y, en no pocas ocasiones, lo que se mantiene es esa imitación, ese mimetismo que vimos con grandes obras y actuaciones convertidas en fracasos. Que un festival funcione en Bilbao no quiere decir que uno de las mismas características funcione en Murcia, por ejemplo.

Con la cultura y el turismo, pero con todo lo demás también, las ciudades intensifican esa competición continua que, en ocasiones, parece vincularse a una especie también de meritocracia en los términos de Rendueles (2020). Las ciudades y los territorios parecen haber «comprado» esas recetas para llegar a alcanzar el estatus deseado. De esta forma, si las clases trabajadoras se convirtieron en aspiracionales y medias a través del valor de la educación, y consiguieron en parte la movilidad social, a las ciudades medias, pequeñas y a las periferias les ocurre lo mismo pero utilizando los signos de la modernidad y la posmodernidad, y lo hacen de forma todavía más acelerada y acrítica ya que, en no pocas ocasiones, no se miden las consecuencias de unas decisiones que no alcanzan los objetivos deseados. Es más, es frecuente que se vuelva a caer en el mismo error. En esta carrera desbocada por sobresalir, por ser más

y mejor que el vecino, los territorios no parecen ser conscientes del peso de la posición y de las bases de partida, de la imposibilidad de ciertas actuaciones, de la falta de realismo de proyectos que, en el medio y largo plazo, tendrán un impacto negativo porque no sólo no se conseguirán los objetivos planteados sino que seguiremos pagándolos.

Ser de primera división o el valor del fútbol y del deporte

Seguramente habrá muchas personas que puedan sorprenderse de que aparezca a continuación un apartado dedicado al deporte y, en mayor medida, al fútbol, pero no podemos negar el papel de los mismos desde varias dimensiones, tanto desde la simbólica como desde la social. En este sentido, los acontecimientos que marcan y trascienden a generaciones se han ampliado a los deportivos, y muchas personas igual no recuerdan en sus biografías personales un hecho político pero sí cuando su equipo de fútbol ganó un campeonato o, en la mayor parte de los casos de las ciudades medias y pequeñas, cuando consiguieron un ascenso. Seguramente muchas personas no compartirán la importancia de unos y otros, y yo no pretendo compararlos por su trascendencia e importancia, pero desempeñan un papel muy significativo en el sentido del estatus que estamos analizando para las ciudades y territorios.

El deporte siempre ha sido un elemento fundamental para las identidades colectivas. Hay dos formas en las que opera: una como vehículo de la identidad y otra como elemento de la misma. El primer caso hace referencia a cómo la actividad deportiva canaliza un sentimiento o expresa un «nosotros», y este puede ser un fin en sí mismo, el formar parte de un colectivo o convertirse en esa expresión de la identidad colectiva, de forma definitiva o temporal. El segundo caso se centra en deportes que son autóctonos de determinadas zonas, que se practican en unos territorios concretos y por eso son una parte de su identidad colectiva, símbolos de sus culturas. En España, ocurre con casos como la pelota, patrimonializada como vasca, pero que se juega también en La Rioja y en zonas de Castilla y León. También está la pelota

valenciana, la lucha canaria o los bolos en Cantabria, entre otros. Son actividades tradicionales que, en la mayor parte de los casos, se vinculan con el pasado rural y se convierten en elementos que se quieren conservar y potenciar como una parte central de la identidad.

Sin embargo, es la primera acepción la que tendrá un recorrido mucho más elevado dentro del objeto de estas páginas. Es un hecho que el fútbol es un deporte universal que es practicado en todo el mundo. De esta forma, un equipo de fútbol, por ejemplo, es un vehículo de esa identidad. Nadie lo expresó mejor que Manuel Vázquez Montalbán cuando señaló que «el Barcelona es el ejército simbólico de Cataluña» o ese lema del club azulgrana, «Més que un club». Expresiones que vinculan al Barcelona con la identidad catalana, con las paradojas que se dan en un mundo globalizado en el que los sentimientos de pertenencia a un equipo de fútbol ya no se basan en la territorialidad y el apego a una ciudad o región, sino a un estilo de juego o a un futbolista, aunque esto opera únicamente en el caso de los grandes clubes; para el resto, el arraigo es vital. De esta forma, y más en un país como España, todo lo relacionado con el fútbol despierta todavía fuertes vínculos con el territorio y por eso no ha habido traslados de equipos a otras ciudades, una cuestión anatema.

Esa dimensión simbólica del deporte ha sido clave como vehículo de la identidad y todo el mundo la ha utilizado, desde los equipos más grandes hasta los más modestos. Pero, en el caso del fútbol y más en un mundo analógico como aquel, el hecho de que tu ciudad estuviese en primera división era un acontecimiento vital. Ahora, un chico o chica de cualquier lugar ha podido ver por televisión a Messi todas las veces que haya querido. O incluso haber acudido al Camp Nou. Pero, durante décadas, se sabía de los jugadores y de los equipos por las narraciones deportivas o por los periódicos. En cierto sentido, contar con un equipo en la elite era algo que ofrecía un estatus a la ciudad y a la región. Por ese motivo, existe el lamento de muchos aficionados cuando sus equipos salen de esa primera división.

A lo largo de la historia de la Liga española ha habido 63 equipos que han disputado la primera división desde que comenzó la

competición en la temporada 1928/1929. En casi un siglo, 52 localidades han contado con un equipo al menos en la máxima categoría y han sido 12 las provincias en las que no ha habido una entidad en la misma: Lugo y Ourense (Galicia); Ávila, Palencia, Segovia y Zamora (Castilla y León); Teruel (Aragón); Ciudad Real, Cuenca, Guadalajara, Toledo (Castilla-La Mancha, que sólo contó con el Albacete en primera), y Cáceres (Extremadura). A ellas habría que sumar Ceuta y Melilla, aunque el Club Atlético Tetuán disputó la primera división en la temporada 1951/1952 cuando aquel territorio estaba bajo jurisdicción española.

De esas 12 provincias que no han contado, hasta la fecha, con equipo en primera división, ocho son de las dos Castillas. Factores económicos y demográficos podrían estar detrás de esta situación. Pero también es necesario destacar que todas las capitales de comunidad autónoma, exceptuando Toledo en Castilla-La Mancha, han contado con un equipo en primera división. La España de las autonomías también se llenó de campos de fútbol con banderas regionales, con diferente intensidad.

En la breve historia de una región como La Rioja, hay un momento muy especial, como fue el ascenso del Club Deportivo Logroñés a primera división en 1987. Fue el 14 de junio de ese año, una tarde muy lluviosa y de tormentas en Logroño. Bajo la lluvia, miles de personas hacían cola para entrar en el vetusto Campo Municipal de Las Gaunas, el del «gol en Las Gaunas». Aquella tarde, el Club Deportivo Logroñés, el equipo de la ciudad, se jugaba con el Valencia el ascenso a primera división por primera vez en una historia que había comenzado en 1940. No había sido fácil su vida, como la de tantos equipos, peleando en campos de segunda, segunda B y tercera división. Incluso en un momento de su historia, en la década de los sesenta, se tuvo que montar la «operación Chatarra» para salvar al equipo de su desaparición. La gente daba materiales y muebles que le sobraban para vender a la chatarra, como indica su nombre, y el equipo sobrevivió.

A lo largo de su historia, el Club Deportivo Logroñés había rozado en alguna ocasión el ascenso a primera división, pero eso era inabarcable para una ciudad que apenas superaba los 120.000 habitantes en aquellos años ochenta. Por eso, lo que se celebraban

eran ascensos de segunda B a segunda. El Logroñés lo había logrado en la temporada 1983/1984 con un gol de un jugador llamado Pita, en el último minuto ante Osasuna Promesas (entonces se llamaban así, nada de B y esas cosas). Y es que la épica y el dramatismo, el estar a punto de conseguirlo..., eso también les pasa a las ciudades medias.

Ese gol dio paso a los mejores años de la historia del Club Deportivo Logroñés. Recordemos que en aquellos tiempos se retransmitía un partido de Liga los sábados por la tarde, y solía ser el que jugaban el Real Madrid o el Barcelona. No había Canal + ni privadas. Estar en segunda era muy importante para las ciudades porque venían aficiones de otros equipos y la hostelería y la restauración se veían muy beneficiadas.

El 14 de junio de 1987, cuando, a los cuatro minutos de comenzar el partido, un defensa llamado Noly marcó un gol desde media distancia, un estadio lleno hasta arriba quería que aquello acabase ya. Pero, como hemos dicho, nunca pueden faltar la épica ni el dramatismo. Cuando el Logroñés subió a primera división, además de la bandera blanquirroja se veían numerosas banderas de La Rioja. Entonces éramos una comunidad autónoma que tenía cinco años; habíamos sido de los últimos en alcanzar la autonomía y estábamos entre los más cuestionados. ¿Qué pintaban La Rioja, Madrid o Cantabria siendo comunidades autónomas? Ya hemos visto ese proceso en el capítulo anterior. Así que, el ascenso a primera división fue un subidón de autoestima por todo lo alto, así como de reconocimiento. «¡Ahora por fin estaremos en el mapa!» El Logroñés y La Rioja iban a salir en el Telediario y en Estudio Estadio, algo que hoy, con internet y las redes sociales, nos puede parecer irrelevante, pero entonces era lo máximo. Eso pasó en otras muchas ciudades que vivieron situaciones similares.

La dificultad para ubicar en el mapa los territorios no es patrimonio de una época como aquella: ahora también hay gente que tiene dificultades para identificar algunas provincias y no confundirlas con otras en el mapa. Sin embargo, en aquellos años no es menos cierto que no había tantos medios como ahora para poder localizar una ciudad o una provincia. A La Rioja, por su posición en el norte, siempre le tocaba estar muy vinculada al País Vasco. Así que «estar

en el mapa» era muy importante.

Tras el ascenso del Club Deportivo Logroñés, otras ciudades medias fueron subiendo a primera división desde entonces hasta la actualidad: Jerez (el Xerez), Lleida, Almería, Mérida, Huesca, Girona, Soria (Numancia), Santiago de Compostela (Compostela), Albacete, a las que habría que añadir Getafe y Leganés en Madrid. Pero, además, también llegaron a la máxima categoría del fútbol español ciudades que no eran capitales ni de comunidad autónoma ni de provincia. Son los casos del Extremadura en Almendralejo, un municipio de 33.000 habitantes que estuvo en primera división las temporadas 1996/1997 y 1998/1999. El exitoso Villarreal en Castellón, una ciudad de 51.000 habitantes que acumula más de 20 temporadas en primera, convirtiéndose en un club de referencia de la región y superando a otros clubes históricos de su territorio como el Elche, el Hércules de Alicante y el Levante de Valencia. El Villarreal ha sido subcampeón de Liga en la temporada 2007/2008 y en la temporada 2005/2006 alcanzó las semifinales de la Champions League. Y el tercer caso es el Eibar, municipio guipuzcoano de casi 28.000 habitantes que ascendió a primera en la temporada 2013/2014 y ahí se mantiene en la actualidad, y que representaría en cierto sentido un modelo contrapuesto al denominado «fútbol moderno», etiqueta institucionalizada para referirse al fútbol mercantilizado de los últimos años, despertando numerosas simpatías entre los aficionados.

Son signos de identidad y de orgullo para las ciudades. Son historias que en ocasiones no terminan bien. Equipos que desaparecen sepultados en deudas en las últimas décadas. Miradas nostálgicas y melancólicas de ciudades medias que se encuentran en segunda B en el mejor de los casos. Es lo que le ocurrió al Club Deportivo Logroñés. Aguantó en primera división ocho años consecutivos hasta que, en la temporada 1994/1995, fue desahuciado. De forma sorprendente, la temporada siguiente ascendió a primera de nuevo y aquí comienza la debacle. Una temporada para olvidar, descenso a segunda, descensos a segunda B, descensos administrativos a las categorías regionales, ascensos a segunda B, cambios de propietarios, momentos dantescos, etc., hasta su desaparición años después. En el momento de escribir este libro, en la temporada 2020/2021, un Logroñés, la Unión Deportiva Logroñés, ha vuelto a

segunda división tras dos décadas sin fútbol profesional en la región. Un momento en el que de nuevo se vieron banderas blanquirrojas y riojanas en los balcones (no había otra forma debido a la pandemia de la covid-19).

Logroño, Mérida, Albacete, Almendralejo, Lleida, etc., vivieron momentos en los que se situaron en el mapa también por su equipo de fútbol. En tiempos de «fútbol moderno», global y dominado por las televisiones, no queda claro qué pasará con equipos de ciudades pequeñas y medianas. Atrás quedan estadios asimétricos, esas gradas diferentes que mostraban el paso de las décadas a través de sucesivas ampliaciones, campos embarrados y jugadores con bigote. Los grandes clubes europeos parece que apuestan por una gran liga europea que dejaría las competiciones nacionales en una suerte de segundo plano. Pero el equipo de fútbol de una ciudad mediana es también un signo de identidad y suele serlo, como muchos aspectos de las identidades colectivas, de forma referencial. Es decir, en relación con los otros.

Hay ejemplos de ciudades que no han tenido suerte en el fútbol o que han pasado muchas temporadas en las categorías no profesionales, habiendo ocupado otros deportes su lugar, aunque ninguno tiene la potencia y la repercusión del fútbol. De hecho, son disciplinas que no consiguen un seguimiento de aficionados en la medida del fútbol pero que también sirven para articular identidades y como vehículos de las mismas, incluso se convierten en un elemento central en las vidas de sus localidades y territorios. Obviamente, suelen depender del éxito, aunque eso también ocurre en el fútbol. Hay excepciones, por supuesto. Uno de los más destacados es el caso del Baskonia en Vitoria. Su equipo de fútbol, el Alavés, atravesó una larguísima travesía por el desierto durante buena parte de la segunda mitad del siglo xx. El baloncesto tomó el testigo cuando el deporte de la canasta daba un punto de inflexión en nuestro país con la década de los ochenta. El baloncesto ha sido un asidero al que también se han agarrado ciudades medias para contar con un equipo de referencia. Sin embargo, no todas las experiencias tienen el éxito del Baskonia, pero no es menos cierto que muchas ciudades han encontrado allí también su deporte de referencia.

La misma situación se podría decir que ocurre con el balonmano, en un tercer nivel. El balonmano en España vivió unos años en los que había equipos que se convirtieron en históricos. El Teka de Santander (Cantabria), el Portland de San Antonio (Pamplona) o el Club Balonmano Ciudad Real son algunos ejemplos de grandes conjuntos que cimentaron su prestigio en las competiciones nacionales e internacionales. En ellos jugaron en su día algunos de los mejores jugadores del mundo, pero los tres acabaron sucumbiendo al impacto de la crisis económica. Hay fotografías y vídeos en los que se pueden ver los pabellones llenos de público celebrando sus triunfos. Pero, al igual que ellos, muchos equipos también desaparecieron. La liga de elite de balonmano española, la ASOBAL, se vio mucho más sacudida por la crisis que la ACB de baloncesto. De hecho, hace ya muchas temporadas que el Barcelona la domina sin oposición y el resto juega por ser segundos. El potencial económico y deportivo del Barça y el descenso de patrocinadores, tanto públicos como privados, han generado un escenario de supervivencia. Pero la liga ASOBAL muestra una mayor diversidad en su representación ya no sólo de ciudades medias sino de municipios situados en el siguiente escalón. Y es que hay grandes ciudades que no están en ASOBAL, comenzando por Madrid y siguiendo por Sevilla, Valencia, Zaragoza, Bilbao... León, Logroño, Guadalajara, Cuenca, Huesca, Valladolid, Pamplona, Santander están en la liga junto con Irún (Guipúzcoa), Granollers (Barcelona), Cangas de Morrazo (Pontevedra), Sagunto (Valencia), Puente Genil (Córdoba), Nava de la Asunción (Segovia) y Benidorm (Alicante).

Baloncesto y balonmano son deportes que han estado muy sujetos al patrocinio de empresas privadas y al apoyo de las administraciones públicas, que a través del deporte ven una buena oportunidad para transmitir «imagen de marca». Este hecho genera una vinculación que, en el momento en el que desaparece el patrocinador, o los ayuntamientos, diputaciones y comunidades autónomas reducen su aportación, los equipos entran en riesgo de desaparición, como ha ocurrido en no pocos casos. De hecho, muchos equipos llevan el nombre del patrocinador principal, generalmente privado.

Numerosas localidades que tienen equipos en deportes en los que ganan sus competiciones, a veces dominándolas durante años. Un

ejemplo es el Perfumerías Avenida de Salamanca en el baloncesto femenino. O el Club Voleibol de Logroño en el caso del vóley femenino, el cual no se ha podido inscribir en la liga 2020/2021 debido a la falta de recursos económicos. Y la incidencia de algunos deportes en territorios concretos como el caso del hockey sobre patines que cuenta con 13 de los 14 equipos de la OK Liga procedentes de Cataluña. Sólo el Liceo de La Coruña compite desde fuera de esta región, mientras que localidades como Reus (Tarragona) se convirtieron en referentes de este deporte.

Como decíamos, es el fútbol el que concita una mayor fuerza simbólica a la hora de situar y representar a los territorios, y en el caso de las ciudades medias parece casi una obligación estar al menos en segunda división. Luego, si ya se consigue estar en primera y disputar incluso alguna competición o salir a Europa, el éxito está asegurado. Es lo que le pasó al Deportivo de La Coruña, que ganó la Liga en la temporada 1999/2000, un hecho insólito, además de conseguir dos Copas del Rey. O el ya señalado ejemplo del Villarreal.

Sobre las comunicaciones y la conectividad

Como marco de todos estos procesos, hay que llegar y conocer los lugares, y para eso están las redes de comunicaciones y las conexiones, no sólo desde el punto de vista funcional sino también desde todo lo relacionado con el estatus y el simbolismo que desprenden las mismas. De nuevo, ese crecimiento de las ciudades medias también se encuadra en una suerte de competitividad entre ellas por acceder a recursos y medios. Internet y las TIC van a favorecer una mayor visibilidad y conectividad, así como la impresión de que cualquier cosa puede pasar en cualquier lugar. En función de estas premisas, ya no sería tan necesario irse a las grandes ciudades para desarrollar una idea, un negocio, etc., pero hemos incidido en que no está tan claro. Para que esto se produzca, serán necesarias una serie de infraestructuras en todos los sentidos, especialmente en lo relacionado con las vías de comunicación.

Nada ejemplifica mejor la incorporación a la modernidad que el desarrollo de las esas comunicaciones e infraestructuras, porque conectan, traen y llevan. La España de buena parte del siglo xx intensificará una red radial que parte del centro al resto de regiones. Esta es la forma en la que se ha configurado nuestro territorio, y sigue siendo así todavía, intensificándose en no pocas ocasiones como ha ocurrido con el diseño del AVE. De nuevo, las raíces de esta situación no son recientes, hay que buscarlas en el pasado, y especialmente en un siglo xix, que tuvo esa complejidad en nuestro país que afectó a todos los ámbitos, pero que tiene un eje vector en el papel que desempeñaron las diferentes elites y grupos de poder que se fueron sucediendo en cada periodo. Nuestras comunicaciones todavía arrastran déficits estructurales que generan enormes dificultades.

¿Cómo solucionar este escenario? Es un asunto complejo y todavía vivimos las consecuencias de esa situación. Hay corredores, vías de comunicación que se establecen de forma más regional pero que son fundamentales tanto para sus territorios como para la conectividad con otras zonas nacionales e internacionales, como el del Ebro, el Mediterráneo o el Cantábrico, que se desarrollarán en las últimas décadas, pero las demandas de una mayor intensificación de los mismos siguen presentes. Sin duda alguna, la entrada en la Unión Europea en 1986 será un punto de inflexión también para las infraestructuras y las comunicaciones. Pero, como en todo, las asimetrías se producen; son las provincias del interior peninsular las que, mayoritariamente, tendrán una peor situación a la hora de conectarse. Lógico, podrán decir desde diferentes ámbitos, ya que eran las menos pobladas. Habrá dos cambios fundamentales en las comunicaciones en nuestro país: el AVE y los aeropuertos. Mientras que el primero se convertirá en una demanda prioritaria, los segundos darán lugar a varios quebraderos de cabeza con instalaciones cerradas o infrautilizadas, generándose no pocos debates acerca del sentido del «servicio público» de los mismos.

En 1992, en plena vorágine de los Juegos Olímpicos de Barcelona y de la Expo de Sevilla, un acontecimiento va a tener también un impacto en todos los sentidos. El AVE (Alta Velocidad Española) se inaugurará el 21 de abril de 1992 con un viaje entre Madrid y Sevilla. Aquello era otro salto a la modernidad sin precedentes. El

ferrocarril en España había vertebrado el territorio desde la segunda mitad del siglo xix, aunque también contaba con lagunas en su interior. La deficitaria situación de las infraestructuras ferroviarias españolas ha seguido siendo un lastre para determinados territorios; no hay más que recordar lo que ocurre en Extremadura, en La Rioja o incluso en trayectos que se eternizan en trenes regionales. Por eso, algunas dificultades para mejorar las conectividades se convierten en seculares y cuentan con enormes dificultades para su solución.

El AVE, como hemos señalado, es uno de los grandes símbolos de la modernidad española y del desarrollo de los territorios. Se ha mitificado como el gran avance de las ciudades medias y de los «territorios intermedios», ya que todos lo demandan. Desde la inauguración del AVE Madrid-Sevilla en 1992, la alta velocidad ha ido creciendo sin pausa. Desde entonces, y siguiendo el modelo radial de las comunicaciones en España, el AVE llegó a grandes ciudades como Barcelona, Zaragoza y Valencia, así como a Málaga, Alicante y Valladolid. También lo ha hecho a León, Segovia, Ciudad Real, Córdoba, Granada, Castellón, Lleida, Guadalajara o Albacete, entre otros municipios, aumentando el número de viajeros. Todavía quedan muchos territorios a los que no llega, aunque hay proyectos y obras en marcha para ampliar la Alta Velocidad. Es una de las grandes reivindicaciones de los distintos territorios, el contar con el acceso al mismo, lo que mejoraría la conectividad entre las ciudades y regiones. Sin embargo, también ha habido quejas en relación con destinos que cuentan con pocos viajeros o estaciones que no serían necesarias, sin olvidar el alto coste que tiene una línea de AVE. En definitiva, el AVE seguirá siendo la infraestructura de comunicación más demandada por las regiones y territorios hasta que, prácticamente, llegue a todos los sitios.

Es cierto que en España hay déficits de infraestructuras y comunicaciones en parte de sus territorios, generalmente los que se van quedando relegados a una situación de mayor desigualdad, incidiendo esas carencias en la reproducción de la misma y afectando a la cohesión territorial. Sin embargo, no es menos cierto que hay que indicar que se han conseguido avances en materia de comunicaciones en el conjunto del Estado que eran insospechados hasta no hace mucho tiempo. Es decir, ha habido cambios que han contribuido a vertebrar el territorio, pero no todos han sido de la

misma intensidad. Autopistas, autovías, líneas de ferrocarril, el mencionado AVE, etc., han mejorado muchas conectividades, pero la posición geoestratégica de los territorios y su manera de conectarse con los grandes flujos y corredores siguen siendo muy relevantes, al igual que en el caso de España su conexión con el centro, con Madrid. Al final, y reiterándose situaciones que se dan en otros ámbitos, en el caso de las comunicaciones también se van reproduciendo los escenarios anteriores. Y contextos como el actual, con las consecuencias de la covid-19, pueden dar lugar a una intensificación de este último proceso, especialmente en lo referido al ferrocarril con servicios suspendidos que tardan en regresar, que puede que no lo hagan nunca, o en un posible retraso de obras que son necesarias.

El asombro y el acontecimiento

La evolución de las ciudades medias para sus habitantes se podría resumir en una palabra: el asombro. Asombro por el crecimiento de la ciudad, asombro por las nuevas edificaciones, asombro por los turistas que vienen, asombro por los centros comerciales y las tiendas... En definitiva, un asombro por la conquista de símbolos de estatus que nos acercaban a la modernidad y a los valores de la época representados por las grandes ciudades. No tenías una estación de AVE, no tenías un aeropuerto, no tenías un palacio de congresos, no tenías un festival de música...: ahora lo tienes. En cierto sentido, se piensa que no son cosas que tengan que estar en ese tipo de ciudades, no se correspondían a las mismas en el pasado. Un amigo de Lleida me decía que una expresión muy habitual de esta ciudad catalana es que «para Lleida, ya es suficiente». Todo un reflejo de la situación.

El asombro está ahí, no se pierde, a pesar de que se reduzca porque cada vez hemos sido más viajados y hemos conocido más lugares. En definitiva, nuestro mundo se ha ampliado. En octubre de 1992, fui a estudiar a Bilbao, concretamente a la Universidad del País Vasco en Leioa. Apenas había salido de Logroño y La Rioja, Bilbao está a una hora y media por autopista. En mi primer viaje desde la

estación de autobuses en Bilbao hasta Romo (Las Arenas, Getxo) en el tren de cercanías –aún no había metro–, observé, al pasar por Altos Hornos de Vizcaya en la otra margen de la ría, en Sestao, las chimeneas que echaban fuego. Hace mucho tiempo que desaparecieron, aquello parece otro mundo, pero me impactó. Y no por temor, no por pensar que estaba entrando en Mordor, sino por fascinación, porque yo no había visto algo así en mi mundo cotidiano. Pero ese asombro es distinto al que siente el habitante de la ciudad media cuando contempla unas novedades que, en su imaginario colectivo, no estaban previstas para la misma. Los antiguos Altos Hornos de Vizcaya eran una seña de identidad de Bilbao, del «Gran Bilbao», era algo que esperabas encontrarte. El asombro, siguiendo con Bilbao, fue pasar de una ciudad industrial y gris a una ciudad colorida y moderna con su Guggenheim, su metro, su Euskalduna, sus cambios estructurales, etc. Y, a las ciudades medias, lo mismo, su asombro es contar con algo que no estaba previsto o que era una aspiración hasta hace poco reservada para otro tipo de localidades.

Todavía nos asombramos cuando vemos novedades en las ciudades medias, aunque lo tendemos a hacer las personas de más edad. Cuando, por ejemplo, viene un concierto internacional; cuando abre una determinada franquicia que únicamente se localizaba en las grandes ciudades, aunque esto es mucho más frecuente; cuando los restaurantes de nuestras localidades son reconocidos con estrellas Michelin; cuando se construye una nueva infraestructura, una nueva estación de tren o de autobús, etc. Es un asombro «sano» porque se viene de otro mundo, de otra realidad, de generaciones que vivían claramente la desigualdad de no estar en una gran ciudad. Son esos universos simbólicos que decíamos en páginas anteriores, que se han ido homogeneizando y universalizando, pero quedan posos.

La situación de las ciudades medias y la relación de sus habitantes con ellas, así como con las grandes urbes, también pueden vincularse con acontecimientos. Para mí, y para mi familia, irme a estudiar a Bilbao, o a cualquier otra ciudad de esas características, era un acontecimiento. Son generaciones que depositaron con extraordinaria confianza el futuro de sus hijos en el valor de la educación y de la formación. Como hemos visto, la educación superior representaba la movilidad social y muchas personas lo

podieron hacer. Fueron años y décadas de esfuerzos y sacrificios por parte de padres y madres para que sus hijos e hijas estudiaran una carrera. Hubo que conseguir becas y trabajar duro los veranos para pasar los cursos. Por eso, en aquellos años, nos fastidiaba mucho cuando personas que procedían de clases sociales más altas malgastaban los años, y el dinero, repitiendo cursos y cambiando de carreras, había gente así. Afortunadamente, no era algo generalizado, pero se daba, y sigue ocurriendo. El concepto de acontecimiento me parece relevante desde el punto de vista de la importancia que tiene ese momento. Era un acontecimiento ir a estudiar fuera, un paso importante para muchas familias, otras no se lo podían ni plantear. Pero los acontecimientos se daban en numerosos sentidos más. Eran tiempos muy distintos, que no mejores, en los que no se viajaba tanto y las vacaciones, para muchas personas, era ir al pueblo. Visitar un Madrid o un Barcelona no era cotidiano, estaba vinculado a tener que ir a ver a algún familiar o por cuestiones médicas. Recuerdo que, en casa de mis abuelos maternos, había una foto en la que estaban en Madrid en la década de los sesenta, no sé quiénes eran los de la otra pareja, pero se encontraban posando en los jardines frente al Palacio Real, si no recuerdo mal. La gente iba a los lugares más cercanos, como Zaragoza o Bilbao en nuestro caso, Burgos y Pamplona incluso, y también eran acontecimientos.

En las dos últimas décadas, todo esto ha cambiado sin precedentes, nuestro mundo se ha ampliado y mis hijos han viajado en once y nueve años lo que yo pude tardar más de 30. Internet y las TIC también han contribuido a que conozcamos sin problemas cualquier lugar del mundo. Antes de irnos a un sitio, ya lo hemos escudriñado en la red. Cuando yo vi el fuego de las chimeneas de los Altos Hornos de Vizcaya en 1992, en aquel tren de la Euskotrenbidea, que era también la primera vez que cogía un tren de cercanías, no tenía conciencia de esa imagen porque no la había visto nunca y, si la había visto en la televisión, no la recordaba.

Hoy no existe apenas el sentido del acontecimiento en lo cotidiano, sí en los grandes hechos –como la pandemia de la covid-19–, ya que todo se ha banalizado en una suerte de aceleración sin freno. A medida que se suceden las generaciones, se ha ido perdiendo el sentido de acontecimiento de lo cotidiano; es todo más natural y

casi nada les sorprende. Si el contraste de las personas que llegaban a Madrid o Barcelona en las décadas de los cuarenta y cincuenta desde territorios tan diferentes tuvo que ser muy impactante, el que vivimos nosotros en los ochenta y los noventa, cuando nos fuimos a estudiar a grandes ciudades, también marcaba pero ya no tanto; de hecho, en el siglo xxi no parece que se puedan vivir esos acontecimientos de esa forma ni que tengan tanto impacto en las personas, aunque esto es una cuestión muy subjetiva. La relación de las generaciones más jóvenes con las grandes ciudades es mucho más rutinaria y menos formalizada que en las anteriores. Esta circunstancia también contribuye a una reducción de ciertas barreras y, en definitiva, de la superación de algunos de los complejos y sentimientos de inferioridad que podrían tener las generaciones anteriores en relación con las ciudades grandes. Pero ese sustrato sigue presente todavía, no ha desaparecido del todo.

Calle Mayor o la imagen de las ciudades medias

Todos los procesos anteriores se relacionan directamente con unas imágenes y unos valores asociados a las ciudades medias y a sus territorios. Se ha producido una evolución de las mismas, pero, en los imaginarios colectivos, permanecen ciertos aspectos que las identifican. Si al medio rural le sigue costando superar ciertos prejuicios y estereotipos que no dejan de salir en conversaciones y en productos culturales, a las ciudades medias les ocurre lo mismo, algunos de ellos vinculados con los valores y el acceso a la modernidad. Para ello, es necesario volver la vista atrás.

Década de 1940. Tras una cruenta Guerra Civil, España se encuentra devastada y sumida en un régimen autárquico que ha arrasado con el país. Hay diferencias, claro, no es lo mismo haber sido una de las regiones donde se vivieron enfrentamientos militares que otra en la que el golpe militar triunfó desde el minuto uno. Eso ocurrió en muchas provincias de las del interior peninsular. Pero las consecuencias de la Guerra Civil y de la dictadura se vivían por igual en todos los territorios.

Obviamente, localidades más pequeñas tenían más opciones de imponer un control social y consolidar valores más conservadores, que ya estaban más presentes en el pasado. Además, esas capitales de provincia y el resto de grandes municipios comenzarían a acoger a un éxodo rural que se aceleraría en las próximas décadas. Los hijos e hijas de los pueblos tendrán a sus descendientes en las localidades a las que acuden en busca de mejores oportunidades vitales. Será el baby boom de más adelante. La capital de la provincia será, para muchas personas, el lugar de destino, el más cercano fruto también de esa vinculación identitaria tan propia de España. Otros muchos, lo harán a los lugares que ofrezcan mayores oportunidades: Madrid, Barcelona y los grandes centros industriales. Las capitales de provincia y similares se consolidarán como una vía de llegada del éxodo rural y también como centralización de recursos y actividades, ampliando una brecha que será imposible de cerrar. Lo mismo que les ocurrirá a ellas con las ciudades grandes.

Sin embargo, para muchas personas las capitales de provincia y similares no eran un lugar de destino sino de salida. Y es que las oportunidades no estaban para ellos y ellas en unas localidades que constreñían y asfixiaban, ahí estaba el control social en todo su esplendor. Cuando vemos fotos en blanco y negro de esas décadas de los cuarenta y cincuenta, no faltan las de salidas de misa, las de seminarios con decenas de alumnos con sotana, las de paseos por las calles y plazas. En este sentido, no es casual que los seminarios fuesen un elemento característico del paisaje de las ciudades medias, y del resto. ¿Quién no ha visto esas fotografías en blanco y negro de decenas de seminaristas o las de ellos jugando al fútbol? Unas instantáneas que nos muestran una sociedad encorsetada y unas imágenes que se convertirán en consustanciales a las ciudades medias y que seguirán presentes en el imaginario colectivo a pesar del paso de las décadas y de que las imágenes en blanco y negro pasasen a ser en color.

Rafael Azcona es, sin duda, uno de los riojanos más relevantes del siglo xx. Guionista y escritor, nació en Logroño en 1926. No tardó mucho en irse de una ciudad de posguerra que le asfixiaba para dedicarse a escribir y, posteriormente, labrarse una carrera de prestigio con sus guiones de cine. Así llegaron innumerables éxitos, tanto con obras propias como con adaptaciones de otras, entre ellas

El pisito (1959), Plácido (1961), El verdugo (1963), La escopeta nacional (1978), etc. Azcona fue un grande del cine español y se observa en sus comienzos ese gusto por el neorrealismo italiano. A continuación, iría también afilando su ironía, aunque –es impresión personal– en su mirada siempre había algo de melancolía. Creo que Azcona no tenía buen recuerdo de ese Logroño de su juventud; en mi memoria hay unas declaraciones suyas muy explícitas en las que hablaba de ello, pero, lamentablemente, no he podido encontrarlas.

Azcona fue recibiendo reconocimientos desde Logroño y La Rioja, incrementándose a partir de la segunda mitad de los años noventa del siglo xxi, lo que fue generando una suerte de reconciliación con sus orígenes. Ya en 1987 había recibido la Medalla de La Rioja, la máxima condecoración de la región. En 2007, sería reconocido con el Galardón a las Bellas Artes de La Rioja. Cuando falleció en 2008, hacía tiempo que era uno de los riojanos más ilustres. Ha habido muchos Azconas en las ciudades medias y los territorios intermedios, personas que salieron a buscarse la vida, pero las relaciones con sus lugares de origen estaban marcadas por la época de la que procedían. Y, para el caso de Azcona, nada ilustra esa realidad como la película Calle Mayor.

Calle Mayor no fue escrita por Azcona, pero podría haberlo sido. Estrenada en 1956, es una de las mejores películas del cine español, coproducida con Francia. Dirigida por otro clásico, Juan Antonio Bardem, la historia que cuenta es dramática. Con guion del propio Bardem, partiendo de la obra de teatro La señorita de Trevélez de Carlos Arniches, muestra el engaño al que se ve sometida una mujer, Isabel (Betsy Blair), considerada como «solterona» al superar la treintena (era otra época), por parte de Juan (José Suárez), que la corteja y le promete matrimonio como consecuencia de una broma urdida con su grupo de amigos, unos «señoritos provincianos» que muestran una baja catadura moral. Como decíamos, la acción es dramática hasta que Juan huye dejando a Isabel rota y resignada tras haberse ilusionado con un futuro que ya no tendrá, asumiendo ese destino de «solterona» que creía haber sorteado.

Calle Mayor es una de esas películas que recogen el Zeitgeist de una época, la primera parte de la dictadura franquista. Nos ha llegado en su blanco y negro original junto a Bienvenido Mr. Marshall (1953) o las

ya mencionadas que escribió Azcona. Posiblemente, a Calle Mayor le falta parte de la ironía de Azcona y de la comedia de Luis García Berlanga, incidiendo claramente en el drama. Es curioso cómo esas películas sortearon la censura, aunque también dejó su huella en las mismas. Calle Mayor relata y escenifica la oscuridad, el hastío (unos señoritos que se aburren se burlan de una «pobre» mujer) y algunos valores de una época. Pero hay una escena fascinante en otra dirección, cuando Isabel y José van a ver el piso en construcción y ella está ilusionada haciendo planes, pensando en las habitaciones. La escena es luminosa, la luz llega a cegar, es la modernidad que se abre paso, es el crecimiento de esas pequeñas ciudades, pero el espectador sabe que todo es mentira, sabe que José no va a aguantar y que huirá. Casi se puede considerar una metáfora de los propios territorios, adelantándose varias décadas; esa luz cegadora de la promesa del futuro no nos dejará ver algunas realidades que ocurrirán, pero nos estamos adelantando. Volvamos a la década de los cincuenta.

De Calle Mayor se recuerdan unas escenas especialmente: las de la calle Mayor. Esa calle es el centro de la ciudad, el lugar en el que discurre lo importante, el paseo arriba y abajo. Las ventanas de la casa de Isabel dan a esa vía porticada típica de las ciudades españolas y que forma parte de sus señas de identidad. No se ven muchísimas más escenas de exteriores. Parte de la película discurre en una calle, que es un personaje más y sirve también para el control social y el etiquetaje. Si alguien quiso escenificar el concepto de «provinciano», no encontró mejor escenario que ese. Las imágenes de Bardem son de una gran potencia, por lo que cuenta y por lo que no.

Calle Mayor se rodó en gran medida en Logroño y la «calle Mayor» es la calle Portales, que articula el Casco Antiguo. La mayoría de las ciudades y pueblos tienen una calle Mayor, es imposible que no la tengan, su nombre es explícito. Portales quedó escenificada para siempre en Calle Mayor y se llevó el estigma de cara al exterior. Provincianismo y conservadurismo.

Calle Mayor, a pesar de lo que transmite, es un orgullo y un icono para Logroño, alcanzando una dimensión casi mítica. La película fue un gran éxito de crítica internacional y Logroño era un protagonista más de la misma. Hay que tener en cuenta lo que significaba para una ciudad

como ese Logroño de comienzos de la década de los cincuenta del siglo xx el desembarco de un equipo de rodaje internacional. Las imágenes de la época muestran a numerosos logroñeses y logroñesas asistiendo al rodaje, además de que muchos de ellos y ellas fueron extras de la película en los paseos por la «calle Mayor». Varias generaciones valoraban esta película por transmisión intergeneracional. Una placa en la calle Portales recuerda el lugar de un rodaje que fue uno de los acontecimientos en esas décadas.

Y es que son periodos en los que en esas ciudades medias no pasa nada relevante... para el resto del mundo, porque la gente seguía viviendo su vida y haciendo sus proyectos. Podemos trazar las historias de los lugares como las de las personas: por sus hitos. ¿Qué ocurría en Palencia, en Lleida, en Murcia, en Zamora, en Teruel... a comienzos de los años cincuenta? Seguramente no serían ciudades muy diferentes del Logroño de Calle Mayor, normal que Azcona saliese corriendo. Pero, como en tantas ocasiones, nos olvidamos de esas vidas individuales y de las circunstancias que las rodean; no todo el mundo tuvo la oportunidad de irse o, lo más importante, no quiso irse.

Lo cierto es que el franquismo fue una losa para las ciudades medias, como para el conjunto de España, pero aquellas sufrieron su propia deriva. Si, como hemos señalado, el medio rural vivió la aceleración de la despoblación en esas décadas, con el destino repartido entre las ciudades medias y las grandes ciudades y los centros industriales, las ciudades medias vivían en una especie de dicotomía: crecían, no a la misma velocidad, pero se iban quedando mucho más atrás con respecto a Madrid, Barcelona, Sevilla, Valencia, Zaragoza, Bilbao... Además, la planificación económica e industrial franquista puso bastante de su parte en la jerarquización de las ciudades medias. Surgen en la última etapa de la dictadura los denominados Polos de Desarrollo, que supondrán un importante impacto en la evolución poblacional y simbólica de estas ciudades. Implicaron un impulso industrial del que se beneficiaron algunos lugares y provincias como Valladolid, Vigo, Burgos, etc. Pero otras muchas provincias del interior peninsular quedaron fuera de estas políticas, lo que hizo aumentar unas desigualdades que ya venían marcadas por un desarrollo industrial concentrado en unas pocas zonas, fundamentalmente País Vasco y Cataluña, hecho que se

remontaba a las últimas décadas del siglo xix.

Estas decisiones políticas afectaban a la vida de las personas, en el sentido de ofrecer oportunidades laborales, posibilidades de poder desarrollar sus proyectos de vida en unos lugares o en otros. Si las ciudades de tu región y/o provincia quedaban fuera de esas corrientes, si no se establecían allí fábricas, industrias, polígonos, etc., las opciones se reducían y, posiblemente, tendrías que emigrar a otros lugares. No cabe duda de que las primeras décadas de la segunda mitad del siglo xx estarán marcadas por estos procesos, además de darse otras vías de salida a través de los estudios.

Sobre valores y el papel de las elites

Muchos de los tópicos e ideas sobre las ciudades medias y pequeñas se mantienen en la actualidad. Esa imagen común vinculada a ese concepto de «provincialismo» sigue presente en cuestiones relacionadas con los valores, por ejemplo. Oyendo hablar a algunas personas de las ciudades medias sobre las mismas parece que estamos en Calle Mayor. El conservadurismo, el control social, la «visión corta», la falta de actividades culturales, el aburrimiento... Estos conceptos siguen utilizándose y son mencionados por no pocas personas. Pero las ciudades medias han cambiado, como afirmaba Carmen Maura, y no parecen muy justificados ciertos discursos reiterativos.

De esta forma, una de las acusaciones más frecuentes con respecto a estos territorios y espacios es el referido a un conservadurismo ideológico y en los valores. Esta visión también ha sido secular a lo largo del tiempo. Eran lugares más pequeños y, obviamente, en décadas pasadas el control social y la implementación de un cierto tipo de valores era más fácil de hacerse en esas ciudades y localidades donde los grupos de poder estaban muy establecidos. Este hecho fue germinando durante décadas y décadas y generando estructuras que se han institucionalizado y que han sido más difíciles de romper. No había mucha escapatoria, salvo emigrar a la gran ciudad. Pero, en un sentido político, nos acercamos a estos

territorios presentándolos en algunos sentidos como anclados en el pasado. Hay discursos políticos, sociales, culturales y de los medios de comunicación desde algunos sectores que tampoco parecen haber salido de Calle Mayor. Por su parte, la derecha sabía que en ciertos lugares había un caladero de votos muy consolidado y también utilizó esos mecanismos para afianzar su posición, pero no funciona únicamente por el tipo de territorio. Seguramente los politólogos buscarán alguna explicación a la variable edad, pero Zamora capital, la de la provincia con algunos de los peores datos demográficos que hemos visto, cuenta con un alcalde de Izquierda Unida desde 2015, Francisco Guarido, siendo la única capital provincial con un regidor de dicha formación.

En general, lo que se observa es una importante correspondencia con las tendencias nacionales, no podría ser de otra manera, aunque sí que ha habido una preeminencia mayor de partidos más conservadores en los Gobiernos autonómicos y municipales. Sin embargo, la ciudad de Madrid se nos presenta como lo más avanzado de España y, desde 1979, ha contado durante 42 años con cuatro alcaldes del Partido Popular, dos del PSOE, uno de Ahora Madrid y dos del CDS. Es decir, ha habido más años de Gobiernos conservadores que progresistas, mientras que en la Comunidad de Madrid el PP lleva gobernando desde 1991 tras 12 años a cargo del PSOE. Estos escenarios, de mayor presencia de Gobiernos conservadores, también se manifiestan en casos como la Generalitat de Cataluña o el Gobierno de Euskadi; las alcaldías de ciudades como Valencia y Bilbao, entre otros casos.

Por lo tanto, ¿por qué a las ciudades medias y pequeñas y a los territorios intermedios se les coloca un cartel de mayor conservadurismo político y social? Hay ciertas estructuras que se mantienen del pasado, obviamente, unas elites económicas, políticas y culturales que se van reproduciendo, aunque también van adaptándose a los tiempos, y las delegaciones de los partidos nacionales suelen dejar menos espacio a otras formaciones, exceptuando cuando se producen cambios estructurales (el 15M de 2011 y los nuevos partidos) o disensiones internas que puedan provocar quiebras, explícitas o implícitas, en el PSOE o en el PP. También funciona un cierto clientelismo, pero que tampoco es exclusivo de los territorios intermedios, sino que se puede aplicar a

cualquier lugar con independencia de su tamaño.

El escenario político municipal se corresponde con el general del país. En la actualidad, año 2021, 20 capitales provinciales son gobernadas por el PSOE y 13 por el PP. El resto, se reparten entre Ciudadanos, el PNV, ERC, JxCat y otras formaciones locales y regionales, junto a la ya mencionada de IU en Zamora. Cuando PSOE y PP han logrado mayorías absolutas en el Congreso de los Diputados, la mayor parte de las capitales provinciales y sus Comunidades Autónomas, han sido de ese color.

También es cierto que, en general, la representación política de las provincias en el Congreso de los Diputados, especialmente a medida que son más reducidas en población, se ha repartido entre los dos grandes partidos políticos de la democracia española que comenzó en 1978, PSOE y PP. En este sentido, el modelo D'Hondt ha perjudicado secularmente a los partidos más minoritarios, sobre todo los de izquierdas, aunque eso puede empezar a cambiar con las nuevas tendencias al añadirse otros actores en el tablero. Es lo que se observa en muchos análisis de politólogos y sociólogos, cómo esos territorios intermedios pueden ser caladero de votos para partidos populistas de extrema derecha, cosa que ya ha ocurrido en otros países. También es cierto que, exceptuando los partidos nacionalistas, pocas veces los partidos regionalistas o más localistas han tenido la oportunidad de gobernar comunidades autónomas, ciudades y llegar al Congreso de los Diputados. De esta forma, casos como los de Cantabria o las Islas Canarias se explican más por factores internos. La dimensión identitaria ha operado en otras regiones como la valenciana, la navarra o las Islas Baleares con sus circunstancias. Pero, en el resto de las comunidades autónomas, los partidos mayoritarios han sido los predominantes, bien por mayoría absoluta o apoyándose en otras formaciones cuando el sistema político fue cambiando en la última década.

Los partidos políticos mayoritarios también presentan diferencias en las regiones, como lo es su fuerza en relación con sus centrales madrileñas. Aquí sí que el peso de la dimensión es muy importante. No es lo mismo aportar tres o cuatro escaños por circunscripción provincial que 14. Esa es la realidad. Pero los partidos mayoritarios también han ido incorporando algunos elementos identitarios

regionales en sus discursos, en algunos casos más explícitos que en otros. Bien por convencimiento, por sentimiento regional, bien por estrategia y cálculo, debido a que se juegan Gobiernos regionales y municipales, la identidad regional está presente. No sabemos si Teruel Existe dará lugar a otros ejemplos en zonas similares, pero no parece tan sencillo.

El caso es que no ocurre que las diferentes regiones no hayan estado representadas en los diferentes Gobiernos de España desde la transición a la democracia, aunque ha habido también sus evoluciones. Si observamos a los presidentes del Gobierno, tres eran madrileños (Leopoldo Calvo Sotelo, José María Aznar y Pedro Sánchez), dos castellanoleoneses (Adolfo Suárez y José Luis Rodríguez Zapatero), un andaluz (Felipe González) y un gallego (Mariano Rajoy). Mientras que Rajoy y Aznar comenzaron en la política autonómica, el resto se movieron siempre en el ámbito nacional, Rodríguez Zapatero, por ejemplo, llegó al Congreso de los Diputados por León en 1986. Incluso de Adolfo Suárez siempre se señaló que tenía un perfil de «chico listo de provincias». Además, Suárez es el único que proviene directamente del medio rural, Cebreros (Ávila).

A lo largo de estas más de cuatro décadas, el origen de ministros y ministras ha ido diversificándose ya que en los primeros Gobiernos de la democracia primaron la presencia de integrantes madrileños o la de aquellos que habían desarrollado su carrera en la capital del Estado. También en ese periodo tendrán una mayor presencia los ministros castellanoleoneses, mientras que en las décadas posteriores se ha dado en ocasiones una especie de juego político de carácter territorial.

La visión de una parte de la población de las periferias sobre los políticos que se encuentran en Madrid es la de que no cuentan con ellos. Son lugares comunes también que tienen que ver con el victimismo y el agravio comparativo, pero que asimismo cuentan con estructuras de plausibilidad. Es decir, las visitas de los presidentes y ministros y ministras a las regiones están marcadas por las elecciones y las inauguraciones de grandes infraestructuras. Si el partido que gobierna en un territorio es diferente al de Madrid, suelen generarse fricciones y situaciones que se achacan a las

distintas ideologías. En definitiva, se produce un totum revolutum en el que se combinan no pocos factores y en el que todos tienen su parte de razón, aunque la lista de agravios, objetivos y subjetivos, no deja de crecer. También se tiene la impresión de que muchos políticos van a Madrid a «hacer carrera», que dan el salto de la política regional o municipal a la nacional. Obviamente, los políticos y políticas nos dirán lo contrario.

Pero es necesario incidir en un aspecto que se manifiesta poco, especialmente en los últimos años, como es el de las elites regionales en sus diferentes dimensiones. Son pocos los estudios que existen sobre las composiciones de estos grupos de poder que son determinantes en regiones, provincias y ciudades y que desempeñan un papel fundamental. Es cierto que las elites territoriales se han analizado en clave histórica, especialmente en el siglo xix y primeras décadas del xx. Son esos momentos de crecimiento de las burguesías, de las nuevas industrias, de los bancos regionales, etc., que conviven con las elites seculares procedentes de la nobleza y de los grandes terratenientes. Es en los territorios más dinámicos, Euskadi y Cataluña, donde se produjeron muchos análisis sobre estos grupos de poder que en muchos casos se mantienen aún. Pero, en relación con las últimas décadas, estos estudios no son muy frecuentes.

Las elites regionales son claves y se conocen y se saben cuáles son las familias que tienen más poder económico, político o social en cada territorio. Son esas elites las que han contribuido a perfilar unos territorios y que o bien se vinculan a procesos del pasado, o bien también han surgido al calor de la evolución de los sectores predominantes en cada zona, o bien a situaciones como las que se dieron con la construcción. No solamente son las que contribuyen a determinar un territorio a través de sus acciones y actuaciones, de sus valores, motivaciones y aspiraciones, sino también mediante sus discursos y la construcción de imaginarios y relatos. Sin embargo, nos faltan datos sobre estas elites, pero podríamos establecer tres grandes categorías que se dan en estas zonas: las políticas, las económicas y las sociales/culturales.

La primera tiene que centrarse en el ámbito político y se conecta también con la configuración del propio Estado de las autonomías,

que ha dado lugar a grupos de poder vinculados a los partidos políticos. Es uno de los espacios en los que encontramos algunos estudios sobre su configuración, aunque tampoco es un objeto de estudio muy desarrollado. Las elites políticas regionales y locales no tienen grandes puntos en común en relación con sus orígenes, como demuestran algunos estudios, y se suelen vincular al eje de desarrollo de su carrera política (Botella et al., 2011, y Coller, 2008). O bien se lleva a cabo en su municipio o región o tiene como objetivo alcanzar un cargo nacional, bien en el Congreso de los Diputados, en el Senado o incluso en algún ámbito ministerial, siempre y cuando hablemos de partidos políticos que tengan representación nacional. Por el contrario, hay otras elites con ideologías nacionalistas y regionalistas que establecen su ámbito de acción en sus territorios. ¿Cuál es el peso de estas elites políticas? Es difícil de precisar porque dependen en no pocas ocasiones de las tensiones con el poder central, con los partidos nacionales en el caso de que sean parte de estructuras más amplias, y de procesos internos que, en la mayor parte de los casos, no salen de los propios territorios y que se configuran como luchas de poder.

Las elites económicas atesoran un poder más tangible y real, vinculadas en no pocas ocasiones a actividades productivas del territorio. Como hemos señalado anteriormente, en cualquier ciudad y región podemos decir una serie de nombres y apellidos que han acumulado diferentes capitales, desde los económicos hasta los simbólicos. Estas elites han construido redes de poder muy importantes, reproduciéndose socialmente a lo largo de las décadas y estableciéndose cierres de clase muy evidentes. También han penetrado en las elites políticas y en las que denominaremos sociales/culturales, en este último caso gracias a que tenían también los medios para ello. Y son situaciones que en los lugares más pequeños son determinantes ya que hay un mayor contacto social y conocimiento. Son grupos cuyos hijos e hijas, nietos y nietas, son los que han podido ir a estudiar fuera de sus ciudades, los que han heredado en no pocos casos la empresa familiar, los que eran los propietarios de los chalets en las afueras de los municipios. Sin embargo, en la actualidad son elites que también están sujetas a los cambios de la globalización y se encuentran en situaciones de riesgo debido a los modelos económicos que se han impuesto en las dos últimas décadas. Buena parte de las elites económicas en España, y

las regionales no son una excepción, invirtieron en bienes inmobiliarios y ahora están en un escenario más complejo que en las décadas pasadas.

El periodista de El Confidencial Esteban Hernández, que lleva años analizando la situación de las elites en un contexto global y su evolución, señalaba que «Las clases altas actuales, por el contrario, provienen de las grandes cotizadas, del sector financiero y de firmas con recorrido global, y están muy alejadas de los intereses, inquietudes y necesidades de las viejas clases altas productivas» (2020a: 127). En otro artículo sobre la cuestión, titulado explícitamente como «Recambio de elites», Hernández (2020b) se centraba en estos procesos y en cómo los grupos de poder tradicionales iban perdiendo claramente su terreno:

las antiguas elites han visto reducida su autonomía, su poder y el prestigio de su posición, en ocasiones con efectos también sobre los recursos que perciben como consecuencia de ese desplazamiento del núcleo de poder; las empresas se han organizado para ofrecer rentabilidad a los accionistas y los bonistas, los expertos deben generar valor antes que realizar correctamente una tarea y los políticos deben organizar los recursos públicos de forma que se pueda seguir pagando las deudas.

De esta forma, las elites tradicionales territoriales, fundamentalmente las económicas y las políticas, van perdiendo parte de su poder al funcionar, generalmente, en parámetros ubicados en los márgenes de las tendencias de la globalización y de la economía financiera. Las elites que dominan el mundo son transnacionales, no cuentan con un arraigo en su territorio, mientras que las «antiguas elites», como indica Hernández, están apegadas a sus regiones y zonas, a actividades terrenales. Las dinámicas globales también les afectan y, en no pocos casos, lo que les puede acabar tocando es «vivir de las rentas».

La Rioja es un territorio en el que el sector del vino es determinante, central en todos los sentidos. Hay muchas personas

que viven de él, aunque hay un mundo un tanto diversificado en el que conviven grandes propietarios y bodegueros, familias cuya posición viene desde siglos atrás, con otros pequeños propietarios y vitivinicultores. Sin embargo, los procesos de concentración en La Rioja no son una excepción, reduciéndose paulatinamente los segundos y entrando grupos internacionales a adquirir incluso grandes bodegas de Rioja. Son escenarios en los que las elites se desenvuelven en cualquier territorio y sector y las tendencias, si se siguen los modelos actuales, se intensificarán en el futuro. Las elites económicas de los territorios siguen teniendo un importante poder, pero cada vez dependen más de esas tendencias globales y no pueden verse fuera de esos procesos más generales que, a otra dimensión, también les puede hacer ser «perdedores de la globalización», aunque en un sentido muy diferente al de las clases trabajadoras y medias. Los recursos disponibles les pueden hacer mantener su estatus y nivel de vida, así como parte de su poder, pero parece que su tiempo puede pasar.

La tercera dimensión de las elites serían aquellos grupos sociales y culturales que son los que tienen presencia en ámbitos como los medios de comunicación, las manifestaciones artísticas, la universidad, etc. Es un mundo heterogéneo que suele contar con un poder más simbólico que real en no pocas ocasiones, si lo comparamos con las elites políticas y, especialmente, las económicas. Pero su importancia es muy elevada al ser una parte determinante de los discursos y de la construcción de los imaginarios colectivos y los universos simbólicos. Ya hemos visto en epígrafes anteriores el papel de los medios de comunicación, pero junto con ellos hay toda una serie de personas y grupos que marcan la definición de la realidad. Y, obviamente, la que hace referencia a las ciudades medias y pequeñas y a sus territorios. Las elites sociales y culturales también dependen en buena parte del capital, del económico al simbólico, heredado, del haber podido desarrollar ciertas profesiones y trayectorias gracias a las condiciones de partida. En esos grupos, también son una serie de apellidos los que se repiten.

No cabe duda de que soy parte de ese grupo, soy profesor universitario y, además, en una disciplina como la Sociología, lo que me ha repercutido una visibilidad muy importante en medios

de comunicación de mi región. Sin embargo, hay barreras que sé que no se cruzan por los orígenes sociales. Hay unos límites sutiles e invisibles que vienen marcados por la clase social, por el estatus y por otra serie de condicionantes. Siempre me he sentido como un outsider, una especie de impostor en un mundo de otros códigos. Como clase media aspiracional, veíamos en la cultura un elemento de estatus central y determinante, también uno de los que podíamos adquirir gracias a nuestra formación y a ciertos atributos como los libros que leíamos, las películas que veíamos o los discos que escuchábamos. Pero, a la hora de la verdad, las estructuras de clase social siguen estando presentes. No cabe duda de que hemos llegado «hasta ahí», pero tampoco cabe duda de que «no estamos ahí».

Ventajas y desventajas

En definitiva, ¿se parte de una situación de desventaja por estar en un territorio intermedio o en una ciudad media y pequeña? La cuestión es compleja y hay numerosas casuísticas. Hay multitud de ejemplos en todas las direcciones. Pero regresamos al comienzo, a cómo las estructuras determinan las posibilidades de los individuos. No se trata de un determinismo ni de una relación causa-efecto directa que funcione para todas las personas en la misma medida. Sin embargo, hay unos factores que pueden tener unas consecuencias negativas o, al menos, hacer más difícil la situación a esos territorios intermedios, y eso está aumentando con su posición en la globalización. Numerosos relatos de las personas que provienen de estas zonas, e incluso del medio rural, hacen hincapié en «salí de tal lugar» o «partiendo de...». Incluso en la forma de contar nuestras biografías la procedencia tiene un valor máximo en relación con la posición. Si esta determina nuestras posibilidades, dependerá en función de qué y para qué. Es decir, estará relacionado con las aspiraciones de cada uno. Lo que está claro es que, para no pocas actividades y profesiones, ser/estar en una de las grandes ciudades es una ventaja, cuando no la única opción. Otras personas pueden decir que no, que las ciudades medias y pequeñas son más habitables y más cómodas, pero no se ve a la gente en masa abandonando Madrid y Barcelona para irse a Lleida, Cuenca,

Logroño o Jaén. O al medio rural. No es tan fácil como muchas veces nos lo quieren vender.

Generalmente, los indicadores de las posiciones de ventaja y de desventaja suelen aparecer de forma explícita, como por ejemplo todos los relacionados con los que miden la riqueza o el nivel de renta de un territorio. Algunos se han consolidado como los grandes medidores cuantitativos, de los cuales hemos recogido algunos anteriormente a modo de muestra: producto interior bruto (PIB), desempleo, el ya mencionado nivel de renta, fracaso y abandono escolar, etc. Sin embargo, hay otros elementos que pueden ir mostrando cómo van cambiando las realidades de los territorios. A veces son más explícitos y otras muy sutiles. Hemos señalado que las ciudades medias y pequeñas están en una situación como la de las clases medias, en una traslación de la estructura social a la estructura territorial con todas las limitaciones teóricas y metodológicas. Los territorios intermedios, y con ellos las ciudades medias y las pequeñas, han ganado un cierto estatus a cambio de perder posiciones relativas en relación con la estructura territorial. Las deslocalizaciones y desindustrializaciones, la pérdida de cierto tipo de actividades productivas, etc., ya han sido indicadas; sólo hay que darse una vuelta por muchas localidades para ver polígonos industriales a medio rendimiento o suelos industriales que no han sido ocupados. El estado de ciertas comunicaciones, el ejemplo de Extremadura es seguramente de los más claros, y la pérdida de otras actividades son una realidad. En los últimos años, los medios de comunicación se han hecho eco de la ausencia de grandes cadenas comerciales, como por ejemplo Zara, en localidades como Soria, Ávila, Segovia, Cuenca, Huesca o Teruel, reflejándola como un indicador de su situación[5].

También no pocas localidades han visto cómo se quedaban sin cines, con opciones de ocio menguantes, etc. Cuando estas noticias surgen, saltan no pocas alarmas, porque son indicadores de que algo está ocurriendo. Pasa lo mismo con la digitalización de ciertos servicios públicos que implica el cierre de oficinas e instalaciones. A internet se le sacraliza como un camino de oportunidades, pero su otro lado está ahí y uno de ellos es la transformación de esos servicios públicos que ya no te van a atender en una ventanilla o en una oficina, sino que tendrás que hacer la gestión telemáticamente

y, si no puedes hacerlo –porque hay mucha gente que no puede o no sabe–, tendrás que esperar a las horas en que te atiendan. Se cierran estaciones de tren en localidades en las que se instala una máquina para sacar los billetes. Lo mismo pasa con las de autobuses. Los defensores de estas medidas tirarán de la imposibilidad de mantener ciertos puestos de trabajo y servicios en lugares de baja demanda, por utilizar su terminología, pero son cuestiones que afectan a la cohesión territorial y social.

En el lado privado, el sector bancario es uno de los que está sufriendo una importante reestructuración en todos los sentidos. La crisis de 2008 implicó una concentración importantísima de las entidades y la digitalización de la década siguiente ha dado lugar al cierre de numerosas oficinas. Buena parte del medio rural ya carece de entidades bancarias, las tradicionales cajas de ahorro, y el resto de los municipios van viendo cómo descienden. También ocurrirá con otras actividades comerciales. Es verdad que puedes llevar tu producto a otros lugares, pero también puedes comprar ropa, electrónica, libros..., de todo, a través de internet, por lo que muchos comercios estarán en riesgo de cierre porque parte de la demanda adquirirá esos productos telemáticamente, situación que a su vez implicará un descenso del empleo. En definitiva, un «efecto dominó» que se refleja ya en parte de estos territorios, y que afecta a la igualdad de oportunidades y a la capacidad de elección. Fábricas, empresas, comercios, etc., que vayan cerrando implicará que muchas personas se queden sin capacidad de elección del proyecto de vida que quieran desarrollar y del lugar en el que quieren residir y llevar a cabo el mismo.

Indicábamos en páginas anteriores que los impactos de las diferentes crisis y de los cambios profundos y acelerados a los que estamos asistiendo nos mostraban sus consecuencias en el cierre de comercios, parte de ellos con un recorrido muy corto. En definitiva, las ciudades medias parecen haber ganado en ciertos aspectos: se han transformado para bien estéticamente, la conectividad les permite no ser esos lugares cerrados de antes y, además, la homogeneización de ciertos valores hace que no respondan a estereotipos que, pese a todo, siguen presentes. Sin embargo, debajo de todo ello hay otros cambios que pueden generar más incertidumbres y desigualdades.

Hablemos de Madrid

Uno de los aspectos que no debe faltar a la hora de analizar los territorios es la dialéctica con los centros de poder. Y es que las relaciones entre los territorios están marcadas por la posición ocupada dentro de una estructura y por el poder que tenga cada uno de ellos. En el caso de los Estados, países, regiones, etc., no cabe duda de que es con el centro de poder con el que se desarrollan una serie de relaciones que van desde la atracción hasta la demanda, la reivindicación e incluso el rechazo. De esta forma, el centro de poder se personifica en una suerte de sujeto que realiza acciones, parte de las cuales, para algunos actores, en su contra y de forma consciente.

Madrid, como centro de poder, capital del Estado, aparece siempre como el destino de las reclamaciones. Al final, un impersonal «Madrid» recibe todas las demandas y acusaciones de esos agravios. Pero es que allí se toman las decisiones. Eso iría en el «puesto». Todos los territorios tienen un centro de poder y a ellos se dirigen las demandas. Lleida reclama a Barcelona como Cartagena lo hace a Murcia o Soria a Valladolid. Sin embargo, a medida que el Estado autonómico se ha ido desarrollando, no se ha producido una integración en ciertas tomas de decisiones que tendrían que haber tenido el Senado como el lugar de referencia. Este hecho está pesando en la composición territorial del Estado español y en cómo se están articulando los desequilibrios regionales.

A Madrid le toca desempeñar ese rol, pero su articulación como centro de poder también responde a cómo se ha organizado España. Si la construcción del Estado-nación español en los siglos xix y xx ha contado con las dificultades ya vistas, el centro de poder no podía ser una excepción. Madrid ha capitalizado una parte de la identidad española, hecho al que también ha contribuido el mimetismo con el que nos hemos movido con respecto a los nacionalismos periféricos. Pero Madrid también se ha sentido cómoda desempeñando ese papel. Además, tiene que competir con una Barcelona que siempre tuvo la fama de ser más cosmopolita,

europea y mediterránea. Mientras que Madrid aparecía como una ciudad en el centro de España, en medio de Castilla, creciendo de forma desordenada, Barcelona se presentaba racional y luminosa. Incluso, para despreciar a Madrid, en ocasiones se le asignaba el término provinciana. Son exageraciones que también se han institucionalizado y que han marcado la visión y la relación entre las dos ciudades. De esta forma, se produce una dialéctica que también se convierte en algo estructural y que afecta a las ciudades medias.

Con la crisis de la covid-19 aparecieron numerosas noticias que hacían referencia a la salida de madrileños y madrileñas a sus segundas residencias, generalmente en localidades costeras. Estos territorios recibían con temor la expectativa de su llegada por los riesgos que implicaba de expansión del coronavirus, ya que la capital de España era una de las zonas más golpeadas. Se utilizó el concepto de madrileñofobia, como una forma de rechazo al madrileño. Este escenario contextual derivado de la pandemia puede ser analizado en una perspectiva más amplia, como hacía Carlos Prieto en *El Confidencial* (15 de junio de 2020), donde, a través de diferentes expertos, se hacía referencia a cuestiones como el crecimiento más rápido de Madrid, la descompensación con Barcelona, el impacto de la fiscalidad menos lesiva en la capital, las privatizaciones en la época de las presidencias de José María Aznar, etc. Incluso realizaba una entrevista al historiador Fernando Castillo, autor de obras sobre el antimadrileñismo que analizan cómo ese rechazo no es reciente –vendría del siglo xix, siendo los factores clave la concentración de recursos en la capital, el papel de los nacionalismos periféricos y el mundo rural, las tendencias liberales y de izquierdas más asentadas allí frente al conservadurismo de buena parte del resto de España, entre otros–, afirmando que «sigue vivo un sentimiento de agravio, de dolor, de rechazo a Madrid, que brota a la menor oportunidad, ya sea (hoy) por una pandemia, o (mañana) por el reparto de recursos en un país en crisis», e indicando que el repudio a Madrid viene por ser la capital[6].

Como ya hemos comentado, existe la sensación en los territorios intermedios de que las noticias sobre Madrid, y en menor medida sobre Barcelona, inundan los medios de comunicación, los

informativos, etc. Obviamente, influye que la mayor parte de los mismos tengan sus sedes en Madrid, como no podía ser de otra forma. Nos llegan muchas noticias e informaciones de barrios, distritos, etc., que no conocemos o sólo de pasada. El escritor y periodista Daniel Gascón, a raíz de la publicación de su libro *Un hípster en la España vacía* (2020), señalaba en una entrevista con Isra Álvarez, en 20 Minutos, que «los medios normalmente tienden a representar más los lugares donde hay más población o donde están ellos. Eso se ve mucho, por ejemplo, cuando estás fuera de Madrid y ves la sobrerrepresentación que tiene la política madrileña en las noticias nacionales. Sí, es muy importante, porque es un centro de poder, pero aparece mucho más que otros asuntos»[7]. Daniel Bernabé en *La distancia del presente* señala que «hubo un momento en el que el protagonismo político del país parecía reducirse a Lavapiés y Gràcia, donde existía un sesgo dramático de clase y geográfico que no hacía más que redundar, desde lo nuevo, en lo que siempre había consistido el poder en España» (2020: 161). Bernabé, de esta forma, lo que muestra es una cuestión secular y estructural que se sigue reproduciendo a través de los siglos y las décadas, donde se configuró territorialmente el poder en España, con las consecuencias pertinentes que se agudizan con las tendencias derivadas de la globalización.

Sin embargo, el debate sobre la sobrerrepresentación de Madrid y cómo está afectando a la política ha crecido en los últimos años, fruto también de los cambios políticos que se están dando en nuestro país. Víctor Lenore recogía, en el diario *Vozpópuli* del 1 de junio de 2020, una serie de artículos recientes sobre la cuestión en relación con las protestas convocadas por VOX que tuvieron su comienzo y mayor visibilidad en el barrio de Salamanca de Madrid, uno de los de mayor nivel socioeconómico de la ciudad. Lenore aprovechaba este hecho para incidir en una hipótesis fundamentada en varios autores, como el periodista Esteban Hernández, el sociólogo Guillermo Fernández y el filósofo Alberto Santamaría. Lenore hilaba fino al titular su artículo «Arganzuela contra Salamanca: las burbujas sociales que envenenan el debate en España»[8]. Y es que, mientras que Arganzuela sería el núcleo de concentración de políticos, periodistas, profesionales, profesores, etc., vinculados y cercanos a Podemos y Más País, el barrio de Salamanca representaría a VOX. Las imágenes de la protesta en este

último distrito llegaron a toda España a través de los medios de comunicación y de las redes sociales –aunque se produjeron otras similares en otras ciudades, ocurrieron más tarde–.

El caso de la izquierda es también duro de asimilar. Lenore recoge un breve artículo en el blog de Alberto Santamaría titulado «La izquierda topo (o por qué nos quedamos en provincias)», en el cual se señalaba que estos cuadros madrileños no veían más allá de su entorno, asumiendo que el peso de Madrid era muy importante, pero que las demandas periféricas se diluían, y se destacaba que los cambios políticos vendrían de las provincias[9]. Esteban Hernández, por su parte, incidía en la «burbuja de Arganzuela», esa zona que hemos descrito desde la cual se articularía un discurso que no conectaría con la realidad de buena parte del país. Esa cortedad de miras sería una de las causas por las que Podemos no habría crecido más en elecciones anteriores[10]. Se produce una desconexión entre territorios que hace que muchas de las cuestiones que se emiten desde estos ámbitos no concuerden con la vida cotidiana de la mayoría de la población. De esta forma, los postulados de Guilly en relación con la distancia entre las elites y la sociedad se cumplen, incluso apuntándose en el artículo de Lenore una dimensión de tipo clasista; de nuevo ese sentimiento de superioridad que se explicita en ocasiones. Y es una realidad, esa mirada se produce, de la misma forma que los de las ciudades medias y pequeñas veían al medio rural hace unas décadas como una etapa que debían superar. Lo que ocurre es que, en la actualidad, hay una socialización más globalizada y un conocimiento mucho mayor de las personas de los territorios intermedios sobre las grandes ciudades. Y eso reduce ciertas distancias, aunque se aumentan por otros lugares, como por ejemplo la concentración de oportunidades en unos territorios frente a otros. Es decir, los complejos de las ciudades medias y pequeñas se han reducido notablemente, pero las diferencias en las posiciones estratégicas se han ampliado.

Ser Madrid, o cualquier centro de poder, no es fácil, al contrario, pero conlleva también este tipo de peajes que forman parte de la posición ocupada, para lo bueno y para lo malo. Algunas voces han surgido defendiendo a Madrid y criticando la «madrileñofobia», como el escritor Andrés Trapiello, que publicó a finales de 2020 El

Rastro. Historia, teoría y práctica. En el mismo, el autor hace una defensa de la capital y de sus valores, destacando su papel como punto de encuentro. Para él, la «madrileñofobia» respondería a esa posición como centro de poder, pero también al victimismo de ciertas elites regionales y nacionalistas e incluso a la envidia[11]. Bueno, no creo que sea la visión que opera en las periferias, pero de nuevo entraríamos en una dialéctica secular entre los centros de poder y el resto de los territorios. A veces, incluso parece que el fenómeno de la «madrileñofobia» también es un debate, más presente incluso, entre ciertos grupos de Madrid.

¿Quién cuenta a la ciudad pequeña y media?

Unos capítulos atrás, habíamos mostrado cómo la cultura, en manifestaciones como el cine, la televisión o la literatura, había mostrado el medio rural, así como la evolución que había seguido ese universo simbólico, con sus permanencias y cambios. Si en la última década esos territorios se han convertido en un fin y en un medio en las manifestaciones culturales, las ciudades pequeñas y medias lo han tenido mucho peor o, mejor dicho, no han contado con tantas personas que «las cuenten». Pero cine y televisión, literatura, música, son también determinantes en la construcción de esos imaginarios colectivos sobre las ciudades pequeñas y medias.

A diferencia del medio rural y de las grandes ciudades, las medias y pequeñas cuentan con una menor presencia simbólica. Por un lado, porque el primero ha sido puesto más en valor. Por otro lado, porque en las segundas es donde «pasa la acción». Las manifestaciones literarias, televisivas, cinematográficas o musicales sobre las ciudades medias y pequeñas suelen centrarse, a grandes rasgos, en tres grandes grupos. El primero, el que prima en valores costumbristas y halagadores, los cuales no suelen tener un recorrido mucho más allá que los propios límites de las localidades y sus territorios. En segundo lugar, los que indican en los clichés vinculados al conservadurismo, el «control social», el aburrimiento o el que «no pase casi nada», hecho que se conecta en parte con lo ocurrido con algunas visiones sobre los pueblos. Y, en tercer lugar,

la ciudad media y pequeña como lugar de salida, de partida, ese espacio del que se surge y del que se va para mejorar, prosperar o triunfar. Sin embargo, todo es mucho más complicado y Ana Iris Simón en su destacada novela autobiográfica *Feria* refleja una interesante ambivalencia y su evolución personal: «Durante la adolescencia y la primera juventud había desdeñado a los que se quedan en Aranjuez porque menudos paletos, quedarse en un sitio tan pequeño y con tan poco que ofrecer. Pero la paleta y la que tenía poco que ofrecer era yo, y pequeñas mi alma y mis miras» (2020: 25).

Hemos señalado anteriormente como Leopoldo Alas Clarín reflejaba la ciudad pequeña a finales del siglo xix, *Vetusta*, en *La Regenta*, una novela indispensable de la literatura española. Pero, sin embargo, no existen numerosas obras que aborden las ciudades medias y pequeñas, o al menos no son tantas como las que aparecen sobre el medio rural o los barrios de las grandes ciudades, o no han alcanzado tanta visibilidad. Recientemente, Elena Medel en *Las maravillas* (2020) reflejaba parte de la evolución de Córdoba desde mediados del siglo xx dentro de la trayectoria de los personajes de una novela que bebe bastante del realismo social, aunque la ciudad media no es la protagonista específica de esta obra. Pese a ello, sí que nos ofrece algunas claves de la movilidad social y residencial, ya que el peso de la familia en la definición de las trayectorias es fundamental, como por ejemplo en citas como la siguiente: «a cada beca que obtenía, a cada asignatura que aprobaba, se alejaba más y más del barrio» (p. 151).

En general, los libros que abordan estas localidades suelen tener un recorrido más limitado en el sentido de que no cuentan con distribuciones masivas o no superan las fronteras de sus regiones y/o localidades. Y eso que suelen contar con un conjunto de códigos que son compartidos por una gran cantidad de personas. A fin de cuentas, somos muchos más los que tenemos en común ser de una ciudad pequeña o grande, y que nos podemos reconocer más en ello que en un barrio periférico de Madrid y Barcelona, por ejemplo, con independencia de que novelas como *Simón* (2020) de Miqui Otero o *Baricentro* (2020) de Hernán Migoya, por poner dos casos recientes, sean fascinantes e igualmente puedas encontrar ciertos códigos comunes, en estos casos vinculados a la clase social. Por eso, *Feria*

(2020) de Ana Iris Simón te puede calar mucho más si cuentas con una sensibilidad periférica, porque sientes esa periferia en sus páginas. Igualmente, las ciudades medias y pequeñas también reproducen el modelo contextual de la acción que se da en el caso del medio rural, como medio para destacar algunos de los «condicionantes» que se atribuyen a las mismas, como el control social o el conservadurismo.

Más presencia han tenido las ciudades medias y pequeñas en el cine, pero no son tampoco muchas las películas que tengan como protagonistas a las ciudades medias, volviendo a estar más presentes las que las sitúan como marco de la acción. Si Calle Mayor reflejaba un momento y un lugar, y lo hace de forma brillante, no son tantas las películas que a lo largo de las décadas siguientes reflejen los pros y contras de vivir en una pequeña o mediana ciudad. Muchas veces, los personajes que aparecen llegados de una ciudad media y pequeña a una gran ciudad, generalmente Madrid, cuentan el proceso migratorio como situación de partida o como circunstancia, pero sin profundizar en esa relación con el lugar de origen. Un ejemplo de este retorno aplicado al medio rural es Volver (2006), una de las mejores películas de Pedro Almodóvar. El director manchego siempre ha manifestado su vínculo con sus orígenes y en esta película lo reflejó claramente, incluso hay una relación entre el barrio popular de Madrid, Vallecas en este caso, y determinadas sociabilidades más propias de los pueblos. Sin embargo, no encontramos un símil parecido de las ciudades medias.

Y, en no pocas ocasiones, la persona que ha llegado «de provincias» se presenta directamente como un arribista. Uno de los personajes que mejor refleja ese modelo, con mucha gracia, es el político que interpreta Javier Cámara en la serie Vota Juan (2019) y en su continuación Vamos Juan (2020), de TNT. Cámara representa a Juan Carrasco, un político que llega de Logroño a Madrid para ser ministro tras haber sido alcalde de su ciudad y diputado nacional por La Rioja, y que tiene mucha ambición y pocos escrúpulos. Pero no cabe duda de que Juan es un personaje tragicómico. En cierto sentido, ese arribista también representa un cierto «quiero y no puedo», el cual no dejará de estar en ciertas concepciones de las ciudades medias y pequeñas con respecto a las grandes, a las que

quieren emular.

A lo largo de la serie, las referencias a Logroño son constantes y se hacen de forma irónica, repitiendo algunos de los tópicos y estereotipos que se aplican a las ciudades medias. El propio Cámara, natural de Albelda de Iregua, una localidad del entorno de Logroño, reconoció en una entrevista con Javier del Pino en A vivir que son dos días de la Cadena SER antes del estreno de Vamos Juan que «no me van a dejar volver a Logroño porque en esta segunda temporada ni os imagináis las barbaridades que decimos de la ciudad»[12].

Estas declaraciones y visiones no caen mal porque las dice «uno de los nuestros». Cámara, que siempre ha hecho gala de ser riojano, utiliza la ironía para cargar contra algunas características de estos territorios y también para reflejar una visión que puede estar más presente en las grandes ciudades y en determinados colectivos que, incluso, pueden contar con un sentimiento de superioridad.

Existen algunas excepciones. Por ejemplo, Planes para mañana (2010), que fue rodada en Cáceres por Juana Macías y refleja una serie de situaciones cotidianas de tres mujeres. También Pasos (2005) de Federico Luppi se ambientaba en el Logroño de comienzos de los ochenta. Ambas películas podrían haberse ambientado en cualquier otra ciudad media. Mención aparte merece Los lunes al sol de Fernando León Arana. Estrenada en 2002, el contexto social de la película, con un grupo de parados de unos astilleros de Vigo tras la reconversión industrial e inspirado en hechos reales, da un protagonismo importante a la ciudad, la cual adquiere una dimensión necesaria para entender el impacto del cierre de los astilleros. Finalmente, volviendo a la televisión, Segunda enseñanza de Pedro Masó y con guion de Ana Diosdado, que también la protagonizó y que fue estrenada en Televisión Española en 1986, transcurría en Oviedo, aunque, curiosamente, aquí el viaje era al contrario, ya que Pilar Beltrán (Ana Diosdado) era una profesora que dejaba Madrid para instalarse con su hija en dicha ciudad.

El cine y la televisión han reflejado también más el barrio periférico, también denominado «popular», vinculado por un lado a las clases trabajadoras y obreras y, por otro, a una visión de lo marginal, este último un marco mucho más cinematográfico.

Fernando León de Aranoa realizó *Barrio* (1998), una película que mostraba la realidad de tres adolescentes en un barrio periférico madrileño y que se basa en el contraste entre la vida en el mismo y la del centro de la gran ciudad, dos universos simbólicos muy diferentes, pero no muy alejados físicamente. Sería interesante ver cómo se abordaría una película como *Barrio* en 2020. Bigas Luna también retrató el extrarradio, y lo aspiracional, en *Yo soy la Juani* (2006). Otras películas se han acercado al barrio desde la comedia y el costumbrismo, como *Días de fútbol* (2003), aunque aquí no es el protagonista propiamente dicho, sí que se trata de reflejar un ambiente de clase trabajadora. Vallecas, paradigma del barrio popular madrileño, fue escenario de la ya mencionada *Volver*, de La estanquera de Vallecas (1987) de Eloy de la Iglesia o de parte de la serie de Televisión Española *Estoy vivo*, que se emite desde 2017. No es que las ciudades medias y pequeñas no tengan barrios periféricos y marginales, cuentan con ellos, pero puede que el hecho de que las distancias físicas sean más reducidas implique que no se tengan en consideración otras de carácter simbólico, que pueden ser similares a las que se dan en las grandes ciudades.

Si los medios audiovisuales no parecen haber reflejado tanto las ciudades medias, sí que hay más canciones que las cuenten, pero no en la misma proporción que a las grandes ciudades. Muchas de ellas son directamente de reconocimiento y halagos a estos municipios, cantos de alabanzas que denotan un sentimiento de orgullo, pero también las hay que son más críticas y que inciden en esas visiones negativas sobre la ciudad media y pequeña. Algunos ejemplos son «Camino Soria», con la que los madrileños Gabinete Caligari envolvieron de melancolía a la ciudad castellana. Nacho Vegas y Pablo Und Destruxión han cantado a su Gijón natal. Celtas Cortos homenajearon a los equipos deportivos de su ciudad en «Por ser de Valladolid». En Andalucía, Niña Pastori se lanzó con una intensa «Caí» sobre Cádiz; Granada, una de las ciudades con una escena musical más potente, comenzó con todo un Miguel Ríos cantando «Vuelvo a Granada», y desde el indie pop Supersubmarina compuso «LN Granada»; mientras «Córdoba» fue cantada por Medina Zahara. Por su parte, Carmen París cuenta con una canción que exalta a Zaragoza («Zaragoza la Romana»). Más críticos se mostraban Els Pets en «Tarragona M'Esborrona», en la que, la verdad, no daban ganas de visitar la localidad catalana a comienzos de los noventa.

Incluso Logroño tuvo su canción pop rock con «Logroño ciudad» de Obras Públicas, grupo riojano de los ochenta, con la que llegaron a actuar incluso en el programa de Televisión Española A Tope; la letra de José Ignacio Foronda reflejaba la falta de expectativas en una ciudad como la Logroño de esa década, con versos como «no te enteras dónde estás, esto es Logroño ciudad» o «vas a huir a alguna parte o a disfrazarte».

Nos dejamos seguro muchas películas, novelas o canciones que están dedicadas a las ciudades medias y pequeñas. El crecimiento y la puesta en valor de las escenas locales y regionales han permitido que no fuesen los cuasipáramos culturales que cantaban Obras Públicas. Sin embargo, las ciudades medias y pequeñas no parecen haber sido tan narradas, contadas o cantadas como otros espacios y lugares. La ciudad media, y con ella los territorios intermedios, se ha quedado como en una especie de tierra de nadie simbólica. No son tenidas en consideración como suficientemente atractivas en su día a día para ser protagonistas y no parece que ocurra nada que sea significativo y especial. De hecho, como ya hemos venido señalando, muchas personas que querían desarrollar una trayectoria diferente se iban y se convertían en madrileños o barceloneses de adopción.

[1] [https://elpais.com/politica/2020/04/30/sepa_usted/1588239760_483702.html].

[2] [https://www.elconfidencial.com/economia/2019-09-27/exodo-urbano-espana-llegadas-madrid-ciudades_2240155/].

[3] [https://www.elconfidencial.com/economia/2019-09-27/exodo-urbano-espana-llegadas-madrid-ciudades_2240155/].

[4] [https://www.elconfidencial.com/alma-corazon-vida/2020-06-26/casas-padres-iguales-arquitectura-estructura_2651052/].

[5] [https://www.elconfidencial.com/empresas/2016-06-15/zara-palencia-castilla-y-leon-kiddy-s-inditex-despoblacion_1217371/].

- [6] [https://www.elconfidencial.com/espana/2020-06-15/madrid-ayuso-madrilenos-nacionalismos_2629719/].
- [7] [<https://www.20minutos.es/noticia/4303373/0/daniel-gascon-la-apropiacion-cultural-es-una-idea-estupida/>].
- [8] [https://www.vozpopuli.com/altavoz/cultura/burbujas-sociales-podemos-vox_0_1359465410.html].
- [9] [<https://enloslimitesdeloposible.wordpress.com/2018/04/02/la-izquierda-topo-o-por-que-nos-quedamos-en-provincias/>].
- [10] [https://blogs.elconfidencial.com/espana/postpolitica/2017-06-13/constemocion-mocion-podemos-texto-apoyo-telegram-ridiculizar_1398190/].
- [11] [https://www.vozpopuli.com/altavoz/cultura/andres-trapiello-adrilenofobia_0_1407759390.html].
- [12] [<https://nuevecuatrouno.com/2020/03/29/rioja-logrono-javier-camara-vamos-juan-television-politica/>].

capítulo V

Un desequilibrio que siempre estuvo ahí pero que crece

Escribir desde las ciudades medias y desde los «territorios intermedios» puede ser considerado como una visión localista o poco global. Es evidente que ser de Cuenca, de Logroño, de Palencia o de un pequeño pueblo ni te hace mejor ni peor, ni te convierte en alguien diferente, pero sí que hay una dimensión territorial que tiene unas consecuencias. Como hemos podido ver a lo largo de las páginas anteriores, nada es fruto del azar, sino que responde a procesos políticos, económicos, sociales y culturales, interrelacionados, que van marcando la trayectoria de los países, Estados, regiones, naciones, territorios, municipios, provincias... – que cada uno elija lo que mejor le parezca–. Pero no cabe duda de que España tiene una estructura territorial muy marcada y definida, y que no se presenta como muy flexible. Nos encontramos ante unas visiones y discursos que preconizan o reivindican que los pueblos, primero, y posteriormente las ciudades medias y pequeñas van a tener un mayor protagonismo, cuando las tendencias globales que están ocurriendo en el mundo nos muestran otras direcciones contrapuestas. Esto no va de que una localidad tenga una mejor carretera o una infraestructura determinada, porque eso ya hemos visto que no funciona y que, en no pocos casos, suele ser una acción de maquillaje que no va más allá. Hay déficits y desigualdades que deben resolverse, eso es un hecho, y suelen estar bien diagnosticados, pero hay que fijarse en las tendencias globales para ver cómo esas diferencias pueden aumentar, y lo harán.

Somos un país (Estado, Estado-nación, etc., pueden elegir de nuevo) que tiene una visión muy dicotómica de su realidad. Por una parte, ese complejo con respecto a la modernidad y a Europa, al acceso a las grandes corrientes de la historia, sigue estando presente; no parece que hayamos sido capaces de quitarnos ciertos lastres. Por otra, solemos tener una mirada muy corta de la realidad. Primero

no queríamos ser «pueblerinos» ni «provincianos», pero nos pensamos que lo que ocurre en España sólo ocurre aquí. Y no. Hay despoblación del medio rural en otros muchos países, y llevan estudiándolo y trabajando sobre ello desde hace más décadas. Hay «territorios intermedios» en todos los sitios, pero aquí parece que no nos damos cuenta. La globalización está operando en esas desigualdades territoriales tanto entre países como entre zonas del interior de los mismos, entre las grandes ciudades y el resto, entre clases sociales, etc. No ser conscientes de las tendencias globales es uno de los primeros errores que podemos cometer a la hora de afrontar los problemas de desigualdad territorial que tiene España. Como venimos incidiendo a lo largo de los capítulos anteriores, las ciudades medias son como las clases medias. Si las clases medias dieron sus pasos vinculándose a la movilidad y al estatus, las ciudades medias también hicieron lo mismo con diferentes signos de estatus. Pero, como buena parte de las clases medias, comenzaron a despertar, o a ser conscientes de la realidad, a partir de la crisis sistémica de 2008. Muchas ciudades medias se encontraron con que habían perdido buena parte de sus tejidos productivos, de su sector secundario, y se habían quedado con una serie de infraestructuras que servían para poco o nada. Además, en ese acceso a la modernidad de golpe, también llegaron nuevos signos de estatus cuya aportación ha sido limitada. Esto está teniendo unas consecuencias sobre el nivel de vida y las posibilidades de sus ciudadanos y ciudadanas, y, de nuevo, Guilluy (2019a, p. 47) lo ilustra para su país y de forma general:

En los territorios de la Francia periférica se ha puesto en marcha una espiral depresiva. El colapso industrial, que a menudo arrastra consigo una caída de los empleos presenciales, provoca in fine la crisis de las actividades comerciales en las ciudades pequeñas y las de tamaño medio de esos territorios, castigando a categorías sociales muy diversas. Después de los obreros y de los campesinos, ahora los precarizados son los empleados y los pequeños independientes.

Nos movemos, por lo tanto, y como hemos venido analizando, en

un triple nivel territorial que puede resumirse en dos en función de las tendencias globales. Por un lado, localidades en el medio rural, pueblos muchos de ellos envejecidos y en fase de despoblación, que han sido objeto de atención en el discurso y el relato, pero cuyas acciones para evitar estos procesos no han dado los resultados deseados y/o previstos. Por otro, una importante cantidad de ciudades medias y pequeñas, localidades situadas entre esos pueblos y las grandes urbes. Es una categoría heterogénea con distintos escenarios dependiendo de la combinación de variables políticas, económicas, sociales y culturales. Dentro de este grupo, hay municipios en regresión, los cuales pierden población, actividades económicas y productivas, y tejido social, cultural y simbólico; otras ciudades se mantienen a pesar de los cambios, incluso se reinventan a partir de sus potencialidades, y existe un tercer grupo que crece al estar vinculado o conectado a esas corrientes más generales en gran medida porque su posición geoestratégica le es más favorable, aunque también depende de las grandes vías de comunicación. Finalmente, las grandes ciudades continúan su expansión, a pesar de cuestiones como el encarecimiento de la vivienda, en alquiler o en propiedad; la flexibilidad y precariedad del empleo, etc. Madrid y Barcelona siguen siendo los focos de atracción más importantes de España, mientras que otras pocas ciudades desempeñan ese rol en un ámbito más regional, lo que las aleja de la consideración de ciudades medias, aunque también con sus diferencias.

Pero, estos niveles se agruparían fundamentalmente en dos, en el ya señalado por Guilluy (2019a) de «regiones periféricas» o «territorios intermedios», en el que se englobaría la mayor parte del mapa español, su medio rural y las ciudades medias y pequeñas, y que dependen de las tendencias generales de la globalización. En resumen, Garrido et al. (2016: 377) indicaban algunos de los puntos débiles de las ciudades medias, que se podrían ampliar al conjunto de sus territorios, lo que las situaba en una posición de clara desigualdad en todo este proceso:

las ciudades medias también poseen algunas desventajas frente a las grandes metrópolis urbanas, ya que, por un lado, y debido a su tamaño, tienen una menor diversidad social y cultural, y se produce

en ellas una cierta endogamia social, con menor cualificación de sus recursos humanos que, en muchos casos, se han desplazado hacia las grandes urbes; por otro, presentan menor competitividad económica, con menor acceso a los principales flujos de información y capital, frente a las metrópolis urbanas, que tienden a concentrar las principales funciones del sistema.

Hago un paréntesis. Podríamos hacer también una comparación con los formatos discográficos. En la evolución de los mismos, del vinilo a las plataformas de streaming, hay un paralelismo, con todas las limitaciones que se quieran poner. El medio rural sería el vinilo, allí está el origen de casi todo. El disco de vinilo fue despreciado cuando llegó la modernidad y en los últimos tiempos se ha convertido en un objeto vintage, puesto en valor por un perfil muy definido, en parte el de las clases medias aspiracionales, cualificadas, para las cuales la cultura tenía una gran importancia como signo de estatus. A las ciudades medias y pequeñas les ha tocado la evolución del casete al CD. Primero fueron como las famosas «cintas» que decíamos entonces, un modelo más accesible y más manejable, pero mucho más tosco y sin ningún tipo de glamour. El casete era el «hermano pobre» de los formatos discográficos, un formato al que accedíamos los que no teníamos tocadiscos y a quienes el vinilo nos parecía algo inalcanzable. Pero, al igual que para las ciudades medias llegó la modernidad que hemos analizado en páginas anteriores, apareció el CD y barrió al vinilo y a los casetes. Más atractivo, no tenía que darle la vuelta a la cinta y no ocupaba tanto como el vinilo, era mucho más manejable y estilizado –claro que el CD siempre fue visto con sospecha por parte de los más melómanos, que valoraban por encima de todo el vinilo, así que aquí la argumentación se nos puede caer un poco–. Pero internet y el cambio en la forma de acceder a la música, el streaming, van a llevarnos a un nuevo modelo más accesible todavía, rápido y acelerado. Son las grandes ciudades de la globalización. El streaming barre al CD, que se queda como «anquilosado»; de los casetes ya ni hablamos. Sin embargo, en el caso de los vinilos, se produce una puesta en valor, como con el medio rural, de tipo culturalista y con una preponderancia de lo vintage. Hay muchas fisuras en esta comparación, soy consciente,

pero sirve de forma visual para establecer este escenario. Seguro que habrá gente que diga que exagero o que incluso ciertos lugares siguen siendo casetes, incluso «casetes de gasolinera», lo que implicaría un sesgo mucho más clasista y elitista, y muchos más serán CD (muy vinculado, por cierto, a la clase media y a sus productos culturales). Pero lo que está claro es que esta visión se puede corresponder en parte con una realidad y con cómo vemos a los territorios.

Cerrando el paréntesis y volviendo al triple nivel territorial, este opera no sólo en términos económicos y políticos, su peso en el conjunto de las decisiones del Estado, sino también en un sentido simbólico y cultural. Si el medio rural ha ganado el relato, aunque con eso no es suficiente, las ciudades medias y pequeñas hace tiempo que lo perdieron ya que no son narradas, descritas o interpretadas de la misma manera. Se han quedado en una especie de tierra de nadie. No llegan a estar tan puestas en valor como el medio rural, en el sentido discursivo, ni tan cosmopolitas como las grandes ciudades. Lo hemos vestido de smart cities, de slow life, de «ciudades accesibles», etc., pero se mantienen las visiones que aluden al «provincialismo», tanto interna como externamente. No se trata tampoco de una reivindicación que aluda a cuestiones que, por sus dimensiones o su trayectoria, no se puedan tener (todo el mundo entiende que los hospitales de referencia están en las grandes ciudades, o que los grandes aeropuertos no van a estar en Ciudad Real, o que no van a estrenar El Rey León en Soria, etc.), sino a una cuestión de igualdad entre ciudadanos y territorios. En no pocas ocasiones, bordeamos el límite de caer en peticiones que nos equilibren en determinadas cuestiones, AVE para todos, por ejemplo, cuando hay opciones más viables y solidarias con el conjunto. Pero también, y es un hecho muy importante, se trata de un reconocimiento, de ser tenidos en cuenta, de no ser noticia en los medios porque un hombre ha mordido a un perro en cualquier localidad media, por un suceso terrible (generalmente un asesinato) o por el costumbrismo de turno. Hay muchas zonas y territorios que no se sienten reconocidos y, lo que es peor, van también perdiendo población, actividades económicas y productivas, capital humano y social, etc. Este escenario puede tener consecuencias muy negativas para el conjunto del país si nuestra mirada se queda en un barrio de Madrid o de Barcelona, como ocurre en no pocas ocasiones.

Con este contexto, en marzo de 2020, España se vio inmersa en la crisis de la covid-19, como el resto del mundo, que ha supuesto un punto de inflexión en todos los sentidos. El impacto de la pandemia se podía ver en cuatro grandes dimensiones: la sanitaria, una situación a la que hubo de darse una respuesta acelerada y que seguirá presente; la económica, cuyas consecuencias se notarán hasta el largo plazo provocando una crisis de cuyo alcance no somos conscientes; la política, o cómo se reconfigurará el tablero y cómo quedarán los partidos políticos, y la social, en el sentido de si se producirá un cambio de valores hacia un mundo menos consumista e individualista (los valores del capitalismo propio de la globalización). La duda estaba en si se iban a corregir las grandes tendencias que ya venían de las dos primeras décadas anteriores, en esa fase nueva del capitalismo que señalaba en su día Esteban Hernández (2016), o si iban a revertirse. En las dos primeras décadas del siglo xxi, nos habíamos sumido en unas dinámicas aceleradas que todavía se acrecentaron más con la crisis de 2008, cuando se preconizaba que había que hacer lo contrario, en fin. Las desigualdades aumentaban y se precarizaba la vida; buena parte de los «perdedores de la globalización» en las sociedades occidentales se adherían a los partidos populistas de derechas; la movilidad social se había roto, y tu posición y expectativas volvían a depender en buena medida de los orígenes sociales y económicos. La política seguía su proceso de desprestigio e incluso de deslegitimación al no ser capaz de dar respuestas a las necesidades de las personas y el sector económico seguía concentrándose en pocas manos, acabando con los pequeños y medianos de la partida. Y todo ello en un contexto donde unos actores van acaparando cada vez más poder y fuerza: las grandes tecnológicas (García Aller, 2017, 2020; Peirano, 2019). Las TIC e internet ya hemos visto cómo se fueron presentando como una de las grandes oportunidades para todos los territorios, con independencia de su ubicación en los centros de poder, y sigue realizándose ese discurso. Con internet, no importaba el lugar. Y no es así, se ha ampliado la brecha entre los territorios a pesar de internet y también por internet. Aunque la conectividad es total, exceptuando en zonas rurales que no tienen buen acceso a la red, las grandes ciudades siguen siendo las determinantes. Podrás trabajar desde tu casa con una buena conexión, en un lugar remoto, en alguna sierra del interior peninsular, pero no estarás donde se desarrolla la acción. Eso sí, el pedido a Amazon lo podrás hacer y te

llegará, así como podrás ver Netflix, Amazon Prime o HBO.

El impacto de la covid-19 nos devolvía a esa casilla de 2008, cuando se observaba y preconizaba que era el momento de darle la vuelta al capitalismo. Aquello fue todo un fracaso e imagino que el capitalismo tiene que estar todavía riéndose de las grandes voces y discursos que sonaron en esa dirección. Pero las consecuencias de la covid-19, con la perspectiva actual, no parecen que vayan a ir en la dirección de un cambio. Al contrario, si se siguen las recetas o acciones habituales, como las de 2008, para afrontar los impactos negativos en la economía, el escenario será todavía peor. Ya el agujero económico es impresionante, con un aumento de la desigualdad y del desempleo en España, consecuencia de un modelo productivo cortoplacista y que había entrado de lleno en la nueva división internacional del trabajo consecuencia de la globalización. Pero esta situación venía de antes, de los procesos de desindustrialización y de la pérdida de importancia del sector secundario, así como de un cada vez más disminuido sector primario. Además, mientras que nos transmitían que teníamos que aspirar a ser como Silicon Valley y smart, nos íbamos convirtiendo en un país con un crecimiento imparable del sector terciario no cualificado.

De esta forma, y a medida que avanzaba la pandemia, las previsiones económicas de diferentes organismos nacionales e internacionales iban haciéndose cada vez más pesimistas mientras observábamos cómo la Unión Europea trataba de enderezar la situación con sus contradicciones internas. Sin embargo, los déficits estructurales de la economía española y de su modelo productivo juegan muy en nuestra contra. Esta es nuestra realidad. A corto y medio plazo, el escenario es complejo si no se toman medidas audaces y valientes.

¿Cómo afecta todo esto a los «territorios intermedios» y a las ciudades medias? ¿Hay motivos para tener esperanza? Las visiones que se están planteando sobre el impacto de la covid-19 en la desigualdad territorial todavía no están muy desarrolladas desde el punto de vista académico y científico. Sí que es cierto que, si nos centramos en una visión en la que se potencian las tendencias anteriores, los «territorios intermedios», incluido el medio rural,

cuentan con una posición de partida más complicada y las consecuencias a corto plazo de la covid-19 no los benefician. Muchas de estas zonas y municipios se basan en actividades del sector terciario. Turismo, comercio y hostelería son fundamentales y, como venimos viendo, son ámbitos muy afectados por la pandemia. Sólo hay que darse una vuelta por cualquier localidad para ver cómo hay tiendas y bares que ya no van a abrir.

Sin embargo, el discurso va en otra dirección. Desde las primeras semanas de la pandemia se vino insistiendo en la oportunidad que suponía la covid-19 para estos territorios, como una posibilidad para salir adelante o mejorar su posicionamiento. Obviamente, el primer paso se dio en relación con el medio rural. No tardaron en proliferar en los medios de comunicación artículos que afirmaban que era la oportunidad de volver a los pueblos. En función del grado de dicotomía entre lo urbano y lo rural de los argumentos empleados, la vehemencia era mayor o menor. Por un lado, se insistía en que la pandemia ponía de manifiesto la situación negativa de las ciudades, el riesgo de contagio mucho más elevado, y las virtudes de estar confinado en una casa de un pueblo, amplia y con jardín, frente a un piso que diese a un patio interior en una gran ciudad (hasta aquí, nada que objetar). Por otro, también se insistía en la oportunidad que suponía para los productos de proximidad, vinculados al sector primario, así como para el turismo rural en un periodo en el que, en general, los grandes viajes o los desplazamientos lejanos iban a estar más limitados. Se hablaba de redescubrir el pueblo, volver a las raíces, etc. En la balanza de estos argumentos, habría que señalar las dificultades que tuvieron los agricultores y ganaderos de proximidad con el cierre de restaurantes y bares, que son parte de sus clientes; los riesgos para una población del medio rural envejecida ante la llegada de visitantes de la ciudad, y el peso de la oferta turística de los destinos más tradicionales. Es decir, no es tan fácil, y tampoco fueron pocas las voces que, desde el propio medio rural, tomaban todas las cautelas necesarias ante la llegada de la población de las segundas residencias. No quiere decir que el turismo rural no se haya visto beneficiado, por ejemplo, pero habrá que ver la tendencia y qué tipo de turismo se ha dado.

A continuación, las ciudades medias y pequeñas también hicieron

valer sus virtudes a la hora de ser unos territorios más amables para afrontar una pandemia y para vivir. Si parte del discurso sobre el medio rural lanza el órdago contra la mayor parte de lo urbano –no hay término medio–, las ciudades medias lo hacen frente a Madrid, Barcelona, etc. De nuevo, la calidad de vida y unas dimensiones más humanas hacen que las ciudades medias ofrezcan mejores oportunidades para vivir y trabajar en un mundo en incertidumbre. A estos argumentos también se sumaba el precio del metro cuadrado como bien reflejó José Luis Pallarés en un artículo en Letras Libres con el explícito título «Adiós Madrid: la nueva normalidad será de provincias». Además de los aspectos ya señalados, la cuestión del precio de la vivienda aparecía como central en su argumentación. Siguiendo los datos del portal Idealista, recogía que el precio medio del metro cuadrado en 2019 en Madrid estaba en 3.720 euros mientras que en Burgos descendía a 1.579, en Segovia a 1.551 y en Palencia a 1.380. En cuanto al alquiler, los datos eran 16,4 euros el metro cuadrado en Madrid; 7,4 en Burgos; 8,1 en Segovia, y 6,4 en Palencia[1] . Sin embargo, ya a finales de 2020 se observaba la cruda realidad de nuevo: en Zamora se tardaban 15 meses en vender una vivienda y estas eran compradas más por personas jubiladas que retornaban a su localidad de origen que por jóvenes. Y, adivinen, sí, Teruel, Palencia y Lugo eran las siguientes capitales de provincia en esa categoría. En el otro extremo, en Madrid se situaba en 3,8 meses y Barcelona en 4,5, según un estudio del portal Idealista que recogía David Brunat[2].

Además, esta visión cuenta de nuevo con un factor determinante, y es que internet aparece como la solución de buena parte de los problemas. En estos discursos no faltaron –al contrario, se pusieron en lugar destacado– los argumentos sobre el valor del teletrabajo y la conectividad para poder realizar tu empleo desde casa, sea en el pueblo o en Zamora, como, por ejemplo, se señala en el artículo indicado de Pallarés. Internet al rescate es un aspecto que nunca puede faltar. La experiencia de los meses de confinamiento en relación con el teletrabajo se utiliza como la principal justificación. A estos argumentos también se sumaban otros vinculados al coste de vivir en una gran ciudad como, por ejemplo, Madrid, lo que implica que la calidad de vida puede ser mejor en una ciudad media o pequeña, y el teletrabajo puede ayudar a ello[3].

Sin embargo, es difícil cuantificar realmente el número de trabajos que podrían llevarse a distancia desde el medio rural. Es decir, ¿de cuántos trabajadores y trabajadoras estamos hablando?, ¿serían suficientes para parar la despoblación? Son preguntas a las que nunca se han dado respuestas y que nos vuelven a remitir a una visión muy sesgada de la realidad porque hacen referencia a profesiones cualificadas, a empleos que permiten el teletrabajo. Cuando se mencionan estas cuestiones no se piensa en el reponedor del supermercado, no se piensa en la cajera del mismo, no se piensa en buena parte de la sociedad que parece que tendrá que seguir en sus grandes ciudades.

Pero ¿hay posibilidades de que estas acciones puedan llevarse a cabo, de que los territorios intermedios, su medio rural y sus localidades vayan a poder tener más opciones? Sí, pero con otra mirada y no dependiendo de una cuestión como la que se está produciendo con la pandemia. Es decir, no tendría que venir una situación de estas características para que nos planteemos qué ocurre con los territorios y con la cohesión. Lo primero es reconocer esa situación estructural que no podrá ser resuelta en el cortoplacismo, uno de los grandes males de nuestro país. Lo segundo, es cierto que los «territorios intermedios» pueden encontrar opciones de desarrollo como consecuencia de la pandemia. La recuperación de algunas actividades industriales, pero nunca pensando en las grandes fábricas del pasado, especialmente vinculadas a productos de los cuales no se puede depender del exterior como ocurrió con la pandemia, puede ser una vía clara. También el medio rural puede tener su oportunidad, pero siempre desde la relación con lo urbano, en un constante diálogo sobre las áreas en las que cada territorio puede tener más oportunidades de desarrollo. Finalmente, puede ser el momento de reconfigurar algunos aspectos del sector terciario que se ha demostrado que no han funcionado. En todo lo relacionado con el envejecimiento de la población, queda mucho camino por recorrer. Y, en relación con un sector tan determinante como el turismo, se pueden corregir ciertos desajustes que se han convertido en estructurales, como por ejemplo una cierta oferta sobredimensionada o la consideración de todo como susceptible de tener un atractivo turístico, que no tiene que ser así. Pero, como hemos señalado, para estos procesos hace falta una visión a medio y largo plazo y cambios que son también

sistémicos; una nueva mirada de las cosas. No van a ocurrir de la noche a la mañana.

¿A quién le importan la ciudad media y los territorios intermedios?, ¿somos tan importantes?, ¿tenemos que ser mirados de forma diferente?, ¿qué nos hace «especiales»? En realidad, todo se resume en una única cuestión, que es la de la igualdad de derechos como ciudadanos y ciudadanas, el hecho de que el lugar de residencia no se convierta en un elemento de desigualdad más. Es evidente que eso es casi imposible tal como está planteada la situación, cierto. Pero no lo es menos que hay una serie de tendencias que deberían regularse para que las diferencias entre unas zonas y otras, que tienen sus orígenes y sus factores explicativos, no se agranden y se conviertan ya en irresolubles. La dimensión geográfica siempre ha pesado en las desigualdades, en todos los ámbitos que se quieran analizar. En el caso de España, norte y sur, centro y periferia, medio rural y medio urbano, entre unos barrios y otros dentro de las ciudades...Una de las obligaciones de las administraciones públicas, en un modelo basado en la cohesión social y en la corresponsabilidad, es la de llevar a cabo acciones y políticas que actúen sobre la desigualdad y que generen igualdad y equidad. Y esto se aplica también a los territorios. Lo hemos visto en numerosos casos, desde las políticas de la Unión Europea hasta las nacionales y regionales. Como en el caso de las clases sociales, las transferencias sociales del Estado de bienestar fueron determinantes para la movilidad social y la mejora de la calidad de vida de la mayor parte de la población durante décadas. Otra cuestión es el dinamismo de unas zonas u otras y sus puntos fuertes y débiles, y cómo deben evitarse mimetismos que no funcionan.

Como hemos visto a lo largo de las páginas anteriores, nuestras ciudades y territorios intermedios fueron transformándose, adaptándose a los cambios generales que se estaban produciendo. En algunos casos, las desigualdades consiguieron ser relegadas, o reducidas, gracias al dinamismo de ciertas zonas o por su posición geoestratégica que los acercaba a las corrientes vencedoras de la globalización. Sin embargo, otras muchas se consolidaron de forma estructural partiendo de las bases que ya estaban fijadas a través de procesos históricos. Y, en ese sentido y en España, es el interior de la península ibérica el que está saliendo peor parado.

Tampoco deben confundirse ciertas demandas y reivindicaciones con una especie de «lo quiero todo», hay que tener en cuenta las dimensiones y características de cada territorio. Pero, en nuestro país, no pocas reclamaciones han venido determinadas por el «lo mismo que el vecino», una realidad que nos ha llevado a no pocos errores. Ha ocurrido con el desarrollo rural, ha pasado con las ciudades medias. Existe esa visión de que, si al de al lado se lo han dado, yo también lo tengo que tener. Y no tendría que ser así. No en todo lo que no suponga una merma de los derechos y de los servicios básicos. Sí en lo que implica generar expectativas que no se pueden cumplir y en los aspectos menos racionales. Aquí, la acepción más peyorativa de provinciano tendría un sentido mayor. Y este es uno de los principales errores, que no son pocos, que se han cometido desde las ciudades y los territorios intermedios. En un artículo muy interesante, Alberto Olmos, que es de un pueblo de Segovia, señalaba que «no podemos depender de un señor de Teruel», a raíz de la llegada al Congreso de un representante de la formación Teruel Existe, cuyo principal motivo precisamente de su existencia es la demanda de soluciones para esta provincia y, en su conjunto, para la situación de la despoblación (2020); indicando Esteban Hernández que su surgimiento responde «a otro tipo de regionalismo, el de las zonas perdedoras que reclamaban atención y reconocimiento: sólo querían que se las sumara al presente» (2020a: 99).

Olmos tiene razón en la cuestión de que lo importante en un Congreso de los Diputados no es una farola en Teruel, con todos los respetos, y en esa visión reivindicativa de cada zona que nos podría llevar a una atomización más profunda. Pero es también un indicador de cómo se ha afrontado la dimensión territorial en España. Sin duda alguna, el Senado tendría que haber funcionado más como una cámara de representación de las regiones, en las que podrían haber cabido otras demandas, así como una mayor coordinación entre las comunidades autónomas. Que Teruel Existe llegue al Congreso no tiene por qué ser negativo, refleja una realidad muy clara de unas zonas que se sienten discriminadas y abandonadas, algunas con más justificación que otras, y un modelo de hacer las cosas que se ha basado en las demandas territoriales de los nacionalismos, como también señalaba Olmos. Las acciones tienen que estar medidas en función de las dimensiones, desde la

perspectiva de la equidad, para no caer en errores habituales basados en el «yo también». Sin embargo, estas demandas, tanto las justificadas como las miméticas, seguirán creciendo.

En cierto sentido, también tendría que plantearse la pregunta de hasta qué punto somos conscientes del peso del territorio en las desigualdades y desventajas. O hasta qué punto son importantes para la ciudadanía. Durante el franquismo, cuando desde la provincia de Logroño –todavía no había recuperado la denominación de La Rioja– cruzabas la frontera con los fueros de Álava y Navarra, las diferencias se observaban a simple vista en las carreteras. Curiosamente, eso sigue ocurriendo en otros lugares en la actualidad. Sin embargo, y exceptuando hechos como el de Teruel Existe o movilizaciones vinculadas a aspectos concretos, como por ejemplo el caso de Extremadura y el tren, sin olvidar toda la cuestión del medio rural (manifestaciones de la España vaciada, aunque con más impacto mediático que real, y esa victoria ya señalada en el campo del relato y del capital simbólico), no parece que la importancia dada a la situación sea muy amplia. De hecho, cuando se realizan encuestas sobre las cuestiones territoriales, fundamentalmente con preguntas centradas en las formas de organización del Estado preferidas (la que emplea el Centro de Investigaciones Sociológicas), se incide en la valoración del Estado autonómico y la comparación entre comunidades autónomas o territorios se basa en los nacionalismos, Cataluña y el papel de los Gobiernos centrales en relación con los mismos. De hecho, el Barómetro del CIS de febrero de 2019 recogía algunos ítems sobre la despoblación y el plan estratégico Agenda 2030 del Gobierno de España, que tiene como objetivo favorecer un desarrollo sostenible e igualitario. Por una parte, el 82,4 por 100 de los encuestados/as habían oído hablar de la despoblación en España y, de ellos, un 88,5 por 100 lo consideraban un problema muy o bastante grave. En cuanto a la Agenda 2030, únicamente el 13,1 por 100 de los encuestados/as habían oído hablar de la misma. Lo que es un hecho, analizando los principales problemas de España que recoge el CIS, es que el desequilibrio territorial no aparece entre los mismos, claro que tampoco se pregunta por ello.

Es decir, aunque el ciudadano de la periferia conozca y sepa de esos elementos que juegan en su contra por su posición territorial, no

articulan la acción. También es cierto que, como hemos señalado, ese factor no desempeña en todas las clases sociales el mismo papel y que es más evidente en unas periferias que en otras. Además, muchos de los procesos son estructurales, son grandes cifras que quedan mitigadas por otras más vinculadas a los cambios de las ciudades medias y pequeñas en estos años. Por otra parte, puede pesar un cierto conformismo en una parte de las periferias, ser conscientes de la posición y de que no hay mucha solución a la misma, o de que incluso no les afecta. Todos y todas tenemos una lista de agravios que podríamos esgrimir, reales o percibidos, pero parte de ellos son referenciales y otros sí que tienen una incidencia estructural y mayor.

En su conjunto, España es un país/nación/Estado-nación/Estado que cuenta con ciertas complejidades en relación con su identidad y su articulación y estructura, como hemos visto y que también inciden en la cuestión de las periferias y de su relación con los centros de poder más importantes y las áreas metropolitanas que se han ido creando. Algunas de ellas tienen difícil encaje, no sólo por factores internos sino también por externos. Sin embargo, debemos considerar que, en algunos aspectos se han dado aciertos importantes. Por ejemplo, en el sentido de la cohesión hay que reconocer que el Estado autonómico, a pesar de sus debilidades y contradicciones, ha sido determinante en el desarrollo del conjunto del Estado y de sus territorios, habiéndose conseguido importantes avances gracias en parte al acercamiento de las políticas públicas por la descentralización.

En general, las críticas hacia el Estado de las autonomías, tanto las centrípetas como las centrífugas, tienen que ver mucho más con la identidad –«ser español» o «ser catalán/vasco/gallego»– que con la valoración de la gestión de las competencias. Sin embargo, hay una especie de consenso basado en el reconocimiento para la que queda todavía camino por recorrer, y eso afecta a las ciudades medias y pequeñas y a los territorios intermedios. La cuestión es que, el escenario actual, no provoque el aumento de esas desigualdades que afectan al primer nivel de la cohesión que hemos señalado, relacionada con los derechos como ciudadanos. Hace muchos años, recuerdo que Pep Guardiola, cuando era entrenador del Barcelona, hizo unas declaraciones en las que tiraba de victimismo ante un

viaje que habían tenido que realizar en el día para jugar contra Osasuna en Pamplona. Guardiola dijo que «estamos en un país pequeño llamado Cataluña y pintamos poco; el Barça no tiene poder para decidir cuándo juega». En fin, que le podemos enseñar un montón de pequeños países que no pintan mucho.

La globalización está exacerbando las diferencias territoriales y España no es una excepción. Los indicadores son muy explícitos. Como hemos venido indicando y como Guilluy insiste: «por término medio, en la mayoría de los países, la creación de empleo en las ciudades pequeñas y las ciudades medianas es menos significativo que en las grandes ciudades» (2019a: 29). El impacto de las deslocalizaciones ha dado lugar a que lo que quede tras ellas sean «los repartidores, las cajeras, las asistentes del hogar, los bares de la esquina, los locales de ocio, los tatuadores, los taxistas, los trabajadores de la economía del contenedor» (Hernández, 2020a: 157).

Algunos cambios han sido paulatinos, como la transformación de los sectores productivos, y otros más rápidos, como por ejemplo la homogeneización. Las ciudades medias y los territorios intermedios han conseguido elementos de estatus a cambio, pero han ido perdiendo buena parte de su músculo productivo, de forma heterogénea. Hay zonas que se van quedando atrás de forma casi irremediable, y no hay un relato/discurso que lo aborde de la misma forma que, por ejemplo, la cuestión de la despoblación en el medio rural. De este último proceso, las ciudades medias y pequeñas pueden sacar algunas lecciones importantes del futuro que les puede venir. No, no es tanto una «segunda despoblación», pero sí que hay elementos comunes o, al menos, tendencias recurrentes. Envejecimiento de la población, inmigración de los más jóvenes, pérdida del capital social y humano, reducción de actividades económicas y sustitución por otras del sector terciario... ¿les suena?

Seguro que, a estas alturas y si han llegado hasta aquí, muchas personas puedan estar pensando ¿de qué se queja un tipo de Logroño (cambien la ciudad por otra)? Están en una zona donde se vive bien, tienen servicios, la calle Laurel, vino y hasta universidad... Los del medio rural dirán que ellos sí que están

fastidiados, que ellos han perdido a su población y que están desapareciendo. Los de las grandes ciudades podrán insistirnos en que somos muchos menos y que es normal que las decisiones y la acción pasen en Madrid y Barcelona. Y este será un argumento que comprarán muchas personas de las ciudades medias; claro, es que somos «provincianos». Incluso habrá no pocas personas que puedan decir que no es necesario irse a Madrid o Barcelona para tener un proyecto de vida, que puedes quedarte en Albacete, por poner un ejemplo, y lograr trabajar de lo que te guste. O ser feliz, como me dijo una vez una persona en una reunión. Por supuesto, en ese punto estamos totalmente de acuerdo. Pero también está la visión que recogía Nicholas Mathieu en la novela mencionada al comienzo de estas páginas, Sus hijos después de ellos: «Siempre había tenido la sensación de que fuera de París sólo existían vidas de segunda categoría. La misma impresión que tuvo al observar esa casta de jóvenes hambrientos. Ellos eran los únicos que sabían, ellos eran los únicos que contaban con la formación necesaria para comprender cómo funcionaba el mundo y manejar los mandos» (2019: 360-361). Esa percepción de que muchas decisiones, algunas que determinan la vida de las personas, no se toman en los lugares en los que se vive se encuentra generalizada y, a medida que el mundo se ha hecho más globalizado, ciertas decisiones se han ido alejando más.

Sin embargo, la visión tradicional sobre las ciudades medias y pequeñas sigue presente: la percepción es que para avanzar en ciertos ámbitos hay que salir de ellas, lo que supondría una liberación, aunque se intuye que los costes serán mayores que en el pasado. En parte, eso se desprende de las palabras de la actriz y cantante Julia de Castro en *El País Semanal*. De Castro, treinta y cinco años, es de Ávila y pertenece a una generación actual. La entrevista que le realiza el periodista Fernando Navarro transcurre en los escenarios rurales abulenses de los que procede su familia. Las fotografías del reportaje y el vídeo del mismo juegan con un paisaje castellano inmenso, árido. Fernando Navarro recurre a Machado y en la entrevista se valora la importancia del origen rural y de los rituales, del peso de la tradición, para bien y para salir de ella. De Castro señala que, cuando era adolescente, tenía ganas de irse a Madrid: «Iba al colegio pensando: “Queda un día menos”, confiesa. Un día menos para ir a Madrid, ciudad a la que solía bajar acompañada de sus padres y que le atraía con gusanillo. “Ávila es la

única ciudad de los alrededores de Madrid para la que hay que pagar un peaje. Es algo simbólico, pero lo cierto es que ese peaje económico es también un peaje emocional”»[4].

Como muchas otras personas, Julia de Castro tuvo que tomar la decisión de irse a Madrid a desarrollar su proyecto de vida, personal y profesional. En la entrevista no hace referencia al coste de la decisión, lo que sí que se observa es que fue voluntaria y muy consciente. Igualmente, la entrevista también muestra un arraigo que, como hemos comentado, aparece transversalmente a lo largo de su obra. Sería interesante analizar cómo ha evolucionado la relación de las personas que decidieron irse, o que tuvieron que irse, a ciudades más grandes. En este sentido, sólo hay que recordar el peso y la importancia que tuvieron las casas regionales durante décadas. Lugares de reunión y encuentro, espacios de sociabilidad y de socialización. Estos espacios también sirvieron, y lo siguen haciendo, aunque ya en menor medida, como un espacio, tanto físico como simbólico, en el que mantener los vínculos con sus territorios de procedencia. Había desde las más populares, muchas de ellas en barrios obreros, hasta las que estaban formadas por grupos más elitistas. Pero, siempre estaba ese vínculo. Muchas casas regionales siguen existiendo, aunque el relevo generacional y sus hijos y nietos, socializados en los lugares de destino, van teniendo menos presencia en las mismas. Además, la irrupción de internet y las redes sociales ha supuesto la incorporación de nuevas formas de reproducir el arraigo o de mantenerlo, aunque también con sus limitaciones. A fin de cuentas, no es lo mismo dar un «Me gusta» a una publicación que tener un contacto más directo. Sin embargo, cualquiera que tenga Facebook podrá ver la cantidad de grupos que existen vinculados al ámbito territorial, desde el «Tú no eres de tal lugar» hasta los que llevan el nombre de una región, comarca y municipio. Sinceramente, no tengo ni idea de los grupos de esas características a los que pertenezco en Facebook.

No tenemos datos o indicadores al respecto, pero puede que el peso del arraigo sea más o menos similar en las generaciones más jóvenes que en las de décadas atrás, siempre generalizando. Somos un país muy pegado a nuestros lugares de origen, lo hemos visto a lo largo de las páginas anteriores, pero el proceso y la necesidad de ruptura pueden que fuesen más importantes en el pasado. En las

últimas décadas, fruto de esas homogeneizaciones de los universos simbólicos que hemos comentado, puede inferirse que la distancia entre la ciudad media y la gran urbe es mucho menor, como entre el medio rural y el medio urbano, a la par que se han mejorado unas comunicaciones que permiten una mayor interconexión. También los procesos de socialización han mejorado la visión de esas zonas y territorios. Pero, como decíamos, es una hipótesis.

Lo que puede ser más evidente es que, esa ambivalencia en la que nos movemos en la actualidad con respecto a estos territorios, se ha consolidado. Es decir, por un lado, somos conscientes de dónde está la «gran acción» y dónde se «toman las decisiones». Madrid y Barcelona son unos polos atractivos en muchos sentidos. Pero, por otra parte, hay un redescubrimiento o una puesta en valor de territorios intermedios y de las ciudades medias y pequeñas. En cierto sentido, en ocasiones se puede establecer un relato resumido en «no era tan malo como me parecía». Pero también está medido por dos factores: por un lado, la mirada desde el momento actual y, por otro, sus valores y el recuerdo, en no pocas ocasiones idealizado. De esta forma, se diría que se genera una especie de punto intermedio, de forma consciente o inconsciente, en el que se reconocen los valores y las limitaciones de unos y otros lugares. De nuevo el medio rural nos sirve como paradigma de este proceso. Como hemos venido indicando a lo largo de estas páginas, de la denostación de décadas pasadas se ha pasado a ser ensalzado, en no pocas ocasiones sin término medio. Ciertos valores modernos encuentran en el medio rural un acomodo a la par que se idealiza y se hace una lectura de este sobre la base de los mismos. De esta forma, se cae en el error de no observar la enorme complejidad del fenómeno sobre el medio rural, que no puede ser reducida única y exclusivamente a la propia despoblación, que es la consecuencia final. Hay muchos medios rurales; muchas formas de vivir en los pueblos; diferentes expectativas, motivaciones y aspiraciones. Ese es uno de los motivos por los que es necesario ir más allá de los discursos y relatos simplificadores.

Por otra parte, como también se ha visto anteriormente, se recurre a la infancia de varias generaciones para recordar esos momentos en el pueblo, muchos de ellos vinculados al ocio y a las vacaciones, como pudo ser mi caso. En definitiva, un escenario que deja muchos

frentes abiertos y algunas contradicciones, pero que llevan a ese punto intermedio en el caso de las ciudades medias y pequeñas. Y ese redescubrimiento, esa puesta en valor, está muy vinculado a las cuestiones relacionadas con la sociabilidad y los rituales, con esos valores que igual las grandes ciudades no ofrecen o lo tienen más complicado. De nuevo, la importancia de la identidad está presente. Incluso puede afirmarse que es un proceso muy de nuestro tiempo. Si los noventa representaron los años del optimismo, retomando a González Férriz (2020), y la primera década de los 2000 lo fueron de la recogida de los efectos de lo anterior y de un crecimiento casi sin límite, a partir de finales de ese decenio y en la siguiente década de nuestro siglo se vuelve la mirada hacia la nostalgia y la melancolía. Muchas generaciones comenzaron a bucear en su pasado, en objetos de la infancia y la adolescencia, en unos tiempos que percibían más seguros y sencillos, siendo este último uno de los valores, en teoría, más reivindicados frente a la complejidad y celeridad de la actualidad. Pero tampoco debe perderse de vista la mercantilización de la nostalgia; ya que estamos en un mundo en el que todo es susceptible de convertirse en objeto de consumo, el pasado no podía ser una excepción. De nuevo, volvemos a demostrar una cierta ambivalencia en todo el proceso, somos hijos e hijas de nuestro tiempo, pero buscamos la calidez del pasado, especialmente a través de sus representaciones.

Sí, no son pocos los aspectos de los que no nos podemos quejar, totalmente de acuerdo. Pero las tendencias globales nos muestran que el futuro de los territorios intermedios y de las ciudades medias y pequeñas no es muy sencillo y que las desigualdades territoriales siguen creciendo. Ese es el verdadero quid de la cuestión, ahí es donde se encuentra lo que importa. No se necesita tanto que nos digan que «nos quieren» o que «nos reconocen», sino que esto va de equidad y cohesión social y territorial.

Como ocurre con la estructura social, si nos va bien a todos y todas, será beneficioso para el conjunto de la sociedad. Si unas personas, grupos, territorios, etc., se van quedando desplazados, en un segundo o tercer plano, por corrientes y dinámicas estructurales y globales, el impacto sobre la cohesión será irremediable, como ya está ocurriendo. Se generarán más desigualdades, a la par que vamos enmascarando o maquillando la situación con medidas

cortoplacistas, imitativas y miméticas. Crecerá el descontento y el resentimiento, hecho que será aprovechado por fuerzas políticas que encontrarán en este escenario su «caldo de cultivo».

[1] [<https://www.letraslibres.com/espana-mexico/politica/adios-madrid-la-nueva-normalidad-sera-provincias>].

[2] [https://www.elconfidencial.com/economia/2020-12-19/zamora-pisos-idealista-compraventa_2875152/].

[3] [https://www.elconfidencial.com/economia/2020-06-05/vivir-madrid-cobrar-mas-teletrabajo-reajuste_2625067/].

[4] [https://elpais.com/elpais/2020/06/22/eps/1592822206_686322.html].

capítulo VI

A modo de conclusión: ¿para qué sirven las ciudades medias y los territorios intermedios?

Durante muchas de las ocasiones en las que me ha tocado hablar y debatir sobre el medio rural y la despoblación, siempre he planteado una pregunta clave: ¿para qué queremos el medio rural? Partiendo de la base de la ya señalada dificultad de conceptualizar lo rural, la cuestión tenía un tono provocativo, pero fundamentalmente reflexivo. Es decir, es importante que, como sociedad, nos planteemos el papel y la posición que ocupamos dentro de las distintas estructuras. Obviamente, lo primero es pensar en esas personas que viven en el medio rural, que quieren hacerlo allí, y que son ciudadanos y ciudadanas con similares derechos que los que viven en las ciudades. El medio rural es importante en sí mismo, no cabe duda, porque hay una cuestión de justicia y equilibrio. Pero las decisiones que se tomen sobre el medio rural tendrán que considerar la respuesta a estas preguntas: ¿Queremos el medio rural como un espacio simbólico, de recuerdo de una identidad y unas tradiciones que ya no volverán?, ¿queremos el medio rural como una reserva medioambiental y sostenible?, ¿o queremos un medio rural más funcional con unos nuevos cometidos socioeconómicos y que permita una vuelta más equilibrada? Si optamos por las dos primeras opciones únicamente, la solución es «sencilla» porque poco más se puede hacer y porque confluyen con la visión idealizada y romántica de Españas vaciadas y, casi me atrevería a añadir, de seguir por este camino, «por vaciar». De esta forma, la solución a la despoblación no se producirá. Si se eligen junto a la otra opción, porque las tres no son incompatibles, se tendrá que trabajar a medio y largo plazo, tomar decisiones que impliquen cambios de valores y hacer apuestas que no tendrán un rendimiento inmediato. Costará más, pero puede que haya una oportunidad.

En el caso de las ciudades medias y los territorios intermedios en los que se insertan, la pregunta es la misma. ¿Para qué sirven y para qué queremos estos espacios?, ¿qué función desempeñan? Cabe volver a repetir los mismos argumentos que se han señalado para el medio rural: tienen un valor en sí mismos y sus ciudadanos y ciudadanas poseen los mismos derechos. Sí, pero a partir de ahí, ¿qué esperamos de las ciudades medias y pequeñas?, ¿qué funciones les quedan en un contexto como el actual?

Las ciudades medias y los territorios intermedios viven en una encrucijada. Estamos en un momento en el que su protagonismo va decreciendo a medida que la globalización y los grandes procesos económicos, políticos, sociales y culturales han provocado que sean las metrópolis, a escala nacional y global, los principales actores de los mismos. Por el lado contrario, las ciudades medias y sus regiones fueron creyendo que estaban conquistando la modernidad y la posmodernidad a través de signos de estatus. Pero las bases de su transformación ya estaban en este camino. Podrían ser más bonitas, incorporar palacios de congresos y festivales de rock, contratar a arquitectos estrella, apostar por el turismo y el valor de lo «pequeño» y lo «tranquilo», pero no iba a ser suficiente. La covid-19 y sus consecuencias han demostrado la desnudez del modelo.

El equilibrio territorial se convertía, de esta forma, en una suerte de desequilibrio que, a la vez que transmitía una cierta posición de igualdad, generaba brechas cada vez mayores. Se jugaba a la imitación de las grandes ciudades y las medias se apuntaban a acumular signos de estatus mientras sus actividades secundarias se deslocalizaban, las oportunidades aumentaban en las grandes y los que podían ir a estudiar y a trabajar a las mismas lo hacían porque, en muchos casos, no quedaba otro remedio.

Partiendo de la heterogeneidad de las situaciones, lo primero que tienen que hacer las ciudades medias y los territorios intermedios, lo mismo que el mundo rural, es ser conscientes de la situación. Indicadores, como se ha visto, hay de sobra. No basta con caer en una suerte de optimismo determinista basado en que las soluciones vendrán en el corto plazo casi por arte de magia. No, se ha visto que esto no funciona así.

El territorio funciona como un ecosistema interrelacionado en el que sus diferentes partes cumplen unos cometidos. La evolución de nuestras sociedades ha complejizado los territorios, ha generado nuevas interdependencias a la par que acababa con otras. Este escenario da lugar a una estructura territorial desequilibrada que tiene sus bases en el pasado, pero que se acelera en el presente y que, de no ponerse remedio, lo hará en mayor medida en un futuro próximo.

Todos los actores son determinantes en un equilibrio territorial que, de otra forma, incidirá en las desigualdades y tendrá importantes consecuencias para la cohesión social. A medida que el desequilibrio ha ido aumentando, esta última se resiente y se sientan las bases para situaciones más complejas de futuro. Se está viendo en Francia con los «chalecos amarillos», así como con el crecimiento de los populismos y cómo encuentran parte de su caladero de votos en esos «perdedores de la globalización», acusados de no adaptarse a los cambios.

No se trata de volver a un pasado idealizado, como en el caso del medio rural, sino de encontrar nuevas funcionalidades para estos territorios y sus localidades. No pueden quedarse ubicados en una suerte de lugares «de postal», con sus atractivos turísticos y sus actividades de subsistencia, mientras que otros sectores van desapareciendo. Las oportunidades van descendiendo, muchas hay que buscarlas en las grandes metrópolis y, las que quedan, cuentan con una competencia cada vez mayor. Como para las clases medias, la promesa de la mejora continua se rompe.

Regresando a la situación del medio rural, la decisión es la misma. Puede elegirse la vía simbólica, cortoplacista, bienintencionada y autocomplaciente, con una foto que transmite una imagen positiva pero vacía; se disputaría el partido en el terreno de juego de los relatos, pero los resultados ya sabemos cuáles son en la mayoría de los casos. O puede optarse por el camino complejo y difícil, por tomar decisiones que son estructurales y generales, por apostar por un equilibrio más real. Y aquí hay otra cuestión que debemos considerar, si se opta por la especialización en una función o por una polivalencia y diversificación que permitan cubrir diferentes frentes. La primera puede hacer que se cuente con una mayor

fortaleza, en el sentido de ser casi «los únicos» en un campo o ámbito, pero también puede generar una dependencia que, en caso de crisis, implique un impacto mayor de la misma. La segunda genera una mayor flexibilidad y puede abarcar más campos, pero también habrá una importante volatilidad, ya que se podrá generar una superficialidad en las decisiones tomadas y en las acciones emprendidas, pues se irá produciendo como un «picoteo» entre diferentes opciones.

En definitiva, los territorios están sujetos a dilemas que afectan a su equilibrio y a la cohesión social. Un escenario que se mueve a una gran velocidad y con decisiones por tomar que no dependen únicamente ni del medio rural ni de las ciudades medias o grandes, sino de todos ellos conjuntamente. Las ciudades medias y los territorios intermedios tienen que encontrar su camino en este nuevo tablero que se está definiendo, pero no lo deben hacer a través de la imitación de las grandes ciudades, sino poniendo en valor su papel para la articulación del conjunto del territorio, como un nudo determinante en su relación con el medio rural y con las grandes ciudades. Su presente y su futuro no deben ser el de un vaciamiento funcional y el de la puesta en valor simbólica sin contenido.

Epílogo

Jaén, Linares... puedes ser el siguiente

Si el lector ha llegado hasta aquí, puede estar pensando que el autor es un exagerado, que no es para tanto, o que la situación que describe sólo se da en determinadas localidades y territorios. Habrá personas de ciudades medias y pequeñas que no se sientan identificadas con el presente análisis, que no lo vivan de esa manera. Otras, por el contrario, pueden estar sufriendo las consecuencias de estos procesos: han perdido sus trabajos, han visto cerrados sus comercios o escuchan los cantos de sirena que llegan en forma de un futuro mejor, basado en las ayudas europeas derivadas de la situación de la covid-19, o de las alegaciones a la digitalización o la sostenibilidad, pero se sienten escépticos, no es la primera vez que los oyen.

Es lo que debieron pensar los ciudadanos de Jaén recientemente. El 14 de febrero de 2021, la plataforma «Jaén Merece Más» concentró a 3.000 vehículos y miles de personas en una protesta por la situación de abandono de la provincia. El detonante fue la instalación de una base logística del Ejército de Tierra en Córdoba, cuando Jaén era una de las favoritas para tal fin[1]. Los representantes de esta plataforma manifestaron sentirse abandonados y «ninguneados» secularmente, lo que ha provocado el deterioro del territorio y el descenso de las actividades productivas. Los indicadores demográficos no dejan lugar a dudas. La provincia de Jaén, con más de 600.000 habitantes, ha perdido el 2,65 por 100 de su población en el periodo de 1996 a 2020, según datos del Instituto Nacional de Estadística. Habrá lectores que afirmen que no es mucho, pero es que Andalucía, en ese mismo periodo, ha crecido un 22,27 por 100. Y, además, Jaén es la única provincia que pierde población de las ocho andaluzas. Aunque Córdoba, otro territorio de interior, sólo gana un 2,63 por 100, las diferencias con el resto se agudizan: Almería (45,08 por 100), Málaga (34,95 por 100), Huelva

(15,29 por 100), Sevilla (14,36 por 100), Granada (13,75 por 100) y Cádiz (12,50 por 100).

Dos días antes de esta concentración, Jaén fue también protagonista en los medios de comunicación nacionales. El 12 de febrero, un suceso aconteció en la segunda localidad de la provincia, Linares. Con más de 57.000 habitantes, el municipio se vio alterado por una agresión de dos policías nacionales fuera de servicio a un hombre y su hija menor de edad. Este hecho, ocurrido en plena calle, desató protestas, movilizaciones y altercados[2]. Los medios de comunicación recogían testimonios que incidían en que había sido la «gota que había colmado el vaso», haciéndose eco de actuaciones poco profesionales de algunos agentes de policía. Pero también se incidía en la situación de la localidad, un municipio en crisis con un alto desempleo y en el que las expectativas de los jóvenes, que eran los que habían protagonizado en gran medida las protestas, eran muy reducidas. En el mismo periodo que hemos considerado anteriormente, de 1996 a 2020, Linares había perdido el 4,76 por 100 de su población.

Sin duda, son dos indicadores de lo que está ocurriendo con estos territorios. Son como pequeñas llamadas que están alertando de un trasfondo que hemos reflejado a lo largo de las páginas anteriores. Por un lado, ciudades y territorios que deciden movilizarse por su percepción de un abandono, de una situación de desigualdad, que se manifiesta tanto en indicadores (demográficos y económicos) como en las vidas cotidianas, en esas transformaciones de las calles, en esos cierres de comercios, etc. La despoblación del medio rural mostró el camino de la reivindicación y ha tenido su incidencia en la presencia de plataformas y agentes que han ganado visibilidad en sus demandas, pero que no han conseguido revertir ese proceso de pérdida de población. No cabe duda de que el hecho de que la formación Teruel Existe lograra un escaño en el Congreso de los Diputados en las elecciones de 2019 es un salto en la dimensión territorial. Un día después de la concentración de Jaén, Funcas (Fundación de las Cajas de Ahorros) publicaba el explícito informe La despoblación de la España interior[3]. En el mismo, Eduardo Bandrés y Vanessa Azón mostraban cómo 23 provincias del interior peninsular iban retrocediendo en estos indicadores. Sí, están las que todos se imaginan y que han salido mayoritariamente en las páginas

anteriores: Castilla y León, Aragón y Extremadura al completo; Castilla-La Mancha con la excepción de Toledo; Lugo y Ourense en Galicia; las ciudades Córdoba y Jaén en Andalucía, y, de las uniprovinciales, La Rioja.

El otro indicador, los disturbios de Linares, viene a reflejar esa sensación de sorpresa porque «nunca pasa nada». Son sociedades tranquilas y que presumían de una buena cohesión social. Es lo que ocurrió en Logroño con las protestas narradas en otra parte de este libro. No son sucesos sistematizados, no parece que vayan a repetirse frecuentemente –de hecho, en la capital riojana, a fecha de terminar estas páginas, no se volvieron a dar–, pero también nos tienen que llevar a la reflexión y al análisis. Suelen estar protagonizados por jóvenes, chicos y chicas cuyas motivaciones no parece que sean únicamente las que proceden del hecho que los desencadenan, pero que dan lugar a actos violentos. ¿Por qué jóvenes de estos territorios, y de otros, se lanzan a estas acciones? ¿Qué motivaciones están detrás? ¿Por qué nos causan tanta sorpresa? Es necesario profundizar en las explicaciones y buscar causas más sistémicas y estructurales. Si la protesta tiene también un fuerte componente de representación, a través de su grabación y difusión en las redes sociales, hay que tener en consideración ese plano en el que también desempeñan su papel las identidades personales de jóvenes que se están buscando a sí mismos y para los que la sociedad no parece augurarles un futuro muy halagüeño, aunque buena parte de ellos tengan las necesidades básicas cubiertas. Pero estas «chispas», estos hechos momentáneamente esporádicos, tienen el riesgo de crecer y ampliarse si aumentan los descontentos, y las desesperanzas, y los proyectos de vida no resultan plausibles. Nuestros jóvenes se han instalado en un cierto nihilismo y, depende de cómo se responda a esta situación, llamas como estas podrán prenderse e incluso ampliarse a más grupos de población.

Porque todo esto confluye en una cuestión que es la cohesión social y, por añadidura, territorial. No quiere decir que, desde las regiones intermedias, desde las ciudades medias y pequeñas, no se sea consciente de la posición que se ocupa, de la ubicación en una estructura amplia. No vamos a ser tan ingenuos de no saber que estos son procesos estructurales, que no todo el mundo puede ser

Madrid o Barcelona. Ni puede ni debe pretenderlo. Y, si alguien vende lo contrario, está mintiendo. Los territorios intermedios sabemos de dónde venimos, sabemos también los errores internos que hemos cometido, algunos los hemos citado en las páginas anteriores, pero ahora se trata de dar una respuesta a un desequilibrio que se está agudizando. Hasta hace no mucho, esos escenarios contaban con una cierta legitimación, se entendía como un proceso más global y amplio. Con base o sin ella, hablamos de la percepción. Hoy, esas legitimaciones van camino de debilitarse, porque, además, también se han producido desengaños, ilusiones no cumplidas, etc. Se buscan las respuestas arriba, donde se toman las decisiones; lo que limita a estos territorios ya no es tanto aquel complejo que se podía tener antes.

La brecha territorial en España se está manifestando de diversas formas, y todo parece indicar que es el comienzo. La crisis de la covid-19 puede agudizar estas tendencias que ya estaban presentes, pues no parece que se vayan a corregir. El Estado de las autonomías desarrolló un modelo que retrasó el proceso. Luego llegó el optimismo de los noventa, el crecimiento económico y los primeros años de un siglo xxi que nos llevaba a los territorios a la clase media deseada, o eso creíamos. Poco después de la irrupción de la crisis de 2008, se puso de manifiesto la despoblación del medio rural, que ocupó la mayor parte de la agenda en lo que se refiere a la cuestión de las desigualdades territoriales, dejando de lado todo el tema de las identidades colectivas. Sin embargo, la despoblación del interior peninsular no dejaba de ser un indicador de un contexto que se ampliaba a la provincia o la región, muchas de ellas en retroceso y no por casualidad. De esta forma, no debemos postergar un debate que es necesario abordar, unos equilibrios que hay que buscar; porque, en caso de seguir así, esos lugares «donde nunca pasa nada» pueden ser sitios en los que pasen cosas que nos sorprendan.

[1] [<https://elpais.com/espana/2021-02-14/jaen-se-levanta-contrael-ninguneo.html>].

[2] [<https://www.elconfidencial.com/espana/>]

andalucia/2021-02-13/protestas-linares-suceso-policias-nacionales_2949835/].

[3] [<https://www.funcas.es/wp-content/uploads/2021/02/La-despoblacion-de-la-Espa%C3%B1a-interior.pdf>].

Agradecimientos

En Logroño, y en el conjunto de La Rioja, una de las frases que solemos utilizar para referirnos a nuestro territorio es que «nunca pasa nada». Generalmente, este comentario se vincula a que no ocurre nada significativo, ningún acontecimiento extraordinario, digno de mención. El presente libro nace, en primer lugar, de señalar el escenario en que se encuentran parte de estas zonas y regiones, y, en segundo lugar, de una reivindicación de las mismas. Muchas veces son espacios olvidados o relegados, consecuencia de esos procesos más amplios que marcan las grandes historias y relatos. Sin embargo, aquí hacen sus vidas millones de personas. Somos también el fruto del paso de las generaciones que nos precedieron, de las decisiones que tomaron. También del lugar en el que estamos, ni mejor ni peor que otros, pero que nos marca de una u otra manera.

A la hora de los agradecimientos, las primeras líneas son para el recuerdo de esas generaciones precedentes –especialmente mi familia materna– que siempre se sintieron muy riojanas y muy logroñesas. Aquí brillan con luz propia mi madre, Elvira Cabello Pérez, y mis abuelos maternos, Armando Cabello Rodríguez y Encarna Pérez Bartolomé. Los tres fueron claves en factores como los arraigos y el valor de la educación y de la cultura. Gracias también a mi padre Jesús Andrés Mediavilla, el cual tomó decisiones que, sin quererlo o pretenderlo, nos han llevado hasta aquí. Y a mis hermanos, Jesús y Adriana Andrés Cabello, porque una parte de la historia que cuento también es la suya.

Gracias a mis suegros Claudio García Turza y Ana Andrevia Soto, dos personas excelentes que me mostraron también el valor de lo cercano, de ciertos vínculos que son también muy importantes y que, como mis propios padres, son asimismo protagonistas de esos procesos que vivieron muchísimas familias españolas en la parte central del siglo xx.

A tres grandes amigos les debo el aguantarme hablando de estas

cosas sin parar, ser cómplices de muchas reflexiones, además de largas horas de trabajo en algunos casos: Carmen Bengoechea Escalona, que ya sabe que «no somos de los guays»; Sergio Pérez de Heredia Azcona, por compartir tantos códigos y por escuchar siempre, y Javier Castro Senosiain, por su amistad incondicional y seguir siendo auténtico.

En el mundo de la universidad, hay amigos y compañeros de viaje que siempre están ahí y de los cuales hay un aprendizaje continuo. Son Laura Ponce de León Romero, Tomás Fernández García, María Paz Diago Santamaría, Jordi Garreta Bochaca, Núria Llevot Calvet y Ángeles Rubio Gil, todos ellos grandes como personas y como profesionales.

Mil gracias a la amistad y apoyo de Esteban Hernández Jiménez, sin duda alguna uno de los mejores periodistas de este país, el cual firma el prólogo de este libro. A Jesús Espino Nuño y a todo el equipo de Akal por la confianza demostrada y por sus sugerencias y comentarios que mejoraron estas páginas.

Finalmente, los principales agradecimientos son para las tres personas más importantes de mi vida: Ester, Adrián y Pablo. Ellos son mi principal fuerza e inspiración.

Bibliografía

Aja, E. (1999), *El Estado Autonómico. Federalismo y hechos diferenciales*, Madrid, Alianza.

Alonso Santos, J. L. (2000), «Las políticas de industrialización y su impacto en las regiones de España», *Investigaciones Geográficas* 42, pp. 109-133.

Álvarez Junco, J. (2005), *Mater Dolorosa. La idea de España en el siglo xix*, Barcelona, Taurus.

Álvaro, D. (2010), «Los conceptos de “comunidad” y de “sociedad” de Ferdinand Tönnies», *Papeles del CEIC* 52, pp. 1-24.

Anderson, B. (1997), *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, Fondo de Cultura Económica.

Andrés Cabello, S. (2020), «Reto demográfico y despoblación o dos realidades indisociables». En J.A. Valero Matas (Dir.), *Patrimonio cultural, sostenibilidad y desarrollo humano en lo rural* (pp. 335-372). Valencia, Tirant lo Blanch.

— (2016), «La identidad riojana y su relato tres décadas después», *Berceo* 171, pp. 59-76.

— (2015), «Sociedad outlet – sociedad low cost: la clase media vuelve a casa», *EHQUIDAD. Revista Internacional de Políticas de Bienestar y Trabajo Social* 4, pp. 11-30. Doi: [<https://doi.org/10.15257/ehquidad.2015.0007>].

— (2013), «“Cada vez que vengo, no la reconozco”, o la transformación de la ciudad media española. El caso de Logroño», *Berceo* 164, pp. 271-288.

— (2010), *La identidad riojana: del proceso de institucionalización administrativa al político*, tesis doctoral, Universidad del País

Vasco.

— (2002), «De la calle Portales a la Plaza del Mercado. Espacios urbanos de sociabilidad en Logroño en la segunda mitad del siglo xx», *Berceo* 142, pp. 209-239.

Andrés Cabello, S., y Pascual Bellido, N. (2018), «La Rioja vacía. Un ejemplo del proceso de despoblación de zonas de montaña en el interior de España», en Julián Mora Aliseda (coord.), *Enfoques en la planificación territorial y urbanística*, Cizur Menor, Thomson Reuters Aranzadi, pp. 207-2016.

Andrés Cabello, S., y Pascual Bellido, N. (2015), «La construcción del turismo en nuevos destinos: luces y sombras. El caso de La Rioja (España)», *Noésis. Revista de Ciencias Sociales y Humanidades* 24, 47-2, pp. 30-48.

Andrés Cabello, S., y Pascual Bellido, N. (2014), «Desarrollo rural y turismo rural: el caso de las zonas de montaña de La Rioja (España)», en T. J. Cuevas Contreras (coord.), *Complejidad del turismo en la frontera del conocimiento*, Ciudad Juárez, Gasca, pp. 23-46.

Andrés Cabello, S., y Pascual Bellido, N. (2012-2013), «De pueblos a “ciudades” dormitorio. El crecimiento de la corona metropolitana de Logroño (La Rioja)», *Inguruak. Revista vasca de Sociología y Ciencia Política* 53-54, pp. 603-621.

Andrés Cabello, S., y Ponce de León Romero, L. (2013), «Rompiendo la hucha familiar. Estado de Bienestar y familia en España en un escenario de crisis sistémica», *Trabajo Social Hoy* 69, pp. 7-20.

Andrés López, G. (2008), «Geografía y ciudades medias en España: ¿a la búsqueda de una definición innecesaria?», *Scripta Nova* 49.

Ariño, A. (dir.) (2008), *El oficio de estudiar en la Universidad: compromisos flexibles*, Valencia, Publicaciones Universitat de Valencia.

Ariño, A. y Llopis, R. (dirs.) (2011), *¿Universidades sin clases?*

Condiciones de vida de los estudiantes universitarios en España (Eurostudent IV), Madrid, Ministerio de Educación.

Ariño, A., Martínez, M., Llopis, R., Pons, E. y Prades, A. (2019), Ser estudiant universitari avui. Accés, condicions d'aprenentatge, expectatives i retorns del estudis universitaris, Via Universitària (2017-2019), Xarxa Vives d'universitats.

Astur, M. (2020), San, el libro de los milagros. Barcelona, Acantilado.

Ayala Cañón, L. y Ruiz-Huerta Carbonell, J. (2018), 3er Informe sobre la desigualdad en España, Madrid, Fundación Alternativas.

Azaña, M. y Ortega y Gasset, J. (2005), Dos visiones de España, Barcelona, Galaxia Gutenberg.

Badal, M. (2017), Vidas a la intemperie. Nostalgias y prejuicios sobre el mundo campesino, Logroño, Pepitas de Calabaza.

Bandrés, E. y Azón, V. (2021). La despoblación de la España interior. FUNCAS. Disponible en [<https://www.funcas.es/wp-content/uploads/2021/02/La-despoblacion-de-la-Espa%C3%B1a-interior.pdf>].

Barth, F. (1976), Los grupos étnicos y sus fronteras, México, Fondo de Cultura Económica.

Bauman, Z. (2009), Comunidad. En busca de seguridad en un mundo hostil, Madrid, Siglo XXI.

— (2007), Modernidad líquida, México, Fondo de Cultura Económica.

Beck, U. (2006), La sociedad del riesgo global. Hacia una nueva modernidad, Barcelona, Paidós.

Beltrán-Tapia, F. J., Díez-Minguela, A., Martínez-Galarraga, J. y Tirado-Fabregat, D. A. (2019), Capital humano y desigualdad territorial. El proceso de alfabetización en los municipios españoles desde la Ley Moyano hasta la Guerra Civil. Estudios de Historia Económica, n.º 74, Madrid, Banco de España.

Benet, J. (1967), *Volverás a Región*, Barcelona, Destino.

Berger, P. L. y Luckmann, T. (1998), *La construcción social de la realidad*, Buenos Aires, Amorrortu.

Bernabé, D. (2020), *La distancia del presente. Auge y crisis de la democracia española (2010-2020)*, Madrid, Akal.

— (2018), *La trampa de la diversidad. Cómo el neoliberalismo fragmentó la identidad de la clase trabajadora*, Madrid, Akal.

Bilig, M. (2014), *Nacionalismo banal*, Madrid, Capitán Swing.

Botella, J., Rodríguez Teruel, J., Barberà, O., y Barrio, A. (2011), «Las carreras políticas de los jefes de gobierno regionales en España, Francia y el Reino Unido (1980-2010)». *REIS* 133, pp. 3-20. Doi: [10.5477/cis/reis.133.3].

Bourdieu, P. (2013), *La miseria del mundo*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

— (2012), *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*, Barcelona, Taurus.

— (2008), *Capital cultural, escuela y espacio social*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Bourdieu, P. y Passeron, J. C. (2001), *La reproducción: elementos para una teoría del sistema de enseñanza*, Madrid, Editorial Popular.

Broncano, F. (2020), *Espacios de intimidad y cultura material*, Madrid, Cátedra.

Burillo-Cuadrado, M. P., Burillo-Motoza, F. y Ruiz-Budría, E. (2013), *Serranía Celtibérica (España). Un proyecto de desarrollo rural para la Laponia del Mediterráneo*, Zaragoza, Servicio de Publicaciones.

Cabezón García, L. A. (1997), *Rafael Azcona, con perdón*, Logroño, Instituto de Estudios Riojanos.

Camarero, L. (2017), «Por los senderos de la despoblación rural: notas desde la diversidad social», *Documentación Social* 185, pp. 19-35.

Camarero, L. y Sampedro, R. (2019), «Despoblación y ruralidad transnacional: crisis y arraigo rural en Castilla y León», *Economía Agraria y Recursos Naturales* 19, 1, pp. 59-82. Doi: [<https://doi.org/10.7201/earn.2019.01.04>].

Campos Sánchez, F. S. (2017), «Ciudades medias españolas siglo xxi. Revisión y análisis bibliométrico de enfoques y temáticas predominantes», *Cuadernos Geográficos* 56, 1, pp. 217-241.

Castells, M. (1998), *El poder de la identidad. La era de la información*, vol. 2, Madrid, Alianza.

Cela, C. J., *Viaje a la Alcarria*, Barcelona, Destino.

Centre d'Estudis d'Opinió, Generalitat de Catalunya (2019), *Encuesta Percepción sobre el debate territorial en España. 2019*. Disponible en [<https://web.gencat.cat/es/actualitat/detall/Percepcio-sobre-el-debat-territorial-a-Espanya-2019>].

Centro de Estudios Sociológicos (CIS) (2019), *Barómetro de febrero 2019. Estudio nº 3240*. Disponible en [http://www.cis.es/cis/export/sites/default/-Archivos/Marginales/3240_3259/3240/es3240mar.pdf].

Cercas, J. (2009), *Anatomía de un instante*, Barcelona, Mondadori.

Cerdà, P. (2016), *Los últimos. Voces de la Laponia española*, Logroño, Pepitas de Calabaza.

Colino, C., Jaime-Castillo, A. M., y Kölling, M. (2020), *Desigualdades territoriales en España*, Madrid, Friedrich-Ebert-Stiftung.

Coller, X. (2008), «El sesgo social de las élites políticas. El caso de la España de las Autonomías (1980-2005)», *Revista de Estudios Políticos* 141, pp. 135-159.

Collantes, F., y Pinilla, V. (2019), *¿Lugares que no importan? La*

despoblación de la España rural desde 1900 hasta el presente, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza.

de Dios, L. M. (2017), «El mundo vacío. La imagen social del medio rural», *Documentación Social* 185, pp. 137-147.

del Molino, S. (2018), *Lugares fuera de sitio. Viaje por las fronteras insólitas de España*, Barcelona, Espasa.

— (2016), *La España vacía. Viaje por un país que nunca fue*, Madrid, Turner.

del Val Ripollés, F. (2017), *Rockeros insurgentes, modernos complacientes: análisis sociológico del Rock en la transición (1975-1985)*, Madrid, Fundación SGAE.

Delgado Urrecho, J. M. (2018), «Más allá del tópico de la España vacía: una geografía de la despoblación», en A. Blanco, A. Chueca, J. A. López-Ruiz y S. Mora (eds. y coords.), *Informe España 2018*, Madrid, Universidad Pontificia Comillas, pp. 203-300.

Delibes, M. (2020), *El disputado voto del señor Cayo*, Barcelona, Austral.

— (2019), *El Camino*, Barcelona, Destino.

— (1981), *Los Santos Inocentes*, Barcelona, Planeta.

Di Donato, M. (2019), «Un panel de seis expertas y expertos reflexiona sobre la España rural vaciada y degradada», *Papeles de Relaciones Ecosociales y Cambio Global* 147, pp. 149-172.

Durkheim, E. (1993), *Las formas elementales de la vida religiosa*, Madrid, Alianza.

Eribon, D. (2017), *Regreso a Reims*, Madrid, Libros del Zorzal.

Escolar, A. y Escolar, I. (2020), *La nación inventada. Una historia diferente de Castilla*, Madrid, Espasa Calpe.

Fariñas, J. C., Martín Marcos, A. y Velázquez, F. J. (2015), «La desindustrialización de España en el contexto europeo», *Papeles de*

Economía Española 144, pp. 42-55.

Fernández, T. y Laborda, J. J. (coords.) (2002), España, ¿cabemos todos?, Madrid, Alianza.

Fernández Caro, R. (2018), «El impacto de la deslocalización en La Rioja (España)», EHQUIDAD. Revista Internacional de Políticas de Bienestar y Trabajo Social 9, pp. 85-124. Doi: [<https://doi.org/10.15257/ehquidad.2018.0004>].

Fernández García, T. (2012), «El Estado de Bienestar frente a la crisis política, económica y social», Portularia XII, pp. 3-12.

Fernández García, T. y Andrés Cabello, S. (2017), «El Estado de Bienestar en España en un escenario de crisis sistémica», Sistema. Revista de Ciencias Sociales 245, pp. 3-16.

Fernández Maíllo, G. (coord.) (2019), VIII Informe sobre exclusión y desarrollo social en España, Madrid, Fundación Foessa.

Ferres, A. y López Salinas, A. (2006), Caminando por Las Hurdes, Madrid, Gadir.

Frank, T. (2008), ¿Qué pasa con Kansas? Cómo los ultraconservadores conquistaron el corazón de Estados Unidos, Madrid, Acuarela Libros.

Fukuyama, F. (2019), Identidad. La demanda de dignidad y las políticas de resentimiento, Barcelona, Deusto.

Fundación Investigación, Desarrollo de Estudios y Actuaciones Sociales (2019), Desigualdad territorial en educación y gestión de las competencias por las CCAA. Disponible en [<https://fe.ccoo.es/1356fe9981c15dccb98a83b3fac9753f000063.pdf>].

Fusi, J.P. (2000), España. La evolución de la identidad nacional, Madrid, Temas de Hoy.

Gaggi, M., y Narduzi, E. (2006), El fin de la clase media y el nacimiento de la sociedad de bajo coste, Madrid, Lengua de Trapo.

García Aller, M. (2020), Lo imprevisible. Todo lo que tecnología

quiere y no puede controlar, Barcelona, Planeta.

— (2017), *El fin del mundo tal como lo conocemos*, Barcelona, Planeta.

Garrido Cumbreña, M., Rodríguez Mateos, J. C., y López Lara, E. (2016), «El papel de las ciudades medias de interior en el desarrollo regional. El caso de Andalucía», *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles* 71, pp. 375-395. Doi: [10.21138/bage.2287].

Gascón, D. (2020), *Un hípster en la España vacía*, Barcelona, Random House.

Ginés Sánchez, X., y Querol Vicente, V. A. (2019), «Construcción social de lo rural y Nueva Ruralidad. Una aproximación al marco de interpretación de lo rural de agentes políticos y sociales», *Economía Agraria y Recursos Naturales* 19, 1, pp. 37-57. Doi: [<https://doi.org/10.7201/earn.2019.01.03>].

Goad, J. (2017), *Manifiesto Redneck*, Barcelona, Dirty Works.

Goldthorpe, J. (2012), «De vuelta a la clase y el estatus: por qué debe reivindicarse una perspectiva sociológica», *REIS* 137, pp. 43-58. Doi: [10.5477/cis/reis.137.43].

— (2010), *De la Sociología: números, narrativas e integración de la investigación y la teoría*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS).

González, J. J., y Requena, M. (eds.) (2008), *Tres décadas de cambio social en España*, Madrid, Alianza.

González Férriz, R. (2020), *La trampa del optimismo. Cómo los años noventa explican el mundo actual*, Barcelona, Debate.

González-Leonardo, M., López-Gay, A., y Recaño, J. (2019), «Descapitalización educativa y segunda oleada de despoblación», *Perspectives Demogràfiques* 16. Disponible en: [https://ced.uab.cat/PD/PerspectivesDemografiques_016_ESP.pdf].

Gratton, L. (2012), *Prepárate: el futuro del trabajo ya está aquí*, Madrid, Círculo de Lectores.

Guerra Garrido, R. (2019), Cacereño, Madrid, Akal.

Guilluy, C. (2019a), No Society. El fin de la clase media occidental, Barcelona, Taurus.

— (2019b), «Ha emergido el mundo de las periferias», Papeles de Relaciones Ecosociales y Cambio Global 147, pp. 49-62.

Guiu, V. (2019), Lo rural ha muerto, viva lo rural. Otro puñetero libro sobre la despoblación, Teruel, Dobleuve Comunicación.

Habermas, J. (2007), Identidades nacionales y postnacionales, Madrid, Tecnos.

Haidt, J., y Lukianoff, G. (2019), La transformación de la mente moderna. Cómo las buenas intenciones están condenando a una generación al fracaso, Barcelona, Deusto.

Hal, B-Ch. (2020), La desaparición de los rituales, Barcelona, Herder.

Heater, D. (2007), Ciudadanía. Una breve historia, Madrid, Alianza.

Hecht, K., McArthur, D., Savage, M., y Friedman, S. (2020), Elites in the UK: Pulling away? Social mobility, geographic mobility and elite occupations, LSE. International Inequalities Institute. The Sutton Trust. [<https://www.suttontrust.com/wp-content/uploads/2020/01/Pulling-Away.pdf>].

Hernández, A. (2008), Historias de la Alcarama, Madrid, Gadir.

Hernández, E. (2020a), Así empieza todo. La guerra oculta del siglo xxi, Barcelona, Ariel.

— (2020b), «Recambio de elites», Minerva. Revista del Círculo de Bellas Artes 34, pp. 48-50. Disponible en: [<https://www.circulobellasartes.com/revistaminerva/articulo.php?id=810>].

— (2018), El tiempo pervertido. Derecha e izquierda en el siglo xxi, Madrid, Akal.

— (2016), Los límites del deseo. Instrucciones de uso del

capitalismo del siglo xxi, Madrid, Clave Intelectual.

— (2014), *El fin de la clase media*, Madrid, Clave Intelectual.

Herrera, D. (2019), «¿Quién estudia en la Universidad? La dimensión social de la universidad española en la segunda década del siglo xxi», *RASE. Revista de Sociología de la Educación* 12, 1, pp. 7-23.

Hobsbawn, E., y Ranger, T. (2012), *La invención de la tradición*, Barcelona, Crítica.

Hochschild, A. R. (2018), *Extraños en su propia tierra. Réquiem por la derecha estadounidense*, Madrid, Capitán Swing.

Huguet, M. (2019), *La España del seiscientos. Memoria de la generación de los sesenta*, Madrid, Los Libros de la Catarata.

Ibáñez, J. (1997), *Por una sociología de la vida cotidiana*, Madrid, Siglo XXI.

Instituto Nacional de Estadística (2020a), *Padrón Municipal de habitantes*. Disponible en: [[https://www.ine.es/dyngs/INEbase/es/operacion.htm?](https://www.ine.es/dyngs/INEbase/es/operacion.htm?c=Estadistica_C&cid=1254736177011&menu=resultados&idp=12547347)

[c=Estadistica_C&cid=1254736177011&menu=resultados&idp=12547347](https://www.ine.es/dyngs/INEbase/es/operacion.htm?c=Estadistica_C&cid=1254736177011&menu=resultados&idp=12547347)]

— (2020b), *Cifras oficiales de población*. Disponible en: [[https://www.ine.es/dyngs/INEbase/es/categoria.htm?](https://www.ine.es/dyngs/INEbase/es/categoria.htm?c=Estadistica_P&cid=1254734710984)
[c=Estadistica_P&cid=1254734710984](https://www.ine.es/dyngs/INEbase/es/categoria.htm?c=Estadistica_P&cid=1254734710984)].

— (2020c), *Contabilidad regional de España*. Disponible en: [[https://www.ine.es/dyngs/INEbase/es/operacion.htm?](https://www.ine.es/dyngs/INEbase/es/operacion.htm?c=Estadistica_C&cid=1254736167628&menu=ultiDatos&idp=12547355)
[c=Estadistica_C&cid=1254736167628&menu=ultiDatos&idp=12547355](https://www.ine.es/dyngs/INEbase/es/operacion.htm?c=Estadistica_C&cid=1254736167628&menu=ultiDatos&idp=12547355)]

— (2020d), *Encuesta de estructura salarial*. Disponible en: [[https://www.ine.es/dyngs/INEbase/es/operacion.htm?](https://www.ine.es/dyngs/INEbase/es/operacion.htm?c=Estadistica_C&cid=1254736177025&menu=ultiDatos&idp=12547359)
[c=Estadistica_C&cid=1254736177025&menu=ultiDatos&idp=12547359](https://www.ine.es/dyngs/INEbase/es/operacion.htm?c=Estadistica_C&cid=1254736177025&menu=ultiDatos&idp=12547359)]

— (2020e). *Encuesta de población activa*. Disponible en: [[https://www.ine.es/dyngs/INEbase/es/operacion.htm?](https://www.ine.es/dyngs/INEbase/es/operacion.htm?c=Estadistica_C&cid=1254736176918&menu=ultiDatos&idp=12547359)
[c=Estadistica_C&cid=1254736176918&menu=ultiDatos&idp=12547359](https://www.ine.es/dyngs/INEbase/es/operacion.htm?c=Estadistica_C&cid=1254736176918&menu=ultiDatos&idp=12547359)]

— (2019). Encuesta de condiciones de vida. Disponible en: [https://www.ine.es/dyngs/INEbase/es/operacion.htm?c=Estadistica_C&cid=1254736176807&menu=ultiDatos&idp=12547359]

Jones, O. (2015), *El Establishment. La casta al desnudo*, Barcelona, Seix Barral.

Julià Igual, J. F. (2019), «La Universidad española. Evolución y retos ante una nueva sociedad y economía», en A. Blanco, A. Chueca, J. A. López-Ruiz y S. Mora (eds. y coords.), *Informe España 2019*, Madrid, Universidad Pontificia Comillas, pp. 59-86.

Kamen, H. (2020), *La invención de España. Leyendas e ilusiones que han construido la realidad española*, Barcelona, Espasa.

Langa-Rosado, D. (2018), «La apuesta universitaria de los jóvenes de clases populares. Entre la promoción social y la falta de horizonte», *RES. Revista Española de Sociología* 27, 1, pp. 135-143.

Lenore, V. (2018), *Espectros de la Movida. Por qué odiar los años 80*, Madrid, Akal.

Lilla, M. (2018), *El regreso liberal. Más allá de la política de la identidad*, Barcelona, Debate.

Lisón Tolosana, C. (1997), *Las máscaras de la identidad. Claves antropológicas*, Barcelona, Ariel.

López Penacho, J. (2020), *Yo, charnego. Memoria personal de la emigración a Cataluña*, Madrid, Los Libros de la Catarata.

López Salinas, A. (2013), *La mina*, Madrid, Akal.

— (2007), *Crónica de un viaje y otros relatos*, Madrid, Adhara.

Lorenzo, S. (2018), *Los asquerosos*, Barcelona, Blackie Books.

Llamazares, J. (2019), *La lluvia amarilla*, Barcelona, Seix Barral.

Llop, J. M., Iglesias, B. M., Vargas, R., y Blanc, F. (2019), «Las ciudades intermedias: concepto y dimensiones», *Ciudades* 22, pp. 23-43. Doi: [<https://doi.org/10.24197/ciudades.22.2019.23-43>].

Llopis Goig, R. (2019), «La identificación con clubes de fútbol en España. Un análisis sociológico de su evolución de 1984 a 2014», *Revista Española de Sociología*. RES 28, 3, pp. 475-488. Doi: [10.22325/fes/res.2019.12].

— (2013), «Identificación con clubes y cultura futbolística en España. Una aproximación sociológica», *Revista Internacional de Ciencias del Deporte* IX, 33, pp. 236-251.

— (2006), «Clubos y selecciones nacionales de fútbol», *Revista Internacional de Sociología* LXIV, 45, pp. 37-66.

Maalouf, A. (1999), *Identidades asesinas*, Madrid, Alianza.

Maffesoli, M. (1990), *El tiempo de las tribus*, Barcelona, Icaria.

Marín A., R. (coord.) (2006), *Retorno a Calle Mayor. Seis miradas sobre la película de Juan Antonio Bardem*, Logroño, Ediciones del 4 de Agosto.

Marqués Perales, I. (2015), *La movilidad social en España*, Madrid, Los Libros de la Catarata.

Martínez García, J. S. (2017), *La equidad y la educación*, Madrid, Los Libros de la Catarata.

— (2013), *Estructura social y desigualdad en España*, Madrid, Los Libros de la Catarata.

Mathieu, N. (2019), *Sus hijos después de ellos*, Madrid, Alianza de Novelas.

Medel, E. (2020), *Las maravillas*, Barcelona, Anagrama.

Mesa, S. (2020), *Un amor*, Barcelona, Anagrama.

Migoya, H. (2020), *Baricentro*. Barcelona, Reservoir Books.

Ministerio de Educación y Formación Profesional (2019), *Sistema estatal de indicadores de la educación*, Madrid, Ministerio de Educación y Formación Profesional.

Ministerio de Universidades (2020), Datos y cifras del Sistema Universitario Español. Publicación 2019-2020. Disponible en: [https://www.ciencia.gob.es/stfls/MICINN/Universidades/Ficheros/Estadisticas/Informe_Datos_Cifras_Sistema_Universitario_Espanol_2019-2020.pdf].

Morales, G. (2017), «Despoblación rural en España, ¿problema u oportunidad?», Revista Democracia y Gobierno Local 39, pp. 389-416.

Murray, D. (2020), La masa enfurecida. Como las políticas de identidad llevaron al mundo a la locura, Barcelona, Península.

Núñez, C. (2018), La hermandad de los celtas: Últimas investigaciones y vivencias sobre los celtas y su música por uno de sus protagonistas, Madrid, Espasa.

Nussbaum, M. (2020), La tradición cosmopolita. Un noble e imperfecto ideal, Barcelona, Paidós.

OECD (2019), Under Pressure: the Squeezed Middle Class, París, OECD Publishing.

Olazabal, E., y Bellet, C. (2019), «De la ciudad compacta a la ciudad extensa. Procesos de urbanización recientes en áreas urbanas españolas articuladas por ciudades medias», Anales de Geografía de la Universidad Complutense 39, 1, pp. 149-175. Doi: [<https://doi.org/10.5209/aguc.64681>].

Olmos, A. (2020), Cuando el Vips era la mejor librería de la ciudad, Madrid, Círculo de Tiza.

Ortega y Gasset, J. (2002), España invertebrada, Madrid, Espasa Calpe.

Otero, M. (2020), Simón, Barcelona, Blackie Books.

Packer, G. (2015), El desmoronamiento. Treinta años del declive americano, Barcelona, Debate.

Pastor, J. M. (dir.) (2019), La contribución socioeconómica del sistema universitario español, Madrid, CRUE. IVIE.

Peirano, M. (2019), *El enemigo conoce el sistema. Manipulación de ideas, personas e influencias después de la economía de la atención*, Barcelona, Debate.

Peláez, C. (2014), «La quiebra de la clase media española», en J. M. Martín Patino, A. Blanco, A. Chueca, G. Bombardieri, T. Herreros y B. Manzanero (eds. y coords.), *Informe España 2014. Una interpretación de su realidad social*, Madrid, Fundación Encuentro, pp. 51-100.

Pérez-Agote, A. (1994), «16 tesis sobre la arbitrariedad del ser colectivo nacional», *Revista de Occidente* 161, pp. 23-44.

Pérez-Díaz, V., y Rodríguez, J. C. (2020), *Las desigualdades económicas en España: realidades y percepciones*, Madrid, Funcas.

Pérez García, F., Serrano Martínez, L., y Uriel Jiménez, E. (dirs.) (2019), *Diferencias educativas regionales, 2000-2016*, Bilbao, Fundación BBVA.

Pérez-Mayo, J. (2019), «Inequality of opportunity, a matter of space?», *Regional Science. Policy & Practice* 11, 1, pp. 71-87. Doi: [<https://doi.org/10.1111/rsp3.12181>].

Rahona López, M. M. (2009), *La educación universitaria en España y la inserción laboral de los graduados en la década de los noventa. Un enfoque comparado*, Madrid, INJUVE.

Recaño, J. (2020), «La despoblación que no cesa», en *Demografía: cambios en el modelo productivo*, *Economistas sin Fronteras*, *Dossieres EsF*, n.º 36, pp. 39-44.

Rendueles, C. (2020), *Contra la igualdad de oportunidades. Un panfleto igualitarista*, Barcelona, Seix Barral.

Requena, M., y Stanek, M. (2015), «Las clases sociales en España: cambio, composición y consecuencias», en A. Blanco, A. Chueca y G. Bombardieri (eds.), *Informe España 2015. Una interpretación de su realidad social*, Madrid, Fundación Encuentro, pp. 487-518.

Ríos Carratalá, J. A. (1999), *La ciudad provinciana. Literatura y cine en torno a «Calle Mayor»*, Alicante, Servicio de Publicaciones

de la Universidad de Alicante.

Roca, P. (2020), *Regreso al Edén*, Bilbao, Astiberri Ediciones.

— (2015), *La casa*, Bilbao, Astiberri Ediciones.

Rodríguez-Pose, A. (2017), «The revenge of the places that don't matter (and what to do about it)», *Cambridge Journal of Regions, Economy and Society* 11, pp. 189-209. Doi: [<https://doi.org/10.1093/cjres/rsx024>].

Romero, J. (2019), «Sobre las geografías del malestar en Europa», *Papeles de Relaciones Ecosociales y Cambio Global* 147, pp. 63-74.

Sabugal, N. (2020), *Hijos del carbón*, Barcelona, Alfaguara.

Sánchez, M.^a (2019). *Tierra de mujeres*, Barcelona, Seix Barral.

— (2017), *Cuaderno de campo*, Madrid, La Bella Varsovia.

Sandel, M. J. (2020), *La tiranía del mérito. ¿Qué ha sido del bien común?*, Barcelona, Debate.

Sanguino, J. (2020), *Cómo hemos cambiado. La transformación de España a través de la cultura pop*. Barcelona, Península.

Sennett, R. (2009), *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*, Barcelona, Anagrama.

— (2001), *Vida urbana e identidad personal*, Barcelona, Península.

Simón, A. I. (2020), *Feria*. Madrid, Círculo de Tiza.

Standing, G. (2013), *El precariado. Una nueva clase social*, Barcelona, Pasado & Presente.

Tajfel, H. (1984), *Grupos humanos y categorías sociales*, Barcelona, Herder.

Tiana, A. (2016), *Las misiones pedagógicas. Educación popular en la Segunda República*, Madrid, Los Libros de la Catarata.

Tomé Fernández, S. (2012), «Comercio y ciudades medias en la España del desarrollismo», Biblio 3W. Revista Bibliográfica de Geografía y Ciencias Sociales XVII (1003).

Valdés, M. T. (2019), «Diferencias autonómicas en la composición de la desigualdad en la expectativa de matriculación universitaria: efectos primarios y secundarios», RASE. Revista de Sociología de la Educación 12, 2, pp. 209-227.

VVAA (2017), El gran retroceso. Un debate internacional sobre el reto urgente de reconducir el rumbo de la democracia, Barcelona, Seix Barral.

Vila Francés, A. (2020), España en regional, Sevilla, Maledicto Ediciones.

Vilas, M. (2019a), Alegría, Barcelona, Planeta.

— (2019b), España. Barcelona, Alfaguara.

Walliser, A. y Sorando, D. (2019), «Las ciudades en España y el impacto de la Globalización sobre los sistemas urbanos», en A. Blanco, A. Chueca, J. A. López-Ruiz y S. Mora (eds. y coords.), Informe España 2019. Una interpretación de su realidad social, Madrid, Universidad Pontificia Comillas, pp. 229-272.

Weber, E. (1976), Peasants into Frenchmen: The Modernization of Rural France, 1870-1914, Palo Alto, Cal., Stanford University Press.

Weber, M. (1995), El político y el científico, Madrid, Alianza Editorial.

— (1993), Economía y sociedad, Madrid, Fondo de Cultura Económica.

Wright, E. O. (2018), Comprender las clases sociales, Madrid, Akal.

Artículos de prensa

Abad Liñán, J. M., y Clemente, Y., «Otra manera de ver la España vacía y la España abarrotada», El País, 7 de junio de 2020 [https://elpais.com/politica/2020/04/30/sepa_usted/1588239760_483702.html].

Álvarez, I., «Daniel Gascón: “La apropiación cultural es una idea estúpida”», 20 Minutos, 25 de junio de 2020 [<https://www.20minutos.es/noticia/4303373/0/daniel-gascon-la-apropiacion-cultural-es-una-idea-estupida/>].

Brunat, D., «¿Quién quiere un piso en Zamora? El drama inmobiliario de la España despoblada», El Confidencial, 19 de diciembre de 2020 [https://www.elconfidencial.com/economia/2020-12-19/zamora-pisos-idealista-compraventa_2875152/].

Donaire, G., «Jaén se levanta contra el “ninguneo”», El País, 14 de febrero de 2021 [<https://elpais.com/espana/2021-02-14/jaen-se-levanta-contra-el-ninguneo.html>].

Franch, I., «“El año del descubrimiento”: memoria fílmica de una lucha obrera ocultada por los fastos olímpicos y la Expo de Sevilla», Eldiario.es, 13 de noviembre de 2020 [https://www.eldiario.es/cultura/cine/ano-descubrimiento-memoria-filmica-lucha-obrera-ocultada-fastos-olimpicos-expo-sevilla_1_6404684.html].

G. Barnés, H., «¿Vivir en Madrid y cobrar más o teletrabajar por menos? El covid abre la puerta al reajuste», El Confidencial, 5 de junio de 2020 [https://www.elconfidencial.com/economia/2020-06-05/vivir-madrid-cobrar-mas-teletrabajo-reajuste_2625067/].

—, «León vs. Parla: hay una guerra en España y la estamos perdiendo todos», El Confidencial, 16 de febrero de 2020 [https://www.elconfidencial.com/espana/2020-02-16/leon-parla-migracion-despoblacion-capital-espana_2456155/].

—, «Si tanto te preocupa la España vacía, vete a vivir a ella: historia de una hipocresía», El Confidencial, 7 de abril de 2019 [<https://blogs.elconfidencial.com/alma-corazon-vida/mitologias/2019-04-07/espana-vacia-vaciada->

hipocresia_1926378/].

González, I., «¿Y si el coronavirus repuebla la España vacía?», El Mundo, 23 de marzo de 2020 [<https://www.elmundo.es/opinion/2020/03/23/5e78e5ecfdddf01328b4576.html>].

González Harbour, B., «La España vacía... y opresiva», El País, 2 de octubre de 2020. [<https://elpais.com/cultura/2020-10-01/la-espana-vacia-y-opresiva.html>].

Guilluy, C., «Sobre las ruinas de la clase media, el resurgir de la gente corriente», El País, 6 de noviembre de 2020 [<https://elpais.com/opinion/2020-11-06/sobre-las-ruinas-de-la-clase-media.html>].

Hernández, E., «No culpéis a Madrid ni a los madrileños: lo que nos están cobrando», El Confidencial, 16 de febrero de 2020 [https://blogs.elconfidencial.com/espana/postpolitica/2020-02-16/no-culpeis-madrid-madrilenos-estamos-pagando_2456967/].

—, «La pelea entre las élites de Madrid y Barcelona», El Confidencial, 7 de febrero de 2020 [https://blogs.elconfidencial.com/espana/postpolitica/2020-02-07/espana-cataluna-madrid-barcelona-vacia-ciudad-global_2444784/].

—, «“Consternación”: a Podemos se le ha ido la olla», El Confidencial, 13 de junio de 2017 [https://blogs.elconfidencial.com/espana/postpolitica/2017-06-13/consternacion-mocion-podemos-texto-apoyo-telegram-ridiculizar_1398190/].

Jorrín, J. G., Zuñil, M., y Escudero, J., «La metropolización de Madrid vacía las provincias ricas de España», El Confidencial, 27 de septiembre de 2020 [https://www.elconfidencial.com/economia/2019-09-27/exodo-urbano-espana-llegadas-madrid-ciudades_2240155/].

Lenore, V., «Arganzuela contra Salamanca: las burbujas sociales que envenenan el debate en España», Vozpópuli, 1 de junio de 2020 [https://www.vozpopuli.com/altavoz/cultura/burbujas-sociales-podemos-vox_0_1359465410.html].

Muñoz, M., «Concentraciones y batallas campales: Linares protesta por la agresión de dos policías nacionales», El Confidencial, 13 de febrero de 2021 [https://www.elconfidencial.com/espana/andalucia/2021-02-13/protestas-linares-suceso-policias-nacionales_2949835/].

Navarro, F., «Julia de Castro y la semilla de la liberación», El País Semanal, 29 de junio de 2020 [https://elpais.com/elpais/2020/06/22/eps/1592822206_686322.html].

Nuño, A., «La casa de tus padres y el ataque los clones: la curiosa arquitectura de periferia», El Confidencial, 26 de junio de 2020 [https://www.elconfidencial.com/alma-corazon-vida/2020-06-26/casas-padres-iguales-arquitectura-estructura_2651052/].

Olmos, A., «Donde no llega ni el coronavirus: un viaje en autobús a la Extremadura olvidada» El Confidencial, 11 de marzo de 2020, [https://blogs.elconfidencial.com/cultura/mala-fama/2020-03-11/espana-vacia-extremadura-don-benito-bus_2489815/].

Pallarés, J. L., «Adiós Madrid: la nueva normalidad será de provincias», Letras Libres, 10 de junio de 2020 [<https://www.letraslibres.com/espana-mexico/politica/adios-madrid-la-nueva-normalidad-sera-provincias>].

Pimentel, M., «El implacable declive de las ciudades medias. ¿Una maldición sin remedio?», esPúblicoBlog, 13 de febrero de 2019 [<https://www.administracionpublica.com/el-impacable-declive-de-las-ciudades-medias-una-maldicion-sin-remedio/>].

Prieto, C., «Hartos de Madrid: cuando España se revuelve contra su capital», El Confidencial, 15 de junio de 2020 [https://www.elconfidencial.com/espana/2020-06-15/madrid-ayuso-madrilenos-nacionalismos_2629719/].

Rendueles, C., «Algunas razones por las que ya no digo “Estado español”», Ctxt, 19 de diciembre de 2018 [<https://ctxt.es/es/20181219/Firmas/23535/Cesar-Rendueles-tribuna-politica-patria-Espa%C3%B1a-bandera.htm>].

Romero Santos, R., «“Invivable”, “asfixiante”, “una estufa”: las

canciones que llevan cuarenta años hablando mal de Madrid», Icon, El País, 2 de julio de 2020 [https://elpais.com/elpais/2020/07/01/icon/1593590006_311391.html?utm_source=Facebook&ssm=FB_CM#Echobox=1593683423].

Rubio García, J., «Casa tomada», La Rioja, 19 de octubre de 2019,

Sainz Borgo, K., «Andrés Trapiello: “La madrileñofobia es muy vieja”», Vozpópuli, 7 de noviembre de 2020 [https://www.vozpopuli.com/altavoz/cultura/andres-trapiello-madrilenofobia_0_1407759390.html].

Sierra, I., «La vuelta de las provincias: “Dejar Madrid ha sido una apuesta por mi salud mental”», El País, 8 de octubre de 2020 [<https://smoda.elpais.com/moda/la-vuelta-a-las-provincias-gracias-al-teletrabajo-dejar-madrid-ha-sido-una-apuesta-por-mi-salud-mental/>].

Ugalde, R., «Zara triunfa en el mundo... pero falla en la austera Castilla y León», El Confidencial, 15 de junio de 2016 [https://www.elconfidencial.com/empresas/2016-06-15/zara-palencia-castilla-y-leon-kiddy-s-inditex-despoblacion_1217371/].

